This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

B 959,697

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARIES

Please forward it to

Edward Glaser

Little Hall 28 Dept. of Rom.Lang & Lit

Harvard University

C a m b r i d g e U.S.A

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARIES
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
1817

Please forward it to

Edward Glaser
Little Hall 28 Dept. of Rom.Lang & Li
Harvard Unive sity
C a m b r i d g e USA

BIBLIOTECA SELECTA

DE

LITERATURA ESPAÑOLA.

BIBLIOTECA
SELECTA
DE LITERATURA ESPAÑOLA,
O MODELOS
DE ELOCUENCIA Y POESIA,

Tomados de los escritores mas célebres desde el siglo XIV hasta nuestros dias, y que pueden servir de lecciones prácticas á los que se dedican al conocimiento y estudio de esta lengua;

POR P. MENDIBIL Y M. SILVELA.

..... In omnibus ferè minùs valent
Præcepta quàm experimenta.
QUINT.

TOMO CUARTO.

BURDEOS,

EN LA IMPRENTA DE LAWALLE JOVEN Y SOBRINO,
PASEO DE TOURNY, Nº. 20.

1819.

GRAD
860.8
M525
v.4

Add

BIBLIOTECA

SELECTA

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

POESIA.

LIBRO QUINTO.

POESIA BURLESCA Y JOCO-SERIA.

Incolumi gravitate jocum tentavit.....

EPIGRAMAS Y CHISTES.

Castillejo.

A un Caballero que le envió una copla mal trobada.

Una copla me enviastes,
Señor, de mala yazija.
El mal es que trasnochastes
Y al cabo paristes hija;
Mas sin mas satisfazion
De los yerros que hay en ella,

Sois digno de haber perdon
Siquiera por la pasion
Que pasastes en hazella.

Mendoza.

El Penitente.

Dentro de un santo templo un hombre honrado
Con grande devocion rezando estaba;
Sus ojos hechos fuentes, enviaba
Mil suspiros del pecho apasionado.
Despues que por gran rato hubo besado
Las religiosas cuentas que llevaba,
Con ellas el buen hombre se tocaba
Los ojos, boca, sienes y costado.
Crezió la devocion, y pretendiendo
Besar el suelo al fin, porque creia
Que mayor humildad en esto encierra,
Lugar pide á una vieja; ella volviendo,
El salvo honor le muestra, y le decia:
Besad aquí, Señor, que todo es tierra.

Andres Rey de Artieda.

Los Pensamientos vanos.

Como á su parezer la bruja vuela,
Y untada se encarama y precipita,
Así un soldado dentro en su garita
Esto decia haziendo centinela:
No me falta manopla ni escarzela;
Mañana soy alferez ¿quien lo quita?
Y sirviendo á Felipe y Margarita,
Embrazo y tengo paje de rodela:

Llego á ser General, corro la costa,
A Chipre gano, Príncipe me nombro,
Y por Rey me corono en Famagosta.
Obedezco al de España, al Turco asombro...
En esto se acabó de hazer la posta,
Y hallóse en cuerpo con la pica al hombro.

Miguel de Cervántes.

Al Túmulo del Rey en Sevilla.

Voto á Dios que me asombra esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla,
Porque ¿á quien no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta braveza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale mas que un millon, y que es manzilla
Que esto no dure un siglo ¡o gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y riqueza.
Apostaré que el ánima del muerto,
Por gozar este sitio, hoy ba dejado
El cielo de que goza eternamente.
Esto oyó un valenton, y dijo: es cierto
Lo que dice voacé, seor soldado,
Y quien dijere lo contrario, miente.
Y luego en continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

El Pordiosero arrogante.

Un valenton de espátula y gregüesco
Que á la muerte mil vidas sacrifica,
Cansado del oficio de la pica,
Mas no del ejercicio picaresco,

Retorziendo el mostacho soldadesco
Por ver que ya su bolsa le repica,
A un corrillo llegó de gente rica,
Y en el nombre de Dios pidió refresco.
Den voarcedes por Dios á mi pobreza,
Les dice; donde no, por ocho Santos
Que haré lo que hazer suelo sin tardanza.
Mas uno que á sacar la espada empieza:
¿Con quien habla, le dijo, el tiracantos,
Cuerpo de tal con él y su crianza?
Si limosna no alcanza,
¿Qué es lo que suele hazer en tal querella?
Respondió el bravonel: irme sin ella.

Lope de Vega.

Grande acaezimiento.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
Guarnezidas de frágiles elechos
A su márgen carámbanos deshechos,
Que cercan olmos y silvestres parras.
Nadan en su cristal Ninfas bizarras
Compitiendo con él cándidos pechos,
Dulces naves de amor, en más estrechos
Que las que salen de españolas barras.
Tiene este monte por vasallo á un prado,
Que para tantas flores le importuna
Sangre á las venas de su pecho helado.
Y en este monte y líquida laguna,
Para decir verdad como hombre honrado,
Jamas me sucedió cosa ninguna.

El Poder del tiempo.

Soberbias torres, altos edifizios,
Que ya cubristeis siete excelsos montes,
Y agora en descubiertos horizontes
Apenas de haber sido dais indicios.
Griegos Liceos, célebres hospicios
De Platones, Plutarcos, Jenofontes,
Teatro que lidió rinozerontes,
Olimpias, baños, lustros, sacrificios;
¿Qué fuerzas deshizieron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?
¡O gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo que os volvió breves rüinas
No es mucho que acabase mi sotana!

El Soneto.

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto;
Catorze versos dicen que es soneto,
Burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuartéto;
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando,
Y aun pareze que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que estoy los treze versos acabando:
Contad si son catorze, y está hecho.

De un Valenton.

Rendí, rompí, derribé,
Rajé, deshize, prendí,
Desafié, desmentí,
Venzí, acuchillé, maté.
Fuí tan bravo, que me alabo
En la misma sepultura.
Matóme una calentura;
¿Cual de los dos es mas bravo?

Lupercio Argensola.

La beldad mentida.

Yo os quiero confesar, Don Juan, primero
Que aquel blanco y carmin de Doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero;
Pero tras esto que confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.
Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, puesque sabemos
Que nos engaña así naturaleza?
Porque este cielo azul que todos vemos,
Ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

Baltasar de Alcázar.

De Ines.

Mostróme Ines por retrato
De su belleza, los pies;

Yo la dije : eso es, Ines,
Buscar cinco pies al gato.
Rióse, y como eran bellos,
Y ella por estremo bella,
Arremetí por cojella,
Y escapóseme por ellos.

A la nariz de Clara.

Tu nariz, hermosa Clara,
Ya vemos visiblemente,
Que parte desde la frente,
No hay quien sepa donde para.
Mas puesto que no haya quien,
Por derivacion se saca
Que una cosa tan bellaca
No puede parar en bien.

La Vieja y el Espejo.

En un muladar un dia
Cierta vieja Sevillana,
Buscando trapos y lana,
Su ordinaria granjería;
Por acaso vino á hallarse
Un pedazo de un espejo,
Y con un trapillo viejo
Lo limpió para mirarse.
Viendo en él aquellas feas
Quijadas de desconsuelo,
Dando con él en el suelo,
Le dijo : *maldito seas.*

Salvador Jacinto Polo de Medina.

Al mondadientes de una Vieja.

A una vieja que ignoraba
Quinze lustros que tenia,
Y un mondadientes llevaba
Aunque sin ellos estaba,
Un galan le dijo un dia :
Deja los impertinentes
Modos de engañar las gentes
Con que mientes desengaños,
Clenarda, porque tus años
Son el mejor mondadientes.

Al mondadientes de un descomido.

Tú piensas que nos desmientes
Con el palillo pulido
Con que, sin haber comido,
Tristan, te limpias los dientes.
Pero la hambre cruel
Da en comerte y en picarte
De suerte, que no es limpiarte,
Sino rascarte con él.

De un jardin.

Entré, Lauro, en tu jardin,
Y ví una Dama ó luzero,
Y una vieja ó can Cerbero
Que era su guarda y mastin.
Es todo tan excelente,
Que me parezió el vergel
Que Adan perdió, viendo en él
Fruta, flor, Eva y serpiente.

A UN MAL POETA QUE SE SANGRÓ.

Que ha sido vuestra sangría
Acertada, dicen cuantos
Saben, Gil, que teneis tantos
Pujamientos de poesía;
Mas yo digo que es engaño
Afirmar que ha sido buena
La sangría de esa vena,
Si teneis en otra el daño.

DE UN SEPULTURERO.

Cavando un sepulcro un hombre,
Sacó largo, corvo y grueso
Entre otros muchos, un hueso
Que tiene *cuerno* por nombre.
Volvióle al sepulcro al punto;
Y viéndole un cortesano,
Dijo: bien hazeis, hermano,
Que es hueso de ese difunto.

Francisco Pacheco.

DE UN MAL PINTOR.

Sacó un conejo pintado
Un pintor mal entendido;
Como no fué conozido,
Estaba desesperado.
Pero halló un nuevo consejo,
Para consolarse, y fué
Poner de su mano al pie
De letra grande CONEJO.

Dr. Felipe Godinez.

De los Letrados.

¿Veis dos mugeres que lavan
Cuando una sábana tuerzen,
Que torziendo á un tiempo entrambas,
Cada una de su parte
La suelen dejar sin agua?
Pues así son los Letrados,
Que al cabo de la jornada,
Ayudando uno á una parte,
Y otro á la parte contraria,
Como à sábanas los dejan
Torzidas, y sin sustancia.

D. Francisco de Rojas.

De los Calvos.

Contra el Dios Baco cometió un pecado
La Mona; pero Baco muy airado,
Desde su trono donde monas salva,
Condenó que la Mona fuese calva.
Mas la Mona apeló de la sentencia
Al Dios Júpiter, y él con mas clemencia
Licencia dió á la Mona que pusiera
La calva en cualquier parte que quisiera.
Mas ella, la sentencia confirmada,
Llamándose infeliz y desdichada,
Tanto en su mismo enojo se atropella,
Que iba buscando en sí donde ponella;
Y en fin, por no ponérsela en la frente,
La puso en el lugar mas indecente.
Considera tú, pues, repara ahora

Que el castigo en la Mona se mejora,
Pues lo que el Calvo trae en la mollera,
La Mona lo trae puesto en la trasera.

D. Pedro Calderon de la Barca.

El Galan oficioso.

De una Dama era galan
Un Vidriero que vivia
En Tremezen, y tenia
Un grande amigo en Tetüan.
Pidióle un dia la Dama,
Que á su amigo le escribiera
Que una mona remitiera;
Y como siempre quien ama
Se desvela en conseguir
Lo que su Dama le ordena,
Por escojer una buena
Tres ó cuatro envió á pedir.
El tres ó cuatro escribió
En guarismo el majadero,
Y como es allí la O zero,
El de Tetüan leyó:
« Amigo, para personas
A quien tengo voluntad,
Luego al punto me envïad
Trescientas y cuatro monas. »
Hallóse aflijido el tal;
Pero mucho mas se halló
El Vidriero, cuando vió,
Contra su frágil caudal
Dentro de muy pocos dias,
Apëarse con estruendo

Trescientas monas, haziendo
Trescientas mil monerías.

De los Apellidos.

Si á un padre un hijo querido
A la guerra se le va,
Para el camino le da
Un *Don* y un buen apellido.
El que *Ponce* se ha llamado
Se añade luego *Leon*,
El que *Guevara*, *Ladron*,
Y *Mendoza* el que es *Hurtado*.
Yo conozí un tal por cual
Que á cierto Conde servia,
Y *Sotillo* se decia.
Crezió un poco su caudal,
Salió de mísero y roto,
Hizo una ausencia de un mes,
Conozíle yo despues,
Y ya se llamaba *Soto*.
Vino á fortuna mayor,
Eran sus nombres de gonzes,
Llegó á ser rico, y entónces
Se llamó *Soto Mayor*.

Del Entendimiento.

Un Loco hizo esta pregunta:
¿Qué cosa en el universo
Es la mas bien repartida?
Respondió: el entendimiento,
Porque cada uno está
Con el que tiene contento.

D. Francisco Bances Candamo.

De los Estadistas.

Líbrenos Dios de que haga
Un Estadista un capricho,
Pues con tema porfïada
Mentirá todo, primero
Que mienta su judiziaria.

D. Francisco de Leiba.

De un Predicador.

Muy largo y mal predicó
Cierto Religioso un dia,
Y á una muger que le oia
Mal de corazon la dió.
Al ruido el Padre parado,
Preguntó ¿qué pudo ser?
Y dijo uno: á esta muger
Mal de corazon le ha dado.
Pues ¿de qué (con impaciencia
Dijo el Padre) aquí la dió?
Y el bellacon respondió:
De oir á su Reverencia.
Pues ¿cómo el desvergonzado
(Dijo el Padre enfurezido)
Sabe que es de haberme oido
Aquese mal que la ha dado?
A lo cual el hombre allí
Le respondió en un momento:
Yo lo sé, porque ya siento
Que me quiere dar á mí.

Moreto.

De los Enamorados.

Mira, en un lugar pequeño
Eran cinco enamorados.
Fuése su Dama, y turbados
Unos de otros sospechaban;
Y luego el caso sabido,
Hallaron que se habia ido
Con otro que no pensaban.

De un Sastre de buen nombre.

El Duque de Alba Fernando,
A un sastre le preguntó,
¿Cómo os llamais? Respondió,
Señor, Toledo, temblando
El sastrezillo de miedo.
De las orejas le asió,
Moíno el Duque, y decia:
Toledano, y no Toledo.

D. Luis Belmonte.

No es mal consuelo una albarda.

Robáronle á Anton Llorente
Su pollino; él con desvelo
Hizo plegarias al Cielo,
Mas humilde que impaciente.
Pero viendo que el que aguarda
Alcanza su gusto tibio,
Vino á tomar por alivio
Consolarse con la albarda;
De manera que imagino
Que fué consuelo tenella,

Pues sintió menos con ella
La pérdida del pollino.

D. Juan Ruiz de Alarcon.

De un Cobarde.

Sacó la espada un valiente
Contra uu gallina, y huyendo
El cobarde, iba diciendo:
Hombre, que me has muerto, tente!
Acudió general ruido,
Y uno que llegó á buscarle
La herida para curarle,
Viendo que no estaba herido,
Dijo: ¿qué os pudo obligar
A decir, si no os hirió,
Que os ha muerto? y respondió:
¿No me pudiera matar?

D. Juan de Matos Fragoso.

De la Fortuna.

Mira, la Fortuna es una
Dama de gallardo cuerpo,
Llena de joyas y galas,
Que causa á todos respeto.
Esta anda entre los concursos
Mayores del universo;
Y los discretos que ven
Venir con garbo y despejo
Una muger tan bizarra,
Como corteses y atentos,

A los lados se retiran,
Porque ella pase por medio,
Haziendo como entendidos;
Y como los majaderos
No hazen caso, ni se apartan,
Y se están quedos que quedos,
La Fortuna que va andando
Es fuerza topar con ellos.

D. José de Cañizares.

Del valor de las mugeres.

Las mugeres todas son
Engañifas de la idea;
Nuestros desvelos nos pagan
En el precio que nos cuestan.
Y así, amigo, la mas fina
Tiene una rara moneda,
Que cuando la dice, es oro,
Que cuando la llora, es perlas,
Que cuando la escribe, es plata,
Y es cobre, cuando la trueca,
Pues es fuerza hazerse cuartos
Para cumplir con ochenta.

De ciertos casamientos.

¿Yo casarme con ninger
De quien las mañas se ignoran,
Cuando á un albeitar se envia
Una mula que se compra?

El Pleito venzido.

..... Como ya en la Junta
Me recibí de Abogasno,

El otro dia fuí á hablar
Sobre un pleito en que un cuñado
De una tia, que era hermana
De una prima de su hermano,
Dió muerte á un pariente de otro;
Y ni veinte papagayos
Pudieran hablar mejor,
Porque yo saqué á Vulpiano,
Y cité sobre la prueba
A Juanini, que de emplastos
Trata con admiracion.
Salió Moreto al estrado,
Doña María de Zayas,
La historia de Carlo Magno,
Y eché á Calderon acuestas,
Que es quien mejor trata de autos.
Con esto todo el concurso
Me dió infinitos aplausos,
Y al fin salí con el pleito;
No con todo, mas con algo:
Porque al que yo defendia
Que saliese desterrado,
Le alzaron todo el destierro,
Pero fué porque le ahorcaron.

D. Ignacio Luzan.

El No sé qué.

Quotiescumque mi cara Galatea
Con blanda risa y con amor me mira,
De sus ojos pareze que respira
Un *nescio quid* que todo me recrea.
Mas luego que de mí (ya desden sea,
Ya descuido) su vista se retira,

Heu! otro *nescio quid*, sin ser mentira
Sienten con triste afan *præcordia mea.*
¿ *Undenam* provendrá tan raro é incierto
Efecto de su amor, de sus enojos?
¿Tanto puede un favor y una aspereza?
¡Ay de mí! que yo tengo *pro comperto*,
Que el *nescio quid* no viene de sus ojos,
Y que el mal está todo en mi cabeza.

Cadalso.

De una muger que murió de pura constancia.

Solo murió de constante
La que está bajo esta losa.
Acércate, caminante,
Pues no murió tal amante
De enfermedad contagiosa.

De un marido zeloso.

Este difunto era esposo
Y los zelos le mataron;
De ejemplar tan horroroso
Los demas escarmentaron,
Pues ya ninguno es zeloso.

De uno que murió porque no logró casarse con quien queria.

El que está aquí sepultado,
Porque no logró casarse
Murió de pena acabado.
Otros mueren de acordarse
De que ya los han casado.

DE UNA VIEJA QUE MURIÓ DE AMOR.

Una vieja ha fallezido
De amor, y aquí se enterró.
Considere el advertido,
Si enamorada murió,
Qué tal habria vivido.

BODA DE VENUS CON VULCANO, ASISTIENDO MARTE CON LOS DEMAS DIOSES AL BANQUETE.

¡Venus alegre y mozita!
¡Vulcano viejo y zeloso!
¡Marte amigo del esposo!
¡Ay qué boda tan bonita!

D. Juan de Iriarte.

A UN IGNORANTE QUE MURIÓ ÉTICO, Y DEJÓ UNA COPIOSA LIBRERÍA.

De libros un gran caudal
Aquí un ético dejó:
No temais comprarlos, no,
Que no se les pegó el mal.

A UN TOMADOR DE TABACO.

Aquí yaze de tabaco
Un tomador tan continuo,
Que no tomará difunto
Tanto polvo como vivo.

A un Tuerto enamorado.

Si, como dicen, es cierto
Que amor por los ojos entra,
No sé cómo en tí se encuentra
Amor tanto, siendo tuerto.

Los enemigos del hombre.

Los enemigos del alma
Son tres: mundo, carne y diablo;
Los del cuerpo son Doctor,
Cirujano y Boticario.

Iglesias.

De un Peinado.

Yo ví en Paris un peinado
De tanta sublimidad,
Que llegó á hazer vecindad
Con el ala de un tejado.
Dos gatos que allí reñian,
Luego que el peinado vieron,
A reñir sobre él se fueron,
Y abajo no los sentian.

De un tramposo y su abogado.

Buscó, á fin de no pagarme,
Un tramposo de por vida,
En un Letrado salida
Para la deuda negarme.
Al fin consiguió su intento
Mi deudor, y de contado

Pagó mas al Abogado;
¡Qué justo agradezimiento!

De los Secretarios.

Jamas hallé en diccionario,
Ni otros libros que he leido,
Quien me declare el sentido
De la fe de un Secretario.
Esta fe unos, lo primero,
Dicen verdad significa;
Otros que mentira indica,
Y yo digo que dinero.

De un Casado.

Un casado se acostó,
Y con paternal cariño
A su lado puso el niño,
Pero suzio amanezió.
Entónces torziendo el gesto,
Miróse uno y otro lado,
Y esclamó desconsolado:
¡Ay amor, cómo me has puesto!

Del buen gusto.

De toda la vida mia
Los agüeros mas siniestros,
Fueron el tener maestros
De quien el buen gusto huia.
Y si bien de ellos me fio,
Si yo llego á tener fama,
Veréis como alguno esclama:
¿Ese? es discípulo mio.

Miré acaso, y ví una Vieja
Que las pulgas se miraba.
Juzguéla infernal dragon,
Dí un grito y la hize la cruz,
Y apagando ella su luz,
Desparezió la vision.

LANZE SERIO.

Al andaluz mas valiente
De todos los andaluzes,
Cuya charpa omnipotente
Pobló estos barrios de cruzes,
Cierta noche á la una dada
En el Conejal hallé.
Me miró, yo le miré,
Y fuése sin decir nada.

RESPUESTA A UNA CHUSCA.

Entrando en los Cayetanos
Una Dama á un Charro vió,
Y le dijo: ¿se acabó
La misa de los villanos?
Viendo él trazas tan livianas,
Respondió: se acabó ya;
Pero entrad, que ahora saldrá
Otra de las cortesanas.

Mro. Gonzalez.

A UNA PINTURA CONFUSA DE LA GLORIA.

Una rara vision que representa
Un conjunto de varias confusiones

En color de azafran y de primienta,
Donde á costa de muchas atenciones
Solo nota la vista mas atenta
Manos, patas, cabezas, pies y alones;
¿Por qué motivo se ha de llamar gloria?
¿No era mejor llamarla pepitoria?

D. Leon de Arroyal.

De los Grandes.

Al que necesitaba menos cosas,
Sócrates comparaba á las Deidades;
Segun las demasias necesitan,
¿A quien compararia á muchos Grandes?

A Joaquina.

Para hazer grande entierro á tu marido
Tus mas preciosos muebles has vendido;
Y dados para misas los dineros,
Has venido á quedar, Joaquina, encueros.
Ahora lloras tu infeliz estado,
Cuando aun nueve dias no han pasado,
Culpando al Fraile, al Sacritan y al Cura,
Porque te propusieron tal locura;
Mas pues de nada sirve que te afanes,
Come responsos en lugar de panes.

De una Muger.

Una muger preñada leyó un libro,
En que el autor su vanidad ponia
En ser original; y la muy simple
Se pagó é hizo de ello gran estima.

A Antonia.

Con el viejo Juan te casas
Porque es rico, bella Antonia;
Bien puede llamarte suya,
Pues te vendes y te compra.

De las Viejas.

Mucho mas locas las viejas
Son en Madrid que las mozas;
Y es regular, porque llevan
Muchos mas años de locas.

De la gente perjudizial.

¿Qué gente es la mas inútil,
Perjudizial al Estado?
Gitanos, titereteros,
Químicos, y mayorazgos.

De la horca.

¿Porqué la horca en el dia
No surte grandes ventajas?
Porque no se le da honra
Con sombreros y garnachas.

De María.

Dice la calva María,
Que es suyo propio el cabello;
Y dice bien, que de valde
No se le da el peluquero.

A Sebastian.

A fraile, dices, te llama
Dios, Sebastian, y lo creo;

Pues aunque seglar muy malo,
Podrás ser fraile muy bueno.

De un Zeloso.

Al que yaze aquí en reposo,
Porque lo quiso su estrella,
Zelos dió una ingrata bella,
Y él se murió de zeloso.
Dijo uno, que esto leyó:
Cierto que fué un gran menguado;
Hubiéraselos él dado,
Y viviera como yo.

De las bodas.

Cuatro cosas en todas
Las bodas entran:
Irreflexion, locura,
Bobo y tercera.

A Don Rafael.

Que hay gran falta de leyes,
Dices, Rafael.
Hi : : : de pu : : : cuando apenas
Se orina sin ley!

De los Lugares.

Tres clases hay de enemigos
Que aniquilan los lugares:
Los Nobles, los Escribanos,
Y los Juezes trieniales.

A Ines.

Quien diga que eres carnal,
Miente indignamente, Ines;
Pues cuanto se mira es
Huesal en tí, y pellejal.

Del honor.

¿Qué es honor? Un avechucho
De complexion delicada,
Que no nos sirve de nada,
Pero nos priva de mucho.

P. José Francisco de Isla.

De la manía por los Antiguos.

Alábanse con razon
Lain Calvo y Nuño Rasura,
Y se tiene por cordura
El calarse un pelucon.
Es uso mas que pasion
Engrandezer lo de antaño,
Y vivir á lo de ogaño;
¿Quien pondria las azules
Bragas del gran Peranzules
Hoy dia sin grave daño?

De las Dedicatorias.

Un libro siempre es igual,
Tenga ó no dedicatoria.
Si es bueno, sube á la gloria;
Si es malo, baja al corral.

Un discurso razional,
Aunque nadie le dé abrigo,
Lleva su valor consigo;
Pero un infame papel,
Dedicado á San Miguel
Se lo lleva el Enemigo.

D. Pablo de Jérica.

El Juez escrupuloso.

¡Callar! dijo un magistrado,
Al oirse un gran rüido
En la sala del juzgado:
¡Por Dios que estoy aturdido!
Diez causas he sentenciado
Sin haberlas entendido.

La Niña timorata.

Que venga mi confesor,
Dijo, estando enferma, Ines.
— Le llamarémos: ¿quien es?
— El Padre Fray Salvador.
Así que se le llamó,
Dijeron en el convento:
Iria, pero es el cuento
Que ha diez años que murió.

Epitafio.

Aquí Fray Diego reposa,
Y jamas hizo otra cosa.

CUENTOS Y FRAGMENTOS

DEL GÉNERO FESTIVO.

Castillejo.

AL AGUA, HABIÉNDOLE MANDADO EL MÉDICO QUE BEBIESE VINO.

Mi alma, señora Linfa
En vos estaba metida,
En vos mesma convertida
Teniéndoos por una Ninfa,
Entre todas escojida;
Tanto, que estando doliente,
De que no pensé escapar,
Me mandaba espresamente,
Si allí muriese, enterrar
En la boca de una fuente.
Arroyos, fuentes y rios,
Y especial las fuentezicas
Do salen las arenicas,
Eran los deleites mios,
Y mis glorias las mas ricas.
Por do quiera que pasaba,
Señora Linfa, y os via,
Con los ojos os miraba,
Con la boca os requeria,
Con el alma os adoraba.
Fuí tan aguado de veras,
Y vos de mí tan amada,
Que no temiendo de nada,

Os bebí de mil maneras
Y figuras transformada.
Por no probar otra cosa,
Os bebí tan á la larga,
No solo fria y sabrosa,
Pero caliente y amarga,
Y alguna vez peligrosa.

. . . . . .

Ya sabeis que de camino
Yendo á Aranda no bien sano,
Paseándome en verano
Por la isla de un molino,
Que Dios me puso á la mano;
Una fuentezica ví
Que manaba en la ribera,
Tan linda, que enmudezí,
Y aina casi me perdiera
Por un beso que le dí.
Saltaban las arenillas
Como aljófar á la cara,
Y estaba tan fresca y clara,
Que me hinqué de rodillas
Con gana que me besara.
Y mirándola muy ledo,
Con ojos enamorados,
Estaba suspenso y quedo,
Entre dos grandes cuidados
Metido, de amor y miedo.
Si te bebo, le decia,
Dañarme has, y moriré;
Si te dejo, llevaré
Lástima de mi alegría,
Que por tí la perderé.
Ninfa de tanta beldad,
Tú que tan bien me parezes,

Y robas mi voluntad,
Ciertamente no carezes
De alguna divinidad.

. . . . . .

Enfin fué tal el beber,
Que mi vientre todo entero
Se hinchó como pandero,
Hasta que entrar ni caber
No pudo mas en el cuero.
Pero segun la sed era,
Si lo sufrieran las venas,
Yo pienso que me bebiera
La fuente con sus arenas
Antes que de allí partiera.
La paga de estos amores
Y servicios tan lëales,
Fueron dolencías y males,
Y martirios y dolores,
Cual nunca se vieron tales.
Y por remate queria
Aun darme vuesa merced
Nuevo mal de hidropesía,
Porque muriese de sed
A un en vuestra compañía.
Yo, vista la ingratitud
De que usábades conmigo,
Dí la vuelta, como digo,
Proveyendo en mi salud
Con consejo de un amigo;
Y fuéme fuerza hazer
Mudanza, no de mi gana,
Sino para guarezer,
Trocando por lo que sana,
Lo que me daba plazer.
Dejo aparte los plazeres,

De que he por vos carezido,
Que por beberos he sido
De los hombres y mugeres
Mil vezes aborrezido.
Y aunque vos seais bendita,
Me sois causa de flaqueza,
Y el vino me resucita;
Vos soleis poner tristeza,
Mas estotro me la quita.

. . . . . .

Y aunque nuestro apartamiento
Se hizo con mi despecho,
Despues que una vez es hecho,
No me duelo ni arrepiento,
Conoziendo su provecho.
Caso que me pone horror
En aquel primer encuentro,
El vino con su sabor,
Despues que una vez va dentro,
Es sin duda muy mejor.
Conozelde la ventaja
Señora agua, con razon,
Sin tomar de ello pasion,
Pues no debe haber baraja
Donde no hay comparacion.
Y no os pese del pesar
Que tengo de haber tardado,
En negaros y dejar
A quien sé me ha enfermado
Por quien me puede sanar.

. . . . . .

Y vos, Baco gran Señor,
Padre de las alegrías,
Que en los mis postreros dias
Veniste á ser el autor

De las no pensadas mias:
Triunfa de los licores
De las cisternas y pozos,
Fuentes y rios mayores,
Pues vuestro plazer y gozos
De todos son venzedores.
Y vos Pedro, gran Dotor
Que tal consejo me distes,
Con que los mis dias tristes
Y cubiertos de dolor
En gloria los convertistes:
Vivaisme mas que Noé,
Pues nunca jamas tal hombre
Despues dél para mí fué,
Que sobre esta piedra y nombre
Mi iglesia edificaré.

La verdad y la lisonja en las cortes.

Una nao que partió
A buscar sus desventuras,
Dando en unas peñas duras,
Cabe un puerto se perdió
Peregrino,
Y de aquel pueblo mezquino
Que allí quedaron sin luz,
Diz que solo un Andaluz
Se salvó, y un Vizcaino,
Que nadaron
Hasta que á tierra llegaron.
Y como solos se viesen
Sin saber donde estuviesen,
A caminar comenzaron
Por la tierra,
Andando de sierra en sierra

Con trabajo y desatino,
Sin saber si su camino
Fuese de paz ó de guerra,
Ni do andaban,
O qué gentes habitaban
En provincia tan estraña,
Ni ver casa ni cabaña
En todo cuanto miraban.
Y así andando
Discurriendo y rodëando,
Sobre un valle al fin llegaron
Do gran multitud hallaron
De monazos retozando
Por un prado,
Y en medio de ellos sentado
Como persona Rëal
Un monazo desigual
Muy compuesto y mesurado.
Y llegados
Los dos pobretos cuitados,
Fueron vistos y sentidos,
Y de los monos asidos,
Delante del Rey llevados
Mano á mano.
El cual muy ledo y ufano
Con la presa semejante,
Habló con gentil semblante,
Como Príncipe lozano
De corona;
Y sin mirar que era mona,
Preguntó con lozanía,
Qué cosa les parezia
De su gente y su persona
Singular?
A lo cual sin dilatar,

El Andaluz avisado
Respondió disimulado,
Segun al tiempo y lugar
Convenia,
Diciendo que nunca habia
Visto corte mas pomposa,
Ni persona mas hermosa,
Ni tan bella compañía;
Ni creyera
Que en el mundo todo hubiera
Tan perfecta criatura,
Ni que la sabia natura
Tal cosa hazer supiera.
Muy pagado
El mono desvergonzado,
Levantóse y hizo el buz
Al buen gentil Andaluz,
Y sentóle á su costado
Por vecino.
Y volviendo al Vizcaino,
Con el gozo que tomó
Lo mismo le preguntó,
Pensando que el mismo vino
Venderia.
El Vizcaino que via
La fiesta del compañero,
Como simple verdadero
Entre sí mismo decia:
Bien está;
Si á quien miente así le va
Con esta bestia enemiga,
Con quien la verdad le diga
Mucho mejor lo hará.
Y volviendo
La cara al mono riendo,

Le dijo: monazo amigo,
Perdóname si te digo
La verdad de lo que entiendo;
Y esta sea,
Que eres la cosa mas fea,
Mas suzia otro que sí,
De cuantas yo jamas ví,
Ni se hallarán en Guinea
Monstrüosas,
Con tus nalgas asquerosas
Y tus vergüenzas de fuera,
Que es una vision mas fiera,
Que todas las espantosas
Abeterno.
Animal de mal gobierno,
Mono viejo por vocablo,
Por delante eres diablo,
Y por detras el infierno
Bruto y feo.
Luego aquel pueblo Guineo,
Esto oyendo, asieron dél
Y con animo cruel
Le mordieron á deseo
Bravamente;
De suerte que el inocente
Vizcaino desdichado
Quedó allí despedazado.

Romancero.

Cupido y un Mesonero.

Llegó á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco y muerto el fuego.

Viéndole tan destrozado,
Dijo el bueno del Ventero:
Hermanito, no hay posada;
Pique, que cerca está el pueblo.
Bien quisiera su venganza
Ponerla luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.
Díjole como era hijo
De la bella Diosa Venus,
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
Jamas cupo en bajo pecho,
Haziendo burla del niño
Responde con menosprecio:
Para ser hijo de Reyna
El trae muy bellaco pelo,
Y aquí no hazemos nada
Por amor y sin dinero.
Sepa, si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo,
Cuando cantaban sus triunfos
Con discantes á lo viejo:
Cuando por ver á su Dama,
Iba el otro majadero,
Hecho pez á media noche,
Nadando de Abido á Sexto;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto.
Pero en medio de las ondas
Halló de su alma el remedio,
Pues bebió tal parte de ellas,
Que apagó de amor el fuego.

Y tambien el otro bobo
Del babilónico suelo,
Que porque halló roto el mantó,
Rompió con su espada el pecho.
Y luego la necia Tisbe
Añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La soga tras el caldero.
Y si no ve aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciego:
Desatápese los ojos,
Verá la razon que tengo.
Cupido entre aquestas burlas
Fué las veras conoziendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley y otro uso nuevo.
Y es tan discreto, que tiene
Menos costa y mas provecho;
Y tambien manda á las Damas
Que en su amor hagan concierto.
Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio,
Y que al amante que diere
No le envien descontento;
Y al que no diere, le digan
Lo que le dijo el Ventero:
Hermanito, no hay posada;
Pique, que cerca está el pueblo.

La Muerte y el Amor.

Topáronse en una venta
La Muerte y Amor un dia,
Ya despues de puesto el sol
Al tiempo que anochezia.

A Madrid iba la Muerte,
Y el ciego Amor á Sevilla,
A pie, llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la Justicia,
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Estando los dos sentados,
Amor á la Muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa.
Al fin, le dijo riendo:
Señora, no sé qué os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la Muerte de esto,
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retiran.
Con un lanzon el Ventero
De por medio se metia,
Y haziendo las amistades,
Cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cozina,
Que en la venta no habia cama,
Ni el Ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huéspedes servia.
Aun no bien amanezido,
Cuando Amor se despedia;
Sus armas al huésped pide,
Pagando lo que debia.

El huésped le da por ellas
Las que la Muerte traia;
Amor se las echa al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la Muerte
Triste, flaca, desabrida;
Tomó las armas de Amor,
Y tambien hizo su guia.
Y desde entónces acá,
Mata el Amor con su vira
Mozos, que ninguno pasa
De los veinte y cinco arriba;
A los ancianos á quien
Matar la Muerte solia,
Ahora los enamora
Con las saetas que tira.
Mirad cual está ya el mundo
Vuelto lo de abajo arriba:
Amor por dar vida, mata;
Muerte, por matar da vida.

CARTA DE GERINELDOS A LA DUEÑA QUINTAÑONA.

Dueña, si habedes honor,
Mirad bien por mi fazienda,
Que ya debria ser tiempo
Que mi dolor os empezca.
Non pongais en al las mientes,
Que non es de buenas dueñas,
A quien tuerto non les faze
Fazer injurias derechas.
Miembreos, Señora mia,
Que faze esta primer fiesta
Seis años, non dende ayuso,
Que os fastidian mis requestas.

Y en todos estos seis años
Non firieron mis orejas
Razones de vuesa boca,
Que mis congojas desmientan.
En los dos años primeros
Me dístedes por respuesta,
Que érades niña en cabello,
Para usar homes pequeña.
Los otros cuatro, Señora,
Non remediastes mis penas,
Temiendo veros en cinta:
¡Ay Dios quien en cinta os viera!
En los dos últimos meses
Partíme á las lueñes tierras,
Volví, y hallévos casada.
¡Triste de quien fia en fembras!
Distédesme por escusa
¡Triste de quien la creyera!
Que el viejo de vueso padre
Vos fizo casar por fuerza:
Que bien sabe el de lo alto
Cuantas lágrimas os cuesta:
Que la vuesa voluntad
Non es conmigo mañera.
Si ello es vero ó non, yo fio
Que esta vegada se vea,
Pues ya non podrá estorballo
Ser niña, ni estar donzella.
Fazed como vais, Señora,
Mañana á la Madalena
A ganar la perdonanza
Con quien puridad os tenga.
Venid vos á mis palacios,
Donde tendrémos la siesta,
Y folgarémos en uno
Sin que mis homes lo vean.

Que si así satisfazedes
Mi afizion y vuestra deuda,
Veré que non es falsía
Ni mal querencia la vuesa.
Donde no, cuidad, casada,
Que tarde ó temprano sea,
Que destos desaguisados
Tengo de tomar enmienda.
Esto escribió Gerineldos
Camarero de la Reyna,
A la dueña Quintañona
Estando en zelada puesta.

El Amante zeloso.

Cierta Dama cortesana
De las de arandela y toldo,
De las de buen talle y pico,
Y pícara sobre todo,
Picóla con sus saetas
Amor de amores de un mozo,
Mas que Narciso galan,
Y mas que galan zeloso.
. . . . . .
Cobróla el ninfo afizion,
Y puso en su bolsa cobro,
Porque con sola su gala
Pensó conquistallo todo.
Pidióla zelos un dia,
Y á vueltas del alboroto,
Algo enojado el galan
La dió un puntapié en el rostro.
Ella que nunca habia visto
Semejantes terremotos
En el cielo de su cara,

Tocó á ñublo y conjurólos.
Y fué la conjuracion,
Que en yéndose, de allí á un poco,
Le escribió aqueste papel
De que yo doy testimonio.
« Deje zelosas sospechas,
Que vive Dios que es un tonto
Quien no dando todo el gusto,
No piensa pasar por todo.
Huélguese pues que le dejan,
Y juegue, pues vamos horros,
Y aunque encuentre mil encuentros,
No me baraje uno solo.
Y sepa vuesa merced,
Que calzo, que visto y como
A costa de mis costillas,
Por ser tan flacos sus lomos.
Y entienda que es nezedad
Pretender con sus adornos,
No siendo el Marques del Gasto,
Ser Conde de Puñonrostro.
Sepa que ya con las Damas
Un metal que llaman oro,
Es el discreto, el galan,
El gentil-hombre, el gracioso.
Por este metal que digo,
Habla el mudo y anda el cojo,
Alcanza el que está sin brazos,
Y es de pluma el que es de plomo.
Por aqueste hábitos verdes,
Y descendientes de Godos
Dan su lado á quien los tiene
En campo amarillo rojos.
Por este amable metal
En maridable consorzio

De bien diferentes sangres
He visto yo hazer mondongo.
Por este arbola bandera,
Quien en su vida vió Moro,
Ni sabe que es centinela,
Rebellin, trinchera ó foso.
Pues si este por quien se alcanza
Cualquiera premio dichoso
Le falta á vuesa merced,
Y yo en el mundo no sobro,
¿Porqué se mete en honduras,
Adonde el mar es tan hondo,
Que suele anegarse en él
Un hombre, aunque sea un corcho?
Con las Damas de este tiempo
Es muy sabido el negocio,
Que por un Magno Alejandro
Trocarán catorze Apolos.
Pasó ya el dorado siglo,
Que Angélica con Medoro
Se gozaban en la selva,
Pagando un amor con otro.
Belerma muy aflijida,
Hechos fuentes los dos ojos,
Lloraba cinco ó seis años
Sobre el corazon mooso.
Gastaba la gran Cleopatra
Sus tesoros con Antonio,
Dábase Tisbe la muerte,
Y llevabala el Demonio.
Catalina por Pascual
Andaba catorze agostos,
Y al fin de ellos sus amores
Paraban en matrimonio.
Ya está tan mudado el tiempo,

Que aun negras de monicongo
Se van tras el interes,
Y dan al amor de codo.
Yo por un poco fuí nezia,
Mas basta la burla un poco;
Busque, si encuentra, otra boba,
Con quien él sea menos bobo,
Y con ella su merced
Sea mudo, ciego y sordo,
Que á todo aquesto se obliga,
Quien quiere mucho y da poco. »
Leyó el Galan el papel,
Y dijo entre risa y lloro:
Quien zelos no tiene es simple,
Y quien los pide es un loco.

Lope de Vega.

LA NOCHE DE S. JUAN BAJO DOS ASPECTOS.

DIALOGO ENTRE CHICHON Y D. ENRIQUE.

CHICHON. Oscura noche en verdad.
ENRIQUE. Sin embargo hoguera tanta
Las negras sombras espanta,
Y venze su oscuridad.
CHICH. Mejor ha estado la tarde.
ENR. La de San Juan en Sevilla
Es alegre á maravilla.
¡Qué es ver el prezioso alarde,
Que haze de sí plazentera,
Ostentando su finura
Tanta divina hermosura;
Del Betis en la ribera!
¡Qué es ver en el claro rio
Tantas barcas enramadas,

De toldos entapizadas,
Formando un bosque sombrío,
Y en ellas alegremente,
Bailar todos muy contentos
Al son de los instrumentos
Que acompañan la corriente!

CHICH. ¡Y qué es ver tanto maton,
Muy erguido y puesto al olio,
Con sobrerazo de á folio
Ostentando el espadon!
Con retorzido bigote,
Y como inspirando asombro,
Mirar por cima del hombro
Asomándose al capote,
Ir chorrëando pendencia,
Y hazerse lugar diciendo:
Apártense; ¿no están viendo
Que aquí va la omnipotencia?
¡Qué es ver á tanta garduña,
De clase y de trato vil,
Buscar, mas que un alguazil,
En donde encajar la uña!
¡Qué es ver á tanta gitana
Decir la buena ventura,
Y hazer pontífize á un Cura
Que apenas tiene sotana!
Una de ellas me la dijo,
Y viendo mi poco fuste,
Despues de infinito embuste
Que contar fuera prolijo,
Mirándome á lo ceñudo,
Esclamó: diste en las brasas;
Advierte que si te casas,
Séras muy grande.... no dudo
Supones el consonante.

Pero yo á la gran taimada,
La dí tan fiera puñada
En la boca, que al instante
Le sáltó, segun mi cuenta,
Solo un diente que tenia;
Con que quedó de su enzía
El taller sin herramienta.

Enr. No te vuelva á suceder,
Que te sabré castigar,
Y enseñarte á respetar
Hasta el nombre de muger.
Me cansan las tiranías
De quien las haze desprezios.
Los feos, pobres y nezios
Suelen tratarlas de harpías;
Pero quien sabe estimarlas,
Y las mereze agradar,
Jamas se llega á cansar
De engrandezerlas y honrarlas.
Por Dios que donde no están
No hay verdadera alegría,
Ni tenemos compañía
Como la que ellas nos dan:
Nuestras enfermeras son
De alma y cuerpo.

Chich. Así es verdad,
A no tener vanidad
Su mudable condicion.

Enr. No es toda muger igual.

Chich. Buena es la que se comide;
Bello animal si no pide,
Si pide, es bravo animal.

. . . . . .

Enr. Hablas con ese reposo,
Porque nunca habrás amado;

Pero no hay mas triste estado
Que el de amar y estar zeloso.
Son zelos una pasion
Que al mas cuerdo desatina,
De Amor, deidad peregrina,
Adúltera sucesion.
Son zelos fuente de enojos,
Son un azote del sueño,
Y una atalaya sin ojos.
Son zelos unas escuchas
Y solicitudes locas,
Que para verdades pocas
Hazen diligencias muchas.
Son zelos haber creido
Una sombra, una ilusion,
Que del sol de la razon
Forma el interior sentido.
Son zelos cierto temor
Tan delicado y sutil,
Que si no fuera tan vil
Pudiera llamarse amor.
Son principios de mudanza,
Y fin de la obligacion.
Son ajena estimacion,
Y propia desconfianza.
. . . . . .
Son cuerpo del pensamiento
Que no le tuvo jamas,
Pasos que amor vuelve atras
Para correr por el viento;
Y aunque es semejanza nueva,
De linterna es su costumbre,
Pues vemos mover la lumbre,
Y no vemos quien la lleva.
Son finalmente rigores,

Que amando es fuerza tenellos,
Pues ni amor está sin ellos,
Ni ellos están sin amores.
CHICH. Mas cortas son por acá
Esas cifras y desvelos.
ENR. ¿Pues cómo entiendes los zelos?
CHICH. La definicion que da
Quien ama, gente accesible,
Ya entiendes, gente tratable,
De esfera comunicable
Y no de un alto imposible,
Es sospechar, no parar,
Llegar y reconozer;
Y en fin, entre hombre y muger,
Escusando todo hablar
En mentiras ó verdades,
Sin oir satisfacziones
Darse cuatro mojicones
Y luego hazer amistades.
¿Mas nos hemos de acostar?

FRAGMENTOS DE LA GATOMOQUIA.

Yo aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Estos vestidos de árboles mayores,
Y aquellos de ganados y de flores,
Las armas y las leyes
Que conservan los reynos y los reyes;
Ahora en instrumento menos grave
Canto de amor süave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero taratántara templado

Con el silbo de pífano sonoro.
Vosotras, Musas del castalio coro
Dadme favor en tanto
Que con el genio que me disteis canto
La guerra, los amores y accidentes
De dos Gatos valientes.
Tú, Don Lope, si acaso
Te deja divertir por el Parnaso
El Holandes pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas
Por donde con la armada peregrinas,
Suspende un rato aquel valiente azero,
Con que al asalto llegas el primero,
Y escucha mi famosa *Gatomaquia*:
Así desde las Indias á Valaquia
Corra tu nombre y fama,
Que ya por nuestra patria se derrama.
. . . . . .
Estaba sobre un alto caballete
De un tejado sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan frunzida y mirlada,
Como si fuera gata de convento.
Su mesmo pensamiento
De espejo la servia,
Puesto que un roto casco le traia
Cierta urraca burlona,
Que no dejaba toca ni valona
Que no escondiese por aquel tejado,
Confin del corredor de un Lizenziado.
Ya que lavada estuvo,
Y con las manos que lamidas tuvo
De su ropa de martas aliñada,

Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria vocal, con tanta gracia
Como pudiera el músico de Trazia:
De suerte que cualquiera que la oyera
Que era solfa gatuna conoziera,
Con algunos cromáticos disones,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la primavera
Por un balcon de rosas y alelíes,
Y Flora con dorados borzeguíes
Alegraba risueña la ribera.
Tiestos de Talavera
Prevenia el verano,
Cuando Marramaquiz, gato Romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha su escudero,
Que al sol salia Zapaquilda hermosa
Cual suele amanezer purpurea rosa
Entre las hojas de la verde cama,
Rubí tan vivo que pareze llama,
Y que con una dulce cantilena
En el arte mayor de Juan de Mena,
Enamoraba el viento.
Marramaquiz atento
A las nuevas del paje,
. . . . . .
Pidió caballo, y luego fué traida
Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra,
Que tuvieron las Monas y los Gatos.
. . . . . .
Era el gatazo de gentil persona,
Y no menos galan que enamorado,
Bigote blanco y rostro despejado,

Ojos alegres, niñas mesuradas,
De color de esmeraldas diamantadas,
Y á caballo en la mona, parezia
El Paladin Orlando, que venia
A visitar á Angélica la bella.
La recatada ninfa, la doncella,
En viendo al Gato se mirló de forma,
Que en una grave dama se transforma,
Lamiéndose á manera de manteca
La superfizie de los labios seca,
Y con temor de alguna carambola
Tapó las indecencias con la cola,
Y bajando los ojos hasta el suelo
Su mirlo propio le sirvió de velo,
Que ha de ser la doncella virtüosa
Mas recatada, mientras mas hermosa.
Marramaquiz entónces con lijeras
Plantas batiendo el tetüan caballo,
Que no era pie de hierro ó pie de gallo,
Le dió cuatro carreras,
Con otras gentilezas y escarzeos,
Alta demostracion de sus deseos,
Y la gorra en la mano,
Acercóse galan y cortesano,
Donde la dijo amores.
Ella con los colores
Que imprime la vergüenza,
Le dió de sus guedejas una trenza.
Y al tiempo que los dos marramizaban,
Y con tiernos singultos relamidos
Alternaban, sentidos
Desde unas claraboyas que adornaban
La azotea de un clérigo vecino,
Un bodocazo vino
Disparado de súbita ballesta,

Mas que la vista de los ojos presta,
Que dándole á la mona en la almohada,
Por dedentro morada,
Por defuera pelosa,
Dejó caer la carga, y presurosa
Corrió por los tejados,
Sin poder los lacayos y criados
Detener el furor con que corria.

. . . . . .

En tanto que pasaban estas cosas,
Y el Gato en sus amores discurria
Con ansias amorosas,
(Porqué no hay alma tan helada y fria
Que amor no agarre, prenda y engarrafe)
Y el mas alto tejado enternezia,
Aunque fuesen las tejas de Jetafe,
Y ella con ñifi, ñafe
Se defendia con semblante airado;
Aquel de cielo y tierra monstruo alado,
Que vestido de lenguas y de ojos,
Ya decrépito viejo con antojos,
Ya lince penetrante,
Por los tres elementos se pasea
Sin que nadie le vea,
Con la forma elegante
De Zapaquilda discurrió lijero
Uno y otro hemisfero.

. . . . . .

Esto dijo la Fama que pregona
El bien y el mal, y en viendo su retrato
Se erizó todo gato,
Y dispuso venir con esperanzá
Del galardon que un fino amor alcanza.

. . . . . .

Con esto en muchos siglos no fué vista,

Como en esta conquista,
Tanta de gatos multitud famosa
Por Zapaquilda hermosa.
Apenas hubo teja ó chimenea
Sin gato enamorado,
De bodoque tal vez precipitado,
Como Calisto fué por Melibea.
Ni raton parezia,
Ni el balbuziente hozico permitia
Que del nido saliese,
Ni queso, ni papel se agujereaba
Por costumbre ó por hambre que tuviese;
Ni poeta por todo el universo
Se lamentó que le rovesen verso;
Ni gorrïon saltaba,
Ni verde lagartija
Salia de la cóncava rendija.
Por otra parte el daño compensaba
Que de tanto gatazo resultaba,
Pues no estaba segura
En sábado morzilla ni asadura,
Ni panza, ni cuajar, ni aun en lo sumo
De la alta chimenea
La longaniza al humo,
Por imposible que alcanzarla sea,
Exento en la porfía á la esperanza,
Que todo cuanto mira, tanto alcanza.

. . . . . .

Entre esta generosa ilustre gente
Vino un gato valiente,
De hozico agudo, y de narizes romo,
Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
Que Mizifuf tenia
Por nombre; en gala, cola y gallardía
Célebre en toda parte

Por un Zapinarciso y Gatimarte.
Este, luego que vió la bella Gata
Mas reluziente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y dia
Paseaba el tejado en que vivia,
Con pajes y lacayos de librea,
Que nunca sirve mal quien bien desea;
Y sucedióle bien pues luego quiso,
¡ O gata ingrata! á Mizifuf Narciso.
Dando á Marramaquiz zelos y enojos,
No sé por cual razon puso los ojos
En Mizifuf, quitándole al primero
Con súbita mudanza,
El antiguo favor y la esperanza.
¡ O cuanto puede un gato forastero,
Y mas siendo galan y bien hablado,
De pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas,
No hay que fiar de gatas melindrosas.
¿ Quien pensara que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel é inexorable,
Y que al galan Marramaquiz dejara
Por un gato que vió de buena cara,
Despues de haberle dado
Un pie de puerco hurtado,
Pedazos de tozino y de salchichas?
¡ O cuan poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En qué muger habrá firmeza alguna?
¿Quien tendrá confïanza,
Si quien dijo muger dijo mudanza?
Marramaquiz con ansias y desvelos
Vino á enfermar de zelos,
Porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente, Merlin que le curaba,

Gato de cuyas canas, nombre y ciencia,
Era notoria á todos la esperiencia,
Mandó que se sangrase.
Y como no bastase,
Vino á verle su Dama,
Aunque tenia en un desvan la cama,
A donde la carroza no podia
Subir por alta y por estrecha via;
Pero enfin apëada,
Entró de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
Despues de sosegado el accidente,
El con maullo habló y ella con mirlo,
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo.
Pero por alegrarle la sangría,
Le trajo su criada *Bufalía*
Una pata de ganso y dos hostiones.
El se quejó con tímidas razones
En su lenguaje mizo,
A que ella con vergüenza satisfizo:
Quejas, que traduzidas de él y de ella,
Así decian: » Zapaquilda bella,
¿Porqué me dejas tan injustamente?
¿Es Mizifuf mas sabio, mas valiente?
¿Tiene mas lijereza, mejor cola?
¿No sabes que te quise elejir sola
Entre cuantas se precian de mirladas,
De bien vestidas y de bien tocadas?
¿Esto mereze que un invierno helado,
De tejado en tejado
Me hallase el alba al madrugar el dia
Con espada, broquel y bizarría,
Mas cubierto de escarcha,
Que soldado español que en Flándes marcha
Con arcabuz y frascos?

Si no te he dado telas y damascos,
Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,
Por no ofender, ingrata, á tu belleza
Las naguas que te dió naturaleza.
Pero en lo que es regalos, ¿quien ha sido
Mas cuidadoso, como tú lo sabes,
En cuanto en las cozinas atrevido
Pude garrafiñar de pezes y aves?
¿Qué pastel no te truje, qué salchicha?
¡O terrible desdicha!
Pues no soy yo tan feo,
Que ayer me ví, mas no como me veo,
En un caldero de agua, que de un pozo
Sacó para regar mi casa un mozo,
Y dije: ¿esto desprecia Zapaquilda?
¡O zelos, o impiedad, o amor! reñilda!»
Ella como le vió que ya exalaba
Blandamente el espíritu en suspiros,
Y que piramidaba
Entre dulces de amor finjidos tiros,
Paraque no se rompa vena ó fibra,
El mosqueador de las ausencias vibra,
Pasándole dos vezes por su cara.
Volvióle en sí, que aquel favor bastara
Para libralle de la muerte dura,
Y luego con melífera blandura
Le dijo en lengua culta:
«Si tu amor dificulta
El que me debes, en tu agravio piensas
Tan injustas ofensas,
Que aunque es verdad que Mizifuf me quiere
Y dice á todos que por mí se muere,
Yo te guardo la fe como tu esposa.»
Cesó con esto Zapaquilda hermosa,

Sellando honesta las dos rosas bellas,
Que siempre hablaron poco las donzellas,
Que como las viudas y casadas
No están en el amor ejercitadas.

. . . . . .

Zapaquilda gallarda
Estaba en su balcon, que no atendia
Mas de á saber si Mizifuf venia,
Cuando Garraf su paje,
Si bien de su linaje,
Llegó con un papel y una bandeja.
Ella la cola y el confin despeja,
Y la bandeja toma
Sobre negro color labrada de oro
Por el Indio Oriental, y con decoro
Mira si hay algo que primero coma:
Ofensa del cristal de la belleza,
Propia naturaleza
De gatas ser golosas,
Aunque al tomar se finjan melindrosas;
Y ántes de oir al paje
Ve las alajas que el galan envia:
¿Qué joya, qué invencion, qué nuevo traje?
En fin vió que traia
Un pedazo de queso
De razonable peso,
Y un relleno de huevos y tozino,
Atis en fruta que produze el pino
Entre menuda rama
En la falda del alto Guadarrama,
Por donde van al bosque de Segovia:
Y luego en fe de que ha de ser su novia,
Dos cintas que le sirvan de arracadas,
Gala que solo á gatas regaladas,
Cuando pequeñas, las mugeres ponen,

Que de rosas de nácar las componen.
Tomó luego el papel, y con sereno
Rostro apartando el queso y el relleno,
Vió que el papel decia:
« Dulce Señora, dulce prenda mia,
Sabrosa (aunque perdone Garcilaso,
Si el consonante mismo sale al paso)
Mas que la fruta del cercado ajeno,
Ese queso, mi bien, ese relleno,
Y esas cintas de nácar os envio,
Señas de la verdad del amor mio. »
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
Marramaquiz zeloso, que mirando
Estaba desde un alto caballete
Tan gran traicion, colérico arremete
Y echa veloz, de ardiente furia lleno,
Una mano al papel y otra al relleno.
Garraf se pasma y queda sin sentido,
Como el que oyó del arcabuz el trueno
Estando divertido,
A quien él ofendido
Tiró una manotada con las fieras
Uñas, de suerte que formando esferas
Por la region del aire vagaroso,
Le arrojó tan furioso,
Que en el claro cristal de sus espejos
Pudo cazar benzejos
Menos apasionado y mas ocioso.
No de otra suerte el jugador lijero
Le vuelve la pelota al que la saca
Herida de la pala resonante;
Quéjase el aire que del golpe fiero
Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
Y chaza el que interviene el pie delante.
El gatazo arrogante,
Sin soltar el relleno, despedaza

El papel que en los dientes
Con la espuma zelosa vuelve estraza,
Y á Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
De los undosos rios quien se ahoga,
Que asiéndose de rama, yerba ó soga,
La tiene firme, de sentido ajeno;
Así Marramaquiz tiene el relleno,
Que ahogándose en congojas y desvelos,
No soltaba la causa de los zelos.
¡ O cuanto amor un alma desespera,
Pues cuando ya se ve sin esperanza,
En un relleno tomará venganza!
¿ Mas quien imaginara que pudiera
Dar zelos el amor en ocasiones
Con rellenos de huevos y piñones?
¡ Mas ay de quien le habia
Hecho para la cena de aquel dia!
Huyóse en fin la Gata, y con el miedo
Tocó las tejas con el pie tan quedo,
Que la Amazona bella parezia,
Que por los trigos pálidos corria
Sin doblar las espigas de las cañas,
Que de tierras estrañas
Tales gazapas las historias cuentan.
Los miedos que á la Gata desalientan,
La hizieron prometer, si la libraba,
Al niño Amor un arco y una aljaba,
De aquel zeloso Rodomonte fiero,
Hasta pasar las furias del enero,
El cual juró olvidarla, y en su vida,
Desnuda ni vestida
Volver á verla, ni tener memoria
De la pasada historia,
Y buscar algun sabio

Para satisfaczion de tanto agravio.
Pero fueron en vano sus desvelos,
Que amor no cumple lo que juran zelos,
Y tanto puede una muger que llora,
Que vienen á reñirla y enamora,
Creyendo el que ama, en sus zelosas iras,
Por una lagrimilla mil mentiras;
Y como Ovidio escribe en su Epistolio,
Que no me acuerdo el folio,
Estas heridas del amor protervas
No se curan con yerbas,
Que no hay para olvidar á amor remedio
Como otro nuevo amor, ó tierra en medio.
Garraf en tanto que esto se trataba,
Estropëado á Mizifuf llegaba,
Maullando tristemente
En acento hipocóndrico y doliente,
Como suelen andar los galloferos
Para sacar dineros,
Manquëando de un brazo
Colgado de un retazo,
Y débiles las piernas,
Una cerrando de las dos linternas,
Por mirar á lo vizco.
Luego en el corazon le dió un pellizco
La mala nueva que adelanta el daño,
Haziendo el aposento al desengaño,
Y díjole : ¿ qué tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes?
Entónces él moviendo tremolante
Blanda cola detras, lengua delante,
Le refirió el suceso,
Y que Marramaquiz papel y queso,
Y relleno tambien le habia tomado,
Como zeloso airado,

Como agraviado necio,
Con infame desprecio,
Con descortes porfía,
Y que de tan estraña gatería
Zapaquilda admirada
Huyó por el desvan la saya alzada:
Que lo que en las mugeres son las naguas
De raso, tela, ó chamelote de aguas,
Es en las gatas la flexible cola,
Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.
Contóle que de aquella manotada,
Con su cuerpo aflijido,
De miedo helado y de licor teñido
Descalabró los aires,
Y con otros agravios y desaires,
Que prometió vengarse por la espada
De haberle enamorado á Zapaquilda,
Y hablarla en el tejado de Casilda,
Una tendera que en la esquina estaba:
Y dijo que pensaba,
En desprecio y afrenta de sus dones,
Hazer de los listones
Cintas á sus zapatos.
¡ O zelos! si entre gatos
De burlas y de veras
Formais tales quimeras,
¿ Qué harels entre los hombres
De hidalgo proceder y honrados nombres?
No estuvo mas airado
Agamenon en Troya,
Al tiempo que metiendo la tramoya
Del gran Paladïon de armas preñado,
Echaron fuego á la Ciudad de Eneas
De ardientes hachas y encendidas teas,
Causa fatal del miserable estrago

De Dido y de Cartago,
Por quien dijo Virgilio,
Que llorando decia,
Destituida de mortal auxilio:
¡Ay dulces prendas cuando Dios queria!
Ni Barbarroja en Tunez,
Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antunez;
Este bravo Español, y Griego el otro,
Que Mizifuf como si fuera potro,
Relinchando de cólera en oyendo
El fiero y estupendo
Furor de su enemigo;
Mas prometiendo darle igual castigo,
Se fué á trazar el modo
De vengarse de todo,
Que á un pecho noble, á un ínclito sujeto
Mayor obligacion, mas zelo alcanza
De poner en efeto
Desempeñar su honor con la venganza.

. . . . . .

En estos medios Mizifuf intenta,
A su competidor viendo remoto,
Por medio de Garrullo su compadre,
Que habia sido gato en una venta,
Pedirla por muger á Ferramoto,
De Zapaquilda padre.
Ferramoto era un gato
De buen entendimiento y de buen trato,
Cano de barba y negro de pellejo,
Persona que en la verde primavera
De sus años, jamas en la ribera
De Manzanares se le fué conejo;
Porque sirvió de galgo
A cierto pobre y miserable hidalgo
Que con él se alumbraba:
Y de suerte de noche relumbraba,

Que pensando una moza que eran lumbre,
Las niñas de los ojos, que brillantes
En la ceniza estaban relumbrantes,
Yendo al hogar, como era su costumbre,
Sin pensar darle en ojos,
Le metió la pajuela por los ojos.
Nunca sin esto gato marquesote
Oposicion le hizo.
Oyó de buena gana lo propuesto,
Y del novio galan se satisfizo;
Aunque llegando á concertar el dote,
De seca mimbre un cesto
Dijo que le daria,
Que de cama de campo le servia,
Seis sábanas de lienzo de narizes,
Con algunos fragmentos por tapizes
De viejos reposteros,
Cuatro quesos añejos casi enteros;
Y una mona cautiva que tenia,
Que hablaba en lengua culta y la entendia,
Sin otras menudencias.
Con estas conveniencias
Las capitulaciones se firmaron,
Y el dia de la boda concertaron.
Marramaquiz estaba
En ocasion tan triste,
Como por burla y chiste,
Jugando á la pelota
Con un raton á quien pescó de paso.
Que de un baul de versos del Parnaso
A una maleta rota,
Aunque llena de pleitos y escrituras,
Pasaba haziendo gestos y figuras.
Tal suele acontezer un triste caso
En medio de la vida,
Que no hay seguridad en cosa humana.

Ya con veloz corrida
Daba esperanza vana
Al mísero animal, ya le volvia,
Ya le arrojaba en alto
Mojado de temor, de aliento falto,
Y en medio del camino le cojia
Como quien tira al vuelo,
Diciendo tente como al agua el hielo;
Ya con las manos mizas
Le daba por los lados
Algunos bofetones regalados,
Cuando llegó Tomizas;
Tomizas su escudero, y sin aliento
Le dijo el casamiento concertado
De Mizifuf y Zapaquilda ingrata.
Y sintiendo perder su dulce Gata,
Dejó al pobre animal, que desmayado
Apenas acertaba con la vida.
. . . . . .
Bajó Marramaquiz desesperado,
Y entrando en la cozina,
Sin respeto de Paula y de Marina,
Esclavas del ausente Lizenziado,
Los pucheros y cántaros quebraba,
Vertió la olla en la sazon que hervia,
Y llamando á Borbon borbor decia.
Y á tanto mal llegó su desatino,
Que sacó media libra de tozino
Que andaba como nave en las espumas,
Y si no se lo quitan, se lo mama.
¡Tanto pueden los zelos de quien ama!
Una perdiz con plumas
Quiso tragarse, y no dejaba cosa
Que no la deshiziese
Por alta que estuviese.

Trepaba la lustrosa
Reluziente espetera,
Derribando sartenes y asadores;
Y con estas demencias y furores
En una de fregar cayó caldera,
(Transposicion se llama esta figura)
De agua, acabada de quitar del fuego,
De que salió pelado.
Pero viniendo luego
El señor Lizenziado,
Dijo que era veneno, que tendria
Algun vecino que matar queria
Ratones du su casa,
Hecha de rejalgar traidora masa,
Y á su servicio ingrato,
Por matar los ratones mató el gato.
Y dijo bien segun los aforismos
De Nicandro, que son los zelos mismos
Un veneno tan súbito, que apenas
Toca la lengua, cuando ya las venas
Y el corazon abrasan.
Tan presto al centro de la vida pasan,
Que no hay frias zicutas ni anapelos,
Como solo un escrúpulo de zelos.
En fin, de ver el gato lastimado,
Que él habia criado,
Envió por triaca,
Que todo venenoso ardor aplaca,
De la magna que hacen en Valencia,
De que tenia una redoma sola
Cierto farmacopola.
El Gato con paciencia,
Respeto de su dueño,
Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

. . . . . .

Ya todo prevenido
Para el tálamo estaba,
Y el dia estatuido
La posesion llamaba
A la esperanza de los dos amantes;
Mas muchas vezes con peligro toca
El vidrio lleno de licor la boca:
Alegres los vecinos circunstantes,
Convidados los deudos y parientes,
Y escrito á los ausentes,
Que en tales ocasiones mas atentos
Están á la verdad los cumplimientos.
Solo Marramaquiz gato furioso
Lamentaba zeloso
Sus penas y cuidados
Por altos caballetes de tejados
En que su voz resuena,
Cual suele por las selvas Filomena
Que ha perdido su dulce compañía,
Con triste melodía
Esparzir los azentos de su pena,
Trinando la dulcísima garganta
Que á un tiempo llora y canta.

. . . . . .

Tenia ya Ferrato
En un zaquizamí curiosamente
La sala aderezada
De uno y otro retrato
De belicosa, cuanto ilustre gente;
Que las efigies son de los mayores
El mas heroico ejemplo,
De la perpetuidad glorioso templo;
Como se ven del Tamborlan y Eneas
Y en Calvo el de las fuerzas giganteas,
En Juan de Espera en Dios, y en Transilvano,

En Pirro Griego, y Scévola Romano.

. . . . . .

Estaba el rico estrado,
De dos pedazos de una vieja estera
Hecha la barandilla,
De ricas almohadas adornado
En tarimas de corcho, y por defuera
El grave adorno de una y otra silla,
Con tanta maravilla,
Que si un culto le viera,
Es cierto que dijera
Por únicos retóricos pleonasmos:
Pestañeando asombros, guiñó pasmos.
Ya las sombras cayendo
De los mayores montes,
A los humildes valles
Enlutaban los claros horizontes,
Y el mecánico estruendo
En las vulgares calles
Cesaba á los ofizios;
Tráfagos y bullizios,
Encerraba el silencio en mudos pasos,
Y á diferentes casos
La ronda y los amantes prevenian
Las armas que tenian,
Cuando á la luz huyendo la tiniebla,
De alegres deudos el salon se puebla.
Vino Calvillo de fustan vestido
De patas de conejo guarnezido,
Gregüesco y saltambarca,
Mas amante de Laura que el Petrarca,
Por una gata de este nombre propio,
Aunque parezca en gatos nombre impropio;
Pero si llaman á una perra Linda,
Diana, Rosa, Fátima y Zelinda,

Bien se pudo llamar Laura una gata,
De pie bruñido como tersa plata.
Maús de bocazí trujo gregüesco,
Cuera de cordoban, gorron tudesco:
Y de negro con mucha bizarría,
Zurron, gato mirlado,
De medias y de estómago colchado.
Ranillos que bajó de Andaluzía
De conejo en conejo
Por la Sierra Morena
A ver del Tajo la ribera amena,
Con el cano Alcubil su padre viejo;
Gruñillos y Cacharro,
La nata y flor del escuadron bizarro;
Marrullos y Malvillo
Uno de raso azul, y otro amarillo;
Garron, Zerote y Burro,
Gatos de un zapatero.
¿Mas paraqué discurro
Con verso torpe y proceder grosero,
Cuando lo menos de lo mas refiero,
Si me aguardan las Damas que aquel dia
Mostraron cuidadosa bizarría?
Vino Miturria bella
Motrilla y Palomilla,
La flor de la canela y de la villa,
Y cada cual en la opinion donzella,
Cosa dificultosa:
Por eso es bien que la muger hermosa,
Cuando honesta se llama,
Tema por obras el perder la fama;
Y entre todas fué rara la hermosura
De la bella y discreta Gatifura,
Y vestida de nácar Zarandilla,
La gata mas golosa de Castilla.

Ocupadas las sillas y el estrado,
Salió Trevejos gato remendado,
Y sacando á la bella Gatiparda,
Comenzaron los dos una gallarda,
Como en Paris pudiera Melisendra;
Y luego con dos cáscaras de almendra
Atadas en los dedos, resonando
El eco dulce y blando,
Bailaron la chacona
Trapillos y Maimona,
Cojiendo el delantal con las dos manos,
Si bien murmuracion de gatos canos.

. . . . . .

Ya Zapaquilda de la mano sale
De Doña Golosilla su madrina.

. . . . . .

Sentóse al fin mirlándose de hozico,
Y prosiguió la fiesta de la danza
Contra la posesion de la esperanza.
¡ Mas quien dijera que saliera incierta !
Marramaquiz entrando por la puerta
Venzido de un frenético erotismo,
Enfermedad de amor, ó el amor mismo,
Suspenso y como atónito el Senado
De ver de azero y de furor armado
Un gato en una boda,
Donde es propia la gala y no el azero,
Alborotóse todo;
Y Zapaquilda, viéndole tan fiero,
Humedezió el estrado, y con mesura
Comunicó su miedo á Gatifura,
Si bien consideraba,
Que entónces Mizifuf ausente estaba,
Porque solo esperaban que viniese,
Y que la mano práctica le diese,

De que ya la teórica sabia,
Que confirmase tan alegre dia.
En esta suspension todos turbados,
Marramaquiz abrió los encendidos
Ojos, vertiendo de furor centellas,
Los dejó temerosos y admirados,
Imprimiendo esta voz en sus oidos
Al aliento feroz de sus querellas:
« Villanos descorteses,
Mas falsos y traidores
Que Moros y Holandeses,
Porque siendo fautores
No sois en las maldades inferiores:
Escuadron de gallinas,
Junta de gatos viles,
Que no de bien nazidos,
Bajos habitadores de cozinas
Entre asadores, ollas y candiles,
Donde como á cobardes y abatidos
La mas humilde esclava os apalea:
No trocando jamas la chimenea
Por la guerra marcial y sus rebatos,
Lamiendo lo que sobra de los platos,
Y durmiendo el invierno, cuando eriza
Los cabellos el hielo,
Revueltos en la cálida ceniza,
Hasta que ardiente el sol corona el cielo.
Yo soy Marramaquiz, yó soy, villanos,
El asombro del orbe,
Que come vidas y amenezas sorbe;
Aquel de cuyos garfios inhumanos,
Leon en el valor, tigre en las manos,
Hoy tiemblan justamente
Las repúblicas todas,
Que desde el Norte al Sur por varios mares

Miran de Febo la dorada frente,
Y el que ha de hazer que tan infames bodas
Y con tantos azares
Sean las de Hipodamia,
Esta en vosotros resultando infamia. »

. . . . . .

Y levantando una cuchar de hierro
A eterno condenándolos destierro,
Fué Tamborlan de gatos,
Haciendo mas estrago su arrogancia,
Que en Cartago y Numancia
El Romano famoso.
A un gato que llamaban el Raposo,
Mas que por el color, por el ofizio,
La cara que no tuvo reparada
Quitó de una valiente cuchillada,
Imposible quedando al benefizio;
Y de un reves que sacudió á Garrullo
Dió el último maullo.
Cortó una pierna al mísero Trevejos,
Gran cazador de gansos y conejos.
Desbarató el estrado
Que pensaron guardar gatos bisoños.

. . . . . .

Ni á vista de sus naves
Fué mas furioso Aquiles, cuando en Troya
Le dijeron la muerte de Patroclo;

. . . . . .

Ni mas sangriento Nero
La mísera plebeya
Gente miró quemar desde Tarpeya.
En fin, llegando donde ya tenia
Zapaquilda la vida por segura
Le dijo: «tente, ¿dónde vas perjura?»
Ella temblando respondió turbada:

« Huyendo el filo de tu injusta espada
Que se quiere vengar de mi inocencia
Con tan fiera insolencia,
Quitándome mi esposo;
Pero yo me sabré quitar la vida,
Polifemo de gatos. »

. . . . . .

Furioso entónces sobre estar zeloso,
De donde estaba ¡ay misera! escondida,
Trasladóla á sus brazos inhumano,
Cual suele yedra á los del olmo asida
Trepar lasciva á la pomposa copa
Vistiendo el tronco de su verde ropa,
De tiernos lazos y corimbos llena.
Así Páris robó la bella Helena,
Las naves aguardando en la marina;
Y así fiero Pluton á Proserpina.
Ella entónces llamaba
A Mizifuf á vozes,
Que nó la oia porque ausente estaba.
Al fin, tirando cozes
Se le cayó un zapato,
Mas ni por eso se dolió el ingrato,
Viendo correr las lágrimas por ella;
Y él corriendo con ella,
Que ni deudo ni amigo la socorre,
La puso de su casa en una torre,
Como tuvo Galvan á Morïana.
Tal es del mundo la esperanza vana,
Porque quien mas en los principios fia,
No sabe adonde ha de acabar el dia.

. . . . . .

Al arma toca el campo Mizigriego,
Contra Marramaquiz gato Troyano.
Violento sube, aunque oprimido en vano,

A la region elementar el fuego:
Inquietan de los aires el sosiego,
Con firme agarro de la uñosa mano,
Banderas que con una y otra lista
Trémulas se defienden á la vista,
No permitiendo, pues no dejan verse,
Que las colores puedan conozerse;
Respondiéndose á coros
Las cajas y los pífanos sonoros,
Y al paso que se alternan,
Siguiendo el son marcial los que gobiernan.
Y luego los soldados
De azero, y de ante, y de valor armados,
Agujas del cabello por espadas,
Y solo descubriendo las zeladas,
Por delante mostachos,
Y por detras plumíferos penachos,
Marchando con tal órden, que la planta
Donde el que va delante la levanta
Estampa el que le sigue,
Sin que el baston del Capitan le obligue.
Y al son de las trompetas resonantes
Las picas á los hombros los infantes,
En quien la variedad y los colores
Formaban un jardin de varias flores,
A la manera que el Abril las pinta
En cultivada quinta:
Las picas de los bravos marquesotes
De varas de medir y de virotes,
Y ya de los plebeyos
Baquetas de Babiecas y Apuleyos,
Sin escuadras gallardas
Que llevaban en forma de alabardas
Aquellos cucharones
Con que suelen sacar alcaparrones,

Y con las palas como medias lunas
Las sabrosas de Córdoba aceitunas:
Córdoba donde nazen Andaluzes
Góngoras y Lucanos;
Y encendidas las cuerdas en las manos,
No de Milan dorados arcabuzes
Llevaba la luzida infantería,
Mas de huesos de piernas de carnero,
Que gatos de uno y otro pastelero
Trujeron á porfia.

. . . . . .

Con esto Mizifuf el campo corre
Y pone cerco al muro
Armado de un arnes cóncavo y duro
De un galápago fuerte,
Que sin salir de sí le halló la muerte.
La cabeza adornada
De un sombrero de falda levantada,
De un trenzellin ceñido,
El pasador y ebilla guarnezido
Con pluma verde oscura,
Señales de esperanza con tristeza,
Aunque la justa causa la asegura.
Con tanta gentileza
Al caballo arrimaba
La estrella de la espuela,
Y con la negra rienda le animaba
A la obediencia del dorado freno
De espuma y sangre lleno,
Que sin tocar los céspedes volaba.

. . . . . .

Marramaquiz aunque lo supo tarde,
Habia hecho alarde
De sus gatos amigos,
Y halló que para tantos enemigos

Era su gente poca;
Mas como la defensa le provoca,
Las armas al asalto prevenia,
Supuesto que tenia
Poco sustento para cerco largo.

. . . . . .

Prevenido en efeto
De toda defension y parapeto,
Sacó sus gatos animoso al muro,
Por todas las almenas y troneras
Vestido de banderas,
Que en alto de diversos tornasoles
Eran entre las nubes arreboles.

. . . . . .

Como se mira altivo campanario
De aldea donde hay viñas,
Para bajar despues á las campiñas,
Cubierto por el tiempo de las ubas
Del escuadron de tordos,
Que en aquella sazon están mas gordos
Cuando los labradores
Limpian lagares y aperciben cubas:
Así la negra cúpula tenia
De soldados de tiros y atambores
No menos valerosa gatería.

. . . . . .

Prevenidos en fin para el asalto,
Mueven á sobresalto
Los animos valientes
Las retumbantes cajas,
Previenen uñas y azicalan dientes,
Calando juntas las zeladas bajas,
Que en las frentes visoñas
Mas eran de sarten que de Borgoñas.

. . . . . .

Pero ya los agravios
De Mizifuf la guerra comenzaban,
Ya los gatos trepaban
La torre por escalas de sus uñas,
Mas fuertes garabatos,
Que los de tundidores y garduñas.
Ya por la piedra entre la cal metidas,
Sin estimar las vidas,
Subian gatos y bajaban gatos,
Los unos como bueyes agarrados,
Que clavan en las cuestas las pezuñas,
Los otros como bajan despeñados
Fragmentos de edifizio que derriban,
Que de su mismo asiento se derrumba.
A cual sirven de tumba,
Despues que del vital aliento privan,
Las losas que le arrojan;
A cual de vida y alma le despojan
En medio del camino.
No despide en oscuro remolino
Mas balas tempestad de puro hielo,
Que bajan plomos de la torre al suelo.
Allí murió Galvan, allí Trevejos,
Que le acertó la muerte desde lejos,
Dándole con un cántaro en los cascos,
Y otros con ollas, búcaros y frascos.
Así suelen correr por varias partes
En casa que se quema los vecinos
Confusos sin saber á donde acudan:
No valen los remedios ni las artes:
Arden las tablas, y los fuertes pinos
De la tea interior el humo sudan:
Los bienes muebles mudan
En medio de las llamas:
Estos llevan las arcas y las camas,

Y aquellos con el agua los encuentran,
Estos salen del fuego, aquellos entran:
Creze la confusion, y mas si el viento
Favoreze al flamígero elemento.
Mas como el alto Júpiter mirase
Desde su Olimpo y estrellado asiento
La batalla cruel de sangre llena,
Temiendo que quedase
En competencia tan feroz y airada
La máquina terrestre desgatada,
Justo remedio á tanto mal ordena:
« Dioses, no es justo, dijo, que la espada
Sangrienta de la guerra
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
Aunque es la misma de la Griega hermosa,
Y que muertos los gatos, esta tierra
Se coma de ratones;
Porque se volverán tan arrogantes,
Que ya considerándose gigantes,
No teniendo enemigos de quien huyan,
Y el número infinito disminuyan,
Serán nuevos Titanes,
Y querrán habitar nuestros desbanes ».
Con esto luego envia
De oscuras nieblas una selva espesa,
Y la batalla cesa
Revuelto en sombras de la noche el dia.
Y desde aquel con inmortal porfía
Los unos y los otros prosiguieron,
Aquellos en la ofensa,
Y estos en la defensa.
Pero durando el cerco, no tuvieron
Remedio ni sustento los cercados,
Tanto que á Zapaquilda desfigura
La hambre la hermosura.

Vueltas las rosas nieve,
Por onzas come, por adarmes bebe.
Marramaquiz que ya morir la via,
Con amante osadía,
Pero sin que le viesen los soldados,
Salió por un resquizio á los tejados
De una tronera que en la torre había,
Para cojer algunos pajarillos.
Iba con él Malvillos,
Que á este solo fió su atrevimiento,
Y por partir la caza y el sustento:
Y estando ¡ o dura suerte!
Azechando á la punta de un alero
Un tordo que cantaba,
La inexorable muerte
Flechando el arco fiero
Traidóra le azechaba.
¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados
Resistirán la fuerza de los hados?
Un Príncipe que andaba
Tirando á los benzejos,
¡Nunca hubieran nazido,
Ni el aire tales aves sostenido!
Le dió un arcabuzazo desde lejos.
Cayó para las guerras y consejos,
Cayó súbitamente
El gato mas discreto y mas valiente,
Quedando aquel feroz aspecto y bulto
Entre las duras tejas insepulto,
Pero muerto tambien, como era justo,
A las manos de un César siempre augusto.
Llevó Malvillos pálido la nueva,
Que de su fe y amor llorando en prueba,
Se mesaban las barbas á porfia,
Como Tudescos, muerto el que los guia;

Mas deseando verse satisfechos
Del sustento forzoso,
Rindieron las almenas y los pechos
Al héroe sin victoria victorioso.
Y Mizifuf con todos amoroso,
Porque le prometieron vasallaje,
Hizo luego traer de su bagaje
Con mano liberal pezes y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso
Mudó el pálido luto en rico traje,
Dióle sus brazos y á su padre amado,
Y el viejo á ella en lágrimas bañado.

D. José Villaciosa.

FRAGMENTOS DE LA *MOSQUEA.*

DESCRIPCION DE LAS FUERZAS NAVALES Y TERRESTRES DE LAS MOSCAS CONTRA LAS HORMIGAS.

Con setecientas máquinas disformes
Rompe las ondas la vistosa armada,
Que lleva con los ánimos conformes
El bravo orgullo de la gente alada:
Infinitas catervas multiformes
Sulcan en ella la region salada,
Admirando á las Ninfas que los miran,
Y medrosas de verlos se retiran.
Pasa la turba indómita contenta,
Y el grito del plazer al cielo toca,
Y el viento alegre el pecho les alienta,
Que á la dura venganza los provoca;
No temen del camino la tormenta,
Escollo ó calma ó peligrosa roca,

Que con gritos de gozo el aire hienden,
Y el mar hinchado con el remo ofenden.
Hazen las muchas olas resistencia
A los navíos de que el mar se viste,
Reprimiendo con furia la violencia,
Con que la fuerte máquina le embiste:
Haze el viento á las olas competencia,
Y como el mar sus soplos no resiste,
Rompe soberbio el cristalino paso
Con leves cursos el lijero vaso.
Con órden grande y singular concierto
Va caminando la vistosa flota,
Sin ver la tierra del vecino puerto,
Por alta mar tomando la derrota;
Siguiendo van al marinero esperto,
Que á la opuesta ribera mas remota,
Estudiando en la piedra y en el norte,
Le busca el puerto á do la flota aporte.
Con dos agudos cuernos haze punta
La poderosa armada, y se recoje
En un remate solo, á do se junta,
Y de los cuernos el cimiento coje.
Así la valerosa y grande junta
Va sin temor que el ancho mar se enoje,
Que aun piensan, si se enoja, que su fuerza
Basta paraque el mar de intento tuerza.
Como estrimonias grullas por el viento
Van caminando, de la misma suerte
Sulca rompiendo el húmido elemento
La grande armada belicosa y fuerte:
Siguiendo van un mismo movimiento
Sin que el órden alguna desconcierte,
De modo que se viera en el armada
La letra pitagórica pintada.
Van á fuerza de remos delanteras

En el cuerno derecho de la armada,
Ochenta famosísimas galeras
De gente por sus obras celebrada:
Aquí navegan las catervas fieras
De la estirpe soberbia no domada,
A quien el mundo Zénzalos les puso
Por nombre derivado de su abuso.
El Rey Asinizedo los mantiene,
En quien tambien nos muestra con certeza
El nombre suyo, que principio tiene
De semejante orígen y proeza.
Este soberbio con sus gentes viene
En galeras de suma lijereza,
Hechas con arte y con industrias bravas
De las recias cortezas de las havas.
Tras estos vienen en la misma banda
Ciento y veinte navíos de alto borde,
Y el Rey soberbio que los rije y manda,
Con el Mosca y el Tábano concorde.
Deste, si es la verdad el rumor que anda,
El fuerte Asinizedo es hijo borde,
Habido en una mosca labradora,
De la provincia legañil Señora.
Este vino á la guerra y desafío
Con un millon de fuertes Mirmiliones,
Soldados todos de robusto brio,
Bravos y forajidos valentones.
Estos en las calores del estío
Se juntan en copiosos escuadrones,
Y á los que entónces por los montes pasan
Mas que las fuerzas del calor abrasan.
Tras las gentes del Rey Asinizedo
Siguen á su caudillo que los trujo,
El cual tiene por nombre el Rey Mirpredo,
Que es de la ira y la crueldad dibujo:

Varon de grandes fuerzas y denuedo,
De gesto temerario, aunque magrujo,
Y que suele comerse, aunque esté cruda,
Entera la asadura de una Aluda.

. . . . . .

Las naves ordenó de la materia
De donde su contrario el nombre gana,
Y va sulcando el centro de los pezes
En ciento y veinte cáscaras de nuezes.
Con cien banderas el segundo cuerno
La vista con los ánimos alegra,
Que todas van debajo del gobierno
De uno de aquellos por quien tiembla Flegra.
No se ve en el profundo del infierno,
En la region mas formidable y negra
Furia infernal con serpentina rosca,
Como este diablo en forma de una Mosca.
El Rey Sicaboron, á cuyo mando
Está la grande Buta en la Tartaria,
Viene las fieras ondas navegando
Contra la gente al Mosca Rey contraria;
Este juntó á la voz de solo un bando
Una caterva fuerte y temeraria
De forajidos de admirable talle,
Hijos de Buta y Barriliense valle.
Quinientos mil y mas Mosquitos lleva
En una valerosa infantería,
Que tienen hecha de sus fuerzas prueba
En cuanto el valle Barriliense cria.
Es gente tal, que se sustenta y ceba
En sangre de enemiga compañía;
Y por que tanto el vino le pareze,
Por eso esta canalla le apeteze.
Lleva el fiero inhumano á la milicia
Una soberbia multitud de Abejas,
Que sirven de ministros de justicia

A quien no corre en su crueldad parejas ;
Si no es algun Mosquino de codicia,
Y su defecto llega á sus orejas,
Luego le manda echar á estos Moscones,
Que es tanto como echarle á los lëones.
En cien medias fortísimas cortezas
De la fruta que el duro roble cria,
Embarca las indómitas cabezas,
De quien él es cabeza, guarda y guia :
En estas largas y anchurosas piezas
Camina la vistosa infantería,
Y el Rey caudillo de esta gente astuta
Marcha en un capirote de esta fruta.
Tras el Tártaro Rey y sus secuazes
Un número sin número se halla
De soldados valientes y vivazes
De sangre de la Hormígena canalla ;
En naves anchurosas y capazes
Pasan á la mortífera batalla,
Que de cáscaras fuertes el arte hizo
De la fruta que cubre el fiero erizo.
Sobre estas grandes máquinas tremolan
Cien estandartes altos y eminentes,
E infinitas insignias se enarbolan,
Que se juntaron de remotas gentes :
Las aguas hermosean y arrebolan
Los visos de colores diferentes,
Que fiesta á su venganza solemnizan,
Y por eso los aires entapizan.
El Rey Sanguilëon las aguas hiende
Acompañado de ánimos ferozes,
Y en órden puestas sus galeras tiende,
Que son como sus ímpetus velozes :
Con leños fuertes al cristal ofende,
Y al aire manso con soberbias vozes,

Y al fiero grito de la turba inmensa
Túrbase el mar, y el aire se condensa.
Es del soberbio Rey Lugarteniente
Una Mosca fortísima española,
Que ha volado su nombre de valiente
A los estremos de la humana bola:
Para dos mil de la contraria gente
Era bastante y sufiziente sola,
Por ser cursada en temerarias lides,
Y saber de la guerra los ardides.
Del cargo de la gran caballería
Le hizo el Rey merced y benefizio,
Porque su vida siempre ocupa y cria
Desde la tierna edad á su ejerzizio.
En el fiero calor del medio dia
Hazer mal á los potros es su ofizio,
Y bien le sienten el rozin ó yegua,
Cuando corren carreras de una legua.
Esta tan conozida por la fama,
Que sus hechos magnánimos pregona,
Por su patria certísima se llama
La Mosca excelentísima de Arjona:
Esta la sangre del rozin derrama,
Y aquella parte á donde llega encona,
Sacando de su hozico una gran trompa,
Con que los cueros á las bestias rompa.
Otra Mosca cruelísima manchega
La gente de á pie rije y acompaña,
Que en guerra furibunda y en refriega
Continua se ejerzita en la campaña.
Toda la Mancha con su llana vega
Está sujeta á su rigor y saña,
Y al peregrino que sus tierras pasa,
Vivo le come, le persigue y asa.
No hay resistencia en la guardada pierna

Contra el fiero bocado y picadura,
Porque es defensa contra el daño tierna
El arma que pareze ser mas dura;
A la escondida parte y mas interna
Llegar la punta con furor procura,
Tanto que fuerza, si en picar aprieta,
A danzar cabrïola ó zapateta.
Aquí el siniestro cuerno se remata,
Que en igual proporcion mira al derecho,
Cuyos remates largos une y ata,
Cerrando el paso entre los dos estrecho,
Una galera fuerte á donde bata
El agua, y haga al batidero pecho,
Haziendo con la fuerza de sus remos
Hermoso medio entre los dos estremos.
Esta es la principal y capitana,
A quien siguen por órden y en hilera
Ciento y cincuenta vasos; donde ufana
Va caminando la fiereza fiera:
Allí la gente de la gran Tabana,
Postrera en órden, y en valor primera,
Rompiendo va las aguas, y allí envia
Sus tercios la soberbia Andaluzía.
En todos son seiscientos mil soldados
Los que el Tábano Rey furioso embarca,
Que de instrumentos bélicos cargados
Van en ayuda del Moscon Monarca.
Esta legion de Tábanos alados,
Que el largo espacio de su reyno abarca,
Arma de picas, dardos y arcabuzes,
Y los tercios de Moscas andaluzes,
El avellano, el pino y la noguera
Le dieron los costosos materiales,
Para poder juntar tanta galera
En los cerúleos címicos cristales:

Por ellos sulca la caterva fiera
En setecientas máquinas cabales,
Llevando entre los remos y las velas
Barcos, bateles, fustas, carabelas.
No ha visto nunca el suelo cristalino
Armada tan vistosa en siglos largos,
Desde que aquel dorado vellozino
Dió al robador el marinero de Argos.
El múnero de gente que allí vino,
Los trajes, las naziones y los cargos,
Si tuviera cien lenguas y cien bocas,
Fueran para contarlo todas pocas.

Combate entre el Tartaro Moscon y cuatro soldados pulgas.

No sale por la Libia leon hambriento
Con bramidos tan altos y ferozes,
Dejando atras al mas lijero viento
La fuerza de sus ímpetus velozes,
Como salió con denodado intento
Hiriendo al cielo con soberbias vozes,
Traspasando los aires cual cometa,
Este Moscon, á quien el hambre inquieta.
No encuentra en todo el campo quien le lleve
A su ejército, ó dél le traiga nueva.
Los secos vientos presuroso bebe,
Y el corazon hambiento en ellos ceba:
Vuela un espacio largo en curso breve,
Por esta parte y la contraria prueba,
Y mirando por todas desde lejos,
De un chapitel le dieron los reflejos.
En él la vista denodado encara,
Y ser remate de una torre mira,

Y como el perro, á quien suspende y para
El aire de la presa, con que gira,
Del viento al fresco aliento se repara,
Y tras el rastro de la caza tira;
Así estotro repara á ver la torre,
Y vista, al punto allá se parte y corre.
Paróse en la mitad del campo raso,
Por ver si por la parte donde iba,
Para saber para la torre el paso,
Hallaba rastro de persona viva.
No pudo ver alguna, pero acaso
Humo miró subir la torre arriba,
Y apenas esto vió, cuando al momento
Se puso bien cercano del cimiento.
Por entre el humo negro se divisa
Una encendida y temeraria hoguera,
Y gente junto á ella, que con prisa
Sale á cruzar solícita y lijera.
Quiso hacer en secreto la pesquisa,
Y mirar, sin ser visto, desde afuera
La verdad del suceso, y para el caso
El cuerpo guarda y apresura el paso.
Y á poco espacio por las dos ventanas
De sus narizes anchas entró un viento,
Dándole ¡ gran ventura ! nuevas sanas
Al triste corazon y pensamiento,
Que allí sin duda sus hambrientas ganas,
El cansancio pasado y el tormento
Que la fiera en su estómago le causa,
Tendrán límite cierto, y pondrán pausa.
Era la torre desde donde azecha
El Rey Sicaboron cuanto allí pasa,
Por obra insigne de una pieza hecha
Sin mezcla de betunes y argamasa:
La punta sube desde el pie derecha,

Cuya cumbre sin par las nubes pasa,
De manera que vieran en su altura
De otro Nembrod soberbio la locura.
Del chapitel la punta se divisa
Con tanta altura, que sin duda creo
Que no puso pirámide Artemisa
Tan grande á su difunto Mausoleo:
La negra sombra de su altura pisa
De tierra muchos pasos en rodeo,
Obra al fin que la madre comun pudo
Hazer, á donde el arte quedó mudo.
Mas ya el curioso por saber codicia,
Qué torre es esta, ó qué milagro raro,
Obra mejor que la soberbia egipcia,
Mas admirable que el ingenio faro;
Sepa, si no ha llegado á su noticia,
Que esta, con quien alguna no comparo,
Era un hongo terrible y estupendo,
De la preñada tierra parto horrendo.
A sombra de su altísima techumbre
Cuatro Pulgas armadas razonando
Vió, que entre brasas de infinita lumbre
Una Liendre montes iban asando.
No le dieron las armas pesadumbre
Al Rey, que el espectáculo mirando
Se alegra, y entre el grande regocijo
Oyí á un soldado pulga que asó dijo:
Ya sabe nuestro ejército por cierto,
Que el Rey Sicaboron, comun padrastro
De nuestras fuertes gentes, es ya muerto
Gracias al Cielo y al propicio astro.
No ha sido por los suyos descubierto,
Ni dél por ningun modo se halla rastro,
Y si él en nuestra contra no se halla,
Venzerá el gran Mirnuca la batalla.

Eso nunca será, mientras yo viva,
Dijo el Tártaro Rey entre sus dientes,
Si del vital aliento no me priva
La enemiga comun de los vivientes:
Aprestaos, canalla vengativa,
Porque habréis menester el ser valientes,
Que llega cerca del redil el lobo,
Que piensa hazer en vuestra presa robo.
Salió á sus ojos el varon dispuesto
Con denuedo feroz, mostrando á todos
Los cuatro juntos el transido gesto,
Y el cuerpo estropëado de mil modos.
Ellos su vulto viendo tan funesto,
Estábanle con risa echando apodos,
¿Qué demonio el infierno nos envia,
O qué vestiglo ó comedora harpía?
Saca desnudo el cortador azero,
Que ha sido en sus fortunas y trabajos
Por la tierra y la mar su compañero,
Temblando mar y tierra de sus tajos;
Salid, dice, canalla, porque quiero
Vuestra carne villana hazer tasajos,
Y con ella y la Liendre que se asa,
Desterrar esta hambre de mi casa.
Levántase al instante la caterva,
Y á los furiosos golpes se apercibe,
Temiendo á tiempo tal la verde hierba,
Que con la sangre de verdor se prive.
Batalla tan horrenda y tan acerba
No la han visto en el mundo, ni se escribe,
Desde que juntan gentes enemigas
Contra las fuertes Moscas las Hormígas.
Visten al punto los siniestros brazos
De recios y finísimos escudos,
Reparo, si le tienen los golpazos,

De los azeros limpios y desnudos.
Rompe el Sicaboron los fuertes lazos
De los almetes con los golpes crudos,
Y al cielo y á la tierra pone grima
De las Pulgas y el Tártaro la esgrima.
Todo soldado con valor se adarga,
Y con furor colérico acomete,
Pero el Rey con su espada los alarga,
Cuando por ellos sin temor se mete:
Sobre la gente misera descarga
Golpes, sin que resista capazete,
Y los cuatro con saltos se le acercan,
Y por las cuatro partes al Rey cercan.
A la serpiente víbora semeja
Entre fieros léones africanos,
Que por picarlos y escapar forzeja
De entre las grifas de sus pies y manos:
Al jarameño toro, á cuya oreja
Acuden á cebarse los alanos:
Al javalí cerdoso, que en los cerros
Matando se defiende de los perros.
Entre la fiera turba que rodea
Su vulto al de la ira semejante,
Con la espada furioso se mosquea,
Jugando de ella como de un montante:
Lijero á todas partes se menea,
Ya retira la Pulga de delante,
Ya espanta la de atras, y denodado
Auyenta la del uno y otro lado.
Gentes, infames, dijo, gentes viles,
Hoy quedaréis sin vida en la batalla,
Aunque estuviera, como la de Aquiles,
Invulnerable vuestra fuerte malla:
Que del valle el Señor de los barriles
como otro Páris en contrario se halla;

Hoy moriréis, villanos, gente astuta,
A las manos del Tártaro de Buta.
Apenas el del valle Barriliense
Con apellidos tales se les nombra,
Cuando no queda Pulga que no piense,
Que la muerte en el Tártaro le asombra:
Pídenle que el enojo recompense
Con que solo le dejen á la sombra,
Y allí la Liendre, que se asabá, dejen,
Porque él los deje que de allí se alejen.
Llega el pagano, y de la misma traza
Que el lëon, que saliendo de su cueva,
Presa hizieron las suyas en la caza,
Y en las carnes colérico se ceba,
Así á la grande bestia despedaza,
Y arreo el cuerpo de la Liendre lleva,
De manera que el Tártaro en un punto
Se comió carne y huesos todo junto.

Enumeracion del ejército de Granestor, Rey de las Hormigas.

Ya el Hormígena Rey tenia sospecha
De las parcialidades y la liga,
Que con la alada chusma tenia hecha,
El que bebió la sangre de la hormiga:
Ya sabe que en su contra va derecha
La gente de las suyas enemiga,
Y como aquel que su crueldad barrunta,
Juntó de gentes otra tanta junta.
Despachó por la tierra cien Aludas,
Que son las estafetas con que envia
A pedir á los Reyes sus ayudas,
Sujetos á su imperio y monarquía.
Las bestias mas ferozes y mas crudas,
En cuanto el orbe de la tierra cria

con armas de notable diferencia
Se pusieron al punto en su presencia.
Con quinientas mil Pulgas se presenta
Su vengativo Rey el Caganielo,
Que allí donde su ejérzito se asienta,
Cubre de negro luto el ancho suelo.
Es gente belicosa que atormenta
Sin humanos respetos y sin duelo,
Que tercia al hombro la soberbia pica,
Y emponzoña la parte á donde pica.
Llegaron ante el Rey tras los primeros,
De gentes fieras la legion segunda
En monstruos temerarios caballeros
Con estrépito grande y barahunda:
Con sus Piojos sacrílegos y fieros,
En quien la Hormiga la victoria funda,
El fuerte Fifoljel salió á campaña,
Despoblando sus sierras y montaña.
Tras estos la gallarda infantería
De belicosa gente se descubre,
Que el Rey hinchado de Letiria envia,
Provincia que el mar Címico la encubre.
Oféndese la luz del claro dia
Con la nube del polvo que el sol cubre,
Que con pisadas de la gente tanta
Hasta llegar al cielo se levanta.
El valiente Putrífola á su cargo,
Y como de su Rey Lugarteniente,
Trae de las Chinches el estruendo largo,
Que son medio millon de opuesta gente:
Y por estar su Rey con cierto embargo,
No puede hallarse al combatir presente,
Porque á no estar tan gordo, es muy sin duda
Que en persona al Hormiga diera ayuda.
El Granestor agradezió la escusa,

Y al Putrífola dijo : bien pareze
Que vuestro Rey servirme no reusa,
Pues que tal capitan en vos me ofreze :
La liberalidad grande que usa,
Muy grande premio á su lealtad mereze;
Estése allá metido en sus resquizios,
Que yo agradezco mucho sus servicios.
¿Pero no me diréis qué espesa nube
Es aquella que el aire deja oscuro?
¿No veis que el polvo hasta los cielos sube,
Con que el miedo á mis gentes no aseguro?
Mas basta, que al que por contrario tuve,
Es nuestro amigo el fuerte Mosquifuro,
Que con la multitud de sus Arañas
A eternizarse viene con hazañas.
Calló, y llegando el Mosquifuro, puso
De la zanca derecha la rodilla
En la tierra, y humilde le propuso
La gente valerosa que acaudilla.
Mostró el Rey Granestor su noble uso
De estimar el valor que se le humilla,
Y agradezió cortes á la zancuda
Caterva la venida á darle ayuda.
Y cuando vió la multitud diversa
De Arañas, Chinches, Pulgas y de Piojos
En mayor cantidad que la que al Persa
Hizo bañar en lágrimas sus ojos,
Bien entendió que de la gente adversa
Triunfará, y de sus vidas y despojos,
Caminando su ejérzito seguro
Con el gran Fifoljel y Mosquifuro.
Y porque se consiga el bravo intento,
Manda que con cuidado y diligencia
Dos Aludas le traigan al momento
Al valiente Mirnuca á su presencia :

Tiene el Mirnuca grande entendimiento,
Dijo el Rey, y es notable su esperiencia
Y su gobierno en casos de milicia,
Como nos da su nombre la noticia.
Mis Senadores al instante vengan
Y fuertes capitanes, porque quiero
Que de caudillo bravo se prevengan,
Paraque todo tenga el fin que espero.
El Fifoljel y Caganielo tengan
Mis lados, que uno y otro caballero
Son honor de la Pullia y flor de España,
De la selva canina y la Montaña.
El Putrífola venga, y no se olvide
Nuestro gran Mosquifuro, que previene
Las fuerzas nuestras, y las otras mide
Con el ingenio que en la guerra tiene;
Cualquiera diligencia el caso pide,
Especialmente si en contrario viene
El demonio del valle Barriliense,
Que no hay quien ser humana Mosca piense.
El valiente Mirnuca llegó á punto
Que en la presencia de su Rey estaba
El Consejo de guerra en órden junto,
Y sólo su persona se aguardaba.
Admiró á los estraños el trasunto
De la fiereza que representaba,
Y diéronle lugar de los mejores,
Puesto entre dos barbados Senadores.
Callaron todos un pequeño espacio,
Y el Rey, teniendo tiesa la cabeza,
Los ojos revolviendo muy despacio,
Al Mirnuca feroz los endereza.
Suspendióse la gente de palacio,
Y el Granestor á destoserse empieza,
Y dando muestra al comenzar prolijo,
Abrió la boca y al Mirnuca dijo:

Ahora que con tantos caballeros
Saldrán los escuadrones pelëando,
Capitan General pretendo hazeros
Contra el orgullo del contrario bando.
Empuñad el baston sin deteneros,
Que cumpliendo, Mirnuca, lo que os mando,
Demas de que verán lo que os estimo,
Me tendré por servido, Hormiga primo.
Aceptó el gran Mirnuca, sin embargo
De las fuertes escusas que propuso,
De General el poderoso cargo,
Y al fin á ejerzitarle se dispuso.
Sonó la voz por el estruendo largo
Y gentes del ejérzito confuso,
Que con sus vozes la primera avivan,
Diciendo: el Rey y el gran Mirnuca vivan.

Convoca Pluton los Ministros Infernales con motivo de la tremenda lid que se prepara.

Pasó la fuerza del soberbio grito,
Envuelto el aire suyo en polvo seco,
Sobre las tristes ondas del Cozito,
Dando en peñascos del infierno el eco.
El padre del ejérzito precito
En su palacio tenebroso y hueco
Le oyó, y tambien cuando la causa supo,
Grande fué el gozo que en su pecho cupo.
Alegre dijo á un Diablo pequeñuelo,
Su paje por ventura: al viento vano
Tiende, Demonio, tu lijero vuelo,
Y busca por los aires á Vulcano:
A Lípara camina, que rezelo
Que allí los rayos fragua, que mi hermano
A los Gigantes atrevidos tira,
Cuando rebéldes sus intentos mira.

Díle que al fuerte Estérope al instante
Deje, que importa, de su fragua el cargo,
Sin que causa ni escusa sea bastante
Para poner á su venida embargo,
Porque á todo el infierno es importante
La suma brevedad, la cual le encargo;
Que se disponga y baje al punto mismo
A ver mis entresuelos del abismo.

No aguardó el Diablo chico á que su intento
Diga Pluton dos vezes, que á la una
Atras dejó su lijereza al viento,
Y allá se puso sin tardanza alguna.
Hallóle, y quiso luego el pensamiento
Decirle de Pluton, y como á una
Sonaba tasto entrépito y martillo,
Ni el Diablo pudo hablar, ni el otro oillo.

Sacóle á fuera, y dijo que le llama
De prisa el Dios Pluton, que luego venga,
Y encomiende sus obras, fragua y llama,
sin que escusa le dé que le detenga.

. . . . . .

Y obedeziendo en todo el Dios herrero,
Pasó disimulando la congoja
De no darle lugar á ser lijero
La falta grande de su pierna floja;
Y acompañando al Diablo mensajero,
Arrastrando llegó su zanca coja,
Donde con una y otra reverencia
Habló á Pluton y su infernal presencia.

¿Qué es lo que el Rey de la region oscura,
Dijo Vulcano, manda en su servicio?
¿No está la cárcel infernal segura
De algun enorme daño ó malefizio?
¿Mete Febo por dicha su luz pura
En el infierno por algun resquizio?

¿O qué nueva invencion es la que traza,
En que le dé su ayuda mi tenaza?
Ninguno, habló Pluton, mi Reyno altera,
Sin que tema el castigo con su daño,
Y nunca Febo por su cuarta esfera
Ha visto el reyno de su luz estraño:
Nadie quebrantará mi cárcel fiera,
Que mientras ocuparen el escaño
Minos el fuerte, Eaco y Rádamanto
No le alcanze la pena del quebranto,
Mas he querido que en persona vengas,
Viendo lo mucho que de tí confio,
Paraque parte de contento tengas
En las cosas que son del gusto mio:
Y quiero con tu industria que prevengas
La barca grande de Aqueronte el rio,
Que como ya ha que sirve tantos años,
Temo de su vejez algunos daños.
A las riberas de Aqueronte parte,
Donde el viejo Caron continuo habita,
Que es quien las almas desde la otra parte
En su barca al infierno precipita:
En su seguridad emplea tu arte,
Sus junturas y cóncavos visita,
Y á sus resquizios pon remedio en suma,
Si por ellos el agua se trazuma.
Dale al barquero las saludes mias,
Y díle que me importa en todo caso,
Que vele en mi servicio por seis dias
Trillando aprisa del infierno el paso:
Que por las ondas de Aqueronte frias
Revuelva y torne su lijero vaso,
Que muchas almas de los cuerpos muertos
Han de pisar los infernales puertos.
Despues te parte, y al infierno adentro

Por entre sombras lóbregas te mete,
Hasta llegar adonde junto al centro
Se esconde de las furias el retrete.
En viéndote llegar saldrá al momento,
Erizando el gerástico copete
La furia Alecto con el torvo zuño,
Apretando serpientes en el puño.
Dí que de sus furores se revistan
Ella y sus dos hermanas, y que luego
En mi presencia todas tres asistan,
Sembrando por sus ojos vivo fuego:
Porque conviene que con él embistan
Un ejército loco y otro ciego,
De rabia entrambos, de codicia impresa,
Que los harán de mis Demonios presa.
Por entre nieblas de sulfúrea brasa
De las fieras Euménides prolijas
Deja el albergue oscuro, y á ver pasa
Del Erebo y la Noche las tres hijas.
Cercada está su tenebrosa casa
De infinitas y fieras sabandijas,
Y ellas cortando las vitales hebras
Entre viboras pardas y culebras.
Di que las sombras de su albergue dejen,
Y á verme al mismo punto se aperciban,
Y los crudos azeros aparejen,
Con que á la gente de la vida privan:
Y que me importa que de aquí se alejen,
Porque han de hazer que en el infierno vivan
Un infinito de almas, que sus filos
Han de envïar á los Tenareos silos.
Entra despues por el espacio bruno,
Y de uno en otro lóbrego aposento
Llama á todos los Diablos, sin que alguno
No sienta el ronco son de tu instrumento.

Di al ejército negro é importuno,
Que á mi palacio vengan al momento,
Aunque de atormentar las almas dejen,
Que harto tiempo les queda en que se quejen.
Dijo el padre infernal, y al mismo instante
Que el labio cierra, vuela el mensajero
Por el camino lóbrego adelante,
Que aunque perniquebrado va lijero:
Llega en los aires donde el navegante
Caron habita, el infernal barquero,
Y visita el espacio de su barca,
Alecto, y las tijeras de la Parca.
Baja á las salas y al profundo interno,
Y arrima con dos manos á su boca
El vil remate del revuelto cuerno,
Y llamando á los Diablos con él toca.
Sintió la voz el temerario infierno,
Con que la turbamulta se convoca,
Y van á ver su Rey y Señor sumo
Envueltos entre niebla negra y humo.
Retumba en los profundos calabozos
La voz del cuerno horrenda, y se despuebla
El sótano infernal y oscuros pozos,
Que la caterva de los Diablos puebla;
Cesaron los aullidos y sollozos
De las almas, en tanto que entre niebla
Densísima y espeso torbellino,
La endemoniada gente va al camino.
¿Qué quiere el Rey de los Tartareos senos?
Salian diciendo de los cuartos bajos
Lo Demonios de fuego y rabia llenos,
De condenadas almas espantajos.

. . . . . .

La diabólica chusma llega, y para
En viendo el trono de infernal respeto

Y del rico Pluton la negra cara,
A quien el duro infierno está sujeto.
El fiero conciliábulo repara
A ver del Rey el tremebundo aspeto,
Que daba muestras, no de enojo y pena,
Gran novedad y del infierno ajena.
Hórrida majestad, fiereza grave,
Severidad diabólica le adorna,
Y siendo tal, disimular no sabe
Lo que en menos rigor su furia torna;
Mira la sala, que de pies no cabe,
Y sin usar de gravedad la sorna,
Sacó la ronca voz de su garganta,
Voz con que á vezes el infierno espanta.
Ahora sí, Demonios, que publico
Mi riqueza sin suma y mi ganancia;
Ahora sí podreis llamarme rico,
Que lleno de almas la infernal estancia.
Ya de mi buena dicha os certifico,
Y ahora importará la vigilancia
Vuestra, apretando los Tartareos senos,
Que se han de ver, amigos, de almas llenos.
Hoy que el Zénzalo, Hormiga, Mosca y Chinche
Tábano, Piojo, Mirmilion y Araña
Los calabozos infernales hinche
De almas de cuerpos muertos en campaña,
Bien es que cada Diablo parta y trinche
Sus estancias y cuartos, y con maña
Sus aposentos lóbregos dispongan,
Y en nueva pena al nuevo huésped pongan.
Todo Diablo feroz se muestre listo,
Y á cada uno se le dé su cargo,
Porque tiene de ver lo que no ha visto,
Desde el principio de su tiempo largo.
Al uno y otro pueblo que conquisto,

En sus senos reciban, que me encargo
De darle al Diablo que mejor lo haga,
Del negro infierno lo mejor por paga.
Las locas Furias con estruendo pasen
A vuelo, no aguardando el de la barca,
Y en vivo fuego de rencor abrasen
Al Mosquino y Hormígeno Monarca:
Sus pechos emponzoñen y traspasen,
Y prevengan de modo que la Parca,
Solo en pegando los agudos filos,
Deje cortados los vitales hilos.
Y pues los Diablos principales tienen
Repartida entre sí tan grande hazienda,
Y tales Indias al infierno vienen,
Vaya cada Demonio por su senda:
Mis Juezes integérrimos condenen
Al Diablo chico ó grande que no entienda
En algo del loable ministerio
De llenar de esta gente el negro imperio.
A Aqueronte que el agua transparente
Desde su cueva oscura señorea,
Y de hojas negras la arrugada frente
Con espacioso círculo rodea,
Farfarelo con paso diligente,
Y con palabras, cual requiere, sea
El que á notificarle se despache,
No altere sus cristales de azabache.
Que no saquen sus Ninfas la cabeza
Nadando por su negro y ancho lago,
Si quieren ver su etïope belleza
Libre y segura de atrevido estrago:
Que por sus tristes ondas se endereza
Gente al infierno, que darán el pago
A cualquier Ninfa, sin estar segura
De lujurioso beso ó picadura.

Aquí subiendo de la voz un punto,
Pluton á los espíritus ferozes
Dijo : ya turba bárbara barrunto,
Que en la memoria vuestra van mis vozes.
Ea pues, potencia del infierno junto,
Cuidado en prevenir, partid velozes :
Demonios de los lóbregos abismos,
Idos vosotros con vosotros mismos.
Esto el padre infernal dijo, y atentos
Los soberbios Demonios escucharon,
Y con la alegre novedad contentos
Señales ciertas de plazer mostraron.
Y apenas puso fin á los azentos
Pluton, cuando los suyos comenzaron
Diciendo, que se hará ni mas ni menos
Que quiere el Rey de los Tartareos senos.
Al punto Eaco, Radamanto y Minos
Dejaron los Plutónicos umbrales,
y luego del infierno los caminos
Trillaron los ministros infernales.
Pero ya los cabellos serpentinos
Meguera va arrancando, y las fatales
Tijeras saca ya la Parca fiera ;
Alto á ver el estrago desde afuera.

Batalla campal.

Parten á un tiempo Moscas y Mosquinos,
Zenzalinos, Abejas, Mirmiliones,
Tábanos y Andaluzes, en los finos
Azeros enristrando sus lanzones ;
Resisten sus orgullos repentinos
En juntos y formados escuadrones
Pulgas, Chinches, Hormígenas y Arañas
Con brio igual y cóleras tamañas.

El bando alado de la Mosca fuerte
Salió con un furor tan temerario,
Que no hay aquí comparacion que acierte
A asimilar su brio estraordinario:
Con mas furor que cuando hinchado vierte
Por mi segunda patria el Teucro Acuario
El cántaro colmado, y por sus cuestas
Bajan las aguas con estruendo prestas.

La Pulga encuentra al Rey Asinizedo
Y el Fifoljel al Tabanesco espera,
Topa el Chinche Putrífola al Mirpredo,
Y el Tártaro al Mirnuca en la carrera;
El Granestor reprime su denuedo
Al Rey Sanguilëon, y desde afuera
El Mosquifuro que la guerra mira,
Mil culebrinas desde el muro tira.

Trábase la batalla, matan, mueren
Del un campo y el otro los soldados,
Hieren al Fifoljel, las Pulgas hieren
A los que fueron para herirle osados:
Ya no hay Hormigas que al Mosquino esperen,
Ya vuelven los Mosquinos retirados,
Ya la gran multitud el Zénzalo huye,
Ya el Tábano cruel la disminuye.

Vuelve la rienda al largo caballete
El Caganielo, y desde lejos viólo
El Zénzalo gallardo, y arremete
A verse en campo con el Pulga solo.
Aprieta los talones el ginete
Al lijero pulgon, y refrenólo
Cuando le vió tan cerca, que bien pudo
Desafiarle para el tranze crudo.

¡ O qué soberbios botes y qué guerra
Entre la Pulga y Zénzalo se traba,
Pues uno de la vida se destierra,

Y otro de haber venzido no se alaba!
Mordiendo queda el Zénzalo la tierra,
Que ya la vida al pobre se le acaba,
¡ O miserable Infanta, y cómo siento
Ver cuan mal se te logra el casamiento!
Era la lanza de la Pulga aguda,
Pues del orbe del haba no hizo caso,
Y por armas tan bélicas no duda
Hallar al pecho del Mosquito paso:
Fué su lanzada tan terrible y cruda,
Que pasándole el cuerpo, dió al ocaso
Con la vida del Zénzalo, que habia
Llegado al hilo de su medio dia.
Muerto queda el Mosquito, mas no puede
Decir la Pulga que se queda viva,
Pues el tiempo llegó en que muerta quede,
Perdida el arma suya defensiva:
No tiene escudo que al contrario vede,
Que no ejecute en él su fuerza esquiva,
Deshizosele el Zénzalo famoso,
Aunque era un hongo fuerte y espacioso.
Al largo caballete dió una herida,
Que su cuerpo bestial tendió en el suelo,
Déjándole sin vuelos y sin vida
No con poco dolor del Caganielo;
Mas el pulgon lëal viendo perdida
La vida de su dueño, alzando el vuelo,
Por los campos corrió, donde tendido
Al Putrífola halló muy mal herido.
Pero la Chinche alzando la cabeza,
De tierra el pecho con dolor levanta,
Y al fin sacando fuerzas de flaqueza,
Puso en el suelo la una y otra planta.
Al caballo los pasos endereza,
El pie siniestro en el estribo planta,

Sobre el arzon la mano, y así puesto,
Echó para subir su fuerza el resto.
¿Adonde subes, Chinche sin ventura?
Atrevido Faeton ¿á qué te pones?
¿Al caballo del sol ¡gentil locura!
Te atreves á arrimarle los talones?
Pues mataráte, si tu intento dura
En tan locas y vanas presunciones.
¿No sabes que era el Zénzalo manzebo
De ese Flegon incomparable Febo!
Apenas sube el general Letirio,
Cuando el pulgon indómito se ensaña,
Dando á la Chinche el último martirio,
Arrojando su cuerpo á la campaña:
De su cárdeno pecho en humor tirio
El miserable capitan se baña;
Huye el pulgon caballo, y no consiente
Que otro sobre él, muerto su Rey, se siente.
El Pulga viendo que dejaba muerto
El Capitan de gente Zenzalina,
Con el yelmo de mijo va cubierto
Del Mosquito, á quien hiere y arrüina;
A pie llega al ejérzito encubierto,
Y hácia un Tábano grande se encamina,
Al cual le dió tal golpe con su lanza,
Que le hizo dar el alma por la panza.
Entre la gente el Granestor azecha
Al Rey Sanguilëon; parte y camina
Contra el Mosca feroz con la derecha
Lanza, que al cielo su largura empina.
Con su escudo la Mosca se pertrecha,
Y enristrando la fuerte jabalina,
Al Granestor la muerte le anticipa,
Metiendo el porzipelo por su tripa.
Salió del triste Rey el alma pobre

Al lago Estigio con su horrenda muerte,
Otro dejando, que hasta el mar salobre
Llega de sangre que su cuerpo vierte;
Y porque el campo de las Moscas cobre
Nuevo vigor, sobre su lanza fuerte
La cabeza del mísero levanta,
Con cuya empresa la victoria canta.

Bartolomé Argensola.

El Labrador y el Tesoro.

Un hombre labrador, cavando acaso
Atento á la cultura de su huerto,
A media vara halló enterrado un vaso.
Suena la azada, y á los golpes cierto
Y formado salió el cántaro ó jarro,
Con un betun fortísimo cubierto.
Era el atapador tambien de barro
A modo de pirámide, y tan dura,
Que la quebrara apenas un guijarro;
Y como en esta tierra se mormura,
Que hay en ella escondida plata y oro,
Pensó que estaba dentro su ventura.
¡Dichoso yo! sin duda que es tesoro,
Dijo, que en los peligros de la guerra
Aquí lo sepultó algun rico Moro.
Saca su hallazgo de la amiga tierra,
Prometiéndose ya de comprar cuanta
Alcanza á ver con lo que el vaso encierra.
Las manos tiemblan cuando lo levanta,
Mirando á todas partes con cautela,
Que ladron se le antoja cualquier planta:

Y al fin nuestro dichoso se rezela,
Y á solas, de testigos retirado,
Abrir quiere la urna ó tinajuela;
Pero aunque le entristeze el peso amado
(Porque segun lo estima y lo que espera,
Se le antoja liviano demasiado)
Lo escusa luego, porque considera
Que la carga que aplaze no es pesada,
Y que el nuevo plazer se la alijera.
Al fin, en lo interior de su posada
Cierra su puerta, y las rendijas tapa,
Y aun quisiera á la luz negar la entrada.
Tras esto estiende próvido la capa,
Y forzejando, por no hazer rüido,
Como puede lo rompe y desatapa:
Trastorna la vasija, persuadido
Que estaba del mas fino oro maziza
Entre joyas antiguas embutido;
Pero envueltos le arroja con ceniza
Huesos medio quemados, de varones
Quizá que alguna historia solemniza.
Atónito entre varias opiniones,
Llega á tener por cierto que el Demonio
Aquel tesoro transformó en carbones.
Si él pudiera entender á Süetonio,
Que nos dejó en las vidas que dispuso
De exequias de aquel siglo testimonio,
Cierto de que ya un tiempo hubo aquel uso
De sepultar, no hallara causa alguna
Para quedar burlado, ni confuso.
Así nos enriqueze la fortnna,
Cuando ya por rigor, ya por clemencia,
Sale á nuestros designios oportuna.
Prometiónos el gozo y la opulencia
De su prosperidad; pero no tarda

Ni un instante á probar nuestra esperiencia,
Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

Baltasar de Alcázar.

La indecision.

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon :
La bella Ines, el jamon
Y berenjenas con queso.

. . . . . .

En gusto, medida y peso
No les hallo distincion :
Ya quiero Ines, ya jamon,
Ya berenjenas con queso.
Alega Ines su beldad;
El jamon, que es de Arazena,
El queso y la berenjena
Su andaluza antigüedad.
Ya está tan en fil el peso,
Que juzgando sin pasion,
Todo es uno : Ines, jamon
Y berenjenas con queso.
Servirá ese nuevo trato
Destos mis nuevos amores,
Paraque Ines sus favores
Nos los venda mas barato;
Pues tendrá por contrapeso,
Si no hiziere razon,
Una lonja de jamon
Y berenjenas con queso.

Régimen de vida.

¿Deseais, Señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,

Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento?
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por Oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso,
Me dan asada y cozida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres vezes del süave
Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar hesperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquezido pulso
Restituyen á su ser.
Luego me cierran la puerta,
Y me entrego al dulce sueño;
Dormido, soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta,
Hasta que habiendo sol nuevo

Me cuentan cómo he dormido,
Y así de nuevo les pido
Que me dén néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Voyle puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artifizio;
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edifizio.

D. Juan Perez Montalvan.

Vida Frailesca.

. . . . . Es purgatorio
Toda dicha, comparada
A la de un fraile, cifrada
Desde el coro al refectorio.
Tras gastar aquí á pasajes
La mañana en parabienes
De antífonas y de amenes,
Que hazen mas hambre que pajes,
Sin cuidar de otras marañas,
Cada cual su paso inclina
Al olor de una cozina
Que penetra las entrañas.
Entra al refectorio, y mira
Mesa puesta sin afan,
Servilleta, fruta, pan,
Un tazon que ámbar respira,
Mandando el refitolero
Diez legos arremangados,

Cuatro gatos disputados
Con mas lomos que un carnero.
Va andando la tabla llena,
Y pone cada varon
Las manos en su porcion,
Y los ojos en la ajena.
Luego empiezan los cuchillos
En los platos la armonía,
Y la fuerte batería
De mascar á dos carrillos.
Solo se oyen plazenteros
Chiquichaques de quijadas,
Que hay runfla de dentelladas,
Que parezen caldereros.
Y entre el sonoro ejerzizio,
Que al bajar y subir crezen
Tantas manos, que parezen
Los cazos del artifizio,
Prorumpe un fraile: á obediencia
Nos obliga este instituto;
Y al son de aquel estatuto
Hazen todos penitencia.
Luego andan dos frailezillos
Llevando con manos diestras,
Candelas en unas cestas,
Molletes en los carrillos:
Dos legos á jarrëar,
Vertiendo sangre, é hinchadas
Las caras, como tajadas
De carnero á medio asar.
Comen, y de dos en dos,
A quien se lo da alabando,
Salen tosiendo y rezando
En honra y gloria de Dios.

El Milagro.

Enfermó un hombre de un ojo,
Y tanto su mal crezió,
Que de aquel ojo cegó,
Si no lo habeis por enojo.
Con el ojo que de nones
Le vino á quedar, pasaba,
Y via lo que bastaba,
Sin curas, aguas y unciones.
Mas como uno le dijese,
Que si es que vista desea,
Al Cristo de Zalamea
Devoto y contrito fuese,
Donde por diversos modos,
El cojo, el ciego, el mezquino
Con el azeite divino
De todo mal sanan todos;
El al punto se partió
Con fin de desentuertar,
Al soberano lugar.
Apenas en él entró,
Cuando á la lámpara parte,
Y tanto el azeite agota,
Que emtrambos ojos se frota
Por una y por otra parte.
El ojo que bueno estaba,
Con el contrario licor
Sintió tan fuerte dolor,
Que del casco le saltaba;
Y en fin, sin remedio alguno
Hubo de venir á estado,
Que de allí á una hora el cuitado
Ya no via de ninguno.
Al Cristo entónces se fué

Atentando como pudo,
Y á sus pies muy amenudo,
Con mas cólera que fe,
A grandes vozes decia:
Señor, á quien me consagro,
Ya no quiero mas milagro
Sino el que yo me traia.
Cesó el dolor, y al momento,
Contento de hallar su ojo,
Se volvió sin mas antojo
De milagro. Aplica el cuento.

Góngora.

El Amante sin Melindre.

Así Riselo cantaba
En su rabel de tres cuerdas,
Aquel de la tapa blanca,
Y de las costillas negras:
El que tiene por remate
Una burlada sirena,
Divisa contra engañosas
Que cantan y desesperan;
Como hizo aquella fázil
De cuya voz no se acuerda,
Porque amor que es ave y niño,
Si no le regalan, vuela.
Digo pues que así cantaba
Con su tiple de corneja,
Oyéndole cuatro esquinas,
Dos calles y una taberna:
Vamos horros en los gustos,
Aldëana, que rebientas

Por mostrarme que en tu lumbre
Mil corazones se queman.
A lo simple nos queramos,
Sea nuestra fe de cera;
Cada cual siga su antojo,
Pues que la gracia no es deuda.
Franca de zelos te hago,
Porque los llamó mi abuela.
Brujas que á las almas niñas
Les chupan la sangre nueva;
Y yo que soy Bachiller
Por Alcázar de Consuegra,
Los comparo á los herizos,
Que á quien los toma penetran.
No quiero que á nuestras vidas,
Que son dos palomas duendas,
Las tienten esos pecados
Que la voluntad infiernan.
Si te vas por la mañana,
Yo te aguardaré á la siesta;
Y si á la noche faltares,
Dormiré aunque no parezcas.
Si quieres tener visitas,
Sin miedo puedes tenerlas,
Y si á mí me convidaren,
Déjame ser Pero entre ellas.
Ya no quiero que me digas,
Que un Señor de cruz bermeja
Te promete montes de oro,
. . . . . .
Porque pienso que lo dices
Aplicando la conseja,
Paraque lijeras anden
Mis pesadas faltriqueras.
Bien se me trasluze á mí

Que el arco de amor se flecha
Por las poderosas manos
De su consejo de hazienda.
Venus, la Diosa de Chipre,
Ya es matrona genovesa,
Guarismo sabe su niño,
Multiplica, suma y resta.
Ya el rapaz anda vestido,
Las alas aforra en tela,
Y el que esperanzas comia,
Pavos come y tortas cena.
A la discrecion le ha dicho
Que compre y no diga perlas,
Y á la gentileza pobre
A pintura la condena.
Su secretario es el dar,
Un mozo que allana sierras,
Robador de voluntades,
Y cumplidor de promesas.
Por esto, aldëana mia,
Quiero yo seguir la secta
De aquellos cuyas entrañas
Parezen carne, y son piedras.
Si no merezco tus glorias,
No me revista tus penas;
Y si por dicha te agrado,
Mas verdad y menos tretas.

Un Pobrete a su Dama pedigüeña.

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado,
Y con mil ansias abierto;

Y en fe de los treinta escudos,
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un *alma mia*
Disimulados y envueltos,
Os envio ese inventario
De las partidas que tengo,
Que es como si os envïara
Las del Infante Don Pedro.
Porque en materia de escudos,
Solo tengo un paves viejo,
Y en moneda de rëales
Yo soy de un lugar realengo:
Y cuanto á las alcabalas,
Tengo un grande privilegio,
Que como no hay qué vender,
Ni las pago ni las debo.
De los navíos de Indias
Poderosos y soberbios,
Me viene la dulce nueva.
Como llegaron al puerto.
Cúpome de particion
De molinos de agua y viento,
El molino de mis dientes
Que no muele á todos tiempos.
De dehesas y cortijos,
Viña, huertas y majuelos,
Me cupieron los caminos
Y la ciudad de linderos.
No se me quejan las fuentes,
Ni los claros arroyuelos
Que los enturbian cabezas
Señaladas de mi hierro.
Al fin mis hatos se incluyen
En los que ciñen mi cuerpo,
Y en un *agnus Dei* de alquimia

Se rematan mis corderos.
Solo el adorno de casa
Es, Señora, de momento,
Porque en un momento es visto,
Y se acaba en un momento.
Tambien tengo alguna plata;
Por ser poca no la cuento,
Que es una santa patena,
Que heredé de mis abuelos.
No tengo paños de corte,
Mas no me faltan enteros,
Porque ya tengo la corte;
Solo el paño es el que espero.
Tambien para mi salud
Que es la prenda que mas quiero,
Hay muy gentiles gallinas
En mi mozo y en su dueño.
Al fin que, Señora mia,
Dicho por menos rodeos,
Si yo tengo solo un cuarto,
Muera de cuatro contrecho.
Sin duda que se hallaron
En mi triste nazimiento
Las estrellas en ayunas,
Pues tal hombre en mí influyeron.
Aguarde que otra vez nazca
En mas venturoso agüero,
Que por desnudo mi madre
Me puede parir de nuevo.

El Desengaño.

Ingrata Señora,
Desde tu aposento
Mas dulce y sabrosa

Que nabo en adviento,
¡Qué de noches frias
Que me tuvo el hielo
Tal, que por esquina
Me juzgó tu perro,
Y alzando la pierna,
Con gentil denuedo
Me argentó de plata
Los zapatos negros!
¡Qué de noches destas,
Señora, me acuerdo
Que andando á buscar
Chinas por el suelo,
Para hazer la seña
Por el agujero,
Al tomar la china,
Me ensuzié los dedos!

. . . . . .

¡Qué de meses y años
Que viví muriendo,
Empeñado pobre
Sin ser Beltenebros!
Donde me acaezió
Mil dias enteros,
No comer sino uñas
Haziendo sonetos.
¡Qué de necedades
Escribí en mil pliegos,
Que las ries tú ahora,
Y yo las confieso!

. . . . . .

¡Qué de medias noches
Canté en mi instrumento:
Socorred, Señora,
Con agua á mi fuego!

Donde, aunque tú no
Socorriste luego,
Socorrió el vecino
Con algun caldero.
A Dios, mi Señora,
Porque me es tu gesto
Chimenea el verano
Y nieve el invierno;
Y el bazo me tienes
De guijarros lleno:
Ya creo que bastan
Seis años de necio.

ROMPIMIENTO CON CUPIDO.

Ciego que apuntas y atinas,
Caduco Dios y rapaz,
Vendado que me has vendido
Y niño mayor de edad;
Por el alma de tu madre,
Que murió siendo inmortal,
De envidia de mi Señora,
Que no me persigas mas:
Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.
Baste el tiempo mal gastado
Que he seguido á mi pesar
Tus inquïetas banderas,
Forajido capitan.
Perdóname, Amor, aquí,
Pues yo te perdono allá,
Cuatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
Amadores desdichados
Que seguís milicia tal,

Decidme, ¿qué buena guia
Podeis de un ciego sacar?
De un pájaro ¿qué firmeza,
Qué esperanza de un rapaz,
Qué galardon de un desnudo,
De un tirano qué piedad?
Déjame en paz, etc.
Diez años desperdizié
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal.
¡Cómo aré, sembré, coji!
Aré un alterado mar,
Sembré en estéril arena,
Cojí vergüenza y afan.
Déjame en paz, etc.
Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena,
A la cárcel libertad,
Miel dulce al amargo azíbar,
Principio al fin, bien al mal:
Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.

Artemisa consolada.

Labrando estaba Artemisa
Aquel famoso sepulcro
Que fué milagro de Grecia,
Y maravilla del mundo:
Llorando de noche y dia
El malogrado difunto,

Sus impertinentes ojos
Parezen arroyos turbios.
Consolábala una Dama
Mas elegante que Julio,
Boquifrunzida de labios,
Nariz corba y rostro enjuto.
« Deja ese llanto, le dice,
Porque ya está puesto en uso
Que no llegue el sentimiento
Mas que á cumplir con el vulgo.
Si el estado que te queda
Supieses bien, yo presumo
Que estarias mas contenta,
Que con su renta el Gran Turco.
Si es muerte la esclavitud
Y la libertad bien sumo,
Si quedas libre, hoy comienzas
A tener vida de gusto.
Compañía de varon
Ni la aprecio, ni la culpo,
Que voluntaria es süave,
Y pesada si es con yugo.
Bien pareze un hombre en casa;
Pero si continuo es uno,
Es muerte cruel, y mas
Si acierta á ser calvo ó zurdo.
El primer mes de marido
Puede sufrirse á lo sumo,
Y es suma felizidad
Cuando se enviuda al segundo.
El mas afable es zeloso,
El mas discreto importuno;
Si es mozo, es desperdiciado,
Y avariento si es caduco.
El estado de casada

Solo ha de servir de punto
O escala, para subir
Al de viüda seguro.
Ser de una cama y de un lecho
La muger dueño absoluto,
Dicen algunos Doctores,
Que engorda y alegra mucho.
¿Comer siempre de un manjar,
A quien no causa disgusto,
Y mas cuando acierta á ser
Algo desabrido ó suzio?
Un marido es vaca eterna;
Mejor es que hoy á tu gusto
Des un sazonado pavo,
Mañana un lego besugo.
Si te da pena este traje
A que te obliga el difunto,
Viste el tronco de colores
Y la corteza de luto ».
Con esto templó Artemisa
Su pensamiento confuso,
Medio arrepentida ya
De haber labrado el sepulcro.

LETRILLA.

Ande yo caliente,
Y ríase la gente.
Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno,
Naranjada y aguardiente;
Y ríase la gente.

Coma en dorada bajilla
El Príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados,
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morzilla
Que en el asador rebiente,
Y ríase la gente.
Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas,
Del Rey que rabió me cuente,
Y ríase la gente.
Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y ríase la gente.
Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y ríase la gente.
Pues amor es tan cruel,
Que de Píramo y su amada
Haze tálamo una espada,
Do se junten ella y él,
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y ríase la gente.

CUENTOS Y FRAGMENTOS

Quevedo.

La Vieja Rebuscona.

Una incrédula de años,
De las que niegan el *fué*,
Y al limbo dan tragantonas
Callando el Matusalen,
De las que detras del moño
Han procurado esconder,
Si no la agua del bautismo,
Las edades de la fe,
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel;
No quise decir andrajos
Porque no se afrente al leer.
Fué pues muy contemplativa
La vejezuela esta vez,
Y quedóse así elevada
En un trapajo de bien.
. . . . . .
Y bamboléando un diente,
Volatin de la vejez,
Dijo con la voz sin huesos,
Y remedando el sorber:
Lo que ayer era estropajo
Que desechó la sarten,
Hoy pliego manda dos mundos
Y está amenazando tres.
. . . . . .
Buen andrajo, cuando seas,
Pues que todo puede ser,
O provision, ó decreto,
O letra de Genoves;
Acuérdate que en tu busca

Con este palo soez,
Te saqué de la basura
Para tornarte á nazer.
En esto haziendo cosquillas
Al muladar con el pie,
Llamada de la vislumbre
Y asustando el interes,
Si es diamante, no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo
Perdido por hazer bien.
Miróse la viejezilla
Prendiéndose un alfiler,
Y vió su orejon con tocas
Donde buscó un Aranjuez:
Dos cabos de ojos gastados,
Con caducas por niñez,
Y á boca de noche un diente,
Cerca ya de oscurezer.
Mas que cabellos, arrugas
En su cáscara de nuez;
Pínzas por nariz, y barba
Con que el hablar es morder.
Y arrojándole en el suelo,
Dijo con rostro cruel:
Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves.
Señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay porqué.

El Cuitado.

Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera!

Aunque estaba cuando me hizo,
De gorja naturaleza.
Dos maravedís de luna
Alumbraban á la tierra,
Que por ser yo el que nazia
No quiso que un cuarto fuera.
Nazí tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un mártes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naziera.
. . . . . .
Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá,
Y á engendrar mas hijos vuelvan.
Tal ventura desde entónces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta,
Segun ha sido de negra;
Pues es tan feliz mi suerte
Que no hay cosa mala ó buena,
Que aunque la piense de tajo,
Al reves no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hazienda,
Les dará el Cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.
Paraque vean los ciegos,
Sáquenme á mi a la vergüenza,
Y paraque cieguen todos,
Llévenme en coche ó litera.

Como imágen de milagros
Me sacan en las aldeas:
Si quieren sol, abrigado;
Y desnudo, porque llueva.
. . . . . .
De noche soy parezido
A todos cuantos esperan
Para molerlos á palos,
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
Si ha de caer, una teja,
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí,
Me haze prestar la paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,
Y la hallo en las tabernas,
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar ofizio
Porque sé por cosa cierta,
Que en siendo yo calzetero
Andarán todos en piernas.
Si estudiara medicina,
Aunque es socorrida ciencia,

Porque no curara yo,
No hubiera persona enferma.
Quise casarme esotro año
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme en dote al diablo
Con una muger muy fea.

. . . . . .

Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vozean,
Herradores que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con fieltro,
Se abrasa en fuego la tierra;
Y llevando guarda-sol,
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna muger,
Y le digo mil ternezas,
O me pide, ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto,
Ahorro cualquier limpieza,
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualquiera color vergüenza.

. . . . . .

Paraque no estén en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarlos yo solo basta,
Pues con eso estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hazerme algun bien,
Y no vivirá hora y media.
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó que adorase

Con mi humildad tu soberbia.
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera,
Como otros, tu pretendiente,
Vine á ser tu pretenmuela.
. . . . . .
Aquesto Fabio cantaba
A los balcones y rejas,
De Aminta, que de olvidarle
Le han dicho que no se acuerda.

D. Francisco de Rojas.

Vida estudiantina.

Vuestro Estudiante, amo mio,
Y tres que con él están,
Viven pegado al Dëan,
Junto á la puerta del Nio,
Que para sus malas mañas,
Es barrio de mejor modo.
Tiene un aposento, todo
Colgado de telarañas,
A donde pudieras ver
De cordeles y de pino
Una cama de camino
Como mula de alquiler:
No mas pintura ó retrato,
En su aposento infïel,
Que una espada y un broquel,
Y un candil de garabato.
Hay, por si comer previene,
Porque hay dia que se trae,
Una mesa que se cae,

Y una silla que se tiene.
Compró, por si acaso hiela,
De paño una mala capa;
Tiene un espejo sin tapa,
Y un zepillo que se pela.
Tan vieja guitarra en ser
Toca en muchas ocasiones,
Que á no ser por los bordones
No se pudiera tener.
Tiene un arca infame luego,
Pegada junto á la cama,
Muy maldita para dama,
Porque se abre á todo ruego.
. . . . . .
Que se levanta sabrás,
A escuelas con atencion,
Y no á escribir la leccion,
Sino á estorbar los demas.
A su hora señalada,
A comer su olla contina
Va con hambre estudiantina,
Que la canina no es nada.
Comen todos en un plato,
Y aguardando que él empieze,
Cuando ellos comen, pareze
Que lo comen de barato.
Si juega y pierde, al instante
Vuelve con resolucion
Todo el juego en colacion,
Pues se acaba en alicante.
De noche se va al mercado
Si no hay otro mal que hazer,
En otro trajè, á correr
Asadores de adobado.
Luego á ver amigos pasa,

A escudriñar y á inquirir
Donde habrá algo que reñir;
Si no lo hay, se vuelve á casa.
Quiérese luego acostar,
Hágole blanda la cama,
Da veinte gritos al ama
Que le suba de cenar.
Llegan los tres mentecatos
Con un respeto que admira;
Si alguien ceña mas, le tira
Los libros, porque no hay platos.
Rezar, aun no sabe tanto;
Reñir, es cosa precisa;
Hazer mal, cosa de llanto.
En la copia puedes ver,
Que mi lengua ha transladado,
El hijo que te ha costado
Tanto trabajo de hazer.

D. Juan de la Hoz.

Retrato de un Avaro.

Yo, si no os cansais, podré
Decíros mejor sus cosas.
A servir vino á Madrid
Don Marcos Gil de Almodóvar
A un Señor, de pajezillo;
Y en aquella vida ansiosa
Del tinelo y su escasez,
Criándose de tal forma
Su estrecho ánimo, las reglas
De aquella fortuna corta
Fué observándolas despues,

Que en mas edad pasar logra
Desde paje á Gentil-hombre.
Siendo perniziosa cosa
Cuidar de cuarto y comida,
No solo aprovechó todas
Las lecciones aprendidas,
Pero aun les añadió glosas
Tales, que en cuanto á miseria,
Lleva por maestro la borla,
Y cátedra leer puede
De ahorrativos y de gorras.
El vive en un desbanzillo,
Que aunque aposento le nombra,
El nicho de San Alejo
Es con él sala espaciosa.
Su comida es tan escasa,
Que si se pesa por onzas,
Ni á un anacoreta fuera
Colacion escrupulosa;
Y aun para ello, recorriendo
Las tiendas como quien compra,
Muestras de legumbre pide,
Y el precio de las arrobas,
Y llenas las faltriqueras
Trae á casa de esta forma
De arroz, garbanzos, judías,
Lentejas, y aun zanahorias.
Luz en las noches de luna
No la gasta, y en esotras
Con pedazos de enzerado
Del que en los coches despoja,
Se alumbra mientras se acuesta,
Y con presteza tan pronta,
Porque aun eso no se gaste,
Que por la calle se afloja

Calzon, medias y zapatos;
Al subir, desabotona
El jubon, suelta la capa,
Y halla acabada su obra.
Si quiere probar tal vez
El vino, que nunca compra,
A la iglesia mas vecina
Va con humildad devota
A ayudar dos ó tres misas,
Y el que en cada una le sobra
Y él sisa ántes, en un frasco
Que trae oculto acomoda.
A vezes tiene criado;
Pero con tan nueva moda,
Que no le paga razion,
Sino es que, segun las cosas
Que le manda, así por piezas
Le concierta; de tal forma,
Que ya tiene su arancel
Del precio de cada obra:
Un ochavo hazer la cama,
Otro fregarle las ollas,
Otro barrer; y á este modo,
Siendo sus haziendas pocas,
Con dos ó tres cuartos paga
Un criado, que las horas
Que le sirve solo asiste,
Con que ni escucha ni estorba.
El inventó aguar el agua;
Porque á una carga que compra
De la fuente de año á año,
Añade del pozo otra,
Y aun le va echando calderos
Segun gasta, de tal forma,
Que de San Juan á San Juan

Dura, y aun la mitad sobra.
En fin, con estas industrias
El haber juntado logra
Seis mil ducados, que guarda
En paraje que se ignora.

D. Luis Velez de Guevara.

Las elecciones para cargos de justicia.

Habia un cierto Lugar
Tan incierto, que aun apenas
Sus vecinos le sabian.
Su planta era en las riberas
De un rio corto de talle,
Porque á su Lugar parezca.
Sus vecinos, por ser treze,
Los contaban por dozena,
Pues la maestra de niñas
Quedaba fuera de cuenta.
Dicen que fué antiguamente
Colonia romana ó griega,
Y ahora por sus pecados
Es española agujeta;
Pero con el buen olor
De aquella rancia nobleza
Elijen sus magistrados
Con poder sobre las peñas.
Llégó de año nuevo el dia,
Donde los cargos se truecan,
Porque todo era postizo;
Y el Zapatero, ojo alerta,
En sabiendo la eleccion,
Cojió las hormas con priesa

Notable, en una barquilla
Que servia de muleta
Al pueblo, y se fué agua abajo;
Y á poco mas de una legua
Dió fondo en otro Lugar
Casi de las propias señas,
Si bien no tan opulento,
Por ser poblacion mas nueva;
Y así tenia en la torre
Por campanas las cigüeñas.
Admirándose la plebe,
Que era entónoes dia de feria,
De ver al Crispin sacar
La pedestal herramienta,
Le preguntaron á corros,
Y no con poca sospecha,
La causa de su mudanza;
Mas el con la voz serena
Les dijo: Señores mios,
Oigan que la causa es esta.
Ya sabrán vuesas mercedes
De ab initio y ante sæcula,
Que en mí Lugar (ó en mi haca,
Que no vengo para fiestas,
Pues diré mal de mi padre
En desarmando la tienda)
Ya saben que sus vecinos,
Por enfermedad secreta,
No llegan al catorzeno:
Pues hoy por costumbre vieja
Hubo eleccion de Justicia:
Plegue á Dios que en él se ensuelva,
Pues como se está el Lugar
Siempre en sus treze, y es mengua
En república tan noble

No hazer la eleccion entera,
Repartieron, como digo,
Los ofizios por cabezas.
Dos Alcaldes ordinarios,
Ya saben sus preeminencias:
Uno de los Hijos-dalgo,
Y otro de la villanesca:
Luego un Alguazil Mayor,
Con que tenemos tres piezas:
Juez de testamentos, cuatro;
Luego un Receptor de penas
De cámara, que son cinco,
Aunque de pujo rebientan:
Cuatro Rejidores, nueve,
Que rijen cuatro carretas:
El Escribano y Alcaide
De la cárcel, que está en jerga,
Y su poco de verdugo,
Cumplen doze, y ellos eran
Conmigo treze; pues digo
A los que saben de cuenta,
Si los doze son Justicia,
Y yo me he quedado fuera,
¿En quien la han de ejecutar
Si no es en mí? La madera
De mis hormas me acompañe;
Yo no he de vivir en tierra
De tantos justos pastores,
Que ahorcarán una estrella.

Calderon de la Barca.

El Fraile y el Tamborilero.

De una fiesta á su Lugar
Volvia un Tamborilero,

Y un Fraile tambien volvia
De la fiesta á su convento.
El Tamborilero iba
En un burro caballero,
Y el Fraile á pie. Preguntóle
El Padre ¿De donde bueno?
De tañer, dijo, esta flauta,
Y este tamboril: por eso,
(Le preguntó) ¿qué le han dado?
Él respondió: poco cierto;
Cincuenta reales, comido
Y bebido, que no es menos,
Llevado y traido, sin otros
Regalillos que aquí tengo.
¿Eso es poco? (dijo el Padre)
Pues yo de predicar vengo,
Y ni aun de comer me han dado,
Y como ve, á pie me vuelvo.
El Tamborilero entónces
Dijo enojado y soberbio:
Pues Tamborilero, y Padre
Predicador ¿es lo mesmo?
Aprendiera buen ofizio
Y no se quejara de eso.

Las dificultades venzidas.

Llevando un dia un Villano
Una soga y una estaca,
Una cabra, una cebolla,
Una polla y una holla,
Halló una grande bellaca.
Llamóle, y díjole: Sil,
Ven acá, parlemos hoy
En este campo; si voy

Cargado de alajas mil,
(Dijo él) ¿cómo podré
Sin que se me pierdan todas?
Dijo ella : mal te acomodas,
Que eres necio bien se ve :
¿Qué llevas? — Tú lo verás;
Una cebolla, una olla,
Cabra, soga, estaca y polla.
¿Esto es mucho? ¿Pues hay mas,
Dijo, de hincar en el suelo
La estaca, y cuando lo esté
Atar la cabra de un pie
Con la soga, y en un vuelo,
Para asegurarlo mas,
Meter la polla en la olla,
Taparle con la cebolla
La boca, y así estarás
Seguro de que se abra,
Y tendrás, si eso te ahoga,
Seguras estaca y soga,
Polla, olla, cebolla, cabra?
Cuando quiere una muger,
No hay inconveniente humano :
Lo imposible lo haze llano.

El buen Cura bien pagado.

Hay cerca de Ratisbona
Dos Lugares de gran fama,
Que el uno Agere se llama,
Y el otro Macarandona.
Un solo Cura servia,
Humilde siervo de Dios,
A los dos, y así á los dos
Misa en las fiestas decia.

Un vecino del Lugar
De Macarandona fué
A Agere, y oyendo que
El Cura empezó á cantar
El prefazio, reparó
En que á vozes aquel dia
Gratias agere decia,
Y á Macarandona no.
Con esto muy enojado,
Dijo: el Cura gracias da
A Agere, como si acá
No le hubiéramos pagado
Sus diezmos. Cuando escucharon
Tan bien sentidas razones
Los nobles Macarandones,
Los bodigos le sisaron.
Viéndose desbodigar,
Al sacristan preguntó
La causa; él se la contó,
Y el Cura así da en cantar,
Siempre que el prefazio entona,
Porque la ofrenda se aplique,
Nos tibi semper ubique
Gracias á Macarandona.

D. Francisco Bances Candamo.

El Misionero y el Soldan.

Un Monje español á Egipto
Encaminó su derrota;
Súpolo el Soldan, llamóle,
Y díjole con voz bronca:
¿A qué habeis venido acá?

Y el Padre con muy melosas
Palabritas, debanadas
En una santa pachorra,
Dijo : á decir la verdad,
Y á morir por ella sola
Predicándola. El entónces
Le replicó con gran sorna :
Si por la verdad deseas
Morir, mejor es que escojas,
Peregrino, otro pais.
A España otra vez te torna,
Y di la verdad en ella
A personas poderosas,
Y verás cómo en tu patria
Morir por la verdad logras,
Que acá el decir las verdades
Tan á pechos no se toma.

D. José Julian de Castro.

La Vida del Soldado.

Con el ardiente deseo
De ganar dinero y fama,
Cosa que si bien se atiende
En estos tiempos de ahora,
Sacará de sus casillas
Al Tabernero de Atocha;
Se mete uno á ser soldado,
Religion la mas penosa,
Con mas trabajo que algunas,
Y menos razion que todas.
Mientras hay pazes, tal cual
Pasa un hombre su derrota;
Bien, porque hay alojamientos,

Hay gallinas, y hay patronas;
Mas declarada la guerra,
Empieza la batalla.
Marcha allí, marcha acullá,
Hoy á Argel, mañana á Roma,
Pasado mañana á Flándes,
Y esotro dia á Liorna.
Descúbrese el enemigo,
¡Fuego de Dios y qué tropa!
Ya se mueven las escuadras,
Ya el General los exorta
A despreciar una vida,
Como si uno tuviese otra:
Ya empiezan los cañonazos
A echar almendras tan gordas,
Y ya trompetas y cajas
A formarse el cuadro tocan.
Aquí es ella ¡Ay Vírgen mia!
¡Que nos cercan, que nos cortan!
Animo! y nadie desmaye,
Aunque en aquesta derrota
Le hagan los sesos tortilla,
Y lo huesos pepitoria.
¡Bun, bun, bun! ¡Jesus mil vezes!
¿Qué ha sido eso? no fué cosa:
Una bala que á seis hombres
Les hizo abrir tanta boca.
Nuestro es el dia, muchachos!
Ahora es la ocasion, ahora!
A uno sin brazos le dejan,
A otro los ojos le sacan,
Y á otro envian por las costas.
Nadie afloje, mueran todos.
Cruja el parche y arda Troya.
Animo, que ya desmayan!

A ellos, á ellos que aflojan!
¡Qué batalla hemos ganado!
¡Buen suceso! ¡gran victoria!
De esta vez á cada pobre
Plaza de tambor le toca.
Acábase la campaña,
A la corte un hombre torna;
Va á pretender, y en un siglo
No encuentra una buena hora,
Porque despues que anda el pobre
Tres años á la maroma,
Corriendo por esas calles
Como caballo de posta,
Que solo en considerarlo
Sudo la gota tan gorda,
Logra... ¿qué? una razion de hambre,
Y esto si acaso la logra.
Mas si siempre fué lo mismo,
Dejemos correr la bola.

D. Antonio de Solis.

Pintura que haze preciosa a su amante D. Juan de la vida de los Gitanos.

Continuos moradores de estos prados,
Al campo reduzidos los poblados,
Donde sin la inquietud de las ciudades,
Ni el desconsuelo de las soledades,
En todo moderando ambos estremos,
Una vida tan quieta componemos,
Tan deleitosa, tan desenfadada,
Y sobre todo tan acomodada,
Que segun la opinion que mas la abona,

De esa vida desciende la chacona,
La flor del berro se crió en su playa,
Y por ella cortaron la gandaya.
Mas porque una república tan grande
Tenga quien la gobierne y quien la mande,
Elije nuestra gente
Un Conde, á quien rendida y obediente
(Calla que ántes que pasen muchos dias,
Si del intento de hoy no te desvias,
Me han de andar mal las manos
O has de subir á Conde de Gitanos)
Un Conde, pues, elijen,
Y todos por sus órdenes se rijen.
Este, con atencion, con peso y juizio,
Reparte á cada uno el ejerzizio
A que su propria inclinacion le llama,
Y cada cual por dilatar su fama
Con industria pretende,
Haziéndose el mejor en lo que emprende.
Al que le ve de inclinacion lijera,
Le encarga el baile, el salto y la carrera;
Y al que la tiene un poco mas pesada,
Barra, lucha y espada.
En todo serás tú mas eminente
Dentro de pocos dias, si no miente
La vista que obedeze á los indicios.
¡O cómo en unos y otros ejerzizios,
A todos has de echar el pie adelante!
Y yo que no soy mármol ni diamante,
Viendo que los escedes de esta suerte,
Me cansaré muchísimo de verte;
Porque estos ejerzizios, si te plaze,
Cansan á quien los ve y á quien los haze.
¿Hay cosa como un hombre que es cristiano,
Cuando toma una piedra en esta mano

Muy grande y muy pesada,
Y fijo el pie en la raya señalada,
De los hombros poniéndose muy ancho,
Y con la izquierda sustentando el lancho,
Librado todo sobre el pie siniestro,
Para hazer una vuelta,
Con gran pujanza de las manos suelta?
Pero quiero dejallo,
Que me duelen los hombros de pintallo.
Iba diciendo, pues, que el Conde tiene
Cargo de repartir como conviene
El ejerzizio ó entretenimiento,
Que viene á cada cual menos violento;
Pero al que siente torpe y desmayado,
Le condena al cuidado
Del hierro que se labra y que se vende;
Cosa que importa mucho y de que pende
Nuestra conservacion, porque con esto,
Viéndonos dados á ejerzizio honesto,
Con el trabajo de uno á buena cuenta,
Nos pasa el mundo el ocio de cincuenta:
De suerte, que al inútil ocupamos,
Y los útiles todos nos holgamos.
Las mugeres tambien atentamente
(Que tambien las mugeres somos gente)
Repartimos su ofizio á cada una.
El bailar no hay quitárselo á ninguna
Desde las feas á las desairadas,
Porque todas hazimos enseñadas.
A la que salé cuerda, libre y sábia,
A las de mas meollo y mejor labia,
Se le encarga el decir buenas venturas,
Accion en que los necios van á escuras,
Porque, enfin, ha de ser muy elocuente
Quien hiziere creer á un pobre oyente
Dos mil mentiras, y supiere urdillas

De suerte que las crea á pie juntillas;
Que segun lo que en mí y en otras veo,
No es para bobos el mentir arreo.
Yo en esto soy la menos elocuente,
Pero miento, Don Juan, medianamente;
Y cuando al mesurado,
Que quiero hazer mi bienaventurado
A cuatro pasos veo,
Llegando con mi poco de zezeo,
Y aquello de *galan erez, queritlo,*
Tienez muchaz, y pagaz con olvido,
Pido la mano y entro á la sobsaca
Con una admiracion y una alaraca,
Y juntando mentiras generales,
Que vienen bien á todos los mortales,
Y á los que tienen duras crededéras,
Diciéndoselas todas venideras,
Que hazen titubëar al mas atento,
No ha habido en faldriquera de avariento
Doblon que su clausura no quebrante,
Cíñalo bronce, ó múrelo diamante.
Así, Don Juan, así nos conservamos,
Así nos vemos y nos deseëamos.
Huye de aquí la envidia desterrada,
Aquí la paz habita venerada;
Y en fin, todos vivimos de manera,
Que es vergüenza que nadie se nos muera.
Pero si acaso Usté no se resuelve
A venir, y á Madrid los ojos vuelve,
Donde con otro amor de mas estima
Le tira la clavija de la prima,
No hay sino que los dos muy lastimados,
Muy tiernos de ojos y desordenados,
Con dos á Dioses y con dos gemidos
Aquí nos despidamos como amantes,
Y luego tan amigos como de ántes.

El Amor al Uso.

Eso de que amor engaña,
Abrasa y rinde, es patraña
Que algun ocioso inventó.
Amor es duende importuno,
Que al mundo asombrado tray;
Todos dicen que le hay,
Y no le ha visto ninguno.
¿A quien no causa fastidio
Esta pasion amorosa,
No siendo amor otra cosa.
Que una fábula de Ovidio?
¿Y qué importa que se nombre
Amor este devaneo,
Si es confirmar el deseo,
Y luego mudarle el nombre?
¡Válgate Dios por dolencia,
No acabada de entender!
¿Es esto mas de creer
Que está allí mi conveniencia?
¿No tira la voluntad,
Geómetra superior,
Todas las líneas de amor
Al punto comodidad?
Yo no sé si á mí me tiene
Ciega en lo que me aconseja,
Pero bien sé que me deja,
Mirar lo que me conviene.
. . . . . .
Porque el querer con fervor
A otro es amor impropio,
Y asi solo el amor propio
Viene á ser el propio amor.

Cadalso.

La Bolsa del Avariento.

En el oscuro bolsillo
De un miserable avariento,
Reynaba un sumo descanso,
Duraba un largo silencio.
Ni sol ni luna podian
Envïar sus luzes dentro,
Para dar un corto alivio
A los tristes prisioneros.
Ya de esto habrá colejido
El lector, como discreto,
Y sino, como atrevido,
(Que suele valer lo mesmo,
Y mil vezes confundirse
Discrecion y atrevimiento)
Ya habrá, digo, discurrido,
Como digo de mi cuento,
Que los tristes habitantes
De aquel castillo tremendo
No veian los teatros,
Las máscaras, los paseos,
Los banquetes, las visitas,
Las tertulias y los juegos,
Ni tampoco iban á hablarles
Aquellos hombres molestos,
De estos que hay, que por hablar,
Irán á hablar con los muertos.
Solamente en él entraban
Siempre de noche y con tiento,
Del dueño de la prision
Los largos y frios dedos.
Contábalos uno á uno

Cien vezes, y aun otras ciento.
Pues, señor, entre los tales
Tristísimos prisioneros
Los habia muy alegres,
(O filósofos, ó necios,
Pues solo en estas dos clases
Se ven penas con sosiego)
Y por no saber qué hazerse,
Se estaban entreteniendo
En contar las travesuras
Que los malvados hizieron,
Cuando andaban por el mundo
Campando por su respeto.
Oyólos un ratonzillo
Vecino de mi aposento,
Que en él suele comer libros,
Porque no halla pan ni queso;
Y todo me lo contó,
Prometiéndole el secreto,
Porque el raton y yo somos
Amigos y compañeros,
Y pasamos nuestras hambres
El y yo, contando cuentos.
Asi dice que decian:
Oigalo el sabio, y discreto....
Pero no quiero decirlo,
Porque se oyeron enredos,
Culpas, delitos y fraudes,
Osadías y portentos,
Que prueban lo que es el hombe,
Y lo que puede el dinero.

LIBRO SESTO.

POESIA SATIRICA.

Parcere personis, dicere de vitiis.

SATIRAS MORALES.

Lope de Vega.

SOBRE LOS DISGUSTOS DEL TRATO CIVIL.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo,
No puedo venir mas lejos.
No estoy bien ni mal conmigo,
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma,
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan,
Fázilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.
La diferencia conozco
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo, en este tiempo:
O tantos que nazen sabios
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un Filósofo, haziendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado,
Y que ha de romperse presto.
Señales son del jüizio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo;
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entónces no ha vuelto.

En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos,
La de plata los estraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quien no dará cuidado,
Si es Español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo,
Y el valor á lo moderno?
Todos andan bien vestidos,
Y quéjanse de los precios:
De medio arriba Romanos,
De medio abajo Romeros.
Dijo Dios que comeria
Su pan el hombre primero
En el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento;
Y algunos inobedientes,
A la vergüenza y al miedo
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y Filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruzes
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua,
Que no lo fueron sus dueños.

¡O, bien haya quien los hizo!
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños.
Fea, pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Cuando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto;
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleitos.
Ni murmuraron del grande
Ni ofendieron al pequeño;
Nunca como yo, firmaron
Parabien, ni pascuas dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

Lupercio Argensola.

Contra las Cortesanas.

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
De esta mi condicion noticia cierta,
Pues piensas enmendalla con desdenes.
Tú pensarás que guardaré tu puerta
Desde que se recojen las gallinas
Hasta que el ronco gallo las despierta,

Y que cuando á las horas matutinas
Se levantan los frailes, y durmiendo
Tus émulos están y tus vecinas,
Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo;
Y que te sufriré despues muy grave,
Pidiéntote perdon, porque me seas
Afable, como sueles, y süave.
Pues porque si lo crees no lo creas,
Y sepas que no ignoro con quien trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.
Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,
Por mas que tú lo encubras con recato.

. . . . . .

En el mas fértil mes de todo el año,
¡ O Flora ! yo te ví, que no debiera,
Aunque no ha resultado de ello engaño.
Y luego, como frágil y lijera,
Antes de conozerme ni yo hablarte,
Me descubriste ser tu pecho cera.

. . . . . .

Hubo manjares y tras ellos juego,
Y como ví colgar allí la yedra,
El vino reputé por malo luego.
A todo estuve, cual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores,
Como Hipólito estuvo en los de Fedra.
Mil vezes repetiste mis loores,
Que en tí los engendró mi negra fama:
(Díceslo así, y es bien que así lo dores)
Y para declararme que eres dama
Tan grave, que la corte señorea,
O por mejor decir, quema tu llama;

Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Paraque lo contrario se le crea;
Así me declaraste cuan esquiva
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva.
Tras esto me juraste haber venido
Al lugar donde estabas para hablarme,
Y la visita falsa haber finjido.
Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
Y aun por ventura de ellos adornarme.
Jamas infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres, repetidos
De su madre con besos importuna,
Como yo los oí, pero finjidos,
Solo para cubrir las cautas redes
Con que á tantos enredas los sentidos.
Sin preceder servicio hazer mercedes
Dará que sospechar á quien no sea
De los con quien hazer tu labor puedes.
Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo que sospeché, sospeché digo,
Viéndote tan afable sin ser fea.
. . . . . .
Al fin, como si fuera yo aldëano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano,
Así me descubriste tu tesoro,
Esto disimulando, como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro.
¿Hubo bajilla por ventura, ó vaso,
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?
Y por que tus esclavas todas viese,

Y que son siervas libres ó prestadas,
Como soy malicioso no creyese,
  Todas delante mí fueron llamadas,
Y por cierto descuido, no muy grande,
Con ásperas palabras afrentadas.

. . . . . .

  Mira cuan al reves salió tu cuenta,
Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta;
  Y cuando mas compuesta te ponias,
Como quien va mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdias.
  No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damasco granadino,
Y á un lado y otro la morisca alfombra;
  Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo, ni una hebilla,
Que no sepa de donde y cómo vino.

. . . . . .

  Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.
  En tí tienda sus redes la ignorancia
Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia.
  A estos muerdas y á los otros ladres,
Y por ver á sus hijos lastimados
Te den su maldicion ducientas madres.
  Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te régales,
Haziendo rica presa en sus ducados;
  Y á otros que se precian de lëales
Con vanos favorzillos entretengas,
Y pesques mas despacio sus rëales.
  Con los que veas ardientes te detengas,

Y con los que veas tibios te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.
Delante de tu madre te mesures,
Finjiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.
Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Dí luego: ¡ ay Dios! que sale mi Señora.
Y cuando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el Portugues con el joyero,
Este con oro, el otro con olanda.
Dirás, como los Médicos, no quiero,
Y alargando la mano á la presea,
Con que te esté rogando el majadero:
Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorezido, que dé muestra
En donde tu afizion mejor se vea.
Ayúdete tu madre, ó tu maëstra,
Dándote mil recaudos al oido:
Licion de todo punto propia vuestra.
Estése el otro necio sin sentido,
Mientras hablais vosotras, muy compuesto,
O como acá decimos, muy corrido;
Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubriráu por sí tan presto.
Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.
Cuando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran carizia,
O sales tú con él hasta la escala;
Allí, disimulando tu codizia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera de justicia.

El, ambas las mejillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,
No sabe qué decir, que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados por su mal en tu cabello.
Quiere satisfazer á tus antojos,
Y quisiera tambien á menos costa
Comprar, pues que se venden, los despojos.
Imagínaste tú la bolsa angosta,
O por ser muy avaro, ó por ser pobre,
Personas de quien huyes por-la posta;
Y para hazer sudar por fuerza al robre,
O como buen artífize en la piedra
Tocando, conozer si es oro ó cobre,
Enmaráñaste dél cual verde yedra
(No te comparo mal, pues que se dice
Que nunca el árbol que la tiene medra)
Diciendo: buena prueba, Señor, hize
De vuestra fe, si no finjida, tibia,
Con que para mi mal me satisfize.
Si yo os mandara humedezer la Libia,
Si oponer vuestros hombros á la carga
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia:
Si peregrinacion pidiera larga,
Donde estuviera en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vida amarga;
¿Pudiérades estar mas pensativo,
Pudiérades dudar de tal manera,
Y mostraros conmigo mas esquivo?
Pues yo sé bien alguno que quisiera,
¡Y cómo que quisiera! que pagara
Porque lo que á vos pido le pidiera:
Que ni tan pobre soy ni tan avara,
Que por necesidad ó por codizia
En cosa tan pequeña reparara.

Mal de mi condicion teneis notizia,
Que aunque no lo trajérades tan presto,
No os sacara yo prenda por justicia;
Pero no reparemos mas en esto:
Solo venid seguro de que os amo,
Y que no me seréis jamas molesto.
El triste ya, cual pez asido al hamo,
O como ciego pájaro que viene
Llamado con el son de su reclamo,
Ni en dudas ni en peligros se detiene:
Quiere tomar prestado ó con usura,
Sin ver si de pagarlo modo tiene:
Promete allí sin tasa ni cordura,
Y niega que jamas dudase en algo,
Ni aun para ganar crédito lo jura.
Así lo creo yo de un noble hidalgo,
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo mas las de mi galgo.
Atraviésase luego Madalena,
Pide para chapines, ó una toca,
Y tu paje de lanza pide estrena;
Y á aquella tú le dices: calla loca,
Y á este otro: ¿tú, rapaz, tambien te atreves?
Y por detras les señas con la boca.
Ni á la carne se da tal priesa el Jueves
Como le dais vosotras entre dientes,
Diciendo: pagarás lo que no debes.

. . . . . .

Yo digo de vosotras (y es lo cierto)
Que sois de las fantasmas y visiones
Que vido San Antonio en el desierto.
Debajo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de lëones.

. . . . . .

Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura,
Y verá convertir lo que desea
En un fiero demonio: poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea;
Y mas si no teneis allí testigo,
Y salis de la cama descompuestas,
Mostrando de los pies hasta el ombligo.
¡Qué fieras parezeis! ¡qué deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras y tendidas nubes puestas:
Revueltos en vedijas los cabellos
Como los de las Furias infernales,
O largos como colas por los cuellos:
Torziendo cuerpo y brazos, dais señales
Mezcladas con bostezos, del deseo
Que mueve vuestros ánimos bestiales.
Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara ó rio santo,
A donde fué Naaman por Eliseo:
Tampoco lo mudais con mago canto,
No buscando las yerbas fabulosas
Cuando la noche tiende el negro manto;
Antes lo transformais con otras cosas
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.
¿Quien podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al suzio ministerio,
Ungüentos, botezillos, y pastillas?
Aquí para enrubiar el sahumerio
De aqueste mismo azeite que blanquea
Los huesos de la boca ó cimenterio:
Allí la miel mezclada, que se emplea
Con mostaza y almendras en ser muda,
Para mudar color á la que es fea;

En otra parte ya la veréis ruda,
En otra ya en azeite convertida,
Que dicen que al cabello el color muda.
La leche con jabon veréis cozida,
Y de varios azeites composturas,
Que no sabré nombrallos en mi vida;
Azeite de lagartos, y rasuras
De ajonjolí, jazmin y adormideras,
De almendras, nata y huevos mil misturas,
Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos y azúcar, de simiente
De melon, calabazas y de peras.
El azeite de enebro, propiamente
Para curar el mal á las ovejas,
Aquí sirve de ofizio diferente:
Agua de alumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas que los años
Les cargan como fuelles en las cejas;
Y ellas ¡o ceguedad! con darse baños,
Cual parche de atambor tiran el cuero,
Como si así venziese el tiempo á engaños.
Pero debiera yo nombrar primero
Al magno soliman, tan vuestro amigo,
Como lo fué de Francia el otro fiero.
. . . . . .
Otros afeites hay que no los sumo,
Porque en imaginallos tanto hieden,
Que de congoja y rabia me consumo.
Ni ser nombrados todos aquí pueden,
Porque como se inventan cada dia,
En infinito número proceden;
Y porque me pareze que seria
Afrenta de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen oleria,
Así he determinado prepararme,

Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente líquida purgarme.
Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas de quien trato,
Perdidas por comer y andar galanas.
Y con esto doy fin á tu retrato,
Y parézete tanto que me afrento
De haberlo concertado tan barato.

. . . . . .

Ahora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, donde y cómo
Me puedo yo estar viendo é imitando.

. . . . . .

Ya fué un pintor (del nombre no me acuerdo,
Y de que no me acuerde no te espantes,
Que ya de la memoria mucho pierdo:)
Ni sé bien si fué Zeusis, ó Timantes,
(Yo me fatigo poco de estas cosas,
Por ser disputas propias de pedantes.)
Este pintor, pintando las tres Diosas,
Delante del pastor troyano puestas
Desnudas, y del oro codiciosas,
(Que suelen muchas vezes las honestas
Al rústico por él asi mostrarse,
Y á los que no lo tienen, muy compuestas)
En Juno y en Minerva señalarse
Tan de veras mostró, que no podia
Para pintar á Venus mejorarse.
Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo cual, aunque quisiese, no sabia,
Al arte socorrió con ingeniosa
Astuzia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la Diosa.
Yo pues la misma falta conoziendo,

De poder retratarme desconfio;
Si al discreto pintor no voy siguiendo.
Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato:
Que con volverlas, Flora, me desvio
De tu conversacion, favor y trato.

Significacion de la palabra *Bárbaro*.

Obediente respondo á la pregunta,
Que ya dos vezes de mi nombre ha hecho,
Para saber su orígen, esta Junta.
Podré solo decir lo que sospecho:
Que la verdad, quien fué su autor la tiene
Sellada en lo profundo de su pecho.
Nombre es una palabra, que contiene
(Siendo propia) las vezes del ausente,
Y muestra de su ser lo que conviene.
Digo que es un sonido sufiziente
A mostrarnos la esencia por vislumbre,
Con que despues juzgamos fázilmente.
De aquí tomó su orígen la costumbre
De atar en una voz, como en un lazo,
De un linaje la inmensa muchedumbre;
Como se ve en España, que un pedazo
Que del sayo del Rey cortó un guerrero,
Confirmando los golpes de su brazo,
Ufano se lo viste su heredero,
Por mostrar que redunda en él la gloria,
Y vive siempre aquel valor primero.
En una voz se cifra así una historia:
Y suélese este tal llamar renombre,
Porque al nombre se añade una memoria.
Por esto en su principio el primer hombre,
Que supo de las cosas las esencias,
A todas propiamente les dió nombre.

Así, quien siempre ocupa mis potencias,
Y sabe de mi ser mas que yo mismo,
Juzgando no por solas apariencias,
Me cargó sobre el nombre del baptismo
El bárbaro, y así de allí adelante
En *bárbara* formé mi silogismo.
Afirmativo soy, y tan constante,
Que ántes que en mí se imprima forma nueva,
Se imprimirá la cera en el diamante.
Con mi nombre mi ser claro se prueba,
Que bárbaro ignorante se interpreta,
Y no sé yo á quien mas que á mí se deba.
A Egipto llamó bárbaro el Profeta,
Porque ignoraba á Dios omnipotente,
Aunque tuvo de magos docta seta.
Grecia llamaba bárbara á la gente,
Que sus ciencias y ritos no bebia,
De que finjió en Parnaso tener fuente.
Roma, cuando usurpó la monarquía,
Y junto con las ciencias, á su erario
El tesoro del mundo concurria,
Al inculto Español su tributario
Tambien le llamó bárbaro, y agora
Es nombre de ignorantes ordinario.
No solo á quien vecino al polo mora,
Mas al que está en la corte se le llama,
Si acaso de la corte el trato ignora.
Si á Dios no esconde el rostro, y á la fama
No cierra los oidos, y el dinero
Aquí no roba, y acullá derrama.
Si piensa que el ser noble y caballero
Consiste en mas que dones y caballos,
Y en no tener escudos, escudero.
O que el ser mas adúlteros que gallos
Es vicio, ni tributo ser de Lamia
El sudor de los míseros vasallos.

O que el mentir un Grande es grande infamia,
Y su alma mudar en cuerpos varios,
Como ya lo enseñó la escuela Samia:
Ya siguiendo los Silas, ya los Marios,
Y segun los tratare la fortuna,
Tenerlos por amigos ó contrarios.
Si cubre del amigo falta alguna,
Si ausente de sus cosas no mormura,
Si con demandas varias no importuna.
Si el cargo, como puede, no procura,
Si su muger, su hermana ó su sobrina
En vano recibieron la hermosura.
Si cosas nuevas siempre no imagina,
Para subir su casa á las estrellas,
Y bajar al infierno la vecina.
Si de nuestras sofísticas doncellas
Huye los rizos y apariencias vanas,
Y no se precia de morir por ellas.
Si aborreze las damas cortesanas,
Las salidas del Prado y los paseos,
Y no procura desmentir las canas.
Si pone justa ley á sus deseos,
Si por la vida rústica suspira,
Y la tiene por campos eliseos.
Si entre cuatro paredes se retira,
Y los hechos famosos y sentencias
En libros doctos con cuidado mira.
Si piensa que albergar pueden las ciencias,
Sino con faldas largas y barbazas,
Que son en muchos falsas apariencias.
Si de las lenguas, dignas de mordazas,
Con risa no celebra la malicia,
Ni es rayo de las ruedas de las plazas.
Si no le ha perseguido la Justicia,
Si no probó el favor de un escribano,
Ó ha pagado tributo á su codicia.

Sí nunca ha visto naipes en su mano,
Ni alegrádose mas con sus pinturas,
Que con las del Durero ó de Ticiano.
Si están las buenas famas dél seguras:
Si no sabe mejor las confesiones,
(No lo encarezco mucho) que los Curas.
Si á todas las comunes opiniones
Del vulgo no se rinde: ó si rehusa
De los usos seguir las invenciones.
¿Pues qué si está tocado de la musa,
Y no quiere llegar á las tabernas
Su fama desdichada, como se usa?
No solo á los desiertos y cavernas
Le condenan por bárbaro, mas creo
Que penas le quisieran dar eternas.
Y si del ocio huyendo, por recreo
Busca la discrecion de la Academia,
Que ser humilde tiene por trofeo,
Le sigue y le persigue la blasfemia,
Como si fuera público enemigo:
Tal es el precio con que el vulgo premia.
Por alguna razon de las que digo,
Darme nombre de bárbaro le plugo
De veras, ó burlando, á quien conmigo
De amor quiso llevar el dulce yugo.

Bartolomé Argensola.

Contra los deseos ambiciosos.

¿Esos consejos das, Euterpe mia?
Tu plática me deja de manera,
Que no sé si te llore, ó si me ria.
Si fueras fabulosa y lisonjera,

¿Usaras de un estilo y de un lenguaje,
Que tanto á tu opinion contradijera?
Superior patria y superior linaje
Te engendró, que no Grecia la que daba
A sucesos estraños hospedaje.
Y pues ya á la verdad sirves, acaba
De alabarme que siga aquel cuidado,
Que ellá en los mas pazíficos alaba.
¿Cuando á pleitos me viste afizionado,
En el estruendo judizial suspenso
Entre el procurador y el abogadó?
¿O cuando de mohatras cargué un censo?
¿O cobrar usurario en las calendas?
¿O sahumar á Mercurio con incienso?
¡Yo embarazarme en cambios, ó en contiendas!
¿Por cual razon? Ni en tu gentil Parnaso
Crezieron por litigio las haziendas.
Quédate, Musa, en paz. A paso, á paso,
Que no quiero sufrir que me condenes,
Hasta que mas capaz estés del caso.
Y no me trates mal, pues que no tienes
La licencia que en Roma los esclavos
Para pedir malicias y desdenes,
Cuando sus dueños, todo el año bravos,
Sufrian en diziembre las injurias,
Y apodos de sus Getas y sus Davos;
Pero tengo esperiencia de tus furias,
Que agora tratas con oprobio á Grecia,
Y luego alabarás á la que injurias.
— ¿Ya te aplacaste? pues escucha, y precia
Estos consejos, que te harán mas rico
Que los suyos neutrales á Venecia.
No entiendas que á las fraudes te dedico
De los negocios, ni paraque aprenses
Las leyes justas con sentido inico.

Ni á seguir el tropel de las forenses
Discordias : ni á esgrimir sus artifizios,
Paraque siempre en sus astuzias pienses.
Ni á Italia has de pasar por benefizios,
Para darles asalto con la capa
De que son subrepticios ú obrepticios.
Para engañarlo no verás al Papa
Aunque te llame el golfo de Narbona
Tan pazífico en sí, como en el mapa;
Que si Micer Pandolfo trae corona,
Y prebendado ha vuelto ya, Dios sabe
Cual Simon le ayudó, Mago ó Barjona.
Ya ni en sí mismo ni en su patria cabe,
Ni de su loba pródiga las varas
De gorgarán en su espaciosa nave.

. . . . . .

Ni tampoco yo quiero que repitas
Para reformador y discursante
Sobre todas las leyes que hay escritas.

. . . . . .

No te hago mercader, aunque ya entiendo
Que hay de tu profesion en este abismo,
A quien, por ser cual es, no reprehendo.
Sé bien tu inclinacion, y que á tí mismo
Odio mortal cobraras, obligado
A vivir con las reglas del guarismo;
Y mas si en el dinero mal ganado,
Usuras, cambios, prendas, quitamientos
Hubieses de poner zelo y cuidado.
Menos vulgares son mis pensamientos,
Que la cumbre de honor á que te incito,
Huye medios torzidos y violentos.
No evito yo á Aristóteles, ni evito
A su maëstro, á Livio, ni á Cornelio
Tácito, ni otros gustos te limito.

. . . . . .

Aquí el entendimiento y los sentidos
Tendrán para sus gustos campo abierto,
Y aun á peligro de quedar perdidos.
Luego para evitarlo, bien te advierto
Que al gusto en lo mejor tires la rienda,
Y pongas en el tiempo buen concierto;
Que es forzoso tratar de la vivienda,
Dar vuelta por tu casa y por la plaza,
Para aumentar ó conservar tu hazienda.
Y perdone Platon, mientras das traza
En cobralla del otro por sentencia,
Si con cavilaciones la embaraza.
Y cuando sin lesion de la conciencia
Subir puedas la renta, que la subas
Con prudencia: que agora (y por prudencia)
No habitan los Diógenes en cubas,
Ni ellas reciben sino el estupendo
Néctar ¡o gran Setiembre! de tus uvas.
Nuestra filosofía anda pidiendo
Limosnas en el hábito escamada,
(Digo en trapos cosidos de remiendo):
Y aunque á los ricos su modestia agrada,
Rabia de hambrienta, y muerde las paredes
Esqueleto de seca y descarnada.
Y la que soltó al aire las mercedes,
Que el insigne Alejandro le ofrezia,
Les arma agora cautelosas redes.

. . . . . .

En efecto, lo acierta el que asegura
De la fiel Marta aquella parte buena,
Aunque Maria insista en la mas pura;
Bien que, pues son hermanas, y sin pena
Se avienen entre sí, muy bien se puede
Filosofar y aderezar la cena.

. . . . . .

No contradigo que huyas el profano
Vulgo con Trimegisto que te endiosa,
Con tal que te gobiernes como humano;
Que la fortuna, ó no reparte cosa
Sabiendo á quien la da, sino así á bulto,
O hasta que se la quita no reposa.
Y si tú no eres uno del tumúlto
De los que la frecuentan, si imaginas
Que la traerás á tí viviendo oculto,
A turbia voz de condicion le atinas,
O esperas que otra escelsa Providencia
Te cargue de riquezas repentinas.
Agráviate en justicia y en prudencia
Quien piensa que de justo ó presumido
Esperas en la fe de tu conciencia,
Que otro Abacuc, de un pelo suspendido,
Te traiga los manjares por el viento
A punto, sin tardanza y sin olvido.
Así que muda estilo y argumento,
Y no te admires de que yo te exorte,
Que animes tus acciones con aliento,
Siguiendo de ellas la que mas te importe:
Y que acudas solícito á dar vozes
A Roma, ó si te plaze, á nuestra Corte.
Estudios tienes, Príncipes conozes,
Por cuyo benefizio en pocos dias
Podrá bien ser que el premio dellos gozes,
Y esto sin fraudes y sin simonías.
¿Qué sabes tú la suerte que te aguarda,
Y cuan ingratamente desconfias?
Que no se pierde, no, lo que se tarda:
Y si no lo procuras, si lo dejas,
Dirémos que el descanso te acobarda.
Mas yo quiero callar, pues te aparejas

A responderme, y rato ha que te veo
Morder los labios y arquëar las cejas.
— Señal, o Euterpe, que con el deseo
Que muestras de mi bien, con animarme
Mas que con el consejo me recreo.
Dí ¿ qué quieres que haga? ¿ He de formarme
De nuevo? ¿ He de alquilar inclinaciones?
¿O puedo de mis ansias despojarme?
Que puesto que á lo activo me afiziones
A costa de mi genio, es á gran costa,
Gran obra, y mas los medios que propones.
Mas fázilmente correrá la posta
Una tortuga, y por sufrir el yeló
Sacudirá de sí su alcoba angosta,
Que pueda yo (y perdone tu buen zelo)
Ser industrioso y ágil, como dices,
Contra la inclinacion que me dió el Cielo.
. . . . . .
El pasaje de Roma no condeno;
Mas sino para risa de curiales,
¿Para qué seré yo en Italia bueno?
Porque, en vez de afilar los memoriales
Para herir los Datarios, precediendo
Tributo y humildad á sus umbrales,
Curioso me verias inquiriendo,
Donde fué el primer muro y el Pomerio,
Que al Aventino monte va escediendo.
. . . . . .
Y el ánimo inflamando en esta historia,
Lo librara del tiempo que ahora corre,
Con la dulzura de mejor memoria.
Pues voyme á nuestra Corte, ó á la torre
Que edificó Babel, y de su traje
Madama Hipocresía me socorre.
Entro en la variedad de su lenguaje;

Pídoles agua, y danme cal ó arena,
Y sufro bien este primer ultraje.
Quiérome retirar; mas la Sirena
Por voz de algun Ministro me detiene,
Cuando entre dulces esperanzas suena.
Pasan los años, pero nunca viene
El vuestro, y cuando viene, danos cosa
Que ni arma á vuestro talle, ni os conviene,
O por ser desigual ó vergonzosa,
O para siempre estar sobre las alas,
Conservando una gracia peligrosa.

. . . . . .

Por esto no te admires, si me escluyo
Del tráfago, y me apelo á mi retrete,
Donde á mi soledad me restituyo:
Donde si la fortuna me acomete
Con cuanto poseyeron Craso y Creso,
No habrá prosperidad que me inquïete.
Mi pensamiento, ya no como preso,
Sino como consorte y grato amigo,
Reprueba los que vuelan con esceso;
Y en la continuacion de estar conmigo,
No es fázil de creer cuan de su agrado
Sigue el mismo dictámen que yo sigo.
¿De qué sirve picarle á que irritado
Aperciba las velas y los remos
Para buscar sosiego á nuestro estado,
Si entre nosotros mismos le tenemos?
¡O execrable ambicion que nos encantas,
Paraque ni él parezca ni le hallemos!
Como escarpin revuelto entre las mantas
Calla escondido, sin hazerse fuerte;
¿Luego qué importan diligencias tantas?
Acomodarse el hombre con su suerte
Y abrazarse con ella, es paz y vida,
Y todo lo demas discordia y muerte.

Pero pongamos caso, que me pida
El *sí* fortuna (que le pide á pocos)
Y con rentas y cargos me convida,
Y que con una mitra me hazen cocos,
Y coronan mi frente (aquesta frente,
Vaso de muchos pensamientos locos)
¿Tendré por eso el ánimo obediente
A la razon? Desterraré la harpía,
Y con ella tambien la sed ardiente?
¿Piensas tú que en el cargo ó prelazía
Tranquilidad del ánimo perfeta,
Segun hoy está el mundo, hallar podria?
Ni la fortuna da, aunque la prometa,
Al que aspira á subir hasta su cumbre,
De sus descansos posesion quïeta;
Sino solicitud y pesadumbre,
Bascas mortales, y en su imperio ciego
Lazos de no creida servidumbre.
Pues donde las riquezas y el sosiego
Como amiga te guarda, allí se esconde,
Para sacar de tí donaire y juego.

Contra los vicios de la Corte.

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres
Introduzir tus hijos, persuadido
A que así te lo manda el ser quien eres;
Que ya la obligacion con que han nazido,
Concede á su primera edad licencia,
Paraque intenten á volar del nido:
Que en los umbrales de la adolescencia
Poniendo acíbar junto de la leche,
O el pedagogo evitas, ó su ciencia;
No porque como inútil se deseche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.

Supuesto, dices, que han de hazer mudanza,
¿A donde ocurrirán como á la corte
Unica perfeccion de su crianza?
Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo, por mucho que te importe;
Mas si en virtud de otro consejo nuevo
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira cuan sin efujios te lo pruebo.
Bien que si huyendo el paternal reposo
Al espanto te pones, ó á la ira
Por algun caso, ó grave, ó afrentoso:
Si tus amadas prendas, á quien mira
Como á su luz tu Patria, ver deseas
Despojos de la pública mentira:
Y si cebarse en las mohatras feas,
Habiendo el patrimonio trastornado,
Te persüade alguno que los veas:
Si ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapazes,
Y de las calidades de su estado:
Si viciosos, al fin, y contumazes
En lujuria y en gula, vengan presto;
Tráelos á la corte, muy bien hazes.
Mirando estoy que te santiguas desto,
Y que enojado quedas, ó risueño,
Llamándome filósofo molesto;
Pues enfrena la risa, ó templa el ceño,
Y en mi defensa escúchame, entretanto
Que estas proposiciones desempeño.
. . . . . .
Tienen aquí jurisdicion espresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hazen presa.
Juego, mentira, gula y adulterio,

Fieros hijos del ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,
Y los de sus horribles sucesores;
Las noches de Calígula, y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.
De Sibaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.
Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente;
Y admitido al honor, quien disimula
En pazífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.
Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su muger, y por insultos
Quebró los grillos y la cárcel fiera:
Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso traje de seglares,
Sediciosos y autores de tumultos.
De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De Príncipes amigos familiares,
Los nocturnos solazes del convite
En indecentes casas celebrado
¿Hay aquí autoridad que los evite?
¿Pues mira tú si un jóven frecuentado
De los tales, podrá salir modesto,
Aunque de tres azeros venga armado?
. . . . . .
Pero al lugar donde salí volviendo,
Porque de divertido no me acuses
(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:
Y digo, caro Nuño, que reuses
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les escuses:

Que andan muchos azores por asillas,
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas.
¿Quien en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto que los venza,
Que abone y acarizie sus antojos?
Es un mañoso engaño, que comienza
Con título de honesto regozijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.
El proverbio vulgar corte ó cortijo,
En mi opinion fué loco, ó fué blasfemo,
Digno de una mordaza quien lo dijo.
El sabio en medio de uno y otro estremo
Desengañado, estableció vivienda,
Y es todo lo demas vivirla al remo.
Que en Madrid ni hay paciencia ni hay hazienda,
Para vivir al uso, y menos malo,
Si aquí esperar pudiéramos la enmienda;
Pero entre los peligros que señalo,
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza,
Que los produze todos, del regalo.
Este es voraz que en recordando almuerza,
Y deja seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la berza.
El otro entre comadres conozidas,
Que saben mil secretos, reprende
Entre sus almoadillas nuestras vidas:
Y como ocioso de sus labios pende,
Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles desciende.
Otro, gastada ya su hazienda toda
Con Lesbia, haze el postrero desacierto,
Y la conduze en clandestina boda.
Al panal de sus labios inesperto
Corrió, para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto.

Y el padre, como Crémes por la nuera
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.
Hay quien modernas invenciones ama,
Peinado siempre y limpio como armiño,
Que su hazienda y su crédito derrama;
Y en perdiendo el dinero, haze desdiño
Sobre el de los amigos no advertidos,
En quien por esto tiene predominio.

. . . . . .

Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida, que en sus gustos apazienta.

. . . . . .

¡O cuantos hallarás, que á su juizio
No influyen otras partes esenciales
En la nobleza, que ignorancia y vicio!
¿No ves llorar las artes liberales,
(Que este nombre les dieron, porque en ellas
Se ejercitaban hombres principales)
De que hagan sacrilejio el recojellas,
Ni en un zaguan? Y asi como en estraña
Region, vierten en vano sus querellas.

. . . . . .

Y entre nuestros preciados Españoles,
No robustos, ni dados al trabajo,
Ni curtidos por yelos ni por soles,
El que con traza escribe es hombre bajo,
Y estiman por ilustre al que figura
Por letras unos pies de escarabajo,
Que el Diablo á quien semeja su escritura,
No las deszifrará, si en quince dias
Con diabólica industria lo procura:
Sus caractéres son, pero vacías
Señales; y no así las interpretes,
Como ellas lo merezen, por impías.

Mas piensa la frialdad que en sus billetes
Desta letra verá Madamisela;
¡Qué vocablos trocados, qué juguetes!
Anda el confiadillo en centinela
Por lograr un conceto, ó dicho bueno,
Y alábolo, si en esto se desvela;
Pero vino á acostarse el vientre lleno
De pabo, y el célebro se le abrasa
Del gran licor, que se avivó al sereno,
Porque hizo media noche en cierta casa
Hubo mimos, bailó Histrionisa,
(Turba que en fiesta las tinieblas pasa)
Duerme, y ántes que pida la camisa,
Ya son las doze, y pasará buen rato,
Y perdone el precepto de la misa.

. . . . . .

Destos niños Madrid vive logrado;
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado:
Que cuando el tiempo, al fin, para venzellos,
Con no previsto invierno se incorpora,
Sus barbas platëando y sus cabellos,
Este les pone luto, aquel los dora
Con fuego, baño y peine fementido,
Resistiendo á la fuerza venzedora;
Como si fuera injuria haber vivido,
O al sol pudiesen detener las riendas,
E infundir en sus ánimos olvido.
Ni á vosotras ¡o tocas reverendas!
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi Musa sus ofrendas.
Por vuestras manos su comercio pasa,
Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria, ó las abrasa.
El agraz virginal de las alunas

En las prensas arroja aun no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro
En la familia toda infunde sueño,
Introduze al adúltero seguro.
Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño
A su eficaz supersticion se opone,
De las potencias absoluto dueño.
Pero no he de negar, que aunque afiziono
La inclinacion al gusto, hay otra rueda
Superior que esta máquina compone:
La grave autoridad de la moneda,
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta azeda.

. . . . . .

Como aquí de provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia ó por justicia,
Diversas lenguas, trajes y semblantes,
Necesidad, favor, zelo, codicia
Forman tumulto, confusion y priesa
Tal, que dirás que el orbe se desquizia.
Tropel de litigantes atraviesa,
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz espresa.
Entre mil estropeados capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto
Cuando nos encarezen sus afanes,
Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.
Las vozes, los ladridos de los perros,
Cuando acosan la fiera, aquí resuenan,
Y aquí forjan los Cíclopes sus hierros.
Todos esperan, y discordes penan,
Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.

Mas dirás que no todos son rüines,
Que entre los vicios las virtudes nazen,
Como entre yedras, rosas y jazmines.
¿Pues eso no está claro? que aunque yazen
Sordas, tal vez avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfazen.
Mas básteme mostrar las ocasiones,
Y peligros, que venzen las mas vezes,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.
Y digo al fin, que si los aborrezes,
Y no admitiendo el parezer segundo,
Constante en el primero permanezes:
Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
O alta ventana, allá los precipita;
Que en los castigos no desplaze al mundo,
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

Góngora.

Letrillas.

De amor con intercadencias
Que es de linaje de pulsos,
Que por momentos aguija,
Y se para por minutos,
Abrenuncio.
De Reynas en cuyas cortes,
Sin guardár á nadie el turno,
Habla, si es rico, Toledo,
Y calla, si es pobre, Burgos,
Abrenuncio.
De tablas de malos lejos,
Damas, que aunque quieran mucho,
Hazen las mismas obsequias

Al ausente que al difunto,
Abrenuncio.
De las que no se enternezen,
No siendo de oros el triunfo,
Si les tañen mas guitarras
Que fueron contra el Maluco,
Abrenuncio.
De poetas que no escriben
Si no Apolo el rubicundo,
Y por mas soles que gastan,
No deja de hazer oscuro,
Abrenuncio.
De cascos desvanezidos,
Bonetes que tienen humos
De Nuncios del Padre Santo,
Pudiendo estar en el Nuncio,
Abrenuncio.
De fanfarrones del ampa,
Que pretenden por lo rufo
Dar á las Damas en votos
Lo que ellas quieren en juros,
Abrenuncio.
De varas que al primer toque,
Cual otro Moisen segundo,
Sacan arroyos de plata
De los peñascos mas duros,
Abrenuncio.
De discretos putativos
En el aplauso del vulgo,
Que por mas que anden compuestos,
Son simples en todo el mundo,
Abrenuncio.
De buenas caras al olio,
Que á pura fuerza del unto
Piensan dejar encubiertos

Los defectos del dibujo,
Abrenuncio.
De otras mil cosas que veo,
En estos siglos caducos,
Que las he por espresadas,
Y de mí, por que las sufro,
Abrenuncio.

Da bienes fortuna,
Que no están escritos,
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.
Cuan diversas sendas
Se suelen seguir,
En el repartir
Las honras y haziendas;
A unos da encomiendas,
A otros sambenitos:
Cuando pitos, etc.
A vezes despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero;
Y á quien se le entoja,
La cabra mas coja
Parió dos cabritos:
Cuando pitos, etc.
Porque en una aldea
Un pobre manzebo
Hurtó un solo huevo,
Al son bambonea;
Y otro se pasea,
Con cien mil delitos:
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.

Quevedo.

A una dama.

Pues mas me quieres cuerbo que no cisne,
Conviértase en graznido el dulce arrullo,
Y mi nevada pluma en suzia tizne.
Ya, mi Belisa, ya rabiando aullo
Tu ingrata sinrazon y mi cuidado,
Y del yugo y maromas me escabullo.
¿Mas cómo puede ser quien ha cantado
Tu bello rostro, tu nevada frente,
El cuello hermoso de marfil labrado,
Que tu nombre escribió tan dulcemente
En levantado estilo, en versos graves,
Que le pueda ultrajar eternamente?
La causa yo la sufro, y tú la sabes,
Aunque en callarla pienso ser eterno,
Ora me vituperes ó me alabes.
Escucha pues al son altivo ó tierno
Mis quejas, y comienza el noviciado
Que las damas hazeis para el infierno.

. . . . . .

Rebujada naziste en dos andrajos
De una hija de Adan por gran ventura,
Cuya comadre fueron cuatro grajos.
Allí tú cuna fué tu sepultura,
Y cual pequeña planta de la tierra,
Te levantaste en tan sublime altura.
Con la belleza hiziste al mundo guerra:
Siempre para venzer fuiste venzida;
Misterio grande que tu vida encierra.

. . . . . .

A Dios eterno tanto amor mostrabas,
Que viendo que es el hombre imágen suya,
Con este zelo á todos los buscabas.

Vosotras las mugeres estais hechas
A oir aduladores; no soy de esos
Amigo de dulzuras y de endechas.
Nunca mi alma busca esos escesos,
Que es muy de manzebitos de la hoja;
Cuajada tengo la cabeza en sesos.

. . . . . .

¿Quien hay, Belisa, quien que no pregone
Tu milagrosa vida tan austera,
Y la suya por tí no perfizione?
Pues de la ley sagrada y verdadera
Tanto amas los preceptos que refieres
Por alcanzar la gloria venidera,
Que viendo que á los hombres y mugeres
Les manda amar sus enemigos todos,
Hasta los tres del alma bien los quieres.

. . . . . .

Quiero, pues ya me tienes por perverso,
Darte, Belisa, una espantosa zurria,
Pues así lo permite el hado adverso.
Tomado me ha sin remision la murria;
Ya quiero desnudar mi durindaina,
Ya le ha dado á mi lengua la estrangurria.

. . . . . .

Pues tanto mal has dicho de mi talle,
Y que me fuerzas, esme Dios testigo,
En este tu billete á dibujalle,
No mi disculpa en la pintura sigo;
Pero quiero mostrar de tu locura
El trato infame, el término enemigo.
No es ya como tu vida mi estatura,
Que por no decir ruin, quise ponello;
Bien larga es menester la sepultura.
Es como tu linaje mi cabello:
Escuro y negro, y tanta su limpieza,
Que pareze que no has llegado á vello.

Es como tu conciencia mi cabeza:
Ancha, bien repartida, sufiziente
Para mostrar por señas mi agudeza.
No es de tu avara condicion mi frente,
Que es larga y blanca con algunas viejas
Heridas, testimonio de valiente.
Son como tus espaldas mis dos cejas:
En arco, con los pelos algo rojos,
De la color de las tostadas tejas.
Son como tu vestido mis dos ojos:
Rasgados, aunque turbios, como dices,
Serenos aunque tengan mil enojos.
Son como tus mentiras mis narizes:
Grandes y gruesas; mira como escarbas
Contra tí, mi Belisa, no me atizes.

. . . . . .

Es como tú, para acertar, mi boca:
Salida, aunque no tanto como mientes,
Con brava libertad de necia y loca.
Como son tus pecados son mis dientes:
Espesos, duros, fuertes al remate,
En el morder de todo diligentes.

. . . . . .

Como tus apetitos son mis brazos:
Flacos, aunque bien hechos y galanos,
Pues han servido de amorosos lazos.

. . . . . .

Como es tu vida tengo la cintura:
Estrecha sin barrancos y caverna,
Que parezco costal en la figura.
Como tu alma tengo la una pierna:
Mala y dañada; mas, Belisa ingrata,
Tengo otra buena que mi ser gobierna.
Como tu voluntad tengo una pata:
Torzida para el mal, y he prevenido
Que le sirva á la otra de reata.

Como tu casamiento es mi vestido,
Mal hecho y acabado, que un poeta
Jura de no ser limpio ni pulido.
Es como tu conciencia mi bayeta,
Raida, y esto basta, aunque imagino,
Que aguardas por si pinto alguna treta;
Mas yo quedarme quiero en el camino,
Que aunque trato de tí, tengo recato,
No digan que á la cólera me inclino.
Esta mi imágen es y mi retrato,
Adonde estoy pintado tan al vivo,
Que se conoze bien mi garabato.
Aquestos versos solo los escribo
Para desengañar al que creyere,
Que soy (como tú dices) bruto y chivo,
Pues quien este retrato proprio viere,
Sacará por mi cara tus costumbres,
Y te conozerá si lo creyere.

Sobre el matrimonio.

¿Porqué mi musa descompuesta y bronca
Despiertas, Polo, del antiguo sueño,
En cuyos brazos descuidada ronca?
. . . . . .
Dime porqué con modo tan estraño
Procuras mi deshonra y desventura,
Tratando fiero de casarme ogaño?
Antes para mi entierro venga el Cura,
Que para desposarme; antes me velen
Por vecino á la muerte y sepultura,
Antes con mil esposas me encarcelen,
Que aquesa tome; y ántes que *sí* diga,
La lengua y las palabras se me yelen;
Antes que yo le dé mi mano amiga,

Me pase el pecho una enemiga mano;
Y ántes que el yugo que las almas liga
Mi cuello abraze, el bárbaro Otomano
Me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
Y no consienta el himeno tírano.
Eso de casamientos á los bobos,
Y á los que en tí no están escarmentados,
Simples corderos que degüellan lobos;
A los hombres que están desesperados
Cásalos en lugar de darles sogas,
Morjrán poco menos que ahorcados.
No quieras que en el remo donde bogas,
Haya por consolarte otro remero,
Y que se ahogue donde tú te ahogas.

. . . . . .

Déjame, pues, vivir, no me destruyas,
Ya que de mi pasion y mi tormento
Canté las celebradas aleluyas.
Quiero contar con tu licencia un cuento
De un antiguo filósofo preciado,
Por ser cosa que toca á casamiento.
Vivió infinitos años encontrado
Con otro sabio, y nunca habia podido
Vengar en él el corazon airado.
Al cabo vino á hallarse muy corrido
En ver á su contrario siempre fuerte,
Y en tanto tiempo nunca dél venzido.
Ultimamente le ordenó la muerte,
Y al fin como traidor vino á engañalle,
Y pudo dél vengarse de esta suerte.
Una hija tenia de buen talle,
Hermosa y pulidísima donzella,
Y ordenó con aquesta de casalle.
Finjió hazer amistades y con ella
Dejar el pacto siempre asegurado;
Afizionóse el enemigo de ella.

¡ O gran poder de amor ! que enamorado
Contento á casa la llevó consigo ,
Casóse con la moza el desdichado.
Despues culpando al sabio cierto amigo
La ignorancia cruel y el yerro estraño,
Que hizo en dar su hija á su enemigo ,
El respondió : no entiendes el engaño,
Pues por vengarme del contrario mio,
Le dí muger, del mundo el mayor daño.
Así que , por contrario de mas brio
Tengo , Polo cruel, al que me casa ,
Que al que me saca al campo en desafio.
. . . . . .
¿ Si me quiero ahorcar no habrá cordeles ,
Faltarán que me acaben desventuras,
Tósigo no hallaré , veneno y yeles ?
Si quiero desterrar , habrá espesuras ;
Y si desesperado despeñarme ,
Montes altos tendré con peñas duras.
Bien pues, si con intento de acabarme
Me aliñas de muger la amarga suerte ,
No la he ya menester para matarme.
En cuantas cosas hay hallo la muerte ,
En la muger la muerte y el infierno ,
Y fin mas duro y triste , si se advierte.
Mas quiero estarme helando en el invierno
Sin la muger , que ardiendo en el verano
Cercado el rostro de caliente cuerno.
Y á casarme , casárame fiado
De que estándolo tanto tus parientes,
Habréis las malas hembras agotado.
Ya te pesa de verte entre mis dientes,
Ya te arrepientes del pasado yerro ,
Ya vuelves contra mí cuernos valientes.
Ya por tanto ladrar me llamas perro.

Yo cuelgo cual alano de tu oreja,
Y tú bramando erizas frente y cerro.
¡ Que á propósito viene la conseja,
Que del canino Diógenes famoso
Quiero contar, aunque parezca vieja!
Yendo camino un dia presuroso,
Vió una muger bellísima ahorcada
De las ramas de un álamo pomposo,
Y despues que la tuvo bien mirada,
Con lengua como siempre disoluta,
Dijo digna razon de ser contada:
Sí llevaran de aquesta misma fruta
Cuantos árboles hay, mas estimadas
Fueran sus ramas de la gente astuta.
¡ Qué razones tan bien consideradas!
A ser como él y yo toda la gente,
Ya estuvieran las tristes ahorcadas;
Viviera el hombre mas seguramente
Sin tener enemigos tan mortales,
Volviera el siglo de oro á nuestro oriente.
Dirásme tú que hay muchas principales,
Y que hay rosa tambien donde hay espina,
Que no á todas las venzen cuatro reales.
. . . . . .
Mal haya aquel que fia en calidades,
Pues cabe en carne oscura sangre clara,
Y en muy graves mugeres liviandades.
La que tiene el marido bullizioso,
Imagina cómo es el sosegado,
Y cómo el fiero, si es el suyo hermoso.
La muger del soberbio titulado
Comunicar desea al pordiosero,
Quiere la del dichoso al desdichado.
La que goza del tierno caballero
Apeteze los duros ganapanes,
Y á cansar un galán se atreve entero.

La que goza valientes capitanes
Se enamora de liebres, y aun de zorras,
Y si títeres son, de sacristanes.
Quiero callar, que temo que te corras,
Aunque con tu paciencia, bien se sabe
Que el timbre suyo á los cabestros borras.
Ya escucho que te ries de que alabe
Mi desprecio, y que á tí, díces, respeta
El caballero mas altivo y grave.
No entiendes, no, la poco honrosa treta;
Eres como el asnillo de Isis santa,
Cuando el honor de la Deidad aceta,
Pues viendo arrodillada gente tanta,
Que su llegada solamente espera,
Y que este alegre danza y aquel canta,
Se para, hasta que á fuerza de madera,
Con los palos transforman el jumento
En ave velozísima y lijera,
Diciendo: este divino acatamiento
No se haze á tí, sino á la excelsa Diosa,
Que encima traes con tardo movimiento.
Así que, la persona poderosa
No ha de hazer honra á aquel que ha deshonrado,
A su muger la haze que es hermosa;
Y si por tí la tomas, desdichado,
Vendráte á suceder lo que al borrico,
Y serás tras cornudo apaleado.
Si yo quisiera ser, Polo, mas rico,
Tener mayor ajuar ó mas dinero,
Pues no puedo valerme por el pico,
Como me habia de hazer bodegonero
Para guisar y hazer desaguisados,
O para vender agua, tabernero;
O para aprovechar los ahorcados,
Vil pastelero; ó genoves harpía,
Para hazer que un rëal para ducados;

El triste casamiento elijiria ,
Cual tú lo hiziste, pues con el granjeas
Por la mas ordinaria y fázil via.

. . . . . .

Ya me falta el aliento presuroso ,
Y ya mi lengua , de ladrar cansada ,
Se duerme entre los dientes con reposo.
Mas porque no la llames mal criada ,
Quiere, aunque disgustada, responderte
A tu carta satírica y pesada.
Ya empiezas á temer el trance fuerte,
Y tiemblas mas mi lengua y sus razones,
Que la corba guadaña de la muerte.
Con una cruz empiezan tus renglones ,
Y pienso que la envias por retrato
De la fiera muger que me dispones.
Luego , tras uno y otro garabato ,
Me llamas libre , porque no te escribo,
Aspero , duro , zahareño , ingrato.
Dices que te responda si estoy vivo ;
Sí lo debo de estar, pues tanto siento
La amarga yel que en tu papel recibo.
Ofrézesme un soberbio casamiento,
Sin ver que el ser soberbio es gran pecado ,
Y que es humilde mi cristiano intento.
Escribes que por verme sosegado
Y fuera de este mundo, quieres darme
Una muger de prendas y de estado ;
Bien hazes , puesque sabes que el matarme
Para sacarme de este mundo importa ,
Y el morir se asegura con casarme.
Dícesme que la vida es leve y corta,
Y que es la sucesion dulce y süave,
Y al matrimonio Cristo nos exorta :
Que no ha de ser el hombre cual la nave ,

Que pasa sin dejar rastro ni seña,
O como en el lijero viento el ave.
¡ O si aunque yo pagase el fuego y leña,
Te viese arder, infame, en mi presencia,
Y en la de tu muger que te desdeña !
Yo confieso que Cristo da escelencia
Al matrimonio santo, y que le aprueba,
Que Dios siempre aprobó la penitencia :
Confieso que en los hijos se renueva
El cano padre para nueva historia,
Y que memoria deja de sí nueva;
Pero para dejar esta memoria,
Se dejan voluntad y entendimiento,
Y verdadera, por soñada gloria.
Dices que para aqueste casamiento
Una muger riquísima se halla,
Con el de grandes joyas ornamento.
Has hecho mal ¡ o mísero ! en buscalla
Con tan grande riqueza, que no quiero
Tan rica la muger para domalla.
Dices que me darán mucho dinero,
Porque me case ; lo barato es caro,
Rezelo que me engaña el pregonero.
Su linaje, me dices que es muy claro ;
Nunca para las bodas le hubo oscuro,
Ni ya suele ser ese gran reparo.
Muestrasmela vestida de oro puro ;
Y como he visto píldoras doradas,
En ella temo bien lo amargo y duro.
Que hermanas tiene, y madre muy honrada
Cuentas ; ¡ o coronista adulterado !
¡ Tú la quieres tambien emparentada !
De su buen parezer me has informado,
Como si por ventura la quisiera
Por su buen parezer para letrado.

Que tiene condicion de blanda cera;
Bien me pareze, Polo, pero temo
Que la derrita como á tal cualquiera.
Gentil muger la llamas per estremo:
Por gentil me la alabas y prefieres;
Solo ya te faltaba el ser blasfemo.
Nunca salgas, traidor, de entre mugeres,
Muger sea el animal que te destruya,
Pues tanto á todas sin razon las quieres.
Déjente ya que gozes de la tuya,
Los que con ella están amanzebados,
Volvértese ha en responso la aleluya,
Y en todos sus adúlteros preñados,
Hijas te para todas y á dozenas,
Y con ellas te crezcan los cuidados.
Estén las mancebías siempre llenas
De hermanas tuyas, primas y sobrinas
Que deshonren la sangre de tus venas,
Tus desdichas aumenten y tus ruinas
Mozas sin plumas y emplumadas viejas,
Mormuren de tu vida tus vecinas.
Y pues en mi quietud nunca me dejas
Vivir, nunca el alegre desengaño
Con la verdad ocupe tus orejas.
¿Muger me dabas, miserable, ogaño?
Pues aunque me heredaras, no elijieras
Para matarme tan astuto engaño.

. . . . . .

Mas, pues que de mis mañas te informaron,
De mis costumbres y de mis empleos,
Y un bruto en mí y un monstruo dibujaron,

. . . . . .

Pues si esto te dijeron, ¿cual esposa
Querrá admitir marido semejante,
Si su muerte no busca mariposa?

Ponla tantos defectos por delante,
Dila en fin, que yo soy un desalmado,
Enjerto en sotanilla de estudiante.
Y aunque hijo de padre muy honrado,
Y de madre santísima y discreta,
Dirás que me ha traido mi pecado
A desventura tal, que soy poeta.

LETRILLA

Poderoso caballero
Es Don Dinero.
Madre, yo al oro me humillo,
El es mi amante y mi amado;
Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo,
Haze todo cuanto quiero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.
Naze en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña,
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado;
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.
Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro;
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Son sus padres principales,
Y es de nobles descendientes,
Porque en las venas de oriente,
Todas las sangres son reales;
Y pues es quien haze iguales
Al Duque y al ganadero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

¿Mas á quien no maravilla
Ver en su gloria sin tasa,
Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al bajo silla,
Y al cobarde haze guerrero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles;
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Por importar en los tratos
Y dar tan buenos consejos,
En las casas á los viejos
Gatos le guardan de gatos;
Y pues él rompe recatos
Y ablanda al jüez severo,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Y es tanta su majestad,
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho cuartos
No pierde su autoridad;

Pero pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.
Nunca ví damas ingratas
A su gusto y afizion,
Que á las caras de un doblon
Hazen sus casas baratas;
Y pues les haze bravatas
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.
Mas valen en calquier tierra,
Mirad si es harto sagaz,
Sus escudos en la paz,
Que rodelas en la guerra;
Y pues al pobre le entierra,
Y haze propio al forastero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Montalban.

La murmuracion.

Un hombre, aunque sea bien quisto,
En cuanto haze y no haze
Por este ó aquel camino
Ha de verse murmurado.
Porque si un hombre está rico,
Dicen que ha sido ladron
Para venir á adquirirlo;
Si es pobre, que es para poco,
Pues que medrar no ha sabido;
Si se casa, que es un necio,

Pues no conoze el peligro ;
Si no se casa , que tiene
De secreto algunos vicios ;
Si es cortes , que es zalamero
En el modo y el estilo ;
Y si no desvergonzado ,
Grosero y desvanezido.
Si no presta , que es un piojo ;
Si presta , que es un perdido.
Si se enamora , que es mozo ;
Si se guarda , que es ministro.
Si se viste mal , que es puerco ;
Si se viste bien , que es ninfo.
Si habla , que es charlatan ;
Si calla , que es vizcaino.
Si es pequeño , que es enano ;
Si es grande , que es desvaido.
Si es blanco , que es un frion
Si es moreno , que es un indio.
Si es valiente , que es rufian ;
Si es cuerdo , que es bien sufrido.
Si es alegre , que es bufon ;
Si es triste , que es dejativo.
Si es infeliz , que es menguado ;
Y si dichoso , judío.
Si vive mucho , que es hombre
Sin género de sentido ;
Y si se muere en agraz ,
Porque Dios así lo quiso ,
Que de necio se murió.
Si trata de recojido ,
Y se confiesa á menudo ,
Que es hipócrita ; y si el mismo
No se confiesa en un año ,
Que es un hereje precito.

De suerte que no hay ninguno,
Bueno, malo, grande, chico,
Alto, bajo, blanco, negro,
Triste, alegre, puerco, limpio,
Vivo, muerto, mozo, viejo,
Rico, dichoso, ó mendigo,
Que se escape en esta vida
De vecinas y vecinos.

El interior del corazon humano.

Si el alma un cristal tuviera,
Como cierto Dios quería,
Menos traiciones hubiera,
Pues cada cual temeria
Que su infamia se supiera.
No hubiera en el mundo engaños,
Cautelas, juizios estraños,
Traiciones, falsos testigos,
Ni con máscara de amigos
Hubiera secretos daños.
No hubiera malas ausencias,
Ni encontradas voluntades
Por opuestas diferencias,
Ni hubiera en las amistades
Injustas correspondencias.
No hubiera amigos finjidos,
Que el bien ajeno los mata
De su envidia persuadidos:
No hubiera muger ingrata
A servicios recibidos.
No hubiera en hombres discretos
Malas palabras y afrentas
Quizá por falsos concetos,
Ni hubiera muertes violentas
Por intereses secretos.

No ofreziera un gran Señor
Su casa á amigo traidor ,
Que aun suele el mas verdadero
Ser por ventura el primero
Que haze el tiro en el honor.
No hubiera libres intentos
De mugeres principales ,
De mas altos pensamientos ,
Ni en los hombres desiguales
Cupieran atrevimientos ;
Y en efecto cada mal
Fuera cortes y lëal ;
Fuera amigo , y noble fuera ,
Porque á la lengua siquiera
Correspondiera el cristal.

Calderon.

Definicion del honor.

El honor no es realidad
Que la enseña el que la tiene ,
Diciendo aqueste es mi honor :
Es un fantasma aparente
Que no está en que yo le tenga ,
Sino en que el otro lo piense :
Alaja es tan mal hallada
Con los honrados , que á vezes
Sin perderla lo que este obra ,
Lo que aquel juzga la pierde.

De la muger.

. . . . . Es cualquiera
Muger pintura á dos visos ,

Que vista á dos hazes, muestra
De una parte una hermosura,
Y de otra parte una fiera,
Sin que se sepa en cual puso
El arte mas escelencia.
El mas familiar amigo
De nuestra naturaleza
Es, y el enemigo mas
Familiar de la fe nuestra;
La media vida del alma
Es tal vez, tal vez la media
Muerte del alma; no hay
Regalo, Heraclio, sin ella;
Y sin ella, Leonido,
Dolor ni ansia; de manera,
Que mirada á entrambas luzes,
Haze bien el que la tema,
Y haze bien el que la estime;
Cuerdo es el que fia de ella,
Y cuerdo el que desconfia;
Porque en igual competencia
Ella da la vida y mata,
Ella es la paz y la guerra,
La cura y la enfermedad,
La alegría y la tristeza,
La triaca y el veneno,
La quietud y la tormenta;
Y para decirlo todo,
Bien y mal de contingencias;
Que, árbitro del bien y el mal,
Da el honor y da la afrenta,
Que es cuanto hay que dar; de suerte
Que, á imitacion de la lengua
Loable ó nociva, no hay
Cosa en el mundo que sea

Tan mala como la mala,
Tan buena como la buena.

Bances Cándamo.

En qué consiste el ser noble.

Sí, Don Lope; yo pretendo
Merezer lo que nazí,
Si nazí lo que merezco.
¿Qué me debo yo á mí mismo
De que fuesen mis abuelos
Grandes señores, si yo
Me estoy en el ocio haziendo,
Muy vano con sus memorias,
Gloria de triunfos ajenos,
Y con honores pintados
En mi escudo me contento?
Los que á heredar solo nazen,
Y no á vivir como aquellos
De quien nazieron, debian
Morirse niños, supuesto
Que no tienen en el mundo
Cosa que hazer en naziendo;
O al menos, en heredando
Les es el vivir superfluo.
Aquel que naze de un grande
Pudo nazer de un plebeyo;
Luego si aquella fué dicha
Sin haber mérito nuestro,
¿Qué cosa es para estar vano
Con solo nazer? Yo creo
Que es justo que de alegría,
Mas no de su nazimiento;

Pues no es triunfo nazer grande,
Sino solo saber serlo.
Si fueron buenos mis padres,
Téngalos Dios en el cielo,
Que esto no me sirve á mí
Mas que de carga, si advierto
Que me dejan obligado
A ser tan bueno como ellos;
Y si acaso no lo soy,
Con lo que me desvanezco
Me acuso á vista del mundo,
Si en vida y presuncion muestro
La obligacion que no cumplo,
Al ostentar lo que tengo.
El que desluze mas triunfos
Es mas vil en mi concepto;
Que el humilde que obra mal
Ya tiene que perder menos.
Luego el que en su obrar desluze
Las glorias que le adquirieron
Sus mayores, de ellas es
Enemigo, no heredero;
Y de ellas es, pues le acusan,
No poseedor, sino reo.

. . . . . .

Desde que dieron, Don Lope,
En llenarse los colegios
De la Grandeza, las armas
Tienen todos en desprecio;
Y es menester, porque en todo
Ande acertado el gobierno,
Que estén en un equilibrio
Estos dos polos del reyno,
Sobre quien se mueve todo
El globo del universo.

Pues para mandar nazimos,
Razon será que estudiemos
El mandar; y el mandar armas
Es tan difizil empleo,
Que se estudia en los peligros;
Y hay en errar tanto riesgo,
Que un leve error puede acaso
Importar todo un imperio.

Don Agustin Moreto.

El majito a la moda.

Señoras, que haya quien sufra
Un lindo en un galanteo!
El viene siempre de un modo,
Sacudiendo el ferreruelo,
Ajustando la valona,
E igualándose el cabello.
¿Llega con Señora mia?
Señor Don Tris ¿qué hay de nuevo?
— Estos lodos insufribles,
Que aunque pise con mas tiento,
No puede un hombre andar limpio.
— Limpio viene usted y bueno.
— Como haze tanta humedad,
Se engrasa de suerte el pelo,
Que si no haziéndole trenzas,
No puedo traerlo hueco.
Pero asegúrole á uced,
Que el pícaro del Barbero
Me hizo quedar hoy sin misa:
Jesus! qué torpe, y qué necio!
Seis vezes me erró el bigote —
Es que tiene gran pie, y cierto

Que no hizo mucho en errarle. —
Lidio con mil majaderos :
No hay sastre que acierte á hazerme
La cintura , porque tengo
Media vara muy escasa. —
Cierto que es poco — y aun menos.
Pero los dias de fiesta
Es la cosa que mas temo ,
Que cuantos criados hallo
Tengan los pies de gallegos ;
Si hallara uno con pies chicos ,
Me estrenara por lo menos
Los zapatos , y me ahorrara
El afan del zapatero ,
Que me tienen destruidas
Todas las medias de peso. —
¡ Y que haya muger , que necia
Se pague de estos muñecos !
Mugeres de Barrabas ,
Quered hombres que hablen rezio ,
Que monos en timple son
Capones dos puntos menos.

Definicion del amor.

Es el amor deseo de un contento
Que nunca llega á su dichoso estado.
Si no es fino, no hay gusto en su cuidado;
Si es fino , todo es pena y sentimiento.
Correspondido , está del temor lento
De la desconfianza atormentado :
¿ Pues qué será el amor desesperado ,
Si aun el correspondido es un tormento ?
En su triunfo mayor padeze olvido ,
Y en la esperanza pena , si no alcanza ;
De cualquier modo siempre muerte ha sido ;

Todos ven su traicion y su mudanza,
Todos cuantos le siguen van perdidos,
Y todos van tras él con esperanza.

Don José Julian de Castro.

Los Herederos y el llanto de la Viuda.

Apenas cierra los ojos
El enfermo, á los arranques
De la muerte ó del Doctor
(Que todo es uno en romance,
Pues donde un médico entra
Al punto un difunto sale)
Abren tanto ojo los hijos
Viendo la herencia delante,
Y la muger de alegría
Está que danza en el aire.
Descerrajan los baules,
Y los escritorios abren.
Si dejó mucho, buen hijo;
Si dejó poco, mal padre;
Si hay talego, era un bendito,
Un siervo de Dios, un ángel;
Mas si no le hay, era un bruto,
Un perdido, un botarate,
Aunque por mucho que deje,
Todo poco se les haze.
Y mientras ellos gozosos
Echan á la mosca el guante,
El inocente difunto
Tendido como un alarbe,
Está sufriendo las vueltas
De una víeja perdurable,
Que al coserle la mortaja,

Le atenazea las carnes;
Y de los sepultureros
Los golpes inaguantables,
Pues del primer pisonazo
Todos los cascos le abren.
¿ Y la viuda ? haziendo el mu
Con sollozos y con ayes,
Y el corazon mas alegre
Que una escuela de danzantes;
Vestida toda de luto,
Cédula que dice al aire:
Aquí se alquila la boda,
El que quiera que no tarde.
Viene luego una parienta
Con séis dozenas de pajes,
No para darla consuelo,
Sino solo para hartarse
De dulces y de bebidas,
Melindres y chocolate,
Y la dice: ¡ ay hija mia!
Contémplote en este lance
Traspasada de dolores.
Ello la pérdida es grande!
¿ Qué se ha de hazer? Dios lo ha hecho:
Es menester conformarse;
Mañana irémos nosotros:
Este mundo ya se sabe
Que no da de sí otra cosa!
Hija, no hay que acongojarse.
Viene despues un Usía
De estos que viven del aire,
Dando pésames por fuerza,
Y enhorabuenas en valde,
Y frunziendo los hozicos,
Extático de semblante

La dice : « acompaño á usted
En el sentimiento grave
De la muerte de Don Pedro :
¡ Qué galan era ! ; Qué afable !
¡ Qué cortes ! : Qué bien hablado!
¡ Qué prudente ! Qué galante !
Pues á liberal, ¡ Jesus !
No le ganaria nadie ; »
Y cuando daba un ochavo
Le cascaba un mal de madre.
Ay, Señores, dice entónces
La viuda con dos mil sales :
¡ Yo no sé como estoy viva
Con pérdida semejante !
¿ Quien me recojerá, quien ?
Ya yo me quedo en la calle.
¡ Ay, señorita ! responde
El Usia galafate,
Vaya que no faltará
Quien á llevar se prepare
De tan hermosa prebenda
La dulcísima vacante. —
¿ Quien me ha de querer á mí ?
¡ Ay Jesus ! Qué disparate ! —
Pues, señora, hablemos claro,
Si mi amor. . . . . pero esto baste :
¿ Usted. Quiere ? Sí Señor —
Pues al instante, al instante.
Y de este modo, en un punto,
Sin enfriar el cadáver,
Lo que era entierro, ya es boda,
Y el llanto se vuelve en baile.
¡ O cuanto de esto sucede
En Madrid, y en otras partes !

Cadalso.

LETRILLA.

Que dé la viuda un gemido
Por la muerte del marido,
Ya lo veo;
Pero que ella no se ria
Si otro se ofreze en el dia,
No lo creo.
Que Cloris me diga á mí,
Solo he de quererte á tí,
Ya lo veo;
Pero que, siquiera á ciento,
No haga el mismo cumplimiento,
No lo creo.
Que al ver de la boda el traje
La donzella el rostro baje,
Ya lo veo;
Pero que al mismo momento
No levante el pensamiento,
No lo creo.
Que al marido de su madre
Todo niño llame padre,
Ya lo veo;
Pero que él por mas cariño
Pueda llamar hijo al niño,
No lo creo.

Iglesias.

LETRILLAS.

¿Ves aquel Señor graduado
Roja borla, blanco guante,

Que *nemine discrepante*
Fué en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.
¿Ves servido un Señoron
De pajes en real carroza,
Que un rico título goza,
Por que acertó á ser varon?
Pues con su casa, blason,
Título, coche y cochero,
Es un grande majadero.
¿Ves al Jefe blasonando
Que tiene el cuero cosido
De heridas que ha recibido
Allá en Flándes batallando?
Pues con su escuadron, su mando,
Su honor, heridas y azero,
Es un grande majadero.
¿Ves aquel Paternidad,
Tan grave y tan reverendo,
Que en Prior le está elijiendo
Toda su comunidad?
Pues con su gran dignidad,
Tan serio, ancho y tan entero,
Es un grande majadero.
¿Ves al Juez con fiera cara
En su tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo que en sus manos para?
Pues con sus ministros, vara,
Audiencia, y juizio severo,
Es un grande majadero.
¿Ves al que esta satirilla
Escribe con tal denuedo,

Que no cede ni á Quevedo,
Ni á otro ninguno en Castilla?
Pues con su vena, letrilla,
Pluma, papel y tintero.
Es mucho mas majadero.

Musa, pues eres
De edad tan tierna,
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.
Si un sabio estudia
Jurisprudencia,
Gasta siete años
Para aprenderla;
Y en siete dias
La violeta
Le embute á un tonto
Todas las ciencias.
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.
Ve el Mayorazgo
Raras lampreas,
Y por ser caras
Se va sin ellas;
Llégase un pobre
Lleno de deudas,
Y aunque sea á duro
Compra la pesca.
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.
Lleva la Usía,
Noble y con rentas,
Una basquiña
De como quiera;
Y una infelize

Soez ramera
Con desden viste
Joyante seda.
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.
Goza el caballo
Cuadra muy buena,
Regalo eterno,
Siempre de huelga;
Y el pobre burro
Anda diez leguas,
Lleno de hambre,
Palos y leña.
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.
Vemos á un Grande
Que le molesta
Que le estén dando
Siempre *Excelencia;*
Y si á la esposa
De un vende-esteras
Su mercé omito,
No da respuesta.
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.
Los Capitanes
Con diez pesetas
Dicen que casi
No hay para vueltas;
Y en siete cuartos
Quieren que tenga
Plato el soldado,
Juego y mozuela.
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.

Ve aquí la vida
Que los mas pasan :
Hazer que hazemos,
No hazemos nada.
Graves Tribunos,
Que de la Patria
Sois mas padratros
Que un juez de holandas,
¿ Qué hazeis poniendo
Por nuestras plazas
Postura al nabo,
Ley á las habas ?
Hazer que hazemos
No hazemos nada.
Escribas fieros,
Que en vuestras causas
Armais mas lazos
Que á un raton trampas,
¿ Qué hazeis llenando
Mas hojas blancas,
Que tiene tiznes
La mala fama ?
Hazer que hazemos
No hazemos nada.
Sabios de escuelas,
Que en vuestras aulas
Entrais mas anchos
Que diez tinajas,
¿ Qué hazeis pujando
Cuestiones vanas,
Mas gritos dando
Que remo en playa ?
Hazer que hazemos
No hazemos nada.
Mis Eruditos

De aire de Francia,
Postes eternos
Junto á Madama,
¿Qué hazeis mintiendo,
Máquinas que hablan,
De cuando en cuando:
Laran, larara : : : ?
Hazer que hazemos
No hazemos nada.
Vos Letrilleros
Poetas ranas,
Escarabajos
De ajenas faltas,
¿Qué hazeis acando
Coplas sin gracia,
Vano el cerebro,
Floja la panza?
Hazer que hazemos
No hazemos nada.

Diz que un Caballero,
Dicho Don Dinero,
Pierde y atropella
La niña mas bella
De mas pundonor.
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
El diz que minora,
Y aun de virtud dora
El crímen mas grave,
Y al recto juez sabe
Quebrar el rigor.
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!

El diz que al anciano
En jóven lozano
Lo vuelve y trabuca,
Y á su edad caduca
Da inútil verdor.
Madre, la mi madre,
¡ Qué triste dolor !
El al mas ocioso,
Mas vil y vicioso,
Colma de favores,
Y aun da de señores
Un perpetuo honor.
Madre, la mi madre,
¡ Qué triste dolor !
El á un tonto ha dado
El premio colmado,
Que hubo merezido
Un sabio entendido,
Pobre y sin favor.
Madre, la mi madre,
¡ Qué triste dolor!
El en la opulenta
Mesa en que se sienta
Todo haze que sobre,
Arrojando al pobre
Del hambre al rigor.
Madre, la mi madre,
¡ Qué triste dolor !

Anónimo.

Mala educacion y vicios de la juventud noble.

¿ Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
De pardomonte envuelto, con patillas

De tres pulgadas afeado el rostro :
Magro , pálido y suzio , que al arrimo
De la esquina de enfrente , nos azecha
Con aire sesgo y baladí? pues ese,
Ese es un nono nieto del Rey Chico.
Si el breve chupétin , las anchas bragas
Y el albornoz , no sin primor terciado ,
No te lo han dicho : si los mil botones
De filigrana berberisca , que andan
Por los confines del jubon perdidos ,
No lo gritan, la faja , el guadijeño ,
El harpa , la bandurria y la guitarra
Lo gritarán. No hay duda : el tiempo mismo
Lo testifica. Atiende á sus blasones.
Sobre el porton de su palacio ostenta ,
Grabado en berroqueña , un ancho escudo ,
De medias lunas y turbantes lleno.
Názenle al pie las bombas y las balas
Entre tambores , chuzos y banderas ,
Como en sombrío matorral los hongos.
El águila imperial con dos cabezas
Se ve picando del morrion las plumas
Allá en la cima , y de uno y otro lado ,
A pesar de las puntas asomantes,
Grifo y léon rampantes le sostienen.
Ve aquí sus timbres. Pero sigue , sube,
Entra , y verás colgado en la ante sala
El árbol gentilizio , ahumado y roto
En partes mil : verás que de sus ramas ,
Cual suele el fruto en la pomposa higuera ,
Sombreros penden , mitras y bastones.
En procesion aquí y allí caminan ,
En sendos cuadros los ilustres deudos ,
Por hábil brocha al vivo retratados.
¡ Qué gregüescos ! ¡ qué cara ! ¡ qué bigotes !

El polvo y telarañas son los gajes
De su vejez. ¿ Qué mas ? hasta los duros
Sillones moscovitas , y el chinesco
Escritorio con ámbar perfumado ,
En otro tiempo de marfil y nácar ,
Sobre ébano embutido , y hoy deshecho ,
La ancianidad de su solar pregonan.
Tal es , tan rancia , tan sin par su alcurnia,
Que aunque embozado, y en castaña el pelo ,
Nada les debe á Ponces ni á Guzmanes.
No los aprecia , tiénese en mas que ellos,
Y vive así. Sus dedos y sus labios ,
Del humo del cigarro ennegrezidos,
Indizio son de su crianza. Nunca
Pasó del be , a , ba ; nunca sus viajes
Mas allá de Jetafe se estendieron.
Fué antaño allá por ver unos novillos
Junto con *Poco-trigo* y la *Caramba* ;
Por señas que volvió ya con estrellas ,
Beodo por demas , y durmió al raso.
Examínale : ¡ idiota ! nada sabe ;
Trópicos , era , geografia , historia
Son para él exóticos vocablos.
Dile que desde el hondo Pirineo
Corre espumoso el Betis á sumirse
De Ontígola en el mar : ó que cargadas
De almendra y goma las inglesas quillas,
Surjen en puerto Lápize, y se levan
Llenas de estaño y de abadejo : ¡ o ! todo,
Todo lo creerá , mas que le añadas
Que fué en las Navas Witiza el Santo
Deshecho por los Celtas , ó que invicto
Triunfó en Aljubarrota Mauregato.
¡ Qué mucho , Arnesto, si del Padre Astete
Ni aun leyó el catezismo ! Mas no creas

Su memoria vacía ; oye, y diráte
De *Cándido* y *Marchante* la progenie :
Quien , de *Romero* ó' *Costillares* , saca
La muleta mejor , y quien mas limpio
Hiere en la crúz al bruto jarameño.
Haráte de *Guerrero* y la *Catuja*
Larga memoria, y de la malograda ,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paziendo estrellas.
La sal , el garabato , el aire , el chiste,
La fama , y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas. Prosigue,
Si esto no basta , y te dirá qué año,
Qué ingenio, qué ocasion dió á los *Chorizos*
Eterno nombre , y cuantas cuchilladas
Dadas de dia en dia , tan pujantes
Sobre el triste *Polaco* los mantiene.
Ve aquí su ocupacion , esta es su ciencia.
No la debió ni al domine , ni al tonto
De su ayo *Mosen-Marc* , solo ajustado
Para irle en pos, cuando era señorito ;
Debiósela á cocheros y á lacayos ,
Dueñas, fregonas, truanes y otros bichos ,
De su niñez perenes compañeros ;
Mas sobre todo á *Pericuelo* el paje ,
Mozo avieso , *chorizo* y *pepillista*
Hasta morir , cuando le andaba en torno.
Dél aprendió la *jota* y la *guaracha* ,
El *bolero* , y en fin , música y baile.
Fuéle tambien maestro algunos meses
El sota *Andres* , chispero de la *Huerta* ,
Con quien , por órden de su padre , entónces
Pasar solia tardes y mañanas
Jugando entre las mulas. Ni dejaste
De darle tú santísimas lecciones ,

¡ O *Paquita !* despues de aquel trabajo
De que el Refujio te sacó , y su madre
Te ajustó por donzella. ¡ Tanto puede
La gratitud en generosos pechos !
De tí aprendió á reirse de sus padres
Y hazer al pedagogo la mamola :
A pellizcar , andar al escondite ,
Tratar con cirujanos y con viejas ,
Beber , mentir , trampear , y en dos palabras ,
De tí aprendió á ser hombre. . . . y de provecho.
Si algo mas sabe , débelo á la buena
De *Dona Ana* , patron de zurzidoras ,
Piadosa como Enone , y mas chumera ,
Que la embaidora Celestina. ¡ O cuanto
De ella alcanzó ! del *Rastro* á *Maravillas* ,
Del alto de *San Blas* á las *Ballecas* ,
No hay barrio , calle , casa , ni zahurda
A su padron negado. ¡ Cuantos hombres ,
Y cuales vido en su librete escritos !
Allí leyó el de Cándida , la invicta
Que nunca se rindió , la que una noche
Venzió. . . . . .
Allí de aquella siete vezes vírgen ,
Mas que por esto , insigne por sus robos ,
Puesque en un mes empobreció al Indiano ,
Y chupó á un Escozes tres mil guineas ,
Veinte acciones de banco y un navío.
Allí aprendió á temer él de *Belica* ,
La venosa. . . . . .
Y allí tambien , en torpe mescolanza ,
Vió de mil bellas las ilustres cifras ,
Nobles , plebeyas , majas y señoras :
A las que vió nazer el Pirineo ,
Desde Junquera hasta dò muere el Miño :
Y á las que el Ebro y Turia dieron fama ,

Y el Darro y Betis todos sus encantos:
A las de rancio y perdurable nombre,
Ilustradas con turca y sombrerillo,
Simon y paje, en cuyo abono sudan
Bandas, veneras, gorras y bastones,
Y aun (chito, Arnesto!) cuellos y cerquillos
Y enfin, á aquellas que, en nocturnas zambras,
Al son del cuerno congregadas, dieron
Fama á la *Union*. . . . . .
¡Ah! cuanto allí la cifra de tu nombre
Brillaba escrita en caractéres de oro!
¡O Cloe! él solo deslumbrar pudiera
A nuestro jaque, apenas de las uñas
De su donzella libre. No adornaban
Tu casa entónces, como ogaño, ricas
Telas de Italia ó de Canton, ni lustros
Venidos del Ádriático, ni alfombras,
Sofá, otomana, ó muebles peregrinos:
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,
La *simia, il papagallo é la spineta.*
La salserilla, el zahumador, la esponja,
Cinco sillas de enea, un pobre anafe,
Un bufete, un belon y dos cortinas,
Eran todo tu ajuar, y hasta la cama,
Do alzó despues tu trono la fortuna,
¡Quien lo diria! entónces era humilde.
Púsote en zancos el hidalgo, y dióte
A dos por tres la escandalosa *buena*,
Que treinta años de afanes y de ayunos
Costó á su padre. . . . . ¡O cuanto tus jubones,
De perlas y oro recamados, cuanto
Tus francachelas y tripudios dieron,
En la *Cazuela*, el Prado y los tendidos,
De escándalo y envidia! Como el humo
Todo pasó: duró lo que la hijuela.

¡ Pobre galan ! ¡ Qué paga tan mezquina
Se dió á tu amor ! ¡ cuan presto te feriaron
Al último doblon el postrer beso !
Viérasle , Arnesto , desolado : vieras
¡ Cual iba humilde á mendigar la gracia
De su perjura , y cual correspondia
La infiel con carcajadas á su lloro !
No hay medio : le plantó : quedó por puertas. . . .
¿ Qué hará ? ¿ su alivio buscará en el juego ?
¡ Bravo ! allí olvida su pesar ; prestóle
Un amigo. . . . ¡ qué amigo ! Ya otra nueva
Esperanza le anima. ¡ Ah ! salió vana. . !
Marró la cuarta sota ; á Dios bolsillo. . . !
Toma un censo. . . adelante. . . mas perdióle
Al primer trascarton , y quedó *asperges*.
No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita
Se halla ¡ o Zulem-Zegrí ! tu nono nieto.
¿ Será mas digno, Arnesto , de tu gracia
Un alfeñique perfumado y lindo ,
De noble traje y ruines pensamientos ?
Admiran su solar el alto Asueva ,
Liria, Pamplona, ó la feroz Cantabria ;
Mas se educó en Sorez : Paris y Roma
Nueva fe le infundieron , vicios nuevos
Le inocularon. Cátale perdido.
No es ya el mismo. ¡ O ! ¡ cual otro el Bidasoa
Volvió á pasar ! ¡ cual habla por los codos !
¡ Quien calará su atroz *galimathias !*
Ni Du-Marsais , ni Aldrete le entendieran.
Mira cual corre, en *polison* vestido ,
Por las mañanas de un burdel en otro,
Y entre alcahuetas y rufianes bulle !
No importa : viaja incógnito , con palo,
Sin insignias y en frac : nadie le mira.
Vuelve , se adoba, sale y huele á azmizcle

Desde una milla. ¡ O cómo el sol chispea
En el charol del coche ultramarino !
¡ Cual brillan los tirantes carmesíes
Sobre la negra crin de los frisones !
Visita, come en noble compañía :
Al Prado, á la luneta, á la tertulia,
Y al garito despues. ¡ Qué linda vida !
¡ Digna de un noble ! ¿ Quieres su compendio ?
« P. . . jugó, perdió salud y bienes,
» Y sin tocar á los cuarenta abriles,
» La mano del plazer le hundió en la huesa. »
¡ Cuantos, Arnesto, así ! Si alguno escapa,
La vejez se anticipa y le sorprende,
Y en cínica é infame soltería,
Solo, aburrido y lleno de amarguras,
La muerte invoca, sorda á su plegaria.
Si ántes al ara de Himeneo acoje
Su delincuente corazon, y el resto
De sus amargos dias le consagra,
¡ Triste de aquella que á su yugo unida
Víctima fué ! Los primeros meses
La lleva en triunfo acá y allá ; la mima,
La galantea. . . palco, dijes, galas,
Coche á la inglesa. . . . ¡ míseros recursos !
¡ El buen tiempo pasó ! del vicio infame
Corre en sus venas la cruel ponzoña.
Tímido, exhausto, sin vigor. . . ¡ qué rabia !
El tálamo es su potro. . . . . .
. . . . . Mira, Arnesto,
Cual desde Gades á Brigancia, el vicio
Ha infizionado el gérmen de la vida,
Y cual su virulencia va enervando
La actual generacion ; apenas de hombres
La forma existe. . . . ¿ A donde está el forzudo
Brazo de Villadrando ? ¿ do de Argüello,

O de Paredes los robustos hombros ?
¿ El pesado morrion, la penachuda
Y alta cimera acaso se forjaron
Para craneos raquíticos ? ¿ quien puede
Sobre la cuera y enmallada cota
Vestir ya el duro y centellante peto ?
¿ Quien enristrar la poderosa lanza ?
¿ Quien ? . . . Vuelve ya, fiero Berberisco, vuelve,
Y otra vez corre desde Calpe á Deba,
Que ya Pelayos no hallarás ni Alfonsos
Que te resistan ; débiles pigmeos,
Te esperan : de tu corba cimitarra
Al solo amago caerán rendidos. . . .
¿ Y es esto un noble, Arnesto ? ¿ Aquí se cifran
Sus timbres y blasones ? ¿ De qué sirve
La clase ilustre, una alta descendencia
Sin la virtud ? Los nombres venerandos
De Laras, Tellos, Haros y Girones
¿ Qué se hizieron ? ¿ Qué genio ha desluzido
La fama de sus triunfos ? ¿ Son sus nietos
A quienes fia su defensa el trono ?
¿ Es esta la nobleza de Castilla ?
¿ Es este el brazo un dia tan temido,
En quien libraba el Castellano pueblo
Su libertad ? ! O vilipendio ! ¡ o siglo !

Anónimo.

Contra la corrupcion de costumbres en las mugeres.

Déjame, Arnesto, déjame que llore
Los fieros males de mi Patria : deja
Que su rüina y perdicion lamente ;
Y si no quieres que en el centro oscuro
De esta prision la pena me consuma,

Déjame al menos que levante el grito
Contra el desórden : deja que á la tinta
Mezclando yel y acíbar, siga indócil
Mi pluma el vuelo del alcon de Aquino.
¡ O cuanto rostro veo á mi censura
De palidez y de rubor cubierto !
Animo, amigos ; nadie tema , nadie
Su punzante aguijon , porque persigo
En mi sátira al vicio , no al vicioso.
¿ Y qué querrá decir que en algun verso
Encrespada la bilis tire un rasgo ,
Que el vulgo crea que señala á Alcinda ?
La que olvidando su orgulloso nombre
Baja vestida al Prado, cual pudiera
Una maja con trueno y rascamoño ,
Alta la ropa, erguida la caramba,
Cubierta de un cendal mas transparente
Que su intencion, á ojeadas y meneos
La turba de los tontos concitando.
¿ Podrá estrañar que un dedo malicioso
Apuntando este verso la señale ?
Ya la notoriedad es el mas noble
Atributo del vicio, y nuestras Julias
Mas que ser malas, quieren parezerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
Dorando los delitos : hubo un tiempo
En que el recato tímido cubria
La fealdad del vicio ; pero huyóse
El pudor á vivir en las cabañas.
Con él huyeron los felizes dias
Que ya no volverán : huyó aquel siglo
En que las necias burlas de un marido
Las bascuñanas crédulas tragaban ;
Mas hoy Alcinda desayuna al suyo
Con ruedas de molino. Triunfa y gasta ,

Pasa saltando las eternas noches
Del crudo enero, y cuando el sol tardío
Rompe el oriente, admírala golpeando,
Cual si fuese una estraña, el propio quizio.
Entra barriendo con la undosa falda
La alfombra, aquí y allí cintas y flores
Del enorme tocado siembra, y sigue
Yendo aun Fabio de su mano asido,
Hasta la alcoba, donde á pierna suelta
Ronca el marido, y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio
Eructo le perturban; á su hora
Despierta el necio, y silencioso deja
La profanada olanda, y guarda atento
A su asesina el sueño mal seguro.
¡ Cuantas, Alzinda, á la coyunda unidas
Tu suerte envidian! ¡ cuantas de himeneo
Buscan el yugo por lograr tu dicha!
Y sin que invoquen la razon, ni pese
El corazon los méritos del novio,
El *sí* pronuncian y la mano alargan
Al primero que llega. ¡ Qué de males
Esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
Por la discordia con infame soplo
Al pie del mismo altar, y en el tumulto
Brindis y vivas de la tornaboda,
Una indiscreta lágrima predice
Guerras y oprobios á los mal unidos.
Veo por mano temeraria roto
El velo conyugal, y que corriendo
Con la imprudente frente levantada,
Va el adulterio de una casa en otra.
Zumba, festeja, rie, y descarado
Canta sus triunfos, que tal vez celebra

Un necio esposo, y tal de un hombre honrado
Hieren con dardo penetrante el pecho;
Su vida abrevian y en la negra tumba
Su error, su afrenta y su despecho esconden.
¡O viles almas! ¡o virtud! ¡o leyes!
¡O pundonor mortífero! ¿Qué causa
Te hizo fiar á guardas tan infieles
Tan preciado tesoro? ¿Quien¡ o Temis!
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
Contra las tristes víctimas que arrastra
La desnudez y el desamparo al vicio,
Contra la débil huérfana, del hombre
Y del oro acosada, ó al alago,
La seduccion y al tierno amor rendida:
La expilas, la deshonras y condenas
A incierta y dura reclusion; y en tanto
Ves indolente en los dorados techos
Cobijado el desórden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas
La virtud y el honor atropellando!
¡O infamia! ¡o siglo! ¡o corrupcion! Matronas
Castellanas ¿quien pudo vuestro claro
Pundonor eclipsar? ¿quien de Lucrecias
En Lais os volvió? Ni el proceloso
Océano, ni lleno de peligros
El Lilibeo, ni las arduas cumbres
Del Pirineo guarezeros pueden
Del contajio fatal. Zarpa preñada
De oro la nao gaditana: aporta
A las orillas gálicas, y vuelve
Llena de objetos fútiles y vanos,
Y entre los signos de estranjera pompa,
Ponzoña esconde y corrupcion, comprada
Con el sudor de las iberas frentes.
Y tú, mísera España, tú la esperas

Sobre la playa, y con afan recojes
La pestilente carga, y la repartes
Alegre entre tus hijos? Viles plumas,
Gasas y cintas, flores y penachos,
Te trae en cambio de la sangre tuya:
De tu sangre ¡o baldon! y acaso, á caso
De tu virtud y honestidad. Repara
Cual la liviana juventud los busca:
Mira cual va con ellos engreida
La imprudente donzella; su cabeza,
Cual nave real al triunfo empavesada,
Vana presenta del favonio al soplo
La mies de plumas y de airones, y anda
Buscando loca en la lisonja el premio
De su indiscreto afan. ¡Ay triste! guarte,
Guarte, que está cercano el precipicio!
El astuto amador ya en asechanza
Te atisba y sigue con lascivos ojos.
La adulacion y la caricia el lazo
Te van á armar, donde caerás incauta,
En él tu oprobio y perdicion hallando.
Y cuanto, cuanto de amargura y lloro
Te costarán tus galas! ¡cuan tardío
Sera y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
Del nunca exausto Potosí nos bastan
A saziar el hidrópico deseo,
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan; cuesta un sombrerillo
Lo que ántes un estado, y se consume
En un festin la dote de una Infanta.
Todo lo tragan, la riqueza unida
Va á la indigencia. Pierde, pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,
Quiebra y pereze, y el logrero goza

Los pingües patrimonios, premio un dia
Del generoso afan de altos abuelos.
¡ O ultraje ! ¡ o mengua ! Todo se trafica :
Parentesco, amistad, favor, influjo,
Y hasta el honor, depósito sagrado,
O se vende, ó se compra. ¡ O belleza,
Don el mas grato que dió al hombre el Cielo,
Ya no eres premio del valor, ni paga
Del peregrino ingenio ! La florida
Juventud, la ternura, el rendimiento
Del constante amador ya no te alcanzan,
Ya no te das al corazon, ni sabes
Do recibir adoracion y ofrendas.
Véndeste al oro : la vejez hedionda,
La suzia palidez, la faz adusta,
Fiera y terrible, con igual derecho
Vienen sin susto á negociar contigo.
Daste al barato, y tu rosada frente,
Tus suaves besos y tus dulces brazos,
Premio en un dia del amor mas puro,
Son ya una vil y torpe mercanzía !

Amato Benedicto.

Contra el lujo considerado como ostaculo de los matrimonios.

¿ Qué es esto que oigo, Luzio ? Corren vozes
De que casarte quieres. Pues, maldito,
¿ Te faltan, dí, cordeles para ahorcarte,
O no tienes conventos infinitos ?
Vaya, que no creyera que pudieses
Haber dado en tan loco desvarío.
¡ Casarte ! ¿ y con qué rentas el decoro,

Y las cargas precisas de un marido
Mantener has, cual corresponde á un Luzio,
Que brota honor por todos los sentidos?
¿ Mil doblones? ¡ Valiénte friolera!
Tu muger, no lo dudes, es preciso
Que se porte segun las de su clase:
Que pague un peluquero de contino:
Que no se ponga medias ya servidas:
Que estrene al año cinco ó seis vestidos:
Que la comedia vea diariamente:
Con otros *ques* que por decencia omito.
¿ Y qué son para tanto mil doblones?
Menos que cien ochavos de aquel siglo,
Que la gala del padre era la gala
Del hijo y de los hijos de sus hijos.
¿ Se ha de presentar, dí, tu esposa al Prado
Y á las tertulias siempre con vestido
Que no se diferencie un dia y otro,
Como hazen las demas? ¿ Podrás tú mismo
Ver en las concurrencias á tu esposa
Siendo asunto de gestos y de dichos?
¡ Ay Luzio! no lo dudes, como pocos
Morirás de tristeza consumido,
O como muchos vivirás trampeando,
O al fin serás como los mas maridos.
¿ Cuál te pareze, dime, que es la causa
Que venda la justicia Don Fabricio,
Y que los acredores de Don Julio
Aporreen su puerta de contino?
Pues no es otra que el lujo exorbitante,
El lujo destructor que ha corrompido
Desde el palacio hasta la humilde choza,
Confundiendo en sus modas y en su estilo
La esposa de un cualquiera ofizinista
Con la esposa de un juez, la de este mismo

Con la Duca, la Duca con la Infanta,
Y con la pobre la muger del rico.
El artesano roba en sus talleres,
Se venden los procesos y los juizios,
El poderoso oprime á sus colonos,
El hijo roba al padre, el padre al hijo,
El abogado á su cliente, y todos,
Por mantener su lujo respectivo,
Roban, oprimen, y el sagrado lecho
Manchar impunemente ven tranquilos.
¿Y tú, Luzio, serás uno de tantos
De su deshonra míseros testigos?
Puede ser que me digas que no quieres
Vivir tú como muchos corrompidos,
En cínica é infame soltería.
Justa es la reflexion; pero, ¡ ay amigo!
No es criminal hoy dia un vil soltero,
El mal está ya hecho: ya es un vicio,
Del lujo indispensable consecuencia.
Mira al togado sabio Don Paulino,
Y á otros muchos prudentes, cual rehuyen
A la fatal coyunda ser unzidos;
Dóciles sus cervizes doblarian,
Si el ejemplo no viesen repetido
De la enojosa, vil y amarga suerte,
A que condena el lujo á los maridos.
. . . . . .

Contra la tiranía de algunos maridos.

¿A do puñal en mano, furibundo
Corres, Arnesto? Dime, ¿á do la rabia
Te precipita? Pálido el semblante,
Espumosas salivas arrojando,
¿A do asestas tus iras? ¿Por ventura

El blanco es de tu cólera tu esposa,
Tu mísera cuitada compañera?
Detente, Arnesto, mírala, repara:
Se aflije, llora, tiembla y de rodillas
Implora tu clemencia. ¡ Y qué! ¿ ni aun esto,
Cruel, inexorable, te desarma?
« No, no burlará impune mis preceptos,
» Dices: magüer injustos ó insensatos,
» Sus leyes son y obedezerlas debe. »
¿ Y quien te ha dado, bárbaro, ese imperio,
Con que justo ó injusto, obedezido
Has de ser de tu esposa mal su grado?
¿ Quien te ha dado, dí barbaro, ese imperio?
Dióte, es verdad, á tí apartadamente
La comun madre robustez y fuerza;
¿ Qué importa, Arnesto? ¿ El justo poderío
Fúndase acaso en nervios y en tendones?
Alegas el valor; Lucrecia y Clelia
Te lo disputan, cuando heroicamente
La muerte desafian, y tú acaso
No miras sin temblar su aspecto horrendo.
Fuerza, noble ardimiento, bizarría,
Hete los caractéres con que sabia
Te señaló natura tu destino.
Dijo en ellos: trabaja asaz, defiende
De ataque injusto tu progenie cara,
Tu dulce compañía, tus hogares;
Pero tú en estos mismos, insensato,
Hallar pretendes títulos de imperio,
De imperio..... de absoluto señorío.
Justo es, Arnesto, sí, que respetado
De la familia, como jefe, seas:
Justo es mandar y ser obedezido:
Justo es mandar; pero hazlo con imperio,
En el amor y en la razon fundado,

No de la fuerza en leyes detestables.
Hizo el hombre servir de luengos siglos
A su loca ambicion sus nobles prendas,
Subyugó al sexo débil, degradóle,
Y haziéndole su esclavo, su belleza,
Su preciada belleza, sus encantos,
El premio del sudor y la fatiga,
Diéronse á la violencia, y aun su vida
Fué un gratüito don de su tirano.
Aun hizo mas: autorizó en sus leyes
Su usurpacion; el Galio y el Asirio
En sus códigos mismos imprimieron
Al sexo ya abatido el sello torpe
De su esclavitud mísera é infame.
¿Son estos, dí, tus títulos? ¿La dura,
Magüer que envejezida, tiranía
De tus injustos bárbaros abuelos?
No son, no, de Licurgo esas lecciones:
Ni tolerarlas la razon pudiera,
Ese inmudable oráculo sagrado
De las edades todas y los climas.
Unióte á Elisa amor, y de himeneo
En las sagradas aras la hizo tuya
En fe de tus promesas. ¡Cuanto, cuanto
Te gozaste en tu triunfo! ¡Cuanto, Arnesto,
Tan lisonjera union colmó tus dichas!
Ni el ansiado laurel, ni las riquezas,
En pos de quienes afanoso un dia
Surcaste el bravo mar lleno de escollos,
Pudieron arrancarte de los brazos
De tu cara dulcísima consorte.
Tal era Elisa entónces; ¿y qué causa
Su suerte rebajar pudo al estremo
De hazerla esclava tuya? Dí ¿quien pudo
Hazerte su señor? Suertes iguales

Os dió el sagrado lazo, á un mismo yugo
Os sujetó á los dos una coyunda:
Dulce coyunda, que formado habia
Amor, que distinciones no consiente.
Timbres, fortunas, aras, todo, todo
Con su esposa partió el feroz Romano,
Llamóla su señora el Lacon rudo,
¿Y eres tú tan injusto, Arnesto, eres
Tan bárbaro y cruel con la que viera
El Tíber adorada y el Eurotas?
¿La desprecias, la humillas, la maltratas?
¡Insensato! ¿A la madre de tus hijos?
¿A la madre?... ¡O baldon! El alto empleo,
El título de honor que da natura,
El título entre todos mas augusto,
Se vilipendia así? Si las promesas,
Que al pie del ara hizieras invocando
Al sacrosanto Númen por testigo:
Si amor, el tierno amor que las dictara,
Y en que encendiera las nupciales teas,
A guarezer á Elisa no bastaban
De tu fiereza y bárbaros ultrajes,
¿El fruto de su union, el dulce fruto
De su fecundidad, no basta, Arnesto?
No bastan, no, sus hijos. ¡Cuantos males
En esto les preparas! ¡Cuantos, cuantos
Te preparas á tí, y aun á tu Patria!
Rompes el lazo del amor materno,
Y á Elisa espones al ludibrio infame
De los que el ser le deben. ¿Y quien puede
Asegurarte á tí de su respeto?
¿Quien fiar de su amor y su obediencia
A las leyes podrá? Monstruos, Arnesto,
Monstruos fomentas en tu hogar, que llenen
Tus dias de amargura y de tristeza:

Monstruos que insulten de la santa Temis
El sacro templo, el ara y el ministro,
Y venguen de este modo los ultrajes,
Que Elisa en vano tristemente llora.
He aquí el fruto fatal de la fiereza
Del imprudente Arnesto y de millares,
De insociables y bárbaros esposos.
Huye de sus hogares la paz santa,
Y allí do amor y do amistad sencilla
Antes morara, como en triunfo entran
Crueldad, odio, rencor, iras, venganzas.
Tiembla la triste esposa en la presencia
Del sañudo tirano, que mil muertes
En su aspecto fulmina: clama, llora,
Busca asilo en sus hijos, que mil vezes,
Ministros del rigor de su enemigo,
Se burlan de su lloro y de su ruego.
¿Y puede esto sufrirse? ¡Sacerdotes,
Sacerdotes de Temis! á vosotros
Os toca desterrar tamaño insulto
Contra natura y sus sagradas leyes.
Apartad de nosotros este oprobio,
Resto de nuestras bárbaras costumbres,
Y hazed que se respeten mutuamente
Los que una vez unió sacro himeneo.

Las corridas de toros.

¡Comedias! ni por pienso; esta es la escuela
En que la incauta juventud aprende
El arte del amor, arte funesto,
Orígen de los males que desolan
Al universo todo. Las comedias
Corrompen y envenenan las costumbres,
Son la peste del mundo: los autores,

Los sabios catedráticos lo dicen.
¿Y toros? eso sí. Vaya en buen hora
Con algazara el pueblo á pelotones
A gozar el plazer, digno sin duda
De los héroes de Roma, á cuya vista
La humanidad temblaba, y en el circo
Del gladiator la sangre derramada
Era grato espectáculo á sus ojos.
Brame rabiando el bruto jarameño,
Ensangrentada la cerviz que arrastra
El duro arado, gaje el mas precioso
De los dones de Céres y Pomona,
Y sea en fin trofeo de la espada
Del diestro matador. ¿A quien se ofende?
Criada para el hombre aquella fiera,
Si pereziendo entre tormentos, sirve
A su recreo, nada importa, paga
A su señor el feudo que le debe.
¿Y qué importa tampoco que furioso,
Por el suelo arrastrando las entrañas,
Corra de una á otra parte el ancho circo,
Y entre dolores dé el postrer aliento
El brioso alazan, hijo del Betis,
Del hombre compañero, y de la Patria
Glorioso defensor en muchas lides?
El no es mas que una bestia, y si su dueño
De ella usar quiere así, no haze otra cosa
Que usar de su caudal ó de su plata.
Pero ¿el hombre? ¿Y el hombre en qué peligra?
Corre tal vez despavorido, huyendo
Una cercana muerte; mas se salva:
Vuelve al circo, repítese la escena,
Y ya de polvo y de sudor cubierto,
Busca en sus fuerzas casi desmayadas
A su vida un asilo mal seguro:

Tropieza aquí, y el miedo le sostiene:
Cae despues, se desconcierta un miembro:
La fiera le acomete; pero escapa,
Aunque herido ó contuso, y en su rostro
Retratada la imágen de la muerte.
Pero ¿qué importa eso? Este es su ofizio,
El lidiador así gana su vida:
En todo hay riesgo: como no perezca,
Nada hay perdido, todo es inocente.
Pero pereze alguno: ¿y quien pereze?
Uno entre ciento.... Nimiedad, pobreza
De espíritu: entre ciento uno tan solo
No mereze la pena de contarse.
He aquí el lenguaje del Doctor Toribio.
En el siglo diez y ocho así se piensa.
Se proscribe el amor, y se defiende
Un odio eterno de la especie humana.
La escena se detesta, en que sensible
El hombre á los encantos lisonjeros
De la belleza, endulza las costumbres
Que en las selvas contrajo de la Gocia,
Y donde si el infame se presenta
Con todo su atractivo y sus ornatos,
La sólida virtud, que por fin triunfa,
Su faz horrible y su fealdad descubre.
¿Pero el circo?... El circo se tolera:
Y aun mas, se califica de inocente.
Y el pueblo; almas ferozes! se atropella
Al funesto espectáculo, en que; o siglo!
El hombre se degrada hasta el estremo
De ser juguete y presa de los brutos.
Clama, clama por fieras, y desdeña
A sus Sénecas, Plautos y Terencios.
Así misera Iberia, así retratas
A Roma en su barbarie; así desmientes

El siglo de las luzes, y eternizas
El padron horroso de tu infamia.

D. Leandro Fernandez Moratin.

Sobre las Desproporciones de genio y edad entre los Casados.

Diálogo entre D. ROQUE y MUÑOZ.

Don Roque. Solos pareze que estamos;
Entra, Muñoz.
Muñoz. ¿Y qué es ello?
Don R. Nada mas que preguntarte
Del encargo que te he hecho,
Y qué has podido observar.
M. ¿Qué encargo, lo del ungüento?
Don R. Hombre, al salir no te dije
Que los dos quedaban dentro?
M. ¿Qué dos?
Don R. Don Juan é Isabel;
Y que vieras. . . . . .
M. Ya me acuerdo:
Yo no he visto nada.
Don R. ¿No?
¿Con que Don Juan se fué presto?
M. Un buen ratillo tardó.
Don R. Ya, pero en ese intermedio
¿No se hablaron?
M. ¡Qué sé yo!
Don R. ¿Pues no te encargué que luego
Que yo me fuese, estuvieras
Escuchando muy atento,
Si los dos. . . . ?

M. En el portal
Me he estado casi durmiendo.
Don R. ¿ Con qué nada has hecho ?
M. Nada.
Don R. ¡ Hombre, nada! pues es cierto
Que se puede descuidar. . . . . .
¡ Válgame Dios !
M. Yo me entiendo.
Don R. ¿ Qué entendeduras, Muñoz,
Son esas, ni qué misterio
Puede haber ?
M. Yo lo diré,
Yo lo diré claro y presto :
Que no quiero andar fisgando,
Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y muger :
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando
Hecho un diablo del infierno
Contra su muger ; encarga
Para apurar sus rezelos,
A un criado que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien; observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios ; hay riñas,
Vozes, lloros, juramentos,
Palos; la muger conoze,
(Y es fázil de conozerlo)
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido hecho un veneno,
Se irrita con el fisgon,
Le atesta de vituperios,

Y le echa de casa; agur,
Perdió de una vez su empleo.
¡ Pues cierto que las mugeres
No tienen modo de hazerlo
Con primor! Está el marido
Rechinando; ¿ y qué tenemos ?
Nada; viene la Señora,
El se irrita; bien: y luego
Anda el mimito, el desmayo,
La lagrimilla, el requiebro,
¿ Y qué sé yo? de manera,
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Projectaron: y yo creo,
Que cuando un marido tiene
Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleito
Del chismoso del criado;
Porque ellas no pierden tiempo.
Entónces entra él decir,
Que es un bribon embustero
El pobre corre-ve-y-dile,
Respondon, pelmazo, puerco,
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entónces
Voto de amen, no hay remedio;
Ella logra cuanto quiere
De este modo y. . . . yo me entiendo.
Don R. ¡ Hombre, por amor de Dios!
M. Si digo que yo no puedo;
No puedo, no hay que cansarse,
Ya está dicho; á perro viejo
No hay tus tus.

Don R. Mira Muñoz,
Coje un cordel. . . . . .
M. ¿A qué efecto?
Don R. Y ahórcame.
M. No necesita
De cordeles ni venenos
Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.
Don R. Dale bola con la edad.
M. Dale con pedir consejo.
. . . . . .
Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses, decïais:
Muñoz, ya este es otro tiempo,
Ya enviudé: ¡qué bien estoy
Sin desazones ni enredós!
Diez meses ha: no hará mas;
No se me olvidan tan presto
Las cosas. Ya estais casado,
Lleno de desasosiegos,
Lo pasado se olvidó,
Y atarugado y suspenso
Con lo presente, Muñoz,
Qué dices, dame un consejo,
Un arbitrio. . . ,¿paraqué?
¿Para deshazer lo hecho?
No hay escape: ¿no os casasteis?
El que os ha metido en ello
Que os saque.
Don R. Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
De descasarme; no tal.
M. ¿Con qué no tal? ¡eh! me alegro.
¡Con qué el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego
Que era separarse de ella! . . .

Don R. ¡ Ay Muñoz ! déjate de eso..
¿ Separarnos ? No Señor :
Vaya ! por ningun pretesto :
El mal era para mí
Entónces. . . . Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes : esto quiero ;
Pues aunque he dicho á mi hermana
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de Don Juan ,
Para ver qué pensamiento
Es el suyo, ella me aturde ,
Me saca mil argumentos,
Y tengo á bien de callar ;
El , afectando misterios ,
Nunca responde á derechas :
De suerte. . . . .
M. ¡ Para mi genio !
Don. R. De suerte, que yo no sé
Cómo salir de este enredo.
Ellos al cabo se irán ;
Pero entre tanto no es bueno
Que don Juan con Isabel,
Dándole nosotros tiempo,
Tenga muchas conferencias :
Y hoy para darme tormento,
Ese diablo de ese Ingles
Quiere entregarme el dinero
De las lanas ; fuí allá ,
Ya no estaba ; con que tengo
Que volver precisamente.
Diez mil reales nada menos
Importa : es fuerza volver.

M. ¿Y qué quiere decir eso?
Don R. Que es menester que me ayudes;
Muñoz, por Dios te lo ruego.
Una especie. . . . . por la calle
Lo he venido discurriendo:
Una especie me ha occurrido
Muy bella para el intento.
M. ¿Qué es la especie?
Don R. Una bicoca,
Que ha de surtir buen efecto.
M. Y bien, decid la bicoca.
Don R. ¿Cómo?
M. Que lo digais presto..
Don R. No es mas sino aparentar
Que los dos nos vamos luego;
Tú recojeras la capa,
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder; yo me voy,
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes
Pasito á pasito, y viendo
Que no hay nadie en ella, entónces
Te ocultas con mucho tiento
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aquí sin rezelo
A patullar: Isabel
Descubrirá sus secretos;
Beatriz hablará con ella,
Y de este modo sabrémos
Cuanto hay que saber. . . ¿te ries?
M. ¡Y qué mala gana tengo
De risitas! pero á vezes
No está en un hombre ser serio.

. . . . . .

Don R. ¡ Hombre !
M. ¡ Dale ! si es inútil
Todo ¿ qué pensais que harémos
Con el escondite ? nada ,
Nada , si lo estoy ya viendo :
¿ A qué es cansarse ? . . . y supongo
Que hoy se van , lo doy por hecho ,
Que los tres quedamos solos ;
Las desazones , los zelos
No se acabarán jamas.
Don R. ¿ Porqué ?
M. ¿ Qué , no dais en ello ?
Porque no puede hazer migas
Una niña con un viejo :
No Señor. Si ella es alegre ,
Antojadiza en estremo ,
Amiga de cortejillos ,
De comedias , de paseos ,
Y aquí de todo careze :
Siempre metida en encierro ,
Condenada de por vida
A vestiros y á coseros ,
A ver ese gesto , á oir
El continuo zenzerreo
De la tos , á calentar
Trapajos en el invierno
Para el vientre , á cozer aguas ,
Preparar polvos , ungüentos ,
Parches , cataplasmas. . . ¡ digo !
¿ Cómo la ha de gustar esto ?
Vaya , si no puede ser ;
Todo será fingimiento. . . . .
Don R. Hombre , vamos.
M. Quiero hablar ;

Que no soy ningun podenco.
Sí, Señor, á cada paso
Habrá silvidos, azechos,
Billeticos, tercerías.
Don R. En parte, Muñoz, comprendo
Tu razon; su genio es ese.
M. ¡ Dale bola ! no es el genio,
La edad, la edad, ahí está,
En la edad está el misterio.
Los hombres y las mugeres,
Todos, poco mas ó menos,
Son de una misma calaña.
Los chicos gustan de juegos,
De alborotar y correr,
Y poner mazas á perros;
Las muchachas, transformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachibaches de plomo
Hazen comida y refresco.
Luego que son grandezillas,
Olvidan tales enredos,
Ni piensan en otra cosa
Que en uno que otro mozuelo,
Que al salir de casa un dia
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Les refiere mil ejemplos,
Y las haze por la noche
Repasar un libro viejo,
Donde dice no sé qué
De pudor y encojimiento.
El padre piensa que tiene
En la chiquilla un portento

De virtud, y ella entre tanto
Piensa en su lindo Don Diego.
Pues no digo nada el Cuyo,
Que anda que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras
Hecho un arrimon eterno
Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde Doña Mencia
Le diga: *ce Caballero.*
Ella y él á vozes piden
Matrimonio, presto, presto;
Y en eso no piden mal:
¿Y por qué no lo pidieron
Cuando el uno en el corral
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la ooscojilla;
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haziendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y yeso?
¿Porqué? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, Señor;
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle,
Y nos pide galanteo,
Los mozitos se afizionan
A las mozas, no hay remedio;
Porque cada cual se arrima
A su cada cual, ¿no es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento;
O es menester confesar

Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, Señor, en mí lo veo;
Fuí muchacho y moza lbete
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero despues se acabó,
¡ Ojalá no fuera cierto!
Y no espero, ¡ qué esperar!
Ni por acaso lo pienso,
Que ninguna muchachuela
Que la rebosa en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se afizione de mi gesto. . . . .
Vamos, eso es disparate,
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor Don Roque de Urrutia,
Es preciso conozernos.
Don R. Muñoz, calla, calla, calla,
Por Dios, y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.
M. ¡ Así pudiera esplicarme
Del modo que lo comprendo!
Don R. ¿ Pues qué mas has de decir?
Mal haya amen. . . . .
M. El camueso
Que. . . . . .
Don R. Calla.
M. Callo, y me escurro.
Don R. Vuelve, mira.
M. Miro, y vuelvo.
Don R. Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto

Cuanto acabas de decir ;
Pero Muñoz ¿ *quid faciendum ?*
¿ Quieres que me tire á un pozo?
Quieres. . . . . .
M. Yo, Señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfrazes ni rodeos.

SOBRE LA IGUALDAD DE CONDICIONES EN LOS CASAMIENTOS.

DIÁLOGO ENTRE D. PEDRO Y SU HERMANA LA TIA MONICA.

DON PEDRO. ..... He venido á causa
De que ya por el Lugar
Dicen todos que la casas
Con el Baron : me preguntan
A mí, que no sé palabra,
Y hago un papel infeliz....
¡Es fuerte cosa! no hablan
De otra materia en las tiendas,
En la botica, en la plaza,
En casa del alojero,
Y á mí no me dices nada
De este bodorrio!
MÓNICA. A su tiempo
Lo sabrás : y esos que pasan
La vida en chismotear
Verán despues si se engañan,
O aciertan.
DON P. Pero, ¡si vieras
Qué risa les da, y qué ganas
Me dan á mí de rabiar!

¿Quien ha de tener cachaza
Para sufrir que se digan
Tales cosas de una hermana?
Yo te digo la verdad:
Si quieres ver acalladas
Esas vozes, desmentir
Los enredos que levantan
Contra tí, cásala presto.
Món. Presto será.
Don P. Y que se vaya
Ese Baron, ó ese infierno,
Que nos tiene alboratadas
Las cabezas.
Món. Cuando quiera
Hallará la puerta franca.
Don. P. ¿Y si no quiere?
Món. Si no
Quiere, ¿no tengo yo cara
Ni desvergüenza bastante
Para echarle de mi casa?
A un Señor de su carácter,
A quien he debido tantas
Atenciones, ¿te pareze
Que es regular se le hagan
Esos desaires? Tú allá
Con tu gramática parda
Sabrás mucho; pero en punto
De urbanidad y crianza,
Sabes muy poco.
Don P. En efecto,
La tal noticia no es falsa.
Món. ¿Qué noticia?
Don P. La de estar
Persuadida y confiada
En que el Baron ha de ser

Tu yerno.... Ilusion mas rara
No se dará.... ¡Vanidad
Maldita, que así nos saca
De juizio y nos pierde!... Un hombre
De tan ilustre prosapia,
Primo de Condes y Duques,
Viznieto de Doña Urraca
Y chozno del Rey Don Silo,
Venir á hazernos la gracia
De casarse con su hija....
¡Qué desatino!

Món. ¿A qué llamas
Desatino? Por ventura
Te pareze cosa mala,
Cuando vemos favorable
La ocasion, aprovecharla?
¿Será la primera vez
Que un Caballero se casa,
Con una muger humilde?
¿Quien ignora lo que arrastra
Una pasion?

Don P. ¡Qué pasion,
Muger, ni qué calabaza!
Cuidado que!... ¿Donde has visto
Pasiones de esa calaña?
En las comedias: que vienen
Príncipes de Dinamarca
Vestidos de jardineros,
Y están de amores que rabian
Por alguna pastorzita
Con su zurron y sus cabras.
Se dicen flores: hay zelos,
Desdenes, lloros, mudanzas...
Se casan al fin, y luego
Salen con la patochada

De que la tal moza es hija
Del Duque de Transilvania,
Y otros delirios así;
Pero en el mundo no pasa
Nada de eso.
M. ¿No?
Don P. Jamas.
Y cuando en amores trata
Algun Señoron con una
Jovenzilla bien carada,
Huérfana, plebeya y pobre,
Ojo avizor que allí hay trampa.
No Señor: los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cojen
La pluma, y en una llana
De papel suman partidas.
Cuatro y dos seis, llevo nada:
Ocho y siete quinze, llevo
Una y cuatro cinco: sacan
El total al pie, y segun
Lo que en el ajuste ganan,
Hay boda ó no hay boda.... Y sea
La novia gibosa y chata
Y tuerta, y el novio manco,
Viejo, gotoso y con sarna,
Conózcanse mucho, ó nunca
Se hayan hablado palabra,
Con amor ó sin amor.....
¡ Bendígalos Dios ! se casan.
Món. Eso sí, como te dejen
Hablar, piquito no falta,
Ni murmuracion.... Enfin,
Si te incomoda y te enfada
Cuanto digo y pienso, vete:

Déjame en paz, no me traigas
Cuentos, ni alborotes mas
Con esas estravagancias
A tu sobrina. Yo soy
La que debe gobernarla,
Sé lo que mas la conviene;
Nadie como yo se afana
Tanto por ella.... Es mi hija,
Y á este amor ninguno iguala.
Don P. Y por ese amor, la quieres
Precipitar, entregarla
A un hombre desconozido,
Trapalon, tuno de playa....
¡ Y tú tan boba !.... ¿ No ves
Que es un pícaro y te engaña?
¿No lo ves?
Món. No, porque tengo
Antecedentes que bastan
A persuadirme; tú no
Los tienes, por eso ensartas
Tanto disparate.
Don P. Pero
Yo te concedo de gracia
Que es un Señor, que él y el Rey
Meriendan juntos: ¿ qué sacas
De aquí? ¿ Le darás tu hija?
Món. ¿ Tuvieras tú repugnancia
En dársela?
Don P. Sí.
Món. Se ve
Que no eres su madre, y hablas
Como un viejo sin cabeza.
Don P. Hablemos claros, hermana,
Ese cariño de madre
Que me ponderas con tanta

Frecuencia, no es el motivo
Que te dirije, y si tratas
De engañarme á mí, no pierdas
El tiempo. Mira, tú rabias
Por hazer gran papelon:
Siempre has sido tiesa y vana,
Muy amiga de mandar,
Enemiga declarada
De quien tiene mas dinero,
Mejor jubon, mejor saya
Que tú. Te comes de envidia
Cuando ves que á las hidalgas
Las llaman *Doñas*, te lleva
Dios cuando las ves sentadas
En la iglesia junto al banco
De la Justicia, y por darlas
Qué merezer, por vengarte
De la humillacion pasada,
Eres tú capaz, no solo
De entregar á esa muchacha
A un hombre indigno, sino
De ponerte á la garganta
Un dogal.

MÓN. ¿Yo?

DON P. Tú.... ¡Qué ideas
Tienes tan descabelladas
De grandeza! ¿No es verdad
Que ya á tus solas aguardas
El feliz momento, en que
Oigas que todos te llaman
Excelencia? Que *Senoría*
Es cosa bien ordinaria.
¿No es cierto que allá en tu mente
El plan de vida repasas
Que has de tener? Coches, modas,

Brillantes, untos, pomadas:
Mesa para los hambrientos
Que por lo que adulan tragan:
Baile, academias, teatros,
Solemne robo de banca:
Prodigalidad, miseria,
Orgullo, bajeza y trampas:
Llamar cultura á la infame
Depravacion cortesana,
Bestia á todo hombre de bien,
Y á todo acreedor canalla.....
¿No es ese tu plan? ¿No es está
La gran fortuna que guardas
A mi sobrina infeliz?....
¿Y esa ambicion insensata,
Esa vanidad, te atreves
A desmentirla y llamarla
Amor de madre?

Món. ¿Me quieres
Dejar en paz? Vete, calla.

Don P. ¿Sabes el mal que apetezes?
¿Sabes tú que donde falta
Moderacion no hay plazer?
¿Sabes que donde no haya
Virtud no hay felizidad?

Món. Hombre, por Dios, no me hagas
Desesperar.....

SATIRAS LITERARIAS.

Góngora.

Contra los Romances moriscos.

A mis señores poetas
Descúbranse ya esas caras,
Desnúdense aquesos moros,
Y acábense ya esas zambras.
Váyase con Dios Gazul,
Lleve el Diablo á Zelindaja,
Y vuelvan esas marlotas
A quien se las dió prestadas.
. . . . . .
¿Quieren que diga el hereje,
Que nuestra fe sacrosanta,
Que de los nombres de pila
Se nos sigue alguna infamia?
¿Saben si alguna nazion,
Persa, escita ú otomana,
A nuestros nombres celebran,
Y cantan nuestras hazañas?
Si dicen que no lo ignoran,
¿Porqué los cuentan y cantan
En nombre de los Moriscos
Abatiendo nuestras lanzas,
Y cubren nuestras naziones
De alquizeles y almalafas,
Y mil falsos testimonios
A los Moriscos levantan?

Están Fátima y Jarifa
Vendiendo higos y pasas,
Y cuenta Lagarto Hernandez
Que danzan en el Alhambra.
Estando en los Aliatares
Tejiendo esteras de palma,
Y Almadan sembrando coles
Y levantales que rabian,
Viene Arbolan todo el dia
De cabar cien aranzadas,
Por un puño de harina,
Y una tarja horadada:
Viene el otro delincuente,
Y sácanle á la mañana
A la gineta vestido
De verde y flores de plata;
Y al Zegrí, que con dos asnos
De echar agua no se cansa,
El otro disciplinante
Píntale rompiendo lanzas.
Haze Muza sus buñuelos,
Dice el otro aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza
Cuadrillero de unas cañas.
Los de la santa Hermandad
Por delitos que otros hagan
Os saquen, Samaritanos,
A virotazos el alma.
Dejais un fuerte Bernardo,
Vivo honor de nuestra España,
Asombro de la morisma,
Temor general de Francia:
Dejais un Cid Campeador,
Un Diego Ordoñez de Lara,
Un valiente Arias Gonzalo,
Y un famoso Rodrigo Arias:

Un gran Gonzalo Fernandez,
Lustre y honor de mi Patria,
Y que es tan grande en el nombre,
Como es temida su espada,
Y aquellos héroes famosos,
Dignos de gloriosa fama,
Que eternizó sus memorias
La conquista de Granada.
Celebran chusmas moriscas
Vuestros cantos de cigarra,
Hechos pobres mendigantes
Del Albazin al Alhambra.
Si importa zelar los nombres
Porque lo impiden las causas,
¿Porqué no vais á buscarlos
A las selvas y cabañas,
A las banderas francesas,
O á las legiones Romanas,
A Cartago, ó á Sagunto,
O á la felize Numancia?
Mas no vueles, pluma mia,
Tente que vas desmandada,
Que hazes mal en condenar
Invenzibles ignorancias.

Jorje Pitillas.

Contra los malos escritores.

No mas, no mas callar, ya es imposible:
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, o Lelio amigo,
Pues sabes cuanto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.

Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.
Protesto, que pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras que mil dias ha que apaño
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conozimiento.
He de seguir la senda de los raros,
Que mendigar sufragios de la plebe
Acarrea perjuizios harto caros;
Y ya que otro no chista, ni se mueve,
Quiero yo ser satírico Quijote,
Contra todo escritor follon y aleve.
Guerra declaro á todo monigote,
Y pues sobran justísimos pretestos,
Palo habrá de los pies hasta el cogote.
No me amedrentes, Lelio, con tus gestos,
Que ya he advertido que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.
En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebata,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
¿Quieres que aguante mas la turba ingrata
De tanto necio, idiota y presumido,
Que vende el plomo por preciosa plata?
¿Siempre he de oir no mas? ¿no permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos pëores que he sufrido?
Tambien yo soy al uso literato,
Y sé decir *Rhomboides*, *Turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.

Bien sabes que imprimí unas conclusiones,
Y en famoso teatro argüí rezio,
Fiando mi razon de mis pulmones.
Sabes con cuanto afan busco y aprecio
Un libro de impresion Elzeviriana,
Y le compro, aunque ayune, á todo precio.
Tambien el árbol quise hazer de Diana;
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenia vaso, nitro y gana.
Voy á la Biblioteca, allí procuro
Pedir libros que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro.
Apunto en el papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Segun refiere Wandenlarchk el Romo;
Y allego de noticias un armario,
Que pudieran muy bien, segun su casta,
Aumentar el *Mercurio literario.*
Hablo frances aquello que me basta
Paraque no me entiendan ni yo entienda,
Y á fermentar la castellana pasta.
Y aun por eso me *choca* la leyenda,
En que no *arriva* hallarse en *apanaje*
Bien entendido que al discreto ofenda.
Batir en ruina es célebre *pasaje*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galvan no entienda tal potaje.
¿Qué es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?
¿Que no me crees, dices? ¿que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?
Tienes, Lelio, razon: de este idiotismo
Abomino el ridículo ejerzizio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo.
La práctica de tanto error y vicio
Es empero (segun te la he pintado)
De un moderno escritor sabido ofizió.

Házele la ignorancia mas osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado;
Y si acaso otra pluma mas dichosa
En docto escrito deleitando instruye,
Se le exalta la bilis envidiosa,
Y en fornido volúmen que construye,
Empuñando por pluma un barapalo,
Le acribilla, le abrasa, le destruye.
Ultrajes y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo.
En todo lo demas camina á oscuras,
Y el asunto le olvida, ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.
Su ciencia solo estriba en lo que ofende,
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon ni la busca ni la entiende.
A vezes se prescinde de estas luchas,
Y haze toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy duchas.
No menor ignorancia se reparte
En estas infelizes producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.
Fíjanse en las esquinas cartelones,
Que al poste mas mazizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.
Un título pomposo y alagüeño,
Impreso en un papel azafranado,
Da del libro magnífico diseño.
Atiza la gazeta por su lado,
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspëado.
Caen en la tentacion los animales,
Y aun los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas razionales;

Pero ¡o dolor! mis ojos no lo vean:
Al leer del frontis el renglon postrero,
La esperanza y el gusto ya flaquean.
Marin, *Sanz* ó *Muñoz* son mal agüero,
Porque engendran sus necias ofizinas
Todo libro incivil y chapuzero.
Crezen á cada paso las mohinas,
Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandezes insulsas y mezquinas.
Toda dedicatoria es clausulones
Y vozes de pie y medio, que al Mecenas
Le dan, en vez de inciensos, coscorrones.
Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y Bachiller por Lugo ó por Atenas.
No menos arrogante é inmodesto
Pondera su proyecto abominable,
Y ofreze de otras obras dar un cesto.
Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de ajenos andrajos mal zurzidos
Formas un libro ingerto en porra ó sable;
Y urgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantea,
Nos apestas el alma y los sentidos.
El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber que lea.
No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las vozes
Derelinques la frase castellana.
¿Porqué nos das tormentos tan atrozes?
Habla, bribon, con menos retornelos,
A paso llano y sin vocales cozes.
Habla como han hablado tus abuelos,
Sin hazer profesion de boquilobo
Y en tono que te entienda Ciempozuelos.

Perdona, Lelio, el descortes arrobo,
Que en llegando á este punto, no soy mio,
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.
Déjame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor rio.
Es general locura tan crezida,
Y casi todos hablan cual pudiera
Belloso Geta, ó rústico Numida.
¡Y á estos respeta el Tajo! ¡A estos venera
Manzanares y humilde los adora!
¡O ley del barbarismo agria y severa!
Preguntarásme acaso, Lelio, ahora
Cuales son los implícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.
Yo te daré noticias positivas,
Cuando hable *nominatim* de estos payos,
Y les ponga el pellejo como cribas.
Mas claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.
¿La frente arrugas? ¿tuerzes el hozico?
¿Al *nominatim* hazes arrumacos?
Oyeme dos palabras te suplico.
Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré, que son putos, ni berracos;
Solo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo razional le es muy infesta.
Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cozina
Merezen ser llevados prestamente,
A que Dominga rústica y mohina
Haga de ellos capazes cucuruchos
A la pimienta y á la especia fina.

De este modo han escrito otros mas duchos
Satíricos de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.
En sus versos Lucilio no perdona
Al Cónsul, al plebeyo, al caballero,
Y haze patente el vicio y la persona.
Ni Lelio adusto, ni Escipion severo
Del poeta se ofenden, aunque maje
A Metelo y á Lupo en su mortero.
Cualquiera sabe bien, aunque sea paje,
Que Horacio con su pelo y con su lana
Satiriza el pazguato y el bardaje;
Y entre otros á quien zurra la badana
Por defectos y causas diferentes,
Con Casio el escritor no anduvo rana.
Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto Alpino, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes:
El que pintaba al Rin los aladares
En versos tan malditos y endiablados,
Como pudiera el mismo *Cañizares*.
Persio á todo un Neron tiró bocados,
Y sus concetos saca á la vergüenza
A ser escarnezidos y afrentados.
Juvenal su labor así comienza,
Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
No solo la *Teseida* le es muy dura,
A Télefo y á Oreste espiritado
Tambien á puros golpes los madura.
Con esto á sus autores hunde un lado,
Si á Cluvieno le quiebra una costilla,
Y una pierna á Mathon el Abogado.
Con libertad en fin pura y sencilla
Observa toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.

Y por si temes que me falte asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en bilo.
Cervántes, el divino viajero,
El que se fué al Parnaso piano piano
A cerner escritores con su harnero,
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á Lofraso de la nave al Ponto
Por escritor soez y chabacano.
De Arbolanches descubre el genio tonto,
Nombra á Pedrosa novelero infando,
Y en criticar á entrambos está pronto.
Sigue el *Pastor de Iberia*, autor nefando,
Y el que escribió la *Pícara Justina*,
Capellan lego del contrario bando.
Y si este libro tanto se acrimina,
¿Qué haria si al *Alfonso* áspero y duro
Le pillase esta Musa censorina?
Otros mas con intento casto y puro
Ata de su censura á la fiel rueda,
Y les haze el satírico conjuro,
Aunque implícitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mescolanza,
Cual es Garcilanita ó Timoneda.
Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque como él en versos plazenteros
Intima en el discurso de su andanza:
Cernícalos que son lagartijeros
No esperen de gozar las preeminencias,
Que gozan gabilanes no pecheros.
Cesen ya, Lelio, pues, tus displizencias,
Y á vista de tan nobles ejemplares
Ten los rezelos por impertinencias;
Y escusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ellos los puigares.

Conozco que el finjir me aflije y daña,
Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.
No por eso mi genio liso y franco
Se empléará tan solo en la censura
Del escritor que cree cojo ó manco.
Con igual gusto, con igual lisura
Dará elogios humilde y respetoso
Al que goza en el mundo digna altura;
Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.
Pero ¡ o cuan corto que es el bando ilustre !
¡ Cuan pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi justa crítica se frustre !
Ya ves qué impetüosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre, no á la fama ;
Y así no estrañes, no, que en mis estremos
Me muestre mas sañudo que apazible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
La vista de un mal libro me es terrible,
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.
Dias ha que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso,
Si tú , en tus cobardías siempre fijo ,
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.
De aquí en adelante pienso desquitarme,
Tengo de hablar y caiga el que cayere;
Y en vano es detenerme y predicarme.
Y si acaso tú ú otro me dijere,
Que soy semipagano y corta pala,
Y que este empeño mas persona quiere,

Sabe, Lelio, que en esta cata y cala
La furia que me impele y que me ciega,
Es la que el desempeño mas señala:
Que aunque es mi Musa principiante y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hazer versos.

Don Juan Pablo Forner.

CONTRA LOS VICIOS INTRODUZIDOS EN LA POESIA CASTELLANA.

Este era mi deseo: ser muy sabio,
Llevar mi fama al contrapuesto polo,
Hazer colgar los hombres de mi labio,
Robar el plectro al inflamado Apolo,
Y lograr el renombre de poeta,
Mas brillante que el polvo del Pactolo.
¿A qué tiron la adulacion no inquieta,
De la futura gloria premio vano,
Que al ostinado estudio le sujeta?
La noche apenas al desvelo humano
Brindaba con su paz, y á los mortales
Dulce apartaba del trabajo insano,
Negado al blando sueño los umbrales
Del aposento lóbrego me hallaban,
Do puesto dí á mil nombres inmortales.
Los senos de la tierra descansaban
En un silencio universal sumidos,
Que ni los blandos zéfiros turbaban;
Y yo, en doctas vigilias consumidos
Los momentos de paz, hasta la aurora
Dilataba el trabajo á mis sentidos.
Atónito tal vez con la sonora

Trompa del que no tiene patria cierta,
Me inflamé entre la lumbre que atesora.
Hallábala tal vez en la encubierta,
Si grave usurpacion del Mantüano,
Que al gentil imitar abrió la puerta.

. . . . . .

Cual suele sacudir el fresco Octubre
La lluvia de las hojas que desprende,
Y dellas los desnudos campos cubre,
Que si corre enojado el viento y hiende
La esfera clara, á oscurezerla llega
La innumerable suma que desciende;
No menos abundante el orbe anega
La poética turba que le oprime,
Que á todo trance su furor despliega.
Este canta su amor, aquel le gime:
Trabajos al estado convenientes,
Con que se aumente su poder, y anime.
Tal se calza coturnos eminentes,
Que ofrezen un bufon al gran concurso
Consejero de reyes muy prudentes.
¿Pues qué el que trueca á su escritura el curso,
Y del soberbio zueco se apodera
Para mostrar la pompa en el discurso?
Allí es ver como esgrime y acelera
Su lengua en la oracion regia y altiva
La airada majestad de una ramera.

. . . . . .

¿Dió crédito al aplauso indiferente
Del ofizioso vulgo un Don Faustino,
Que le busca ó le pide ansiosamente?
Basta así: ya su espíritu es divino,
Sus versos lo serán, y aun su luzerna
Ya á la divinidad se abre camino.

. . . . . .

Versos ha de escribir mal que nos pese,
Y mal que pese al arte no habrá caso,
En que su voz no acuda y se atraviese.
¿De algun Señor la esposa pare acaso,
Como acostumbran todas, al noveno?
Al punto sale nuestro Mevio al paso,
Y muy colmado de entusiasmo, y lleno
De sibilino ardor, nos pronostica
Que el niño tiene traza de ser bueno:
Las glorias venideras le publica,
Y si el niño se escapa al otro mundo,
Al fin valió la adulacion que aplica.
¡O negra musa de saber inmundo,
Que va á hazer, por medrar, sus cumplimientos
A las obras de un útero fecundo!
Pero ¿súplenlo, al fin, los pensamientos?
No allí eleccion, no riguroso juizio,
Que castigue los vanos ornamentos;
Creze en los versos lujurioso el vicio
Cual la pompa en la vid de fruto escasa,
Y pródiga del verde desperdicio.

. . . . . .

De aquí aquella abundancia que enarbola
Sobre toda nazion sus estandartes,
En nuestra escena respetada y sola:
Acciones concertadas de cien partes,
Cuya unidad no pasa de mil años,
Segun requieren aprobadas artes.
¿Porqué ofenderá tanto á los estraños,
Que el arte ignoran del exacto Lope,
Nuestra traza en los cómicos engaños?
¿Tan gran pecado es que vea en Jope
Embarcarse una reyna el circunstante,
Y luego luego en Tetüan la tope?
«Señor, que no ha pasado un solo instante.

En el arte son siglos bien contados.
» Horacio lo reprueba. *Es ignorante.*
» ¡O vos, gran Calderon! si mis cansados
» Discursos no tomais acaso á enojo,
» Pues son tanto los vuestros venerados,
» Responded: si en el arte el grande arrojo
» De escribir sin concierto se mantiene,
» ¿Ese arte en qué se funda? *En el antojo.*
» Lacónica respuesta, y que conviene
» Bien con la autoridad de la persona,
» Que asegurada ya su opinion tiene;
» Mas la naturaleza, que pregona
» Sus leyes inviolables, quejaráse,
» Si á su verdad la ejecucion no abona.
Quien tal pronuncia sin comer se pase.
» ¡O oráculo sagrado! yo dijera,
» (Sufrid que á replicaros me propase)
» Que en vez de escribir mal, otro elijiera
» Término á su vivir, pues que el sustento
» No está solo en el fin desa carrera.
El vulgo ha de tener divertimiento:
Es necio, y neciamente se divierte.
» Diviértase en buen hora: es justo intento;
» Pero no ayude yo, cuando pervierte
» La opinion de la Patria, á pervertilla,
» Si escede un tanto á la vulgar mi suerte.
» Fuera de que, si es necia la cuadrilla
» De la plebe infeliz, del sabio el cargo
» Es afear el error que la manzilla:
» No el dar por dulce lo que en sí es amargo,
» Ni aumentar al doliente la dolencia
» Con indulgente, ó con infiel descargo ».
Paso, sus, que no estamos en diziembre,
Ni su zelo es romano, ni él mi esclavo,
Paraque impune las injurias siembre.

¿ Querrá el Don Delicado que al desvelo
Del poético ardor se una la flema,
Que el arte induze, comprimiendo el vuelo?
Pues sepa el ignorante que se estrema,
Dando en el vicio opuesto como tonto,
Que nunca tiene el medio en su poema.
Cuando yo ardiente en mi hipogrífo monto,
Y le hago ir en parejas con el viento,
Aunque pez sin escama, vivo y pronto,
¿ Privaré al auditorio del contento,
De ver cual se despeña una donzella,
Por dar á toda la arte cumplimiento?
¿ Y en donde hay arte como ver aquella
Belleza ir de peñascos en peñascos
Rodando, sin que el golpe la haga mella?
¿ Vestir las lagartijas de damascos,
Y que ocupen el monstruo cristalino
De ochenta naves los pintados cascos?
Desengáñese, y crea que el camino
De acertar á agradar, es el que enseña
Enredo no creible y peregrino.
La imitacion de la verdad no empeña,
Ni es muestra de agudeza en tiempo cuando
La verdad por inútil se desdeña.

. . . . . .

Triunfe, pues, el antojo: al adorado
Teólogo teatral yo respondiera,
Si á mí hubiera su arenga encaminado;
Que si de la enseñanza, que pudiera
Lograrse entre el sabor del regozijo,
Se careze en la cómica quimera,
Se ve por eso, en recompensa, fijo
Mantenerse en el aire un gran palacio,
Fábrica de una maga y escondrijo.
Allí aprende la plebe, si despacio

Los maderos caminan por el viento,
O si con brevedad corren su espacio.
Házese recto así el entendimiento,
Y no hay cómo espresar cuanto se afila
La virtud en lo estraño del portento.
¿Pues qué, si perlas y esmeraldas hila
La estéril abundancia del poeta
En los hechos que finje, ó recopila?
¿O si es parcial de la moderna seta,
Ver cómo *mete en boga* un terminillo,
Que pudiera ilustrar una gazeta?
A *entrar en pormenores* no me humillo,
Ni he gustado jamas de *hazer detalles*:
Mi estilo siempre fué bajo y sencillo.
Dejo el teatro, y en diversas calles
Métome, pues, y paso á conceptista,
Ya á las cúpulas cante, ya á los valles.
Guíame el buen Gracian en la conquista
De este imperio sutil, y pido á Febo
Un ingenio veloz y anatomista.
Préstame sus vestiglos el Erebo,
Y por no dar su nombre á cada cosa,
Será toda metáfora mi cebo.
Tus mejillas ¡o Silvia! serán rosa,
Y rosa que arda sobre helada nieve,
Formando amor union tan prodigiosa.
Si lloras, cantaré que el cielo llueve
Perlas de sus luzeros celestiales,
Que el fuego de mi fe consume y bebe.
Si te peinas, diré que los raudales
De tu castaño golfo surcan bellas
De un eburneo bajel puntas iguales.
Embozarán tus párpados estrellas:
Que aunque no tienen niñas, y es constante
Que escede al deste globo el bulto de ellas,

Diez mil leguas de luz clara y brillante
Bien caben en tu frente peregrina,
Que aun del orbe solar ser puede Atlante.

. . . . . .

¡ O entendimiento, entendimiento humano!
¿ Para esto el gran vigor te es concedido,
Que al Criador inmortal te haze cercano?
Desta causa, no de otra, han procedido
Romances y sonetos á millares,
Plaga que nuestra lengua ha padezido.
Mas, por dicha, ellos son tan singulares
En amor filosófico, que dejan
Incomprensibles siempre sus lugares.
Grande ventura, que al lector aquejan,
Si entenderlos procura, tan de gana,
Que mas sus manos ya no los manejan.

. . . . . .

Tal fin tengan por mí los amorosos,
Ya escolásticas églogas animen,
Ya celebren zagales venturosos.
Me matan dos pastores cuando esgrimen
Dialécticas ternezas, ingiriendo
Suspiros metafísicos que gimen.
Tales los hay, que pintan con horrendo
Estrépito de vozes tempestades,
Que al trágico espantaran mas tremendo.
Cercado de sencillas soledades,
O simple morador de ruda aldea,
Donde aun viven desnudas las verdades,
¿ De quien esa elocuencia que apedrea,
Heredaste entre gruesos alcornoques,
Patria apenas de un ave que gorjea?

. . . . . .

No es por ventura tan molesto el trato
Del que todo lo funda en antiguallas;
Aunque ¿ á quien podrá ser del todo grato?

Porque ¿ qué tengo yo con las murallas
De Tebas , que me obligue en todo trance
A rogar la virtud de levantallas ?
Tántalo ha de salir en cualquier lance
De imposible esperanza , ó devaneo
Que al deseado objeto no dé alcanze.
Mi sueño siempre al cargo de Morfeo :
Gentílico mi nombre , no cristiano ,
Que el parezerlo en verso es caso feo.
Llamarme Mario , porque fué tirano ,
Es caso muy honesto ; ¿ pero Pedro ?
No es nombre de pontífize pagano.
La olivá de Minerva agobia al cedro
Del Líbano , y el hecho es tan donoso ,
Que poco en fama , si lo evito , medro.
¡ O tres y cuatro vezes venturoso ,
Tú , Maron , á quien nunca de Francisco
Usar el bronco nombre fué forzoso !
Títiro el zagal era de tu aprisco
En los campos de Mantua , cuando Roma
Despeñó reyes del tarpeyo risco :
Y el mio será Títiro , aunque coma
Pan castellano y sus cabrillas paste
Cerca del Tajo en estremeña loma.

. . . . . .

O tú , sino mi Pílades , mi Acátes ,
Ya con constancia belerofontea
La diva amistad sube sus quilates.
No por su bella Andrómeda rodea
Sobre el alado bruto de Medusa
El semidios á la serpiente fea
Con tanto ardor , como encendido escusa
Mi pecho tus defectos aragneos ,
Si bien Discordia de su poma usa.
Dios me libre , mi amigo , de rodeos

Tan rancios, cuando hubiere de decirte,
Que tu fe no responde á mis deseos;
Esto, mas que obligar, fuera induzirte
A huir de mí cien leguas asombrado,
Cual de hombre que intenta maldecirte.

. . . . . .

¡ O rebaño servil! ¿ Porqué en mi labio
No sufres la elocuencia de Cratino,
Libre y pronta á cualquiera desagravio?
Si autoriza á algun grave desatino
El nombre de un varon, á quien la fama
Venera en sus aciertos por divino,
El siervo imitador ciego á la llama
Que luze en el acierto, torpemente
Remeda solo el vicio que le infama:
Y esto si acaso imita, porque hay gente,
De quien se dice con loor que imita,
Cuando roba y usurpa abiertamente.
No contrahaze la piedra el que la quita
De otro anillo y al suyo la traslada,
Porque á distinto cerco la remita.
Hubo en cierta ciudad harto nombrada
Un Pintor, cuya mano merezia
Mas al favor, que al gusto, ser buscada.
(Merezen así muchos todavía:
Y si el mundo caduca, segun dicen,
Tal arte de ser hábil no se enfria).
Pues como sus amigos solemnizen
A nuestro gran Pintor, y á todas gentes,
Paraque acudan á su mano, atizen;
Movido de alabanzas tan frecuentes,
Le buscó en su ofizina un hombre grave,
Cuyo rostro era grato á unos ausentes.
Ofrezióle el Pintor en cuanto cabe
La admirable destreza de su mano
Con parola abundante y voz süave.

Le sentó con precepto soberano
De no mover el rostro á alguna parte,
So pena de emplëar su ciencia en vano.
Dijeras que copiaba de Anaxarte
El fabuloso bulto bien diez horas,
Que obrando estuvo el retratista en su arte:
Al cabo de las cuales, con sonoras
Vozes, dando de mano á sus barnizes,
Y echándola á unas hojas cortadoras:
Tened, dijo, señor: vuestras narizes
Cortaré, y pegarélas en mi obra,
Pues no pueden copiarlas mis matizes.
Si así imitais, la habilidad os sobra,
Respondió el retratado: y desnudando
El instrumento que el honor recobra,
Tambien yo sé copiar (añadió, dando
Con él en tierra) como vos, amigo:
Vedlo; y dejó al pobrete vozëando.
Si en esto estriba el retratar, yo digo
Que retratara así de buena gana
Al bando imitador que aquí persigo.

. . . . . .

¡ Sarna de ser autor! si se apodera
Tu prurito de un seso de alcornoque,
¿ Qué novedad de su invencion se espera?
No leerá original, que no provoque
Su furia de escribir, ni obra aplaudida,
A cuya imitacion no se desboque.
¿ Prestó naturaleza con debida
Templanza la viveza al gran Quevedo,
Que al satírico equívoco convida?
La alabanza comun llamó el remedo
De la turba, y cundió el perverso estilo
En tanto grado, cual decir no puedo.
Lo que era gloria en el jocoso filo

De la picante sátira, ó un juego
Que á argumento vulgar debe su hilo,
  Con furor indecible pasó luego
Al teatro, á la lira: hasta las aras
Oyeron en equívocos el ruego.
  Amor, zelos, contentos, prendas claras,
Loores á un vil juguete encomendados
Con cuantas cosas en el mundo hay caras,
  Pusieron en tinieblas los sagrados
Nombres que al Tajo, al Turia, al Manzanares
Cantaron sus dulcísimos cuidados.
  Derribó la ignorancia los altares
De la simple belleza, que esparzia
En triste soledad tristes pesares:
  Y en tanto que en el tráfago se oia
Del tumulto civil la voz hinchada
De una turba infeliz que le aplaudia,
  La belleza á los bosques desterrada,
Cual sombra errante en solitaria selva,
Gritaba su infortunio lastimada.

. . . . . .

  ¡Cuanto vicio ha imitado ó descubierto
La corrupcion en tiempos diferentes
Que en algo se apartaron del acierto!
  Metáforas hinchadas, insolentes
Traslaciones, equívocos, agravios
De las leyes mas simples y prudentes,
  Conceptos que conservan los resabios
De la árabe dialéctica, que aplican
Al de Estagira los flamantes sabios,
  Y cuantos estravíos perjudican
Al doeto poetar, en sus entrañas
Las obras de aquel tiempo multiplican.
  No traman mas sutiles las arañas
Sus telas, que tramaron sus sonetos
Graves coplistas de las dos Españas

Hasta velos claustrales de discretos
Se preciaron, y votos virginales
Cantaron sus amores en cuartetos :::::
¿ Pero á qué efecto renovar los males
Curados ya tal vez? Nos son empero
Dañosas todavía sus señales;
Ellas son, ellas son el asidero
Del maligno estranjero que nos odia,
Tras debernos aplauso el estranjero.
¿ Quien le podrá arrancar la palinodia,
Si para hazerse fuerte en todo caso
Tiene aquellos defectos en custodia?
Tiénelos no menores su Parnaso;
Pero no es el de España, rudo suelo
De quien hazer mencion no quiso el Taso.
Nuestra edad en el ímprobo desvelo
Del estudio no funda las noticias,
Que ilustran y eternizan un cerbelo.
En breve diccionario colecticias
Mil ciencias epilogan el trabajo,
Y son á los Narcisos mas propicias.
Cuanto hay del Gánges al dorado Tajo,
O cuanto desde el Austro á los Triones,
Sabia naturaleza en sí contrajo,
Lo comprende en cortísimas lecciones
Un Don Lindo, que emplea veinte meses
En saber ajustarse los calzones.

Don Leandro Fernandez Moratin.

Leccion poética.

A penas, Fabio, lo que dices creo:
Y aunque tu carta persuadirme intente,
Mas me confunde cuanto mas la leo.

¿ Qué estrella, dí, maligna é inclemente
Así te inclina á dirijir las huellas
Al sacro Pindo y á la aonia fuente,
Que todos los estorbos atropellas,
Y llena de furor la fantasía,
Las Musas buscas á despecho de ellas?
¿ Juzgas que esto que llaman poesía,
Cuyos primores se encarezen tanto,
Es cosa de juguete, ó fruslería?
¿ Que se puede adquirir el númen santo
Del Dios de Delo, sin estudio y arte,
Por conjuro de bruja, ó por encantó?
¡ Ay, Fabio, quien podrá desengañarte!
¿ Quien el hombre será caritativo
Que te concluya, y de tu error te aparte?
No quiero que en el tiempo sucesivo,
Cuando conozcas tu locura, digas
Que no fuí de tus males compasivo.
Y pues tú me comprimes y me obligas
A responderte, escúchame primero
Que el empezado desacierto sigas;
Que aunque sepa gastar un año entero
En convertir tu vena pecadora,
Pues ya lo resolví, proseguir quiero.
¿Dime quien pudo persuadirte ahora
A seguir la carrera comenzada,
Volviendo al mar la nave nadadora?
Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada;
¿ Paraqué proseguistes adelante?
Un arado, una azada, un escardillo
Para tu comprension era bastante.
De coraje te pones amarillo,
Lo sé, y enfurezido me maldices.

¿Pero cómo ha de ser? Yo he de decillo.
Al repetir lo que en tu carta dices,
(Porque la repasé prolijamente,
Y tus borradorcillos infelizes)
¿Si estará el juizio de su calva ausente?
Digo: ¿si me le habrán malefiziado,
Y tendrá una legion que le atormente?
Dices que de los ergos fastidiado,
Sin remedio te metes á poeta,
Y los estudios has abandonado;
Y á modo de libranzas ó receta,
De tu fecundidad prueba me envias
En una y otra suzia papeleta.
¡Lindos asuntos son de poesías,
Sonoros versos, claros y discretos
Los que llegaron á las manos mias!
Los villancicos ví, ví los sonetos
Trilingües, serventesios, retrogrados,
De estravagante erudicion repletos:
Ovillejos con ecos duplicados,
Acrósticos, chambergas, madrigales,
Cúbicos laberintos intrincados.
Yo sé, Fabio, muy bien los cenagales,
Las inmundas cisternas y cloacas
Donde fuiste á beber especies tales.
De ajenos cofres tus adornos sacas,
Copias este y el otro desatino,
Y á tu invencion felize los achacas.
Sigue por donde vas sin luz ni tino,
Haz tus coplitas, y desprecia ufano
La fázil vena de Nason divino;
Porque el famoso cisne mantüano,
Que al fiero son de trompa belicosa
Cantó las armas y el varon troyano,
Accion no celebró maravillosa,

Ni sus obras son tales, que no sea
Poderlas superar factible cosa.
Fabio, tu aplicacion mejor se emplea:
Cosas espero de tu nueva musa,
Que con admiracion el mundo vea.
Pues si la docta imitacion no escusa,
Y el usado carril sigue constante,
Se aumentará su habilidad infusa.
Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero consonante.
¡ Qué romances harás, y qué canciones,
Y qué asuntos tan bellos me prometo,
Que para tus obritas ya dispones!
¡ Qué gracioso ha de estar, y qué discreto
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Ines otro soneto!
Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Cloris, ó Fenisa.
Dila que es nieve, cuando mas te irrite,
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.
Y si tal vez en el afecto escasa
Pronuncia con desden sonoro yelo,
Suceso que cualquier amante pasa,
Dirás que el encendido Mongibelo,
Que en tu pecho inflamaron sus estrellas,
Corusca crepitante, y llega al cielo:
Porque el incendio de sus luzes bellas
El triste hizieron corazon cenizas,
Y el alma yaze sepultada en ellas.
Si su rara belleza solemnizas,
No olvides lazos, redes y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.

Pues si el cabello á celebrar te pones,
Mas que los rayos de Titan hermoso,
¡Qué gracias hallarás! ¡qué perfecciones!
Dila que el alma, ajena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura
En crespa tempestad del oro undoso.
Llama á su frenta engélida llanura,
Corvo luto las cejas, ó süaves
Arcos, que flecha te arrojaron dura.
Cuando sus ojos célicos alabes,
¡Fatal empeño! apura en el asunto
Cuantas locuras métricas ya sabes.
Dí que su cielo, del zenith trasunto,
Dos soles ostentó por darte en-ojos,
Que si se ponen, tú serás difunto.
Y al aumentar tu vida sus despojos,
Se lava el corazon, y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos.
Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre duplicados
Males muriendo, y líquida congoja.
Dí que es pensil su bulto de mezclados
Clavel y azar, y abeja revolante
Tú, que mil tornos das enamorados.
La boca celestial, que forma amante
Relámpagos de risa carmesíes,
Alto asunto al poeta que la cante.
Por celebrarla hará que desvaríes,
Llamándola de amor ponzoña breve,
O madreperla hermosa de rubíes.
Al pecho, amable desazon de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dejó el aleve.
Y dí que venga un literato al uso,
Citando á Horacio y al Estagirita,
Llamándote ridículo y confuso:

Que yo sabré con una y otra cita
Responderle, y que vuelva arrepentido,
Porque siguió carrera tan maldita.
Así tambien hubiéramos venzido
El venusto rigor de esa tirana,
Tigre de rosa y alelí vestido.
Pero supon que fiera y inhumana
Rasgó tus redondillas y canciones,
Y todas las tiró por la ventana.
No importa, así va bien : luego compones
Tres ó cuatro lloronas elegías,
Llenándola de oprobrios y baldones.
No te puedo prestar ningunas mias ;
Pero dos me dará cierto poeta,
Largas, oscuras, sin arreglo y frias.
Dirás que tanto la pasion te aprieta,
Que mueres infeliz y desdeñado :
¡ O violencia de amor dura y secreta !
El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.
Y en lugar de escribir : aquí reposa
Fabio, que se murió de mal de amores,
Culpa de una muchacha desdeñosa,
Detendrás á las ninfas y pastores,
Paraque una razon prolija lean
De todos tus afanes y dolores.
Pero los sabios. que cual tú, desean
Probar su habilidad, no solamente
En un asunto su trabajo emplean.
Olvida, amigo, tu pasion doliente ;
Hartas quejas oyó, que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.
No siempre el alma ha de vivir esclava :
Déjate ya de zelos y rigores,
Y el nuevo empeño que elejiste acaba,

Que ya te ofrezen mil aparadores,
Transformadas las salas en bodega,
Del gran Chiflot los célebres licores.
Suena algazara, cada cual despega
Un frasco y otro, la embriagada gente
Empieza á improvisar, ¿y quien se niega?
¿Qué sirve componer divinamente,
Con largo estudio en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?
Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lieo,
Se espera de tus versos la elegancia.
Mira á Camilo desgreñado y feo
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo,
Cómo alegra el convite, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida.
La quintilla acabó, los vasos llena,
Fiel asistente de licor precioso,
Vuelve á beber y á desatar la vena.
Bomba, bomba, repite el numeroso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pie forzado el bacanal furioso.
¿Y qué tú callarás? Nada te escita
A mostrar de tu musa la afluencia,
Cuando la turba improvisante grita?
¿Temes? No hay que temer: la competencia
No te desmaye, y las profundas tazas,
Amigo, desocupa con frecuencia.
Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas.
¿A qué fin? Con hazer en un instante,
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso, que serán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
O mas duros serán, ó mas perversos?
No porque alguno Píndaro le llama,
Oyendo su incesante tarabilla,
Juzgues que númen superior le inflama.
Los muchachos le siguen en cuadrilla,
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.
Si arrebatarle quieres la corona,
Y hazer que calle, escucha mis ideas,
Verás que nadie su talento abona.
Chocarrero y bufon, si tú deseas
Aplauso popular, debes hazerte,
Verás que así nombre feliz granjeas.
La pluma correrá de aquesta suerte
Con mas facilidad, y sin fatiga
Aquí y allí las necedades vierte.
Así aplaudido entre la turba amiga,
Gente de cascabel y de botarga,
Harás que el vulgo tu dictámen siga.
Con tal autoridad, luego descarga
Restruécanos, equívocos, bajezas,
Y en ellas verterás sátira amarga.
Refranes usarás, y sutilezas
En tus versillos, bufonadas frias,
Y mil profanaciones y torpezas.
Luego esta coleccion de poesías
Al público darás de tomo en tomo,
Que ansioso comprará lo que le envias;
Porque el ingenio mas inculto y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Jerómo.
Todo lo venderás cual ello sea,
Sin temer que en tus versos el tendero
Empapele dizfrau y alcarabea;

Con esta maña, Fabio, considere
Que de una en otra gente gloriöso,
Serás de nuestros sabios el primero.
Aquel, dirán, aquel es el gracioso
Autor, qne celebró las mataduras
De un borrico decrépito y sarnoso,
De un pescuezo las gálicas honduras,
Y á una inmensa nariz dió cantaleta,
Citando las divinas escrituras.
¡ Por Dios que he descubierto linda treta!
¡ Feliz hallazgo, amigo! te confieso
Que me dan ganas ya de ser poeta;
Que escuchar alabanzas en esceso
Anima los espíritus mas frios,
Con esperanza de feliz suceso,
Y yo para escribir aun tengo bríos
A pesar de la nieve de mi frente,
Y de los fatigados años mios.
Mas oye mientras abrazar intente
Este destino, y la apagada idea
Con apolínea llama se caliente.
Si tu librillo oscurezer desea
Al venusino lírico famoso,
Con quien un literato me marea,
No con dudosa planta, temeroso
Sigas su estilo débil y rampante,
Por mas que te parezca sentencioso.
Canta con alto verso y elegante
De las deidades chistes celebrados,
Sin perdonar la gloria del Tonante.
Pinta en Fenizia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus donzellas
Los nitidos cabellos destrenzados;
« Que dando flores al abril sus huellas,
La orilla, que de líquido circunda
Argento Doris, van pisando bellas;

Al motor de la máquina rotunda ,
Que enamorado paze entre el armento
La yerba de que opaca selva abunda.
La Ninfa al verle , ajena de espavento ,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin rezelar lascivo tradimento.
Ya los recibe el mar , la Vírgen treme,
Y al juvenco los álgidos , undosos
Piélagos , haze duro amor que reme.
Ella, los astros ámbos lacrimosos
Reciprocando aspectos cintilantes,
Prorumpe en ululatos dolorosos ,
Cuyas quejas en torno redundantes ,
De flébiles ancilas repetidas ,
Los antros duplicaron circunstantes.
Mas Creta ofreze playas estendidas ,
Prónuba al dulce amplexo apetezido ,
Pudicicias inermes ya venzidas.
Huye gozoso amor , y agradezido
Jove fecunda sóbole promete,
Que imperio ha de rejir muy estendido.
Apolo , antojadizo mozalvete ,
Asunto digno de tu canto sea ,
Cuando tras Dafne intrépido arremete.
La locura tambien taetontea
Describirás, y el piélago combusto ,
Que en flagrantes ardores centellea.
¡ O cómo gruñirás , censor adusto ,
Al notar de estas obras los primores ,
La eleccion bella , el delicado gusto !
El ver llamar estrellas á las flores ,
Líquido plectro á la pequeña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores.
Vegetable esmeralda floreziente
Al verde valle , y al undoso rio
Sierpe sonora de cristal luziente.

Pero tú, que estudioso, alumno mio,
A despreciar á todos aprendiste
Con aire magistral y con desvío,
No quedes, Fabio, rezeloso y triste
Al escuchar las sátiras atrozes,
Cuyo tropel descomunal te embiste.
Haz lo que cierto amigo que conozes,
Que oyendo censurar su poesía
Por todas partes con estruendo y vozes,
Tranquilo se mantiene todavía,
Imaginando que mejor poeta
Ni tuvo, ni tendrá la Patria mia.
Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides la admirable historia,
Tanta nazion á su valor sujeta.
Tu heroico verso aumentará su gloria,
Del Ebro al Gánges volarán sus hechos,
Dignos de ilustre y inmortal memoria.
Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Venzidos sus estorbos y deshechos.
Y el númen lleno de furor sagrado:
« Canto, dirás, al héroe furibundo
» En dominar imperios enseñado,
» Que dando ley al báratro profundo,
» Su fuerte brazo sujetó invenzible
» La dilatada redondez del mundo. »
Principio tan altísono y horrible,
Proposicion tan grande y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.
No como aquel que dijo: « canta Diosa,
» La cólera de Aquíles de Peleo,
» A infinitos Aquivos dolorosa. »
Porque el estilo culto y giganteo,
Dejando á los lectores atronados,
Causa veneracion, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados
De doctas plumas admirablemente;
Escoje, que los dos son estremados.
Sigue la historia religiosamente,
Y conoziendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.
No finjas, no, que es grande picardía,
Refiere sin doblez lo que ha pasado
Con nimiedad escrupulosa y pia;
Y en todo cuanto escribas, ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas,
Que así lo debe hazer un hombre honrado.
Si el canto frigidísimo rematas,
Despediráste del lector prudente
Con espresiones de cariño gratas,
Paraque de tu agrado se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso
De canto en canto, el mísero paciente.
Pero no juzgues, Fabio, que por eso
Correrá sin censuras tu poema;
Críticas llevará, zurra y proceso.
Decidirán con gravedad suprema
Mil eruditos, siempre avinagrados
Contra tus obras por costumbre y tema.
Dirán que los sucesos adornados
Con episodios y ficcion divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.
Que es una historia insípida y mezquina,
Sin locucion, sin fábula, sin arte,
Que el menos entendido la abomina.
Pero yo sé un ardid para vengarte,
Dejándolos á todos confundidos;
Oye, que el nuevo plan voy á esplicarte.
Despues que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies ecos ciertos, ó finjidos,

Exagera el volcan que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente,
Y invoca á una deidad tu protectora.
Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda inventar tu fantasía,
En concebir delirios escelente:
Inmensa erudicion, filosofía,
Náutica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitología.
Referirás la universal historia,
(Y en esto, amigo, no andarás escaso)
Fatigando al lector vista y memoria.
Batallas pintarás á cada paso
Entre despechadísimos guerreros,
Que jamas de la vida hizieron caso.
Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros:
Desaforadas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellísimas errantes.
A espuertas verterás, á carretadas,
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.
¡O cómo espero que mi alumno amado
Ha de mostrar el singular talento,
Febo, que á tu pesar ha cultivado!
¡Cuanta aventura y cuanto encantamento,
Cuantos enamorados campëones,
Cuanto jardin y alcázar opulento!
Pondrás los episodios á millones,
Y el héroe miserable no pareze,
Que no le encontrarán ni con hurones.
¿Pero cómo ha de ser, si le aconteze
Que un mago en una nube le arrebata,
Y con él por los aires despareze?

En un valle oscurísimo remata
El viejo endemoniado su carrera,
Y al huésped que llevó, festejar trata.
Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.
¡ Cuanta vasija y unto preparado
Tiene! Cuanto ingrediente venenoso,
Que al triste que lo ve deja admirado!
Allí le enseña en un artifizióso
Cristal la descendencia dilatada,
Que su nombre eternize glorïoso;
Y mira una ficcion muy adecuada,
Pues aunque en ningun modo convenia,
Por ser cosa comun y dislocada,
Consigues con tan rara fechoría
El linaje ensalzar de tu Mecenas,
Que no te faltará por vida mia.
Y si tales hazañas son ajenas
De su alcurnia, ¿ qué importa? Si conviene,
Con Héctor el troyano la encadenas.
Porque un poeta facultades tiene
Sin límite ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.
Pero ya me pareze que estoy viendo
Sobre un carro de fuego remontados
Los dos amigos, que se van huyendo,
¡ Válame Dios! y que regozijados
Gentes, ciudades, reynos populosos
Araviesan, y climas ignorados:
De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar que hinchado se alborota,
Montes nevados, prados olorosos.
De la septentrional playa remota
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio encantador registra y nota.

Vuelve despues donde la ardiente llama
Del sol se apaga entre las ondas frias,
Dándole Tetis hospedaje y cama.
Siguen sus admirables correrías,
Y al huésped volador se haze patente
Cuanto de Europa, Océano, desvías.
Mas ya el piloto muda hácia el oriente
El rumbo, y á los senos de la aurora
Los lleva el carro apresuradamente....
Pero de un criticon me acuerdo ahora
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte yel su lengua detractora.
¡ Cual se enfureze el picaron, bergante,
Con estas invenciones prodigiosas!
Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.
¡ Qué de improperios dice, qué de cosas,
Maldiciendo al autor y á su poema
Con mil imprecaciones horrorosas!
No quiere que haya encantos; linda tema!
Ni gigantes, ni estatuas habladoras,
Y al libro en que lo halló deshaze y quema.
Si al héroe por acaso le enamoras
De una beldad que yaze encastillada,
Guardándola un dragon á todas horas,
Y el caballero de una cuchillada
El escamoso culebron degüella,
Mi critico infernal luego se enfada.
Ni hay que decirle que la tal donzella
Es hermana del sabio Malambruno,
El cual su donzellez así atropella:
Que á dura cárcel, soledad y ayuno
Por solo un chismezillo la destina,
Sin que sepa sus lástimas ninguno;
Porque al punto sin freno desatina,
Como Basilio, cuando hazer pensaba
Sonetos en idioma de la China.

Luego alzando la faz sañuda y brava,
Vuelve feroz los ojos sanguinosos,
Y empieza á blasfemar, y tarde acaba.
Dize: ¡ siglo feliz, tiempos dichosos,
Cuando se vió la sacra poesía
Seguida de varones estudiosos!
Sabia naturaleza, tú su guia
Fuiste, y del arte siempre acompañada,
Tu union útiles frutos produzia;
Mas la imaginacion desordenada,
La falta de instruccion la ambicion suma
De oscurezer la antigüedad sagrada,
Hizieron que el mas bárbaro presuma
De docto, y despreciadas las discretas
Reglas, corrió sin límites la pluma.
De aquí nazieron diferentes setas,
Y inundó las llanuras de Helicona
El tropel espantoso de poetas.
Cada cual aspirando á la corona,
Faltándole principios y talento,
A nuevas invenciones se abandona.
Uno, siguiendo el desgraciado intento,
Usa bárbaras vozes y latinas,
Que al idioma español une contento:
Otro, elijiendo frases peregrinas,
Florido estilo busca y relumbrante:
Todo es humo, si atento lo examinas.
Otro, culto, frenético, ignorante,
Metáforas azina: otro menguado
Sujeta la razon al consonante:
Otro, en las reglas ya muy enterado,
Falto de númen, da composiciones
De estilo frígidísimo y pesado,
Busca por todas partes ocasiones
De molestar al necio, al erudito,
Con sus desatinadas invenciones.

Al que una vez cojió, con alto grito
Una tragicomedia le relata,
Y un poema que tiene medio escrito.
Si huyendo no se libra, le arrebata:
A su estudio fatal luego le lleva,
En donde nuevamente le maltrata,
Porque echando cerrojos y falleba,
Veinte cantos repite fervoroso,
Que el oyente de miedo los aprueba.
En las comparaciones abundoso,
Pródigo en epitetos, imitando
A algun autor que él tiene por famoso,
Al infeliz le está mortificando,
Y cuarenta mil versos le recita,
Que va sin direccion ámontonando.
¡ Abundancia fatal, vena maldita!
Dice mi criticon, que impetüosa,
Cual violento raudal se precipita.
El gusto y la razon la prodigiosa
Fecundidad moderen, que sin esto
Jamas se acertará ninguna cosa.
Mi Patria llora el ejemplar funesto:
Su teatro en errores sepultado,
A la naturaleza, al arte opuesto,
Muestra cuanto corrompe el estragado
Gusto, que ciego hácia el error inclina,
De la sabia eleccion abandonado.
Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
La hispana Musa, y despreció arrogante
La humilde sencillez griega y latina.
Dió á la comedia estilo retumbante,
Hinchado, crespo, figurado y culto,
De la debida propiedad distante.
Fué tratado de bárbaro y inculto
El que la errada senda no seguia,
Y á los siglos quedó su nombre oculto.

Cada cual del acierto se desvía,
Desdeñando el coturno sofocleo,
Y el ajustado zueco de Talía.
El vicio vil, abominable y feo
Vieron á la virtud ser preferido,
Y en el drama logró feliz empleo.
Desterróse el honor, el abatido
Vulgo vió retratadas sus acciones,
Y en ellas su carácter aplaudido.
Y en vez de correjirse las pasiones,
En tono alegre y máscara festiva,
Con fábulas y honestas invenciones,
El fuego ardiente del amor se aviva,
La venganza cruel, el aparente
Pudor se premia, y la maldad nociva.
¿Quien allí formará debidamente
De la santa virtud sólida idea,
Si el drama que escuchó se la desmiente?
¡Y qué! ¿yo he de callar? ¿Quieren que vea
Tantos yerros y tanto desatino?
No, no ha de ser, mi voz no lisonjea.
¿Yo he de dar alabanzas á Rufino,
Que compuso los dramas á dozenas,
Porque para medrar así convino?
¿No me podré burlar de sus escenas?
¿Las celebraré yo? ¿Pero qué importa,
Si dice la razon que no son buenas?
Ello ha de ser, mi condicion me exorta
A no sufrir jamas al ignorante,
Ni las composiciones que él aborta.
Y aunque el horrendo titulon espante,
Sus comedias son todas desaciertos,
Como sueños de enfermo delirante.
¿Que es ver saltar entre azinados muertos,
Haziendo el foro campo de batalla,
A un capitan enderezando tuertos?

¿Qué es ver cubierta del azero y malla,
Blandir el asta una muger guerrera,
Y hazes estragos en la infiel canalla?
A cada instante hay duelos y quimera,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera.
Descocadas princesas, atrevidos
Enamorados, ronda, galanteo,
Jardin, escala y zelos repetidos.
Esclava fiel, astuta en el empleo
De ávivar la pasion mas delincuente,
Y conduzir amantes al careo.
Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algun bufon pesado y insolente;
Y aunque son de su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.
Allí se ven nuestros abuelos godos,
Sus costumbres y heroica bizarría
Desfiguradas de diversos modos.
Todo es jactancia y necia valentía,
Todos jaques, ninguno caballero,
Como mi Patria los miró algun dia.
No es mas que un mentecato pendenciero
El gran Cortes, y el hijo de Jimena
Un baladron de charpas y jifero.
¿Mas quien podrá sufrir sobre la escena
Tal desarreglo, tal descompostura,
Y tanta impropiedad de que está llena?
Es una historia cada accion, y dura
Años, siglos, y Celio el ignorante
Celebra tan graciosa travesura.
Ya se apareze una ciudad distante,
Suena un silbido, y se descubre al punto
El retrete de un sabio nigromante.

Luego se muestra amontonado y junto,
(Así lo quiere mágico embolismo)
Dublin y las murallas de Sagunto.
¿Pero qué mucho, si en el drama mismo
Se ven patentes las eternas penas,
Y el ignorado seno del abismo?
Las llamas el horror de las cadenas,
El triste son del mísero lamento,
En las estancias de dolores llenas.
¡O qué abominacion! dice el sangriento
Censor injusto, y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.
Ya te miro reir á carcajadas,
Y yo quiero tambien burlarme un rato
Al escuchar tan fieras patochadas.
¿Qué te han hecho, perverso literato,
Qué te han hecho, malsin, tales bellezas
Que á sus autores das indigno trato?
¿En lo mas perfectísimo tropiezas?
Pues dí, bellaco ¿cuantas has notado,
No son perfectas y acabadas piezas?
¿Aquello de salir sobre el tablado
El mismo Luzifer, no es linda cosa?
Y mas si algun caiman le há vomitado,
¿Que en lenguaje de oscura quisicosa
Habla al mundo, á la culpa, á la malicia,
Y habla tal vez con una mariposa?
¿Es poco ver salir á la justicia
Con su balanza y llena de girones
La pobreza, con cara de tiricia?
¿Es poco aquellas luengas relaciones,
De verso rimbombante y ampuloso,
Lleno de mil remotas alusiones?
El rudo vulgo admira silencioso
Tan lindo estilo, y aunque no lo entiende,
Elegante lo llama y misterioso.

Tampoco algun pedante que pretende
A Pindaro tratar, y al grande Homero,
Ni vocablo en sus obras comprende;
Y no ostante, le veis ceñudo y fiero
Motejar sus aciertos de simplezas,
Sin que nadie le trate de embustero.
Pero tú, Fabio, que á pisar empiezas
La falda al Pindo, si á agradar aspiras,
Evitando preceptos y asperezas,
Los que repasas sin cesar y admiras
Sabios autores, te serán modelo,
Te llevarán al término á que aspiras.
Llena de sus primores el cervelo,
Sobre los libros te ha de hallar la aurora,
Que algo resultará de este desvelo,
Porque tu pluma, fiel imitadora,
Ha de copiar cuanto los otros digan,
Como un autor novel que no enamora.
Tus dramas he de hazer que así consigan
Fama, á pesar de cuatro mentecatos,
Que en ser originales se fatigan.
Mas he de hazer: los deliciosos ratos
Que te visite el Apolineo coro,
No los has de vender nada baratos;
Pues aunque la opinion vulgar no ignoro
De que Febo corona los poetas
De laúro, pero no de perlas y oro,
Tus obras mas disformes é imperfetas
Llenarán de amarillos patacones
Tus desollados cofres y gabetas.
Sí, Fabio: las obrillas que dispones
Hemos de despachar todas al peso,
Y algo me tocará por mis lecciones.
Tu vena redundante hasta el esceso,
Que no conoze regla ni camino,
Es lo que se requiere para eso.

Y así, pues elejiste tal destino,
Haz comedias sin número, te ruego,
Azinando uno y otro desatino.
Escribe dos, y luego siete, y luego
Concluye quinze, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no des sosiego.
Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia, y casos prodigiosos,
Que así el humano corazon se mueve.
Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegon y Etonte: salga Citerea
A cantar cuatro versos enfadosos.
Diversa accion cada jornada sea,
Con su galan, su dama y un criado,
Que en dislates insípidos se emplea.
Echa vanos escrúpulos á un lado,
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.
Y si á agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando horrendas carcajadas,
El te celebre cuando tú deliras,
Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas,
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.
Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encantamentos,
Y salgan los diablillos á dozenas.
Aquí un palacio vuele por los vientos,
Allí una vieja se convierta en rana,
Todo asombro ha de ser, todo portentos.
De la historia oriental, griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.
Héctor, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Aníbal, con su jefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.

Verás qué diversion, verás qué gusto
Es ver llorar de Fátima el desvío
Al fiero Muza, ó á Tarif robusto,
Que ciegos de amoroso desvarío,
La llaman en octavas y tercetos
Mi bien, mi dulce amor, encanto mio.
Tus galanes serán todos discretos,
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.
¡Qué goso verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque?* Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.
Ni escojas lo moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudes,
Que allí todo se pasa y se consiente.
Todo se desfigura, no lo dudes,
Allí es heróicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes;
Y aquello que Prudencio te decia,
De que el pudor se ofende y el recato....
¿Pero qué? Si es aquella su manía.
Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete,
Con lo de infiel, traidor, necio y ingrato.
La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores,
Preciado cada cual de matasiete.
Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardin vecino,
Y encuentra allí peligros no menores.
El padre, oyendo cuchilladas, vino,
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que se le previno.
Pero un primo fanático y zeloso,
Lo vuelve á trabucar de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera;
La dama escoje el suyo, y la segunda
Se casa de rondon con un cualquiera.
¡O vena sin igual, rara y fecunda
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!
Esto debes hazer, esto se estila,
Y váyase Terencio noramala,
Con Baquis, Menedemo y Antifila:
Váyase, digo, que á la pompa y gala,
Y á la graciosidad de que están llenas
Nuestras comedias, su saber no iguala.
Marco el actor publica que son buenas,
Y que lo pueden ser de cualquier modo
Sin guardar unidades ni dezenas,
Luego te dije la verdad en todo:
Luego debes al punto disponerte,
Y meter en la masa mano y codo.
Fabio, sigue adelante, que la suerte
Tal vez apadrinó los desatinos,
Y benigna querrá favorezerte.
A la vista te puse los caminos,
Por donde celestial serás un dia,
Y los ejemplos te mostré divinos.
Ya ves que desprecié la cobardía
De preceptistas, que presumen tanto
Saber la verdadera poesía.
Yo dí los tonos á tu dulce canto:
Eras un animal, ya eres poeta;
Tal es de mis razones el encanto.
La cítara sonante, la trompeta
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,
Te alzarán á la cumbre de Helicona;
Donde mas altamente es adorado

El hijo rubicundo de Latona.
  Claudio, laberintista celebrado,
Y el inventor de follas Aquilino,
Por la senda que vas han caminado.
  Y todo lo demas es desatino,
A pesar de un pedante fastidioso,
Que á Petrarca inmortal llama y divino.
  Sigue, yo te dirijo, y estudioso
Mi inimitable erudicion respeta,
Que por ella serás siempre famoso.
  Pues aunque yo por aversion secreta
Jamas pude cazar un consonante,
Ni supe rematar una cuarteta,
  No importa, no, paraque yo levante
La voz, y ejerza magistral empleo
Sobre todo coplero principiante;
  Que ya miro en el monte pegaseo.
Las nueve Donzellitas holgazanas
Darte coronas del laurel febeo.
  Mas cuando de sus manos soberanas
Logres tan alto premio, ten sabido,
Fabio, á quien debes el honor que ganas,
Y agradézelo á mí que te he instruido.

LIBRO SEPTIMO.

POESIA DIDACTICA.

Quid deceat, quid non; quò virtus, quò ferat error.

FABULAS Y APOLOGOS.

Montalban.

La Paloma Viuda.

Estando mirando un dia
Recrearse una Paloma,
Que á su consorte marido,
Cuando el sol los campos dora,
Con mil géneros de arrullos
El pico daba amorosa,
Ví que un gavilan hambriento
Con agudas alas corta
El aire desde una encina,
Y estando mas cerca, roba
De los dos, al triste esposo,
Llevándole entre las corbas
Uñas al árbol primero,
Donde con furia rabiosa
Se lo comió sin trincharle,
Llena de plumas la boca.

Y volviéndome á la viuda,
Ví que aflijida y llorosa,
Dando vueltas y escarbando
Con los pies la verde alfombra,
Pareze que á la fortuna
Se queja de afectüosa.
. . . . . .
Era entre todas, Señor,
Si bien de una especie todas,
Esta mas blanca de pluma,
Y mas jarifa de pompa.
Por lo cual otros amantes,
Contentos de verla sola,
En vez de pésame y luto,
La cercan y la enamoran.
Cual una pluma le quita,
Cual la alaga y la retoza,
Cual galan se contonea,
Cual la arrulla y cual la ronda,
Y cual los granos de trigo
Le lleva paraque coma,
Que hay tambien aves discretas,
Y saben que el dar importa.
En fin, aunque se defiende,
Y aunque la pena la ahoga,
La necesidad la obliga,
(¡Tanto este monstruo ocasiona!)
A que el tálamo de pajas
Pise, de otro amante novia.
Esto ví, Señor, un dia,
Y revolviendo en mis cosas,
Confuso y turbado dije
A mi cobarde memoria:
Leonor es muger y pobre,
Muy querida y muy hermosa;
El mundo fuerte enemigo,

Ausente yo, y ella sola.
Pues ¿qué sé yo si Leonor
Haze como la Paloma,
Y da lugar en el nido
A quien el trigo le arroja?

El Alcalde y su Compadre.

Tenia un lindo borrico
Para sus necesidades
Cierto Alcalde; y como un dia
Un su compadre llegase
A pedírsele prestado,
Dijo que en el monte estaba;
Pero como rebuznase
El borrico á esta sazon,
Dijo el otro: ¿veis, compadre,
Como el borrico está en casa,
Y que vos os engañasteis?
A lo cual muy enojado
El Alcalde, sin turbarse
Le respondió: no está tal,
Y miente quien lo pensare,
Que aunque el borrico lo dice
Con suspiros desiguales,
Yo digo aquí lo contrario:
Y es muy mal visto que nadie
Mas crédito quiera dar
A un borrico, que á un Alcalde,
Siendo yo un hombre de bien,
Y el burro un pécora campi.

Tres Ingenios.

El Hechizado por gusto.

En cierta parte del mundo,
Que aquí no importa la parte,

Hubo una grande hechizera,
Que volvia en animales
Diferentes á los hombres.
A unos hazia elefantes,
A otros gatos, á otros perros,
A otros tigres muy galanes,
Y á otros torpes lechones:
Enfin, cuanto en la nadante
Arca de Noé entró
Tenia ella en dos corrales.
Llegó un hombre, que sabia
El contra hechizo, al paraje
En que estaba, y empezó
Con desenfado galante
A ir desencantando hombres,
Que á sus formas naturales
Volvian, dando mil brincos
Del contento de librarse.
Llegó á uno, á quien la forma
De cochino abominable
Cubria, y hazia gran fuerza
con conjuros y ademanes
Por desencantarle; mas
Porque no le desencanten,
Lo que hazia era gruñir,
Andar házia atras, y darle.
El tal desencantador
Se mataba por librarle;
Mas el maldito lechon
Le dijo haziendo visajes:
Yo gusto de ser cochino;
Vuesa merced no se canse.

El Cazador y los Perros.

. . . . Cierto Hidalgo
Que salió á cazar un dia,

Era muy afizionado
Al campo; pero muy poco
Inteligente del campo.
No salió liebre ninguna,
Y él por ver correr los galgos,
Como que á alguna seguian
Arremetia al caballo,
Diciendo: ah perros ¡á ella!
Corrian como unos gamos,
Y sin liebre se volvian
Entre sí refunfuñando.
Una á la tarde salió,
Despues de estar muy cansados
Los perros; él dijo: ¡á ella!
Y ellos que añadian lacios
Al refran del viejo perro
El del escaldado gato,
La dejaron ir. El hombre
Decia muy apurado:
Perros, voto á Dios que es liebre,
Juro á Dios que no os engaño;
Pero ellos no lo creyeron,
Por mas que se lo juraron;
Que es la verdad sospechosa,
En quien miente de ordinario.

El Médico Alcalde.

En un lugar (claro está
Que no era en dos) elijieron
Al Médico por Alcalde,
Como hombre de entendimiento.
Sucedió que el mismo dia
A visitar fué á un enfermo,
El cual sobre una mozuela
Le habia dado unos zelos.

Tomóle el pulso muy grave,
Y mandó luego al momento
Que le echasen una ayuda;
A que replicó resuelto
El enfermo: no hagan tal,
Señores, porque primero
Yo me dejaré morir
Que permitir tal esceso.
Como el Médico era Alcalde,
Vió la suya, y dijo recto:
Pena de veinte ducados,
Mando que tome el remedio.

D. Juan de Matos Fragoso.

La Vieja heredera.

Tenia una santa Vieja
En su compañía un nieto,
A quien grande amor tenia.
Sucedió que cierto deudo
Murió dejando á los dos
Por únicos herederos,
Y que en los dos se partiesen
Las alajas por entero.
Quedóse de nones un
San Miguel de marfil bello,
Con un demonio á los pies
De oro mazizo; y queriendo
Repartir aquella alaja
Los albazeas, plañendo
Dijo la Vieja: Señores,
Yo con lo peor me contento;
Quede conmigo el demonio,
Y lleve el ángel mi nieto.

Así son todas, porque
No hay muger en estos tiempos
Que no deje el ángel pobre,
Y no élija el rico feo.

D. Juan Ruiz de Alarcon.

El Leon y la Oveja.

Al tribunal del Lëon
Llegó la Oveja á pedir
Justicia de un carnizero
Lobo, que un hijo le habia
Muerto de dos que tenia;
Y con el otro cordero
Que vivo quedó, postrada
Por dalle mas compasion,
Ante los pies del Lëon
Calló un rato, ó bien turbada,
O bien por encarezer
De esta suerte de su mal
El estremo, que es señal
De gran pena enmudezer.
Estaba hambriento el Lëon,
Y como calló la Oveja,
O no previno su queja,
O no quisó su intencion
Entender. Hízose el bobo,
Y finjiendo que pensaba
Que el cordero le endonaba,
Hizo lo mismo que el Lobo.
La Oveja con agonía
Balando, empezó al momento
A declaralle el intento
Con que allí venido habia;

Mas él dijo : no negaras.
Tanto la voz á los labios;
Si era contar tus agravios
Tu fin, al punto empezaras,
Hablando, á informarme dellos,
Que en esto de corazones,
Sabemos mas Lëones
De comellos que entendellos.

Iglesias.

La Verdad vestida.

Amable un tiempo, cuando Dios queria,
Reynando la verdad con cetro de oro
Rijió del orbe la ancha monarquía.
Con ella, siendo en púdico decoro
Fiel esposa del claro Entendimiento,
Gozaba el mundo su mayor tesoro.
Era aquel siglo de malicia esento;
Pero al fin corrompida la inocencia,
Vaciló de Verdad el firme asiento.
Del Fraude en esto, y pérfida Insolencia
La Mentira nazió, vil seductora,
De inicuo pecho y hórrida presencia.
Su baja cuna conozió en la hora,
Y su deformidad, que aborrezida
La habia de hazer en cuanto Febo dora.
De su malicia natural movida,
Su voz mintió, su aspecto y sus acciones,
Con un disfraz de máscara florida.
Con cebo de deleite y falsos dones,
En sus caprichos altanera y varia,
Comenzó á seduzir los corazones.
Siendo de la Verdad atroz contraria,

Intentó derribarla de su trono,
Y hazerla de sus artes tributaria.
Para saciar el hipo de su encono,
Increible es cuan falsa y cuan artera
Doró sus vozes y enmeló su tono.
Comenzó á lastimarse de que fuera
Tan necia la Verdad, tan desabrida,
Cuan falta de política y grosera;
Al tiempo que en mentir ella instruida,
Se vendió por discreta, cortesana,
Apazible, bizarra y bien nazida.
Insinuóse atractiva la tirana,
Con afeites y ornato subrepticio,
Aunque horrible de aspecto é inhumana,
Y adulando sus crímenes al Vicio,
Poderoso en la tierra y arraigado,
Un vulgo inmenso á sí trajo propicio.
Con su favor logró que de su estado
La Verdad santa fuese derrocada,
Su imperio por la vil tiranizado.
Viéndose la Verdad menospreciada,
Espulsa, sin favor, y perseguida,
Desde entónces de todos mal mirada,
Mendigando el sustento y la bebida,
Fué á parar á la choza de un desierto
De mal seguros troncos construida,
Y un mozo al lado halló vivo y esperto,
Apto para volar, mas aherrojado,
Y de unas ropas míseras cubierto.
Reconozióla el preso, y lastimado
De ver á la Verdad errar mendiga,
Dolióse de ella aun mas que de su estado.
Contóle ella su pérdida y fatiga,
Y su abandono en fin, cuando el manzebo
« ¡Ay dolor! (esclamó) ¡Verdad amiga!

No me cojen tus lástimas de nuevo,
Que aunque el Ingenio soy de alas dotado,
A salir de esta estancia no me atrevo.
Pero aunque en estos grillos amarrado
Me tenga el Disfavor, préstame oido,
Pues mi industria á ninguno le he negado.
Sabe que no hay manjar mas desabrido
En un tiempo en que nadie ya te ayuda,
Que un desengaño á secas ofrezido.
¿Qué dije desabrido? mi voz ruda
Anduvo: no hay bocado mas amargo
Que proferir una verdad desnuda.
Asi, Verdad incauta, sin embargo
Que dar el desengaño abiertamente
En la dorada edad tuviste á cargo,
Hoy, si hiere la luz derechamente,
A los ojos del lince causa daños,
Cuanto mas á la flaca y mortal gente.
Por esto la esperiencia halló, y los años,
El arte de dar de oro á las verdades,
Y en almíbar bañar los desengaños.
Vivimos la pëor de las edades,
En que es vilipendiada la inocencia
Por falta de artifizio y novedades.
Empero si hallo en tí condescendencia
Y estimas mis sutiles invenciones,
Por tu estimacion misma y conveniencia,
Volverás á tu estado y posesiones;
Serás como un oráculo buscada,
Y gran reformadora de varones.
Deja de hoy mas de andar desaliñada,
Cual niño sin doblez, pues de falaces
Mofadores la tierra ves poblada;
Y puesto que política te hazes,
La máscara te pon de la Mentira,
Y viste del Engaño los disfrazes.

En su mismo artifizio pon la mira,
Sin perdonar parábola ó emblema,
Cuando á ocultar tu desnudez conspira.
Usa de la ficcion, valte de un tema,
Tal vez estravagante, y su rodeo
Te hará venzer con docta estratagema.
Así la travesura y el floreo
De tu invencion verás que nadie escusa,
Y vuelves á alcanzar tu antiguo empleo».
Abrió los ojos la Verdad confusa:
Aquella vez no fué al Ingenio terca,
Y empezó á acomodarse á lo que se usa.
Ya á vista de ojos con ninguno alterca:
En lo pasado lo que pasa inquiere,
Y pinta lejos lo que está muy cerca.
Propone en un sujeto lo que quiere
En otro condenar: en este apunta,
Y al otro el golpe da sin que lo espere.
Sus flechas las enmiela ó las despunta,
Para engañar mejor cualquier afecto,
Y como quiere los desparte ó junta.
Así que, por un círculo perfecto,
Sagaz siempre á parar al blanco viene
De su intencion, que siempre fué el mas recto;
Y tal honor por su ficcion obtiene
La Verdad, que no solo en los poetas
Profanos su disfraz cabida tiene,
Mas tambien en el Dios de los profetas.

D. Féliz Maria Samaniego.

La Codorniz.

Presa en estrecho lazo
La Codorniz sencilla,

Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.
¡Ay de mí miserable,
Infeliz avecilla
Que ántes cantaba libre,
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias;
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
Por un grano de trigo
¡O cara golosina!
¡El apetito ciego
A cuantos precipita,
Que por lograr un nada
Un todo sacrifican!

La Lechera.

Llevaba en la cabeza
Una Lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetezia
Mas compañía que su pensamiento,
Que alegre le ofrezia
Inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decia entre sí de esta manera:
« Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida

Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el *pio, pio.*
Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña engordará sin tino;
Tanto, que puede ser que yo consiga
Ver cómo se le arrastra la barriga.
Llevarélo al mercado,
Sacaré dél sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca y un ternero,
Que salte y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano á la cabaña».
Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasion! A Dios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.
¡O loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que, saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.
No seas ambiciosa
De mejor ó mas próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa,
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No aneles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.

Los Animales con peste.

En los montes, los valles y collados
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo infiziona todo.
Allí donde su corte el Leon tenia,
Mirando cada dia
Las cazerías, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veian los campos ya cubiertos
De enfermos miserables y de muertos.
« Mis amados hermanos,
Esclamó el triste Rey, mis cortesanos,
Ya veis que el justo Cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga;
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrifizio de aquel mas delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado.
Yo cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros;
Y he sido, á fuerza de delito tanto,
De la selva terror, del bosque espanto ».
« Señor, dijo la Zorra, en todo eso
No se halla mas esceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna
De los viles cornudos animales,
Los sacros dientes y las uñas reales.
Trató la Corte al Rey de escrupuloso;
Allí del Tigre, de la Onza y Oso
Se oyeron confesiones

De robos y de muertes á millones;
Mas entre la grandeza sin lisonja,
Pasaron por escrúpulos de monja.
El Asno sin embargo muy confuso
Prorrumpió: yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,
Yo hambriento, él lozano,
Sin guarda ni testigo,
Caí en la tentacion..... comí del trigo.
¡Del trigo! ¡y un Jumento!
Gritó la Zorra; ¡horrible atrevimiento!
Los cortesanos claman: este, este
Irrita al Cielo que nos da la peste.
Pronuncia el Rey de muerte la sentencia,
Y ejecútala el Lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre, miserable.
Esto hallará en la corte quien la vea,
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

La Zorra y la Gallina.

Una Zorra cazando,
De corral en corral iba saltando
A favor de la noche en una aldea.
Oye al Gallo cantar: ¡maldito sea!
Agachada y sin ruido,
A merced del olfato y del oido,
Marcha, llega, y oliendo á un agujero,
Este es, dice, y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, menos una
Que estaba en cesta como niño en cuna,
Enferma gravemente.

Mirándola la Zorra astutamente,
Le pregunta : ¿qué es eso, pobrezita?
¿Cual es tu enfermedad? ¿tienes pepita?
Habla : ¿cómo lo pasas, desdichada?
La enferma le responde apresurada :
Muy mal me va, Señora, en este instante;
Muy bien, si usted se quita de delante.
¡Cuantas vezes se vende un enemigo
Como gato por liebre por amigo!
Al oir su finjido cumplimiento,
Respondiérale yo para escarmiento :
Muy mal me va, Señor, en este instante;
Muy bien, si usted se quita de delante.

El Filósofo y el Rústico.

La del alba seria
La hora en que un Filósofo salia
A meditar al campo solitario,
En lo hermoso y lo vario,
Que á la luz de la aurora nos enseña
Naturaleza, entónces mas risueña.
Distraido sin senda caminaba,
Cuando llegó á un cortijo donde estaba
Con un martillo el Rústico en la mano,
En la otra un milano,
Y sobre una portátil escalera.
¿Qué hazes de esa manera?
El Filósofo dijo.
—Castigar á un ladron de mi cortijo,
Que en mi corral ha hecho mas destrozos
Que todos los ladrones en Torozos.
Le clavo en la pared.... y estoy contento....
Sirva á toda su raza de escarmiento.
El matador es digno de la muerte,

El Sabio dijo; mas si de esa suerte
El milano mereze ser tratado,
¿De qué modo será bien castigado
El hombre sanguinario, cuyos dientes
Devoran á infinitos inocentes,
Y cuenta como mísera su vida,
Si no haze de cadáveres comida?
Y aun tú que así castigas los delitos,
Cenarias anoche tus pollitos.
Al mundo le encontramos de este modo,
(Dijo airado el Patan) y sobre todo,
Si lo mismo son hombres que milanos,
Guárdese no le pille entre mis manos.
El Sabio se dejó de reflexiones.
Al tirano le ofenden las razones,
Que demuestran su orgullo y tiranía;
Mientras por su sentencia cada dia
Muere, viviendo él mismo impunemente,
Por menores delitos otra gente.

Un Cojo y un Picaron.

A un buen Cojo un descortes
Insultó atrevidamente.
Oyólo pacientemente
Continuando su carrera,
Cuando al son de la cojera
Dijo el otro: una, dos, tres,
Cojo es.
Oyólo el Cojo; aquí fué
Donde el buen hombre perdió
Los estribos, pues le dió
Tanta cólera y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se ve,

Sobre un pie.
Solo el no poder correr
Para darte el escarmiento,
Dijo el Cojo, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta;
Porque al hombre solo afrenta,
Lo que supo merezer
Padezer.

El carretero y Hércules.

En un atolladero
El carro se atascó de Juan Regaña.
El á nada se mueve, ni se amaña;
Pero jura muy bien: gran carretero!
A Hércules invocó, y el Dios le dice:
Alijera la carga: ceja un tanto:
Quita ahora ese canto:
¿Está? sí, le responde; ya lo hize.
Pues enarbola el látigo, y con eso
Puedes ya caminar. De esta manera,
Arreando á la Mohina y la Ronzera,
Salió Juan con su carro del suceso.
Si hazes lo que estuviere de tu parte,
Pide al Cielo favor: ha de ayudarte.

El raposo, la muger y el gallo.

Con las orejas gachas,
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un Raposo
Un Gallo de la aldea.
Muchas gracias al alba,
Que pudo ver la fiesta,
Al salir de su casa,

Juana la madruguera.
Como una loca grita :
¡Vecinos ! que le lleva :
Que es el mio , ¡ vecinos!
Oye el Gallo las quejas ,
Y le dice al Raposo :
Díle , que no nos mienta ,
Que soy tuyo y muy tuyo.
Volviendo la cabeza
Le responde el Raposo :
Oyes , gran embustera ,
No es tuyo , sino mio ;
El mismo lo confiesa.
Mientras esto decia ,
El Gallo libre vuela ,
Y en la copa de un árbol
Canta que se las pela.
El Raposo burlado
Huyó. ¡ Quien lo creyera !
Yo : pues á mas de cuatro
Muy zorros en sus tretas ,
Por hablar á destiempo
Los ví perder la presa.

La pava y la hormiga.

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron
Aquí y allí picando
Hasta el cercano otero.
Muy contenta la Pava
Decia á sus hijuelos :

Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,
Y no tengais rezelo,
Que yo tambien las como;
Es un sabroso cebo.
Picad, queridos mios:
¡ O qué dias los nuestros,
Si no hubiése en el mundo
Malditos cozineros!
Los hombres nos devoran,
Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos.
A cualquier fiestezilla
Ha de haber pavos muertos.
¡ Qué pocas navidades
Contaron mis abuelos!
¡ O glotones humanos,
Crueles carnizeros!
Mientras tanto una Hormiga
Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino,
Y gritó con denuedo:
¡Ola! con que los hombres
Son crueles perversos?
¿ Y qué sereis los Pavos?
¡ Ay de mí! ya lo veo:
A mis tristes parientes,
Qué digo! á todo el pueblo
Solo por desayuno
Os le vais engullendo.
No, respondió la Pava,
Por no saber un cuento
Que era entónces del caso,

Y ahora viene á pelo.
Un gusano roia
Un grano de centeno :
Viéronlo las Hormigas :
¡ Qué gritos ! ¡ qué aspavientos !
Aquí fué Troya dicen :
Muere , pícaro perro.
Y ellas ¿ qué hazian ? Nada :
Robar todo el granero.
Hombres , Pavos , Hormigas ,
Segun estos ejemplos ,
Cada cual en su libro
Esta moral tenemos.
La falta leve en otro
Es un pecado horrendo ;
Pero el delito propio
No mas que pasatiempo.

El camello y la pulga.

Al que ostenta valimiento ,
Cuando su poder es tal
Que ni influye en bien ni en mal ,
Le quiero contar un cuento.
En una larga jornada
Un Camello muy cargado
Esclamó ya fatigado :
¡ O qué carga tan pesada !
Doña Pulga que montada
Iba sobre él , al instante
Se apea , y dice arrogante :
Del peso te libro yo.
El Camello respondió :
Gracias , señor Elefante.

El raposo enfermo.

El tiempo que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados,
A un Raposo quitó de dia en dia
Dientes, fuerza, valor, salud; de suerte,
Que él mismo conozia
Que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
¡O vosotros, testigos
De mi hora postrera,
Atentos escuchad un desengaño!
Mis ya cansadas culpas me atormentan,
Ahora conjuradas en mi daño.
¿No veis cómo á mi lado se presentan?
Mirad, mirad los Gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los Pavos en partes diferentes
Al furor de mis garras divididos.
Apartad esas aves que aquí veo,
Y me piden sus pollos devorados:
Su infernal cacareo
Me tiene los oidos penetrados.
Los Raposos le afirman con tristeza:
(No sin lamerse labios y narizes)
Tienes debilitada la cabeza,
Ni una pluma se ve de cuanto dices.
Y bien lo puedes creer, que si se viese....
¡O glotones! callad: ya, ya os entiendo,
El enfermo esclamó: ¡si yo pudiese
Correjir las costumbres cual pretendo!
¿No sentís que los gustos,

Sí son contra la paz de la conciencia,
Se cambian en disgustos?
Tengo de esta verdad gran esperiencia.
Espuestos á las trampas y á los perros,
Matais y perseguís á todo trapo
En la aldea Gallinas, y en los cerros
Los inocentes lomos del Gazapo.
Moderad, hijos mios, las pasiones:
Observad vida quieta y arreglada,
Y con buenas acciones
Ganaréis opinion muy estimada.
Aunque nos convirtamos en Corderos,
Le respondió un oyente sentencioso,
Otros han de robar los gallineros
A costa de la fama del Raposo.
Jamas se cobra la opinion perdida:
Esto es lo uno; á mas ¿ usted pretende
Que mudemos de vida?
Quien malas mañas ha.... Ya usted me entiende.
Sin embargo, hermanito, crea, crea....
El enfermo le dijo. Mas qué siento!.....
¿No ois que una Gallina cacarea?
Esto sí que no es cuento.
A Dios sermon: escápase la gente.
El enfermo orador esfuerza el grito:
¿Os vais, hermanos? Pues tened presente
Que no me haria daño algun pollito.

El filósofo y la pulga.

Meditando á sus solas cierto dia,
Un pensador Filósofo decia:
El jardin adornado de mil flores,
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquezidos,

Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando á todos lados
Las peras y razimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Paraque la disfruten libremente
La Oruga, el Caracol, la Mariposa;
No se persuaden ellos otra cosa.
Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El Milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mí las crió la Providencia.
El Cangrejo en la playa envanezido
Mira los anchos mares, persuadido
A que las olas tienen por empleo
Solo satisfazerle su deseo;
Pues cree que van y vienen tantas vezes
Por dejarle en la orilla ciertos pezes.
No hay, prosigue el Filósofo profundo,
Animal sin orgullo en este mundo.
El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.
Cuando yo me contemplo colocado
En la cima de un risco agigantado,
Imagino que sirve á mi persona
Todo el cóncavo cielo de corona.
Veo á mis pies los mares espaciosos,
Y los bosques umbrosos
Poblados de animales diferentes,
Las escamosas gentes,
Los brutos, y las fieras
Y las aves lijeras,

Y cuanto tiene aliento
En la tierra, en el agua y en el viento;
Y digo finalmente: todo es mio.
¡O grandeza del hombre y poderío!
Una Pulga que oyó con gran cachaza
Al Filósofo maza,
Dijo: cuando me miro en tus narizes
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo á mis pies aquel instante
Nada menos que al hombre dominante,
Que manda en cuanto encierra
El agua, viento y tierra,
Y que el tal poderoso caballero
De alimento me sirve cuando quiero,
Concluyo finalmente: todo es mio.
¡O grandeza de Pulga y poderío!
Así dijo; y saltando se le ausenta.
De este modo se afrenta
Aun al mas poderoso,
Cuando se muestra vano y orgulloso.

Los dos cazadores.

Que en una marcial funcion,
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razon.
Pero el que por diversion
Esponer su vida quiera
A juguete de una fiera,
O peligros no menores,
Sepa de dos cazadores
Una historia verdadera.
Pedro Ponce el valeroso,
Y Juan Carranza el prudente

Vieron venir frente á frente
Al Lobo mas horroroso.
El prudente temeroso
A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos á Carranza.

Los Gatos escrupulosos.

¡ Qué dolor ! por un descuido
Mizifuf y Zapiron
Se comieron un capon
En un asador metido.
Despues de haberse lamido
Trataron en conferencia
Si obrarian con prudencia
En comerse el asador.
¿Le comieron? No Señor:
Era caso de conciencia.

La Mariposa y el Caracol.

Aunque te haya elevado la fortuna
Desde el polvo á los cuernos de la luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
Tanto como eres grande serás necio.
¡ Qué ! ¿ Te irritas ? ¿ te ofende mi lenguaje ?
— No se habla de ese modo á un personaje.
— Pues haz cuenta, Señor, que no me oiste,
Y escucha á un Caracol : vaya de chiste.
En un bello jardin cierta mañana
Se puso muy ufana
Sobre la blanca rosa

Una recien nazida Mariposa.
El sol resplandeziente
Desde su claro oriente
Los rayos esparzia :
Ella á su luz las alas estendia ,
Solo porque envidiasen sus colores
Manchadas aves y pintadas flores.
Esta vana , preciada de belleza ,
Al volver la cabeza ,
Vió muy cerca de sí sobre una rama
A un pardo Caracol. La bella dama
Irritada esclamó : ¿ cómo , grosero ,
A mi lado te acercas ? Jardinero ,
¿ De qué sirve que tengas con cuidado
El jardin cultivado ,
Y guarde tu desvelo
La rica fruta del rigor del yelo ,
Y los tiernos botones de las plantas ,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil Caracol de baja esfera ?
O mátale al instante , o vaya fuera.
Quien ahora te oyese ,
Si no te conoziese ,
Respondió el Caracol , en mi conciencia ,
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime , miserable criatura ,
Que acabas de salir de la basura ,
¿ Puedes negar que aun no haze cuatro dias
Que gustosa solias
Como humilde reptil andar conmigo ,
Y yo te hazia honor en ser tu amigo ?
¿ No es tambien evidente ,
Que eres por línea recta descendiente ,
De los Orugas , pobres hilanderos ,
Que mirándose en cueros ,

De sus tripas hilaban y tejian
Un fardo en que el invierno se metian,
Como tú te has metido,
Y aun no hazé cuatro dias que has salido?
Pues si este fué tu orígen y tu casa,
¿Porqué tu ventolera se propasa
A despreciar á un Caracol honrado?
El que tiene de vidrio su tejado
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ajeno.

El Gato y las Aves.

Charlatanes se ven por todos lados
En plazas y en estrados,
Que ofrezen sus servicios (¡cosa rara!)
A todo el mundo por su linda cara.
Este, químico y médico escelente,
Cura á todo doliente;
Pero *gratis*: no se hable de dinero.
El otro petimetre caballero
Canta, toca, dibuja, borda, danza;
Y ofreze la enseñanza
Gratis por afizion á cierta gente.
Verémos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algun engaño:
La prudente cautela no haze daño.
Dejando los desvanes y rincones
El señor *Mirrimiz*, gato de maña,
Se salió de la villa á la campaña.
En paraje sombrío
A la orilla de un rio
De sauzes coronado,
En unas matas se quedó agachado.
El gatazo callaba como un muerto

Escuchando el concierto
De dos mil avezillas,
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano,
Mientras no se acercaban á su mano
Los músicos volantes, pues queria
Mirrimiz arreglar la sinfonía.
Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
Sacando la cabeza: *bravo, bravo.*
La turba calla: cada cual procura
Alejarse, ó meterse en la espesura;
Mas él los persuadió con buenos modos,
Y al fin logró que le escuchasen todos.
No soy gato montes o campesino;
Soy honrado vecino
De la cercana villa:
Fuí gato de un maëstro de capilla:
La música aprendí, y aun si me empeño,
Veréis como os la enseño,
Pero *gratis*, y en menos de una hora.
¡Qué cosa tan sonora
Será el oir un coro de cantores,
Verbi gracia, calandrias, ruiseñores!
Con estas y otras cosas diferentes,
Algunas de las aves inocentes
Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:
Todas en torno dél se colocaron.
Entónces con mas gracia,
Y mas diestro que el músico de Trazia,
Echando su compas hácia el mas gordo,
Consigue *gratis* merendarse un tordo.

Los dos Perros.

Procure ser en todo lo posible
El que ha de reprender irreprensible.

Sultan; perro goloso y atrevido,
En su casa robó por un descuido
Una pierna escelente de carnero.
Pinto, gran tragador, su compañero
Le encuentra con la presa encarnizado.
Ojo al traves, colmillo azicalado,
Frunzidas las narizes, y gruñendo:
¿Qué cosa estás haziendo,
Desgraciado *Sultan? Pinto* le dice.
¿No sabes, infelize,
Que un Perro infiel, ingrato
No mereze ser Perro, sino Gato?
¡Al amo, que nos fia
La custodia de casa noche y dia,
Nos alaga, nos cuida y alimenta,
Le das tan buena cuenta,
Que le robas goloso
La pierna del carnero mas jugoso!
Como amigo te ruego,
No la maltrates mas: déjala luego.
Hablas, dijo *Sultan*, perfectamente.
Una duda me queda solamente
Para seguir al punto tu consejo:
Di: ¿te la comerás si yo la dejo?

El Amo y el Perro.

Callen todos los perros de este mundo
Donde está mi *Palomo*:
Es fiel, decia el Amo, sin segundo,
Y me guarda la casa..... ¿Pero cómo?
Con la despensa abierta
Le dejé cierto dia;
En medio de la puerta
De guardia se plantó con bizarría.
Un formidable Gato,

En vez de perseguir á los ratones,
Se venia, guiado del olfato,
A visitar chorizos y jamones.
Palomo le despide buenamente:
El Gatazo se encrespa y acalora:
Riñen sangrientamente,
Y mi *Guarda-jamones* le devora.
Esto contaba el Amo á sus amigos,
Y despues á su casa se los lleva
A que fuesen testigos
De tal fidelidad en otra prueba.
Tenia al buen *Palomo* prisionero
Entre manidas pollas y perdizes:
Los sebosos riñones de un carnero
Casi casi le untaban las narizes.
Dentro de este retiro á penitencia
El triste fué metido
Despues de algunos dias de abstinencia.
Al fin, ya su Señor compadezido
Abre con sus amigos el encierro:
Sale rabo entre piernas agachado:
Al Amo se acercaba el pobre Perro,
Lamiéndose el hozico ensangrentado.
El Dueño se alborota y enfureze
Con tan fatales nuevas.
Yo le preguntaria: ¿Y qué mereze
Quien la virtud espone á tales pruebas?

El Jóven Filósofo y sus Compañeros.

Un Jóven educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo Filósofo profundo,
Salió por fin á visitar el mundo.
Concurrió cierto dia

Entre civil y alegre compañía
A una mesa abundante y primorosa.
¡ Espectáculo horrendo ! ¡ fiera cosa !
¡ La mesa de cadáveres cubierta
A la vista del hombre ! . . . . . ¡ Y este acierta
A comer los despojos de la muerte !
El Jóven declamaba de esta suerte.
Al son de filosóficas razones,
Devorando perdizes y pichones,
Le responden algunos concurrentes :
Si usted ha de vivir entre las gentes,
Deberá hazerse á todo.
Con un gracioso modo,
Alabando el bocado de esquisito,
Le presentan un gordo pajarito.
Cuanto usted ha esclamado será cierto;
Mas en fin (le decian) ya está muerto.
Pruébelo por su vida. . . Considere
Que otro le comerá, si no le quiere.
La ocasion, las palabras, el ejemplo,
Y segun yo contemplo,
Yo no sé que olorzillo
Que exalaba el caliente pajarillo,
Al Jóven persuadieron de manera,
Que al fin se le comió. ¡ Quien lo dijera !
¡ Haber yo devorado un inocente !
Así clamaba, pero friamente.
Lo cierto es, que llevado de aquel cebo,
Cón mas fazilidad cayó de nuevo.
La ocasion se repite
De uno en otro convite,
Y de una codorniz á una becada,
Llegó el Jóven al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,
A ser devorador como las fieras.

De esta suerte los vicios se insinúan,
Crezen, se perpetúan
Dentro del corazon de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos,
¿Pues qué remedio? . . . Incautos Jovenzitos,
Cuenta con los primeros pajaritos.

El Elefante, el Toro, el Asno y los demas Animales.

Los mansos y los fieros animales,
A que se remediasen ciertos males
Desde los bosques llegan,
Y en la rasa campaña se congregan.
Desde la mas pelada y alta roca
Un Asno trompetero los convoca.
El concurso ya junto,
Instruido tambien en el asunto,
(Pues á todos por Júpiter previno
Con cédula *ante diem* el Pollino)
Imponiendo silencio el Elefante,
Así dijo: Señores, es constante
En todo el vasto mundo
Que yo soy en lo fuerte sin segundo.
Los árboles arranco con la mano,
Venzo al Lëon, y es llano
Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
Abre sin duda brecha: á la batalla
Llevo todo un castillo guarnezido:
En la paz y en la guerra soy tenido
Por un bruto invenzible,
No solo por mi fuerza irresistible,
Por mi gordo coleto y grave masa,
Que haze temblar la tierra donde pasa.
Mas, Señores, con todo lo que cuento,
Solo de vejetales me alimento;

Y como á nadie daño, soy querido,
Mucho mas respetado que temido.
Aprended, pues, de mí, crueles fieras,
Las que hazeis profesion de carnizeras,
Y no hagais por comer atrozes muertes,
Puesto que no seréis ni menos fuertes,
Ni menos respetadas,
Sino muy estimadas
De grandes y pequeños animales,
Viviendo como yo de vejetales.
Gran pensamiento (dicen) gran discurso;
Y nadie se le opone del concurso.
Habló despues un Toro de Jarama:
Escarba el polvo, cabezea, brama.
Vengan (dice) los Lobos y los Osos,
Si son tan poderosos,
Y en el circo verán con qué donaire
Les haré que volteen por el aire.
¡Qué! ¿son menos gallardos y valientes
Mis cuernos que sus garras y sus dientes?
Pues ¿porqué los villanos carnizeros
Han de comer mis vacas y terneros?
Y si no se contentan
Con las hojas y yerbas que alimentan
En los bosques y prados
A los mas generosos y esforzados,
Que muerdan de mis cuernos al instante,
O sino de la trompa al Elefante.
La asamblea aprobó cuanto decia
El Toro con razon y valentía.
Seguíase á los dos en el asiento
Por falta de buen órden el Jumento,
Y con rubor espuso sus razones.
Los Milanos (prorrumpe) y los Alcones,
(No ofendo á los presentes, ni quisiera)

Sin esperar tampoco á que me muera,
Hallan para sus uñas y su pico
Estuche entre los lomos del Borrico.
Ellos querrán ahora como bobos
Comer la yerba á los señores Lobos.
Nada menos: aprendan los malditos
De las Chochaperdizes ó Chorlitos,
Que sin hazer á los Jumentos guerra,
Envainan sus picotes en la tierra:
Y viva todo el mundo santamente,
Sin picar ni morder en lo viviente.
Necedad, disparate, impertinencia.
(Gritaba aquí y allí la concurrencia)
Haya silencio (claman) haya modo.
Alborótase todo:
Creze la confusion, la grita creze:
Por mas que el Elefante se enfureze,
Se deshizo en desórden la asamblea.
A Dios gran pensamiento: á Dios idea.
Señores animales, yo pregunto:
¿Habló el Asno tan mal en el asunto?
¿Discurrieron tal vez con mas acierto
El Elefante y Toro? No por cierto.
¿Pues porqué solamente al buen Pollino
Le gritan disparate, desatino?
Porque nadie en razones se paraba,
Sino en la calidad de quien hablaba.
Pues, amigo Elefante, no te asombres:
Por la misma razon entre los hombres
Se desprecia una idea ventajosa.
¡Qué preocupacion tan peligrosa!

D. Tomas de Iriarte.

El Gusano de Seda y la Araña.

Trabajando un Gusano su capullo,
La Araña que tejia á toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa,
Muy propia de su orgullo:
¿Qué dice de mi tela el seor Gusano?
Esta mañana la empezé temprano,
Y ya estará acabada á medio dia.
Mire qué sutil es, mire qué bella.
El Gusano con sorna respondia:
Usted tiene razon; así sale ella.

El Oso, la Mona y el Cerdo.

Un Oso con que la vida
Ganaba un Piamontes,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos pies.
Queriendo hazer de persona,
Dijo á una Mona: ¿qué tal?
Era perita la Mona,
Y respondióle: muy mal.
Yo creo, replicó el Oso,
Que me hazes poco favor.
¿Pues qué mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?
Estaba el Cerdo presente,
Y dijo: bravo ¡bien va!
Bailarin mas excelente
No se ha visto, ni verá.
Echó el Oso, al oir esto,
Sus cuentas allá entre sí,

Y con ademan modesto
Hubo de esclamar así :
  Cuando me desaprobaba
La Mona, llegué á dudar;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.
  Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor :
Si el sabio no aprueba, malo;
Si el necio aplaude, pëor.

El Raton y el Gato.

  Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
¡Qué invencion tan sencilla! ¡qué sentencias!...
He de poner, pues que la tengo á mano,
Una fábula suya en castellano.
  Cierto (dijo un Raton en su agujero:)
No hay prenda mas amable y estupenda
Que la fidelidad : por eso quiero
Tan de veras al Perro perdiguero.
  Un Gato replicó : pues esa prenda
Yo la tengo tambien.... Aquí se asusta
Mi buen Raton, se esconde,
Y torziendo el hozico, le responde :
¡Cómo! ¿la tienes tú?... Ya no me gusta.
  La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les pareze
Si ven que su contrario la mereze.
  ¿Qué tal, señor Lector? La fabulilla
Puede ser que le agrade, y que le instruya. —
Es una maravilla :
  Dijo Esopo una cosa como suya. —
Pues mire usted : Esopo no la ha escrito;
Salió de mi cabeza. — ¿Con que es tuya? —

Sí, señor Erudito.
Ya que ántes tan feliz le parezia,
Critíquemela ahora porque es mia.

El Lobo y el Pastor.

Cierto Lobo, hablando con cierto Pastor,
Amigo, le dijo, yo no sé porqué
Me has mirado siempre con odio y horror.
Tiénesme por malo: no lo soy á fe.
¡Mi piel en invierno qué abrigo no da!
Achaques humanos cura mas de mil:
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que la piquen pulgas ni otro insecto vil.
Mis uñas no trueco por las del tejon,
Que contra el mal de ojo tienen mas virtud.
Mis dientes ya sabes cuan útiles son,
Y á cuantos con mi unto he dado salud.
El Pastor responde: perverso animal,
Maldígate el Cielo, maldígate, amen!
Despues que estás harto de hazer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hazer algun bien?
Al Diablo los doy
Tantos libros Lobos como corren hoy.

La Abeja y los Zanganos.

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los Zánganos un dia.
Cada cual varios medios discurria
Para disimular su inútil ocio,
Y por librarse de tan fea nota
A vista de los otros animales,
Aun el mas perezoso y mas idiota
Queria, bien ó mal, hazer panales.
Mas como el trabajar les era duro,

Y el enjambre inesperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro
Con acudir á una colmena vieja,
Y sacar el cadáver de una Abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa,
Hazerle con la pompa mas honrosa
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanda cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
Que una Abeja les dijo por despique:
¿No trabajan mas que eso? Pues, hermanos,
Jamas equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabrique.
¡Cuantos pasar por sabios han querido
Con citar á los muertos que lo han sido!
¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?

El Mono y el Titeretero.

El fidedigno Padre Valdecebro,
Que en discurrir historias de animales
Se calentó el celebro,
Pintándolos con pelos y señales;
Que en estilo encumbrado y elocuente
Del Unicornio cuenta maravillas
Y el Ave-Fenix cree á pie juntillas,
(No tengo bien presente
Si es en el libro octavo, ú en el nono)
Refiere el caso de un famoso Mono.
Este, pues, que era diestro

En mil habilidades, y servia
A un gran Titeretero, quiso un dia,
Mientras estaba ausente su maestro,
Convidar diferentes animales
De aquellos mas amigos
A que fuesen testigos
De todas sus monadas principales.
Empezó por hazer la mortezina;
Despues bailó en la cuerda á la arlequina,
Con el salto mortal y la campana;
Luego el despeñadero,
La espatarrada, vueltas de carnero,
Y al fin el ejerzizio á la Prusiana.
De estas y de otras gracias hizo alarde;
Mas lo mejor faltaba todavía,
Pues, imitando lo que su amo hazia,
Ofrezerles pensó, porque la tarde
Completa fuese, y la funcion amena,
De la linterna mágica una escena.
Luego que la atencion del auditorio
Con un preparatorio
Exordio concilió, segun es uso,
Detras de aquella máquina se puso;
Y durante el manejo
De los vidrios pintados
Fáziles de mover á todos lados,
Las diversas figuras
Iba esplicando con locuaz despejo.
Estaba el cuarto á oscuras,
Cual se requiere en casos semejantes;
Y aunque los circunstantes
Observaban atentos,
Ninguno ver podia los portentos,
Que con tanta parola y grave tono
Les anunciaba el ingenioso Mono.

Todos se confundian, sospechando
Que aquello era burlarse de la gente.
Estaba el Mono ya corrido, cuando
Entró Mäese Pedro de repente,
E informado del lance, entre severo
Y risueño le dijo: majadero,
¿De qué sirve tu charla sempiterna,
Si tienes apagada la linterna?
Perdonadme, sutiles y altas Musas,
Las que hazeis vanidad de ser confusas;
¿Os puedo yo decir con mejor modo
Que sin la claridad os falta todo?

La Hormiga y la Pulga.

Tienen algunos un gracioso modo
De aparentar que se lo saben todo;
Pues cuando oyen ó ven qualquiera cosa,
Por mas nueva que sea, y primorosa,
Muy trivial y muy fázil la suponen,
Y á tener que alabarla no se esponen.
Esta casta de gente
No se me ha de escapar por vida mia,
Sin que lleve su fábula corriente,
Aunque gaste en hazerla todo un dia.
A la Pulga la Hormiga referia
Lo mucho que se afana,
Y con qué industrias el sustento gana:
De qué suerte fabrica el hormiguero:
Cual es la habitacion, cual el granero:
Cómo el grano acarrea,
Repartiendo entre todas la tarea:
Con otras menudencias muy curiosas,
Que pudieran pasar por fabulosas,
Si diarias esperiencias
No las acreditasen de evidencias.

A todas sus razones
Contestaba la Pulga, no diciendo
Mas que estas, ú otras tales espresiones:
Pues yá; sí; se supone; bien; lo entiendo;
Ya lo decia yo; sin duda; es claro;
Está visto: ¿tiene eso algo de raro?
La Hormiga, que salió de sus casillas
Al oir estas vanas respuestillas,
Dijo á la Pulga: amiga, pues yo quiero
Que venga usted conmigo al hormiguero;
Ya que con ese tono de maestra
Todo lo fazilita y da por hecho,
Siquiera para muestra,
Ayúdenos en algo de provecho.
La Pulga, dando un brinco muy lijera,
Respondió con grandísimo desuello:
¡Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaria?
Todo es ponerse á ello....
Pero.... tengo qué hazer.... Hasta otro dia.

Los dos Conejos.

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
No diré corria,
Volaba un Conejo.
De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: tente,
Amigo, ¿qué es esto?
¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llego....
Dos pícaros Galgos
Me vienen siguiendo.

Sí (replica el otro)
Por allí los veo....
Pero no son Galgos. —
¿Pues qué son? — Podencos. —
¿Qué Podencos, dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos, y muy galgos:
Bien visto lo tengo.
Son Podencos: vaya,
Que no entiendes de eso. —
Son Galgos te digo. —
Digo que Podencos.
En esta disputa
Llegando los Perros,
Pillan descuidados
A mis dos Conejos.
Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

Los Huevos.

Mas allá de las Islas Filipinas
Hay una que no sé como se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamas hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cria, que ya el plato
Mas comun y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua, que el viajante
No enseño á componerlos de otros modos.
Luego de aquella tierra un habitante
Introdujo el comerlos estrellados.

¡ O qué elogios se oyeròn á porfía
De su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hazerlos escalfados. . .
¡ Pensamiento feliz!. . Otro rellenos...
¡ Ahora sí que están los huevos buenos!
Uno despues inventa la tortilla,
Y todos claman ya ¡ qué maravilla!
No bien se pasó un año,
Cuando otro dijo : sois unos petates,
Yo los haré revueltos con tomates;
Y aquel guiso de huevos tan estraño,
Con que toda la Isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso
A no ser porque luego los compuso
Un famoso estranjero á la *Hugonota*.
Esto hizieron diversos cozineros;
Pero ¡ qué condimentos delicados
No añadieron despues los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.
Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos, los mejores.
Mas un prudente Anciano
Les dijo un dia : Presumís en vano
De esas composiciones peregrinas.
¡ Gracias al que nos trajo las gallinas!
¿ Tantos Autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Mas allá de las islas Filipinas?

La Abeja y el Cuclillo.

Saliendo del colmenar
Dijo al Cuclillo la Abeja:

Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.
No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú:
Cucú, cucú, y más cucú,
Y siempre una misma cosa.
¿Te cansa mi canto igual?
(El Cuclillo respondió)
Pues á fe que no hallo yo
Variedad en tu panal:
Y pues que del propio modo
Fabricás uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento,
En tí es viejísimo todo.
A esto la Abeja replica:
En obra de utilidad
La falta de variedad
No es lo que mas perjudica;
Pero en obra destinada
Solo al gusto y diversion,
Si no es varia la invencion,
Todo lo demas es nada.

El Asno y su Amo.

Siempre acostumbra hazer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio.
Yo le doy lo pëor, que es lo que alaba.
De este modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes;
Y un taimado poeta que lo oia,
Le respondió en los términos siguientes:
Al humilde Jumento
Su Dueño daba paja, y le decia:
Toma, pues que con eso estás contento.

Díjolo tantas vezes, que ya un dia
Se enfadó el Asno, y replicó: yo tomo
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,
¿Piensas que solo de la paja gusto?
Dame grano, y verás si me le como.
Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano;
Pues si en dándole paja, come paja,
Siempre que le dan grano, come grano.

El Retrato de Golilla.

De frase estranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja;
Pero habrá quien piense que no habla castizo,
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenelle con una conseja,
Y porque le traiga mas contentamiento,
En su mesmo estilo referilla intento,
Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.
No sin hartos zelos un Pintor de ogaño
Via como agora gran loa y valia
Alcanzan algunos retratos de antaño,
Y el no remedallos á mengua tenia.
Por ende, queriendo retratar un dia
A cierto Rico-home, señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daria.
Segundo Velazquez creyó ser con esto:
Y ansí que del rostro toda la semblanza
Hubo trasladado, golilla le ha puesto,
Y otros atavíos á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza,
El cual espantado fincó, desque vido
Con añejas galas su cuerpo vestido,
Magüer que le plugo la faz abastanza.

Empero una traza le vino á las mientes
Con que al Retratante dar su galardon.
Guardaba heredadas de sus ascendientes,
Antiguas monedas en un viejo arcon.
Del Quinto Fernando muchas de ellas son,
Allende de algunas de Carlos Primero,
De entrambos Filipos, Segundo y Tercero;
Y henchido de todas le endonó un bolson.
Con estas monedas, ó si quier medallas,
(El Pintor le dice) si voy al mercado,
Cuando me cumpliere mercar vitüallas,
Tornaré á mi casa con muy buen recado.
¡Pardiez! (dijo el otro) ¿no me habeis pintado
En traje que un tiempo fué muy señoril,
Y agora le viste solo un alguazil?
Cual me retratasteis, tal os he pagado.
Llevaos la tabla, y el mi corbatin
Pintadme al proviso en vez de golilla,
Cambiadme esta espada en el mi espadin,
Y en la mi casaca trocad la ropilla;
Ca non habrá nadie en toda la villa
Que al verme en tal guisa conozca mi gesto.
Vuestra paga entonce contaros he presto
En buena moneda corriente en Castilla.
Ora, pues, si á risa provoca la idea
Que tuvo aquel sandio moderno Pintor,
¿No hemos de reirnos siempre que chochea
Con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor,
Habla puro á costa de la claridad,
Y no halla voz baja para nuestra edad,
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

La Contienda de los Mosquitos.

Diabólica refriega
Dentro de una bodega
Se trabó entre infinitos
Bebedores Mosquitos.
(Pero estraño una cosa :
Que el buen Villaviciosa
No hiziese en su *Mosquea*
Mencion de esta pelea.)
Era el caso que muchos
Espertos y machuchos
Con teson defendian
Que ya no se cojian
Aquellos vinos puros ,
Generosos , maduros ,
Gustosos y fragantes
Que se cojian ántes.
En sentir de otros varios ,
A esta opinion contrarios ,
Los vinos escelentes
Eran los mas recientes ;
Y del opuesto bando
Se burlaban , culpando
Tales ponderaciones
Como declamaciones
De apasionados juezes ,
Amigos de vejezes.
Al agudo zumbido
De uno y otro partido
Se hundia la bodega :
Cuando héteme que llega
Un anciano Mosquito ,
Catador muy perito ;
Y dice , echando un taco :
Por vida del Dios Baco....

(Entre ellos ya se sabe
Que es juramento grave :)
Donde yo estoy, ninguno
Dará mas oportuno
Ni mas fundado voto :
Cese ya el alboroto.
A fe de buen Navarro,
Que en tonel, bota ó jarro,
Barril, tinaja, ó cuba
El jugo de la uba
Difízilmente evita
Mi cumplida visita ;
Y en esto de catarle,
Distinguirle y juzgarle,
Puedo poner escuela
De Jerez á Tudela,
De Málaga á Peralta,
De Canarias á Malta,
De Oporto á Valdepeñas.
Sabed por estas señas,
Que es un gran desatino
Pensar que todo vino
Que desde su cosecha
Cuenta larga la fecha,
Fué siempre aventajado.
Con el tiempo ha ganado
En bondad : no lo niego ;
Pero si él desde luego
Mal vino hubiera sido,
Ya se hubiera torzido :
Y al fin, tambien habia,
Lo mismo que en el dia,
En los siglos pasados
Vinos avinagrados.
Al contrario, yo pruebo

A vezes vino nuevo
Que apostarlas pudiera
Al mejor de otra era ;
Y si muchos agostos
Pasan por ciertos mostos
De los que hoy se reprueban ,
Puede ser que los beban
Por vinos esquisitos
Los futuros Mosquitos.
Basta ya de pendencia ;
Y por final sentencia
El mal vino condeno ;
Le chupo cuando es bueno ,
Y jamas averiguo
Si es moderno , ú antiguo.
Mil doctos importunos
Por lo antiguo los unos ,
Otros por lo moderno ,
Sigan litigio eterno ;
Mi testo favorito
Será siempre el Mosquito.

El Volatin y su Maestro.

Mientras de un Volatin bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma ,
Le dice : vea usted , señor Maestro ,
Cuanto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo , ó contrapeso.
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro ofizio hallo yo malo.
¿ A qué fin quiere usted que me sujete,
Si no me faltan fuerzas ni soltura ?....
Por ejemplo ¿ este paso , esta postura

No la haré yo mejor sin el zoquete ?
Tenga usted cuenta.. No es difícil.. Nada..
Así decia ; y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde... ¡ A Dios ! ¿ Qué es eso ?
¿ Qué ha de ser ? una buena costalada.
¡ Lo que es auxilio juzgas embarazo ,
Incauto jóven ! (el Maestro dijo :)
¿ Huyes del arte y método ? pues hijo ,
No ha de ser este el último porrazo.

El cuerbo y el pavo.

Pues , como digo , es el caso
(Y vaya de cuento)
Que á volar se desafiaron
Un Pavo y un Cuerbo.
Al término señalado
Cual llegó primero ,
Considérelo quien de ambos
Haya visto el vuelo.
Aguárdate (dijo el Pavo
Al Cuerbo de lejos :)
¿ Sabes lo que estoy pensando ?
Que eres negro y feo.
Escucha : tambien reparo ,
(Le gritó mas recio)
En que eres un pajaraco
De muy mal agüero.
Quita allá , que me das asco ,
Grandísimo puerco ;
Sí , que tienes por regalo
Comer cuerpos muertos.
Todo eso no viene al caso ,
Le responde el Cuerbo ;
Porque aquí solo tratamos

De ver que tal vuelo.
Cuando en las obras del sabio
No encuentra defectos,
Contra la persona cargos
Suele hazer el necio.

El te y la salvia.

El Te, viniendo del imperio Chino,
Se encontró con la Salvia en el camino.
Ella le dijo: ¿A donde vas compadre?
A Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.
Yo, respondió la Salvia, voy á China;
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamas he podido hazer fortuna —
Anda con Dios. No perderás el viaje;
Pues no hay nazion alguna
Que á todo lo estranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.
La Salvia me perdone,
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defenderia lo contrario,
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un benefizio;
Y Español que tal vez recitaria
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garzilaso.

La Criada y la escoba.

Cierta Criada la casa barria
Con una escoba muy puerca y muy vieja.

Reniego yo de la escoba, decia;
Con su basura y pedazos que deja
Por donde pasa,
Aun mas ensuzia que limpia la casa.
Los remendones que escritos ajenos
Correjir piensan, acaso de errores
Suelen dejarlos diez vezes mas llenos;
Mas no haya miedo que de estos señores
Diga yo nada:
Que se lo diga por mí la Criada.

LA DISCORDIA DE LOS RELOJES.

Convidados estaban á un banquete
Diferentes amigos; y uno de ellos,
Que, faltando á la hora señalada,
Llegó despues de todos, pretendia
Disculpar su tardanza. ¿Qué disculpa
Nos podrás alegar? le replicaron:
El sacó su reloj, mostróle y dijo:
¿No ven ustedes como vengo á tiempo?
Las dos en punto son. ¡Qué disparate!
Le respondieron: tu reloj atrasa
Mas de tres cuartos de hora. Pero amigos,
Esclamaba el tardío convidado,
¿Qué mas puedo yo hazer que dar el testo?
Aquí está mi reloj.... Note el curioso
Que era este señor mio como algunos
Que un absurdo cometen, y se escusan
Con la primera autoridad que encuentran.
Pues como iba diciendo de mi cuento,
Todos los circunstantes empezaron
A sacar sus relojes en apoyo
De la verdad. Entónces advirtieron,
Que uno tenia el cuarto, otro la media,

Otro las dos y treinta y seis minutos,
Este catorze mas, aquel diez menos?
No hubo dos que conformes estuvieran.
En fin, todo era dudas y cuestiones.
Pero á la astronomía cabalmente
Era el amo de casa afizionado;
Y consultando luego su infalible,
Arreglado á una exacta meridiana,
Halló que eran las tres y dos minutos,
Con lo cual puso fin á la contienda,
Y concluyó diciendo: Caballeros,
Si contra la verdad piensan que vale
Citar autoridades y opiniones,
Para todo las hay; mas, por fortuna,
Ellas pueden ser muchas, y ella es una.

La víbora y la sanguijuela.

Aunque las dos picamos (dijo un dia
La Víbora a la simple Sanguijuela)
De tu boca reparo que se fia
El Hombre, y de la mia se rezela.
La Chupona responde: ya, querida;
Mas no picamos de la misma suerte:
Yo, si picó á un enfermo, le doy vida;
Tú, picando al mas sano, le das muerte.
Vaya ahora de paso una advertencia:
Muchos censuran, sí, lector benigno;
Pero á fe que hay bastante diferencia
De un censor útil á un censor maligno.

D. Pablo de Jérica.

Al asno de Juan Rana.

Tenia un Borrico
El tio Juan Rana

Lleno de tumores
De materia y lacras.
Todas las costillas
Tenia matadas,
Tanto que el mirarle
Compasion causaba.
Verdad es que el pobre
Tenia una albarda
Vieja ya y raida,
Pero muy pesada.
Queriendo aliviarle
El tio Juan Rana,
Le quitó de encima
La pesada albarda.
Empero el Borrico
Quiso recobrarla,
Y le dijo el amo:
Mira que te mata.
No importa, responde
El Asno: es pesada,
Es verdad: me agovia,
Me muele, me cansa;
Pero ha tanto tiempo
Que sufro su carga,
Que ya acomodarme
No puedo á dejarla.
Entónces furioso
Le dijo Juan Rana,
Echándole acuestas
La pesada albarda
¡Ah bruto! reniego
De tí y de tu casta;
Por tonto merezes
Suerte tan infausta.
Pueblos oprimidos,
Con vosotros habla

Esta fabulita,
Que pareze nada.
Si cuando los sabios
Con reformas tratan
De hazer llevaderas
Todas vuestras cargas,
Seguís el ejemplo
Del Asno de Rana,
Merezeis por tontos,
Suerte tan infausta.

El Alcalde y el escribano.

Por alcalde en su aldea
Elijieron un año á Juan Polea,
Al ver que, aunque paleto,
Tenia sus ribetes de discreto.
Empuña pues la vara
El nuevo Sancho Panza, y se prepara
A ejerzer la justicia
Contra todo desórden y malicia.
Y al saber de los presos
Cuales fuesen los crímenes ó escesos,
Llegando á un estudiante,
Notó que el Escribano iba adelante.
A ver, dijo Polea,
Hagamos alto aquí: veré cual sea
La causa ó el delito
De tener así preso á este mozito.
— Este, Señor, ha hecho
Sátiras, presumido y satisfecho.
— ¿Y qué son, si os agrada,
Sátiras? porque yo no entiendo nada.
— Sátira es ir diciendo
Las faltas que en los otros vaya viendo.

— ¡ Cómo qué ! ¿ No es mas que eso?
Dijo Polea : ¿ se le pone preso
Por eso solamente ?
Pues, hijo, la injusticia está patente.
Si al que las faltas diga
De los demas así se le castiga,
Mejor á la equidad se satisfaze
Si ponen en prision al que las haze.

Las abejas.

Las Abejas, república industriosa,
Leccion á los humanos provechosa,
Viendo que cada dia
El número de Zánganos crezia,
Para bien del estado
Pidieron su estincion en el Senado.
Una Abeja prudente,
No menos sentenciosa que elocuente,
Dijo de esta manera :
En el presente caso se pudiera
Usar para el efecto
De algun medio eficaz, pero indirecto.
Irán cada momento
Los males en aumento,
Si luego no se atajan :
Estos comen la miel, y no trabajan.
Pues no hay que echarlo á broma,
Quien aquí no trabaje, que no coma.
Esta ley promulgada,
Fué puesta en su vigor, tan acertada,
Que al fin no quedó uno
De tanto ocioso Zángano importuno.
Si por vana y gravosa
Alguna clase ¡ o Pueblo ! te miportuna,

Sin hazer otra cosa ,
Quítale la razion y dile : ayuna ;
Que es remedio probado
Para verla estinguida de contado.

El club de los animales.

Si al Leon destronasen
Un dia sus vasallos ,
¿ Quien para sucederle
Seria mas del caso ?
Por modo de problema
La cosa examinaron ,
En un club jacobino ,
Los brutos mas bellacos.
Uno queria al Tigre ,
Otros al Dromedario ,
Otros al Elefante ,
Y algunos al Caballo.
Llegó su turno al Perro ,
Y habiendo perorado ,
Dijo : Padres conscriptos ,
¿ Paraqué nos cansamos ?
Si el poder del monarca
Ha de ser arbitrario ;
Si ha de rejir diciendo :
Yo lo quiero y lo mando :
Si han de ser sus ministros ,
Su dama , ó su lacayo ,
Como han sido hasta ahora ,
Los solos soberanos ;
Para rey de los brutos
Cualquiera es bueno : el Asno.

DISCURSOS Y EPISTOLAS.

D. Diego Hurtado de Mendoza.

A Boscan: sobre la mediania.

El no maravillarse hombre de nada
Me pareze, Boscan, ser una cosa,
Que basta á darnos vida descansada.
Esta órden del cielo presurosa,
Este tiempo que huye por momentos,
Las estrellas y sol que no reposa:
Hombres hay que lo miran muy esentos,
Y el miedo no les trae falsas visiones,
Ni piensan en estraños movimientos.
¿Qué juzgas de la tierra y sus rincones,
Del espacioso mar que así enriqueze,
Los apartados Indios con sus dones?
¿Qué dices del que por subir, padeze
La ira del soberbio cortesano,
Y el desden del Privado cuando creze?
¿Qué del gallardo mozo, que liviano
Piensa entendello todo, y emprender
Lo que tú dejarias por temprano?
¿Cómo se han de tomar, cómo entender
Las cosas altas, y á las que son menos
Qué gesto les debiéramos hazer?
Esta tierra nos trata como ajenos,
La otra nos esconde sus secretos;
¿Para cual piensas tú que somos buenos?
El que teme y desea están sujetos
A una misma mudanza, á un sentimiento;
De entrambos son los actos imperfetos.

Entrambos sienten un remordimiento,
Maravíllanse entrambos de que quiera,
A entrambos turba un miedo el pensamiento.
. . . . . .
Enfin, señor Boscan, pues hemos de ir
Los unos y los otros un camino,
Trabaje el que pudiere de vivir.
Si en la cabeza algun dolor te vino
Agudo, ó en el cuerpo, que te ofenda,
Procura huir de él y ten buen tino.
Si te puede sacar de esta contienda
La virtud como viene sola y pura,
Al resto del deleite ten la rienda.
Por los desiertos montes va segura,
Ni teme las saetas venenosas
Ni el fuego que no para en armadura:
No entrar en las batallas peligrosas,
No la cruda, importuna y larga guerra,
Ni el bravo mar con ondas furïosas.
No la ira del cielo, que á la tierra
Haze temer con hórrido sonido,
Cuando el rayo rompiéndola se entierra.
El hombre bueno y justo no es movido
Por ninguna destreza de ejerzizios,
Por oro ni metal bien esculpido:
No por las pesadumbres de edifizios,
Adonde la grandeza venze el arte,
Y es natura sacada de sus quizios:
No por el que procura vana parte,
Y con el ojo gobernar el mundo
Forzando la fortuna, aunque se aparte:
No por la eterna pena de el profundo,
No por la vida larga ó presta muerte,
No por ser uno solo, y sin segundo.
Siempre vive contento con su suerte,

Buena ó mediana, como él se la haze,
Y nunca estará mas ni menos fuerte.
Cualquier tiempo que llega, aquel le plaze,
Cuando no puede huir la triste suerte;
Y búrlase de aquel á quien desplaze.
Todo se mira, de sí mismo es juez,
Reposado en su vida está y seguro,
Uno en la juventud y en la vejez.
Es por de dentro y por defuera puro,
Piensa en sí lo que dice y lo que ha hecho,
Duro en creer, y en esperar mas duro.
En cualquier medio vive satisfecho,
Procura de ordenar, en cuanto puede,
Que en todo la razon venza al provecho.
Esto no sigue tanto, que él no quede
Dulce en humano trato y conversable,
Ni dé á entender al mundo que le hiede;
Pónese en el estado razonable.
Nunca espera, ni teme, ni se cura
De lo que le pareze que es mudable.
Jamas de todo en todo se asegura,
Ni se da tanto á la riguridad,
Que por seguilla olvide la blandura.
Deja á vezes venzer la voluntad,
Mezclando de lo dulce con lo amargo,
Y el deleite con la severidad.
De lo menos que él puede se haze cargo,
Daña á ninguno, á todos aprovecha,
No haze porqué deba dar descargo.
Este va por la via mas derecha,
A todo lo que viene se haze bueno,
De nada se ensandenze ó se despecha.
. . . . . .
¡ O quien pudiera verse en este punto
Cuanto al ánimo, aun no cuanto al poder,
Y tuviéseme el mundo por defunto.

Conmigo se acabase allí mi ser,
Y tan poca memoria de mí viese,
Como si nunca hubiera de nazer.
La noche del olvido me cubriese,
En esta medianeza comedida,
Y el vano vulgo no me conoziese.
Entónce haria yo sabrosa vida,
Libre de las mareas del gobierno,
Y de loca esperanza desabrida.
Arderia mi fuego en el invierno
Contino y claro, y el manjar seria
Mas rústico, si bien mas dulce y tierno.
El vino antiguo nunca faltaria,
Que los píes ó la lengua me trabase,
Mezclado con el agua clara y fria.
Ya cuando el año se desinvernase
Vendria de pazer manso el ganado,
A que la gruesa leche le ordeñase.
Llevarlo el dia al espacioso prado
Me plaziera, y tornallo á la majada,
Donde fuese seguro y sosegado.
Otras vezes á mano rodëada,
Esparzeria tras los tardos bueyes
El rubio trigo, ó la áspera cebada.
A la noche estaria dando leyes
Al fuego á los cansados labradores,
Que venziesen las de los grandes Reyes.
Oiria sus cuestiones en amores,
Gustaria sus nuevas elocuencias,
Y sus desabrimientos y favores:
Sus cuentos, sus donaires, sus sentencias,
Sus enojos, sus fieros, su motines,
Sus zelos, cuidadosas diferencias.
. . . . . .
¡O si (lo que mi alma no adivina)

La que aora me persigue y de mí huye;
Y en quererme dañar es tan contina,
. . . . . .
Se hallase presente; o tú, Marfira!
Pues mi corazon, vengas ó no vengas,
Siempre ha de suspirar como suspira,
Ruégate este cativo, que no tengas
Tan duro ánimo en pecho tan hermoso;
Ni tu inmortal presencia nos detengas.
Por tí me plaze este lugar sabroso,
Por tí el olvido dulce con concierto,
Por tí quiero la vida y el reposo.
Por tí la ardiente arena en el desierto;
Por tí la nieve helada en la montaña,
Por tí me plaze todo desconcierto.
Mira el sabroso olor de la campaña,
Que dan las flores nuevas y süaves,
Cubriendo el suelo de color estraña.
Oye los dulces cantos, que las aves
En la verde arboleda están haziendo;
Con vozes ora agudas, ora graves.
Mira las limpias aguas que riendo
Corren por los arroyos, y estorbadas
Por las pintadas guijas van huyendo.
Las sombras que al sol quitan sus entradas
Con los verdes y entretejidos ramos,
Y las frutas que de ellos son colgadas.
Parézeme, Marfira, que ya estamos
En todo, y que no finje mi deseo
Lo que quiere, sino lo que pasamos.
Tú la verás, Boscan, y yo la veo,
Que los que amamos vemos mas temprano;
Hela en cabello negro y blanco arreo.
Ella te cojerá con blanda mano

Las rojas ubas y la fruta cana,
Dulces y frescos dones del verano.
Mira que diligente y con qué gana
Viene al nuevo servicio, qué pomposa
Está con el trabajo y cuan ufana.
En blanca leche colorada rosa,
Nunca para su amiga ví al pastor
Mezclar, que pareziese tan hermosa.
El verde arrayan tuerze enderredor
De tu sagrada frente con las flores,
Mezclando oro inmortal á la labor.
Por cima van y vienen los Amores,
Con las alas en vino remojadas,
Suenan en el carcaj los pasadores.
Remede quien quisiere las pisadas
De los Grandes que el mundo gobernaron,
Cuya obras están quizá olvidadas.
Desvélese en lo que ellos no alcanzaron,
Duerma descolorido sobre el oro,
Que no le quedará mas que llevaron.
Yo, Boscan, no procuro otro tesoro,
Sino poder vivir medianamente,
Ni escondo otra riqueza ni otra adoro.
Si aquí hallas algun inconveniente,
Como hombre diestro, y no como yo soy,
Me desengaña de ello en continente,
Y si no, ven comigo adonde voy.

Boscan.

Respuesta a la antecedente.

Holgué, señor, con vuestra carta tanto,
Que levanté mi pensamiento luego,
Para tornar á mi olvidado canto.

Y así, aunque estaba á oscuras como ciego,
Sin saber atinar por donde iria,
Cobré tino en la luz de vuestro fuego.
La noche se me hizo claro dia,
Y al recordar mi soñoliento estilo,
Vuestra Musa valió luego á la mia.
Vuestra mano añudó mi roto hilo,
Y á mi alma regó vuestra corriente,
Con mas fertilidad que riega el Nilo;
Por do, si mi escribir ahora no siente
Fértil vena, será la causa de esto
Ser mi ingenio incapaz naturalmente.
Pero viniendo á nuestro presupuesto,
Digo tambien que el no maravillarse,
Es propio de jüizio bien compuesto.
Quien sabe y quiere á la virtud llegarse,
Pues las cosas verá desde lo alto,
Nunca terná de qué pueda alterarse.
Todo lo alcanzará sin dar gran salto,
Sin moverse andará por las estrellas,
Seguro de alboroto y sobresalto.
Las cosas naturales verá bellas,
Y bien dirá entre sí que son hermosas,
Pero no parará por eso en ellas.
Subirse ha al movedor de todas cosas,
Y alli contemplará grandes secretos
Hasta en las florezillas y en las rosas.
. . . . . .
¡ Dichoso aquel que de esto estará lleno
Viviendo entre las penas sosegado,
Y en mitad de los vicios siendo bueno!
¡ O gran saber del hombre reposado,
Cuanto mas vales, aunque estés durmiendo
Que el del otro, aunque esté mas desvelado.
Pero es enfin aquesto, á lo que entiendo,

Que holgamos de hablar bien cuando hablamos,
Magníficas sentencias componiendo;
Pero cuando á las obras nos llegamos,
Rehuimos mi fe de la carrera,
Y con solo el hablar nos contentamos.
Díjome no sé quien una vez, que era
Plazer hablar de Dios y obrar de el mundo;
Esta es la ley de nuestra ruin manera.
Pero, señor, si á la virtud que fundo
Llegar bien no podemos, á lo menos
Escusemos del mal lo mas profundo.
En tierra do los vicios van tan llenos,
Aquellos hombres que no son pëores,
Aquellos pasarán luego por buenos.
Yo no ando ya siguiendo á los mejores,
Bástame alguna vez dar fruto alguno,
En lo demas conténtome de flores.
No quiero en la virtud ser importuno,
Ni pretendo rigor en mis costumbres;
Con el gloton no pienso estar ayuno.
La tierra está con llanos y con cumbres,
Lo tolerable al tiempo acomodemos,
Y á su sazon hagámonos dos lumbres.
No curemos de andar tras los estremos,
Pues de ellos huye la filosofía
De los buenos autores que leemos.
. . . . . .
El estado mejor de los estados
Es alcanzar la buena medianía,
Con la cual se remedian los cuidados.
Y así yo, por seguir aquesta via,
Heme casado con una muger,
Que es el principio y fin del alma mia.
Esta me ha dado luego un nuevo ser,
Con tal felizidad, que me sostiene
Llena la voluntad y el entender.

Esta me haze ver que ella conviene
A mí, y las otras no me convenian:
A esta tengo yo, y ella me tiene.
En mí las otras iban y venian,
Y á poder de mudanzas á montones,
De mi puro dolor se mantenian.
Eran ya para mí sus galardones,
Como tesoros por encantamientos,
Que luego se volvian en carbones.
Agora son los bienes que en mí siento
Firmes, mazizos, con verdad fundados,
Y sabrosos en todo el sentimiento.
Solian mis plazeres dar cuidados,
Y al tiempo que venian á gustarse,
Ya llegaban á mí casi dañados;
Agora el bien es bien para gozarse,
Y el plazer es lo que es que siempre plaze,
Y el mal ya con el bien no ha de juntarse.

. . . . . .

El campo que era de batalla, el lecho,
Ya es lecho para mí de paz durable;
Dos almas hay conformes en un pecho.
La mesa en otro tiempo abominable,
Y el triste pan que en ella yo comia,
Y el vino que bebia lamentable,
Infestándome siempre alguna harpía,
Que en mitad del deleite mi vïanda
Con amargos potajes envolvia,
Agora el casto amor acude, y manda
Que todo se me haga muy sabroso,
Andando siempre todo como anda;
De manera, señor, que aquel reposo
Que nunca alcanzé yo por mi ventura
Con mi filosofar triste y pensoso,
Una sola muger me lo asegura,

Y en perfecta sazon me da en las manos
Victoria general de mi tristura.
Y aquellos pensamientos mios tan vanos
Ella los va borrando con el dedo,
Y escribe en lugar de ellos otros sanos.
Así que, yo ni quiero ya, ni puedo
Tratar sino de vida descansada,
Sin colgar de esperanza ni de miedo.

. . . . . .

No curo yo de hazer cavar mineros
De venas de metal, ni otras riquezas,
Para alcanzar gran suma de dineros;
Solo quiero escusar tristes pobrezas,
Por no sufrir soberbias de hombres vanos,
Ni de ricos estrechos estrechezas.
Quiero tener dineros en mis manos,
Tener para tener contenta vida
Con los hidalgos y con los villanos.
Quien quiera se desmande y se desmida,
Buscando el oro puro y reluziente,
Y la concha del mar indo venida.
Quien quiera esté cuidadoso y diligente,
Haziendo granjëar grandes jugadas
De tierra, do aproveche la simiente.
Si con esto se envuelven las lanzadas,
Las muertes entre hermanos y parientes,
De los reyes las guerras guerrëadas,
Huyan de mí los tales accidentes,
Huyan de mí riquezas poderosas,
Si son causa de mil males presentes.
Déjenme estar contento entre mis cosas,
Comiendo en compañía mansamente,
Comidas que no sean sospechosas.
Conmigo y mi muger sabrosamente,
Esté, y alguna vez me pida zelos,
Con tal que me los pida blandamente.

Comamos y bebamos sin rezelos,
La mesa de muchachos rodëada:
Muchachos que nos hagan ser abuelos.
Pasarémos así nuestra jornada,
Agora en la ciudad, ora en la aldea,
Por que la vida esté mas descansada.
Cuando pesada la ciudad nos sea,
Irémos al Lugar con la compaña,
Adonde el importuno no nos veà.
Allí se vivirá con menos maña,
Y no habrá el hombre tanto de guardarse
Del malo, ó del grosero que le engaña.
Allí podrá mejor filosofarse
Con los bueyes, y cabras y ovejas,
Que con los quo del vulgo han de tratarse.
Allí no serán malas las consejas,
Que contarán los simples labradores,
Viniendo de arrastrar las duras rejas.
¿Será pues malo allí tratar de amores,
Viendo que Apolo con su gentileza
Anduvo enamorado entre pastores?

. . . . . .

Nosotros seguirémos sus pisadas;
Digo, yo y mi muger nos andarémos
Tratando allí las cosas namoradas.
A do corra algun rio nos irémos,
Y á la sombra de alguna verde haya,
A do estemos mejor nos sentarémos.

. . . . . .

El rio correrá por do es su via,
Nosotros correrémos por la nuestra,
Sin pensar en la noche ni en el dia.
El ruiseñor nos cantará á la diestra
Y vernà sin el cuerbo la paloma,
Haciendo en su venida alegre muestra.

No tenémos envidia al que está en Roma,
Ni á los tesoros de los Asïanos,
Ni á cuanto por acá de la India asoma.
Tenémos nuestros libros en las manos,
Y no se cansarán de andar contando
Los hechos celestiales y mundanos.

. . . . . .

Los ojos holgarán con las verduras
De los montes y prados que verémos,
Y con las sombras de las espesuras.
El correr de las aguas oirémos,
Y su blando venir por las montañas,
Que á su paso vernán donde estarémos.
El aire moverá las verdes cañas,
Y volverán entónces los ganados
Balando, por llegar á sus cabañas.
En esto, ya que el sol por los collados,
Sus largas sombras andará encumbrando,
Envïando reposo á los cansados,
Nosotros nos irémos paseando
Hácia el lugar do está nuestra morada,
En cosas que verémos platicando.
La compaña saldrá regozijada
A tomarnos entónces con gran fiesta,
Diciendo á mi muger si está cansada.
Verémos al entrar la mesa puesta,
Y todo con concierto aparejado,
Como es uso de casa bien compuesta.
Despues que un poco habrémos reposado,
Sin ver bullir ni andar yendo y viniendo,
Y á cenar nos habrémos asentado,
Nuestros mozos vernán allí trayendo
Vïandas naturales y gustosas,
Que nuestro gusto estén todo moviendo.

Frutas pornán maduras y sabrosas,
Por nosotros las mas de ellas cojidas,
Envueltas en mil flores olorosas.
Las natas por los platos estendidas
Acudirán, y el blanco requeson,
Y otras cosas que dan cabras paridas.
Despues de esto verná el tierno lechon,
Con el conejo gordo y gazapito,
Y aquellos pollos que de pasto son.
Luego verná tambien allí el cabrito,
Que á su madre jamas habrá seguido
Por el campo, de tierno y de chiquito.
Despues que todo esto haya venido,
Y que nosotros descansadamente
Háyamos en la cena bien comido,
Pasarémos la noche dulcemente,
Hasta venir al tiempo que la gana
Del dormir toma al hombre comunmente,
Y lo que de este tiempo á la mañana
Pasare, pase agora sin contarse,
Pues no cura mi pluma de ser vana.
Basta saber que dos que tanto amarse
Pudieron, no podrán hallar momento,
En que puedan dejar siempre de holgarse.
Pero tornando á proseguir el cuento,
Nuestro vivir será de vida entera,
Viviendo en el aldea como cuento.
Tras esto, ya que el corazon se quiera
Desenhadar con variar la vida,
Tomando nuevo gusto en su manera,
A la ciudad será nuestra partida
Adonde todo nos será aplaziente,
Con el nuevo plazer de la venida,
Holgarémos entónces con la gente,
Y con la novedad de haber llegado,

Tratarémos con todos blandamente.

. . . . . .

Otras cosas habrá que las callamos,
Porque tan buenas son para hazerse,
Que pierden el valor si las hablamos.
Pero tiempo es enfin de recojerse,
Porque haya mas para otro mensajero,
Que si mi cuenta no ha de deshazerse,
No será, yo os prometo, este el postrero.

Herrera.

El desengañado en su retiro.

De aquel error en que viví engañado,
Salgo á la pura luz, y me levanto
Tal vez del peso que sufrí cansado.
Pudo mi desconcierto crezer tanto,
Que anduve de mí mismo aborrezido,
Sujeto siempre á la miseria y llanto.
Ya vuelvo en mí, y contemplo cuan perdido
Rendí el lozano corazon sin miedo
A los dañados gustos del sentido.

. . . . . .

Ahora voy por una llana via
A la seguridad del bien que sigo,
Do será no acertar desdicha mia.
Considero apartado yo conmigo
Del rojo sol la inmensa lijereza,
Y en cuanto infonde su calor amigo;
La tibia, instable luna, la grandeza
Del ancho mar, su vario movimiento,
El sitio de la tierra y su firmeza.
Juzgo cuanto es el gusto y el contento

De gozar la belleza diferente,
Que en sí contiene este terrestre asiento;
Y cuan dulce es vivir alegremente
Espacios luengos de una edad dichosa,
Y contemplar tan alto bien presente,
Do en esta vista y luz maravillosa
El ánimo encendido ensalze el vuelo
A la profunda claridad hermosa,
Y allí se afine de aquel torpe velo,
Que en sí lo trajo opreso, y no le impida
La gruesa niebla, ni el error del suelo.
¡ Cuanta miseria es perder la vida
En purpúrea flor de la edad pura,
Sin gozar de la luz del sol crezida!
¡ Cuan vana eres, humana hermosura!
¡ Cuan presto se consume y se deshaze
La gracia y el donaire y apostura!
La bella vírgen, cuya vista aplaze
Y regala al sentido, en tiempo breve
Al mesmo que agradó no satisfaze.
No así tan presto aparta el viento leve
Y disipa las nieblas, y el ardiente
Sol desata el rigor de helada nieve,
Como á la tierna edad la flor luziente
Huye, y los años vuelan, y pereze
El valor y belleza juntamente.
¡ Cuan breve y cuan caduca resplandeze
Nuestra gloria! ¡ Cuan súbito, en el punto
Que deleita á los ojos, despareze!
Mas ¡ o si se pudiese que este punto
De breve vida alegres en sosiego
Gozásemos sin miedo y dolor junto!
Cual, de ambicion y de avaricia ciego,
Sulca el piélago inmenso, peregrino,
Y ve del sol mas tarde el claro fuego:

Cual, ardiendo en furor de Marte indino,
Arma el osado pecho en duro hierro
Contra el estrecho deudo y el vecino:
Cual, de sí mesmo puesto en un destierro,
Niega su voluntad por otra ajena,
Y sigue inferior el mayor yerro.
Lisonjeros alagos, dulce pena,
Buscando mal, del desvario humano
Traen de gusto la esperanza llena.
Ningun monte ó desierto, ningun llano,
A do pueda llegar gente atrevida,
Nos librará del ciego error profano.
Ira, miedo, codicia aborrezida
Nos cercan, y huir no es de provecho,
Que las llevamos siempre en la huida.
. . . . . .
Estos deleites que seguí sin freno,
Que al fin tan caro cuestan, me trajeron
Siempre de confusion y temor lleno.
. . . . . .
Seguro gozo puede ser ninguno,
Ninguno puede ser perpetuo, en cuanto
La tierra cria y cerca el gran Neptuno.
Sola virtud, tú sola puedes tanto,
Que el gozo dar perpetuo y bien seguro
Puedes, si en amor tuyo me levanto.
Lugar puede hallarse tan oscuro,
Do se asconda algun tiempo el error cierto,
Mas sale á fuerza al cabo al aire puro.
La vergüenza del propio desconcierto,
El miedo, vengador de nuestras penas,
Nos muestran nuestra falta en descubierto.
El delito y las culpas son ajenas
De nuestra condicion; pero nazimos
Con flaquezas de mil miserias llenas,

Y tan mal nuestros bienes conozimos,
Y dimos tanta mano al torpe gusto,
Que solos sus regalos admitimos.
¿Do está el deseo ya del honor justo?
¿Do el amor verdadero de la gloria?
¿Do contra el vicio el corazon robusto?
Gran hazaña es gozar de la vitoria
Del bravo contendor, y los despojos
Guardar para blason de la memoria;
Pero es mucho mayor ante los ojos
Que miran bien, por la no usada senda
Caminando entre peñas y entre abrojos,
Sobrepujar en áspera contienda
Sus contrarios, y verse en la ardua cumbre,
Do no alcanze el nublado, ni le ofenda.
¿Más quien podrá subir sin viva lumbre?
¿Quien sin favor que aliente su flaqueza,
Y le alze de esta grave pesadumbre?
Si yo pudiese bien en tu belleza
Fijar mis ojos, Musa soberana,
Y contemplar cercano tu grandeza,
Del ciego error y multitud profana,
Que se entorpeze en la tiniebla oscura,
No seguiria la opinion liviana,
Antes con libertad libre y segura,
Abrasado en tu amor, ocuparia
La vida en admirar tu hermosura:
Y aquí do el Betis desigual varía
El curso, y vuelve y trueca la corriente,
Un apartado puesto escojeria,
Do la ambicion de tanta errada gente,
Los deseos injustos, la esperanza,
Dulce engaño del ánimo doliente,
En este estado, libre de mudanza,
No podrian turbarme del sosiego
Que en la discreta soledad se alcanza.

Rompa los senos otro del mar ciego
Con prestas alas de su osada nave,
Do no se aventuró Romano ó Griego:
Llegue do el sacro Océano se trabe
Con el piélago austral, y no cansado
Cerque el golfo que el yelo torna grave;
Que bien puede alabarse confiado
De haber visto, tratado y conozido
Y mil varios peligros allanado;
Pero no habrá gozado ni entendido
Los bienes que el silencio en el desierto,
Da á un corazon modesto y bien rejido,
Fuera de todo humano desconcierto.

Baltasar Elisio de Medinilla.

A LOPE DE VEGA: SOBRE LA INOCENCIA DE LA VIDA DEL CAMPO, Y DEPRAVACION DE LA DE LA CORTE.

Despues que con mas alma, Lope amigo,
Estudio en la virtud, á vuestro ejemplo
Soy ya de la ciudad noble enemigo.
Lejos del vulgo en soledad contemplo
Mejor el cielo aquí, y en la esperanza
Fogosas ansias de gozalle templo.
. . . . . .
Los tiempos quiere con veloz corrida
Que pasen el ocioso cortesano,
Y que inmoble se esté siempre la vida.
Maldice el largo dia del verano,
No perdonando al del invierno breve,
Porque no se le vaya alguno en vano.
¡Cuan al contrario aquí la edad se mueve
Con tardos pies, lijeros al deseo,

Que á detenerlos por obrar se atreve!
  Aquí la castidad (¡ o santo empleo,
Quien siempre vuestro esclavo hubiera sido!)
Tiene en blanda quietud dulce trofeo.
  Aquí solo á las aves es finjido
El trato del villano, no á la gente,
Que está el engaño á la lisonja asido.
  Aquí vive el deseo dulcemente,
Aguardando aquel dia venturoso
Que no ha de tener fin eternamente.
. . . . . .
  ¡ Cuanto es mejor que ver que el otro enfrene
Con riendas de oro el animal gallardo,
Que con sangre la espuma á mezclar viene,
  Mirar al labrador con gaban pardo
En los ásperos campos cómo aqueja
Con el flaco aguijon el buey mas tardo!
  ¡ Cuanto es mejor que ver cómo se queja
El poderoso de su estado, y quiere
Desamparar la pompa y no la deja,
  Ver los tiernos pimpollos cómo injiere
En las yemas el rústico preñadas,
Y las superfluas ramas corta y hiere!
  Y cómo por corrientes dilatadas
Justo divide el resonante arroyo
En las sedientas vegas ya sembradas:
  Y cómo planta en el profundo hoyo
El crezido sarmiento, á quien aplica,
Alguna vara por seguro apoyo.
  ¡ Cuanto es mejor que ver cómo fabrica
Altos palacios el poder confuso,
Donde el pinzel colores multiplica,
  Considerar á aquel autor que puso
No finjidas imágenes al suelo,
Hombres que á forma de su ser compuso!

¡ Cuanto es mejor aquí beber el yelo
Natural de la fuente en el estío,
Que allá violento en el calor del cielo!
Como del caos en el combate impío
Pelea con lo leve lo pesado,
Y lo cálido riñe con lo frio,
Tal es allá el manjar acostumbrado,
De mil contrarios hecho, aquí el honesto
Simplemente sabroso y regalado.
¿Quien sino vos en la ciudad ha puesto
El ánimo al estudio generoso?
¿Y quien con soledad no se ha dispuesto?
Aman las ciencias, el lugar umbroso,
El tumulto aborrezen; y él murmura
Ignorante del sabio y virtüoso.

Cosme Gomez Tejada de los Reyes.

En qué consiste la felizidad de la vida.

¡ Cuan bienaventurado
Aquel puede llamarse, que seguro
Del confuso cuidado,
Opuesto siempre al pensamiento puro,
En soledad dichosa
Huye la gente vana y engañosa!
La libertad amada,
Que al razional estado corresponde,
Por servidumbre honrada
No trueca en el palacio real, adonde
Es trabajo forzoso
Rogar, finjir, temer y estar quejoso.
. . . . . .
No á insaciable codicia
Cuidado de la vida honesto llama,

A quien sigue avaricia,
Y el corazon del mas ilustre infama;
Que hombre de bien y avaro,
Si no es caso imposible, es monstruo raro.
No escucha que atrevida
Hable la cobardía al valor mudo;
La ignorancia vestida
No ve, cuando el ingenio anda desnudo;
Y si Diógenes viven,
No hay Alejandros que del sol los priven.
. . . . . .
El inconstante juego,
Fecundo de los vicios padre olvida,
Que enciende voraz fuego
De honor, tiempo, virtud, hazienda y vida,
A quien el mundo llame,
Si esceso le condena, ofizio infame.
No lascivos amores
Al alma tiranizan el sosiego,
Ni zelosos rigores
Encienden nieve, dan materia al fuego:
Porque el ocio venzido
Rompe las flechas al rapaz Cupido.
En el ameno prado
A sombra de la encina ó piedra yaze,
A vista del ganado
Que entre tomillos ó descansa ó paze,
Cuyos tiernos balidos
Dulcemente adormezen los sentidos.
En sus nidos las aves
Le hazen simplemente compañía
Con músicas süaves:
Solo murmûra alguna fuente fria,
Dando al zéfiro quejas,
Y con susurro blando las abejas.

Ya mientras la vacada
Se estiende por el valle, que sonoro
Con voz menos formada
Responde quejas del zeloso toro,
Sus bienes solo canta,
Y ántes que males lleguen, los espanta.
Persigue al veloz gamo
En un hijo del viento, que le iguala;
O engaña con reclamo
Perdiz que perdonó lijera bala,
O al javalí valiente
En roja espuma baña el blanco diente.
. . . . . .
Entre perros lëales
Sigue al corzo, la liebre, ó al conejo;
O en los mansos cristales,
Que de Narciso pueden ser espejo,
Goza su márgen fresca,
Y el barbo ó trucha con anzuelo pesca.
Al olmo poderoso
La humilde parra teje y encadena,
O el panal milagroso,
Néctar del cielo, castra á la colmena;
Si no es que el gusto cobre
Dulce tributo del preñado robre.
De espigas coronado
Viene el estío no muy rigoroso,
Que el fruto deseado
Apazible le haze y amoroso;
Y cuando siega, advierte
Que el premio sigue al filo de la muerte.
En el otoño viste
Baco festivo el campo de razimos;
Cualquier dolor resiste
Dulce licor de frutos tan opimos,

Que sin Baco y sin Céres
Venus se enfria, y los demas plazeres.
En el invierno frio
Rompe con mano al parezer ingrata,
Las perlas del rozío
Sobre campos que el yelo hizo de plata,
Cuando dan un tesoro
De verdes esmeraldas granos de oro.
Al verano recibe,
Y entre flores y risa se remoza;
Mas el que solo vive
Siempre florida primavera goza,
Que es peor un cuidado
Que estío caluroso, invierno elado.
Ni pretende ni espera,
Contento pasa el pobre con su suerte;
No la fortuna altera,
No vida osada, no cobarde muerte,
Al ánimo sereno,
Mala al que vive mal, y buena al bueno.

Bartolomé Argensola.

EN LA MUERTE DEL CONDE DE GÉLVES, EPISTOLA A SU HERMANO.

Cayó, Señor, rendido al accidente,
Que anticipó los términos del hado,
Tu Fernando en la edad mas floreziente,
Cual purpureo jazinto, que agrabado
De la lluvia, inclinó al humor el brio;
O al pasar le tocó el severo arado.
No quedó Ninfa en el Pinciano rio,

Que de dolor no diese alguna muestra,
Mirando én su ribera el cuerpo frio.
Llórale Mantua, que esperó en su diestra
Bélicas glorias, cuando en paz, festiva
Le vió animar la juvenil palestra.
Depuso Betis la feliz oliva
A la fama del caso, y entretanto
Asombró con cipres la frente altiva.
. . . . . .
Mas ¿ quien retratará vuestros semblantes,
¡O madre, o esposa, o hermanos! si del Cielo
No le infunden alientos abundantes?
. . . . . .
Como tal vez el árbol sacudido
Del viento, enviuda de sus tiernas hojas,
De que sombra esperó y honor florido,
Y perdona á las pálidas ó rojas,
Que vieron sazonar consortes frutos;
Y en el cansado ramo tiemblan flojas;
Así los hados turban absolutos
El órden de las cosas tributarias,
Y dilatan ó cobran sus tributos.
Destas ejecuziones voluntarias
Yazes, Fernando, y yazen imperfetas
Varias acciones de virtudes varias;
Como quedaran al horror sujetas
Las de nuestra region, si el sol faltara,
O indistinta la luz de los planetas.
Contigo fallezió la fuerza rara,
Con que desnudo el animoso azero,
Ni á la clava de Alcídes respetara.
¿ Quien dará ley al corredor guerrero
De los rebaños béticos, que viven
Dispuestos siempre al ejerzizio fiero?
Cuyas fogosas madres, que reciben

La esperada virtud por el olfato,
De los fecundos zéfiros conciben?
¿A quien fué el polvo olímpico tan grato,
Como á tí el circo, en que se vibran lanzas
Con armas limpias ó africano ornato?
Y no por el concepto de alabanzas,
Que atribuyen las auras populares,
Que otro fin se imprimió en tus esperanzas;
Llamábante las glorias militares;
Mas por ventura maternal respeto
Te obligó á no dejar los patrios lares:
Que ya tú, por estímulo secreto,
Te dedicabas á la fama eterna,
Cuando estorbó la muerte el noble efeto.
Así el tierno lëon, que en la caverna
Líbica en que nació, creze al cuidado
Que solicita la piedad materna,
Conoziéndose adulto, y obligado
A la virtud de su niñez ardiente,
Y con soberbia leche alimentado,
Ya como armarse las quijadas siente,
Pomposa ondea en la cerviz la greña,
Y en las uñas crezió el vigor reciente,
El sustento pazífico desdeña,
Porque sangre feroz le pide el gusto,
Y rabia por dejar la ociosa peña;
Mas cuando un tigre, ó toro el mas robusto
A los noveles ímpetus destina,
Para domar despues el campo adusto,
De accidente mortal en la vecina
Selva espiró la fiera generosa,
Que amenazaba general rüina.

. . . . . .

No respetó la muerte las acciones,
A que presto se viera reduzida
La heroica prevencion de tantos dones.

Pero si al tardo ocaso de su vida
Guardaba alguna trágica miseria,
Piedad fué humana apresurar la herida.
Si muriera Anibal, cuando Hesperia
Siendo el hado á sus armas obediente,
Para glorioso fin le dió materias;
No huyera en la vejez á ser cliente
De un griego rey. ¡ O glorias nuestras vanas!
No hay bien que en larga edad no se descuente.
No muere á manos griegas ni romanas,
Sino al veneno que le dió su anillo,
Vengador de la pérdida de Canas.
Y tú, Magno Pompeyo, fiel caudillo
De la causa mas justa, á quien Tesalia
Reservó para un bárbaro cuchillo,
Próvidas fiebres ántes en Italia,
Luchando con el hado, pretendieron
Librarte de los campos de Farsalia;
Pero los votos públicos venzieron,
Unidos al clamor de las ciudades,
Que su salud en tu salud pusieron.
Como prodigio luze á las edades
La memoria del jóven Macedonio,
Nazido para ver felizidades;
Mas ¡ cuan triste nos diera el testimonio,
Si sus progresos no atajara presto
La envidia del veneno babilonio!
Bien que el ánimo siempre tan modesto
Mostró Fernando á glorias y rüinas,
Que ningunas lo hallaran descompuesto.
. . . . . .
Y si voló del tiempo á eternas glorias,
¿ Cuanto debe al suspiro poderoso,
Que le forzó á dejar las transitorias?
El mira agora el órden victorioso

De sus progenitores, ya inmortales,
En el firme consorcio del reposo.
Penetra los diáfanos cristales,
Y escucha el son que armónicas despiden
Impelidas las ruedas celestiales.
Nota la ley con que sus lumbres miden
La magnitud del término prescrito,
Las zonas que la cercan y dividen,
Y al abrasado amor, solo infinito,
Por las amadas prendas intercede,
Que absortas mira en el mortal distrito.
Esta piadosa fe consolar puede,
Y aun reprender, Señor, el llanto largo,
Si de sufribles límites escede;
Que aunque el dolor primero es tan amargo,
Aquel vigor infuso ¿á quien no anima
De la esperanza que nos tiene á cargo?
Quien la ignora ó la niega llore y gima,
Que tú á su inspiracion acudir debes,
Cuando naturaleza te lastima.
Modera pues las lágrimas que llueves,
Que no siempre la escarcha al sol resiste,
Ni el monte yerto de ostinadas nieves.
. . . . . .
Busquemos pues, busquemos el sosiego
En la inmortalidad, que nos alienta
A robar de su esfera el sacro fuego:
Y el alma, si no libre, mas atenta
Por los objetos ínclitos anela,
Que su meditacion le representa.
El tiempo con los suyos desconsuela,
Que aprisa los desarma y desfigura,
Y no saciado de victorias vuela.
El mármol que, soberbio en su escultura,
A los quietos huesos de tu hermano
Ofrezió venerable sepultura,

¿ Quien sabe si tambien fué cuerpo humano
En otro siglo, y lo pasó la muerte
Por su alterable variedad temprano?
El sujeto mas sólido y mas fuerte
Entre la fuga de los tiempos medra,
Cuando en sorda materia se convierte.
Y otros verán cómo tenaz la yedra
Lamiendo ofenderá los tersos lados
Al epitafio de la ilustre piedra.
¿ Quien sabe si la suerte sucesiva
Quiere, alterando el ser de los estremos,
Que el mar para rebaños se aperciba?
Quizá los verdes golfos, donde hoy vemos
Mover las esperanzas de los Reyes
Globos de espuma entre ambiciosos remos,
Culto recibirán y agrestes leyes:
Verán luzir las premiadoras hozes,
Y en su labor sudar los tardos bueyes.
Pasan los siglos á su fin velozes,
Sin que del curso retroceda una hora
Por tiernos votos ni veementes vozes.
La edad contra sus obras venzedora,
Reserva para un último gemido
Las mismas que alimenta y atesora.
. . . . . .
La materia en el tálamo fecundo
Admitió los primeros himeneos,
Y elementos discordes sintió el mundo.
Desde entónces con ansias y deseos
Que las formas le dan, volver porfia
Al primer caos por íntimos rodeos.
Mas la luz de mas fiel filosofía
Por otros mas seguros y propicios
A la region de la verdad nos guia:
Entre cuyos luzientes edifizios

Forma el número electo de las almas
Estruendo de triunfales ejerzizios.
¡ O eterna pompa ! ¡ o incorruptibles palmas !

Rioja.

A FABIO : SOBRE LAS ESPERANZAS DE LA CORTE.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al mas astuto nazen canas;
Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merezido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija, en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido;
Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó ostinada y locamente.
Esta invasion terrible ó importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado,
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno;
¿ Qué espera la virtud, ó en qué confia?

Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno;
A donde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
Blanda le sea, al derramarla encima:
Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el peze raro,
O cuando su pavon nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la oscura noche, del Egeo
Busca el piloto el eminente faro;
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: lo que desprecio he conseguido,
Que la opinion vulgar es devaneo.
Mas precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algun Príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del Privado!
Cese el ansia y la sed de los ofizios,
Que acepta el don y burla del intento
El ídolo á quien hazes sacrifizios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y esperas;
¡O error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas Grecianas, las banderas
Del Senado y romana monarquía,
Murieron y pasaron sus carreras.

¿ Qué es nuestra vida mas que un breve dia
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿ Qué es mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡ O ciego desvarío!
¿ Será que de este sueño me recuerde?
¿ Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
¿ De la pasada edad qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo á dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡ O si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero!
Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue.
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus razimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano:
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron; y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al Señor que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardia.
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni á la vid cuyo fruto no madura.
¿ Piensas acaso tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,

Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡O! quien así lo entiende ¡ cuanto yerra!
Esta nuestra porcion alta y divina
A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella, que solo al hombre es dada,
Sacra razon y pura, me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres ni la fama.
Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuanto son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata.
Un angulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares;
Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas conceto
Que pongo la virtud en ejerzizio,
Que aun esto fué difizil á Epiteto.
Basta al que empieza aborrezer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto:
Despues le será el cielo mas propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
Mas no podrás negarme cuan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento;
Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.
Tal la humana prudencia es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas, macilentos,
De la virtud infames histrïones:
Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.
¡ Cuan callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡ Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡ Qué muda la virtud por el prudente!
¡ Qué redundante y llena de rüido
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido;
En las costumbres, solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó, como si fuera plata neta,
De cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza ¿ viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡ O muerte ! ven callada ,
Como sueles venir , en la saeta ,
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor , que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad , y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuanto confio ,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.
¿ Es por ventura menos poderosa
Que el vicio , la virtud ? ¿ es menos fuerte ?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar , la ira á las espadas ,
Y la ambicion se rie de la muerte ;
¿ Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones , si las miro
De mas ilustres genios ayudadas ?
Ya , dulce amigo , huyo y me retiro
De cuanto simple amé , rompí los lazos.
Ven y verás al alto fin que aspiro ,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

Moreto.

ESPLICA EN QUÉ CONSISTE EL QUE EL AMOR SE ENCIENDA CON EL DESDEN.

. . . . . .
Pues para que se conozca
La vileza mas indigna
De nuestra naturaleza ,

Aquella hermosura misma
Que yo ántes libre miraba
Con tantas partes de tibia,
Cuando la ví desdeñosa,
Por lo imposible á la vista
La que miraba comun,
Me parezió peregrina.
¡ O bajeza del deseo!
Que aunque sea á la codicia
Dé mas precio lo que alcanza,
Que lo que se le retira;
Solo por la privacion
De mas valor lo imagina,
Y da el precio á lo difízil,
Que su mesmo ser le quita.
. . . . . .
Traidor corazon ¿ qué es esto?
¿ Qué es esto, aleves caricias?
¿ La que neutral no os agrada,
Os pareze bien esquiva?
¿ La que vista no os suspende,
Cuando es ingrata os admira?
¿ Qué le añade á la hermosura
El rigor que la ilumina?
¿ Con el desden es hermosa
La que sin desden fué tibia?
¿ El desprecio no es injuria?
¿ La que desprecia no irrita?
Pues la que no pudo afable,
¿ Porqué os arrastra enemiga?
La crueldad á la hermosura
El ser de Deidad la quita;
¿ Pues qué para mí la ensalza,
Lo que para sí la humilla?
Lo tirano se aborreze;

¿ Pues á mí cómo me obliga ?
¿ Qué es esto , amor ? ¿ Es acaso
Hermosa la tiranía?
No es posible ; no , esto es falso ;
No es este amor, ni hay quien diga
Que arrastrar puede inhumana ,
La que no movió divina.
. . . . . .
¿ Pues qué es esto ? ¿ Esto no es fuego?
Sí, que mi ardor lo acredita;
No que el yelo no lo causa ;
Sí que el pecho lo publica.
No puede ser , no es posible,
No que á la razon implica ;
¿ Pues qué será ? Esto es deseo :
¿ De qué ? de mi muerte misma :
Yo mi mal querer no puedo :
¿ Pues qué será ? una codicia
De aquello que se me aparta ;
No, porque no lo querria
El corazon ¿ Esto es tema ?
No : pues , alma , qué imaginas ?
Bajeza es del pensamiento ;
No es sino soberanía
De nuestra naturaleza ,
Cuya condicion altiva
Todo lo quiere rendir,
Como superior se mira ;
Y habiendo visto que hay pecho ,
Que á su alago no se rinda,
El dolor de este desden
Le abrasa y le martiriza,
Y produze un sentimiento ,
Con que á deseär le obliga
Venzer aquel imposible ;

Y ardiendo en esta fatiga,
Como hay parte de deseo,
Y este deseo lastima,
Pareze efecto de amor,
Porque apeteze y aspira,
Y no es sino sentimiento
Equivocado en caricia.

De incierto Autor.

EPISTOLA ESCRITA EN EL RETIRO DEL PAULAR.

Desde el oculto y venerable asilo,
Do la virtud austera y penitente
Vive ignorada, y del liviano mundo
Huida, en santa soledad se esconde,
El triste Fabio al venturoso Anfriso
Salud en versos flébiles envia.
Salud envia á Anfriso, al que inspirado
De las mantuanas Musas, tal vez suele
Al grave son de su celeste canto
Precipitar del viejo Manzanares
El curso perezoso, tal süave
Suele ablandar con amorosa lira
La altiva condicion de sus zagalas.
¡ Pluguiera á Dios, o Anfriso, que el cuitado
A quien no dió la suerte tal ventura,
Pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡ Plugiera á Dios, pues ya con su barquilla
Logró arribar á puerto tan seguro,
Que esconderla supiera en este abrigo,
A tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera así la furia tempestuosa
De los contrarios vientos, los escollos
Y las fieras borrascas, tantas vezes

Entre sustos y lágrimas corridas.
Así tambien del mundanal tumulto
Lejos, y en estos montes guarezido,
Alguna vez gozara del reposo,
Que hoy desterrado de su pecho vive.
¡ Mas ay de aquel, que hasta en el santo asilo
De la virtud, arrastra la cadena,
La pesada cadena, con que el mundo
Oprime á sus esclavos! ¡ Ay del triste,
En cuyo oido suena con espanto,
Por esta oculta soledad rompiendo,
De su señor el imperioso grito!
Busco en estas moradas silenciosas
El reposo y la paz que aquí se esconden,
Y solo encuentro la inquietud funesta,
Que mis sentidos y razon conturba.
Busco paz y reposo; pero en vano
Los busco ¡ o caro Anfriso! que estos dones,
Herencia santa que al partir del mundo
Dejó Bruno en sus hijos vinculada,
Nunca en profano corazon entraron,
Ni á los parciales del plazer se dieron.
Conozco bien que, fuera de este asilo,
Solo me guarda el mundo sinrazones
Vanos deseos, duros desengaños,
Susto y dolor; empero todavía
A entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado
Sigo el impulso del fatal destino,
Que á muy mas dura esclavitud me guia.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
Por todas partes los pesados grillos,
Que de la ansiada libertad me privan.
De afan y ángustia el pecho traspasado,
Pido á la muda soledad consuelo,

Y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
Sigo del claro rio las corrientes,
Busco la fresca y deleitosa sombra,
Corro por todas partes, y no encuentro
En parte alguna la quietud perdida.
¡ Ay Anfriso, qué escenas á mis ojos,
Cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos montes
Se estiende un valle, que de mil delicias
Con sabia mano ornó naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
De las vecinas rocas, el Loroya,
Por su pesca famoso y dulces aguas.
Del claro rio sobre el verde márgen
Crezen frondosos álamos, que al cielo
Ya erguidos alzan las plateadas copas,
O ya sobre las aguas encorbados
En mil figuras, miran con asombro
Su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque ombrío
Hasta la falda del vecino monte
Se estiende: tan ameno y delicioso,
Que le hubiera juzgado el Gentilismo
Morada de algun Dios, ó á los misterios
De las silvanas Dríadas guardado.
Aquí encamino mis inciertos pasos,
Y en su recinto ombrío y silencioso,
Mansion la mas conforme para un triste,
Entro á pensar en mi cruel destino.
La grata soledad, la dulce sombra,
El aire blando y el silencio mudo,
Mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luzes
El rayo azechador, ni su reflejo

Viene á cubrir de confusion el rostro
De un infeliz, en su dolor sumido.
El canto de las aves no interrumpe
Aquí tampoco la quietud de un triste;
Pues solo de la viuda tortolilla
Se oye tal vez el lastimero arrullo,
Tal vez el melancólico trinado
De la angustiada y dulce Filomena.
Con blando impulso el zéfiro süave,
Las copas de los árboles moviendo,
Recrea el alma con el manso ruido:
Mientras al dulce soplo desprendidas
Las agostadas ojas, revolando
Bajan en lentos círculos al suelo:
Cúbrenle en torno, y la frondosa pompa
Que al árbol adornara en primavera,
Yaze marchita, y muestra los rigores
Del abrasado estío y seco otoño.
Así tambien de juventud lozana
Pasan, ¡o Anfriso, las livianas dichas!
Un soplo de inconstancia, de fastidio,
O de capricho femenil las tala
Y lleva por el aire, cual las ojas
De los frondosos árboles caidas.
Ciegos empero, y tras su vana sombra
De contino exalados, en pos de ellas
Corremos, hasta hallar el precipicio
Do nuestro error y su ilusion nos guian.
Volamos en pos de ellas, como suele
Volar á la dulzura del reclamo
Incauto el pajarillo. Entre las ojas
El preparado visco le detiene:
Lucha cautivo por huir, y en vano;
Porque un traidor que en asechanza atisba,
Con mano infiel la libertad le roba,

Y á muerte le condena, ó cárcel dura.
¡Ah! dichoso el mortal de cuyos ojos
Un pronto desengaño corrió el velo
De la ciega ilusion! ¡una y mil vezes
Dichoso el solitario penitente,
Que triunfando del mundo y de sí mismo,
Vive en la soledad libre y contento!
Unido á Dios por medio de la santa
Contemplacion, se goza ya en la tierra;
Y retirado en su tranquilo albergue,
Observa reflexivo los milagros
De la naturaleza, sin que nunca
Turben el susto ni el dolor su pecho.
Regálanle las aves con su canto,
Mientras la aurora sale refulgente
A cubrir de alegría y luz el mundo.
Názele siempre el sol claro y brillante,
Y nunca á él levanta conturbados
Sus ojos, ora en el oriente raye,
Ora del cielo á la mitad subiendo,
En pompa guie el reluziente carro,
Ora con tibia luz, mas perezoso,
Su faz esconda en los vecinos montes.
Cuando en las claras noches cuidadoso
Vuelve desde los santos ejerzizios,
La platëada luna en lo mas alto
Del cielo mueve la luziente rueda
Con augusto silencio; y recreando
Con blando resplandor su humilde vista,
Eleva su razon, y la dispone
A contemplar la alteza y la inefable
Gloria del padre y criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos,
Que en los palacios y dorados techos
Nos turban de contino, y entregado

A la inefable y justa providencia,
Si al breve sueño alguna pausa pide
De sus santas tareas, obediente
Viene á cerrar sus párpados el sueño
Con mano amiga, y de su lado ahuyenta
El susto y las fantasmas de la noche.
¡ O suerte venturosa, á los amigos
De la virtud guardada! ¡ O dicha nunca
De los tristes mundanos conozida!
¡ O monte impenetrable! ¡ o bosque ombría!
¡ O valle deleitoso! ¡ o quien del alto
Y proceloso mar del mundo huyendo,
A vuestra eterna calma, aquí seguro
Vivir pudiera siempre, y escondido!
Tales cosas revuelvo en mi memoria,
En esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su manto
Cobija el ancho mundo. Vuelvo entónces
A los medrosos claustros: de una escasa
Luz el distante y pálido reflejo
Guia por ellos mis inciertos pasos;
Y en medio del horror y del silencio,
¡ O fuerza del ejemplo portentosá!
Mi corazon palpita, en mi cabeza
Se erizan los cabellos, se estremezen
Mis carnes, y discurre por mis nervios
Un súbito rigor que los embarga.
Pareze que oigo que del centro oscuro
Sale una voz tremenda, que rompiendo
El eterno silencio, así me dice:
« Huye de aquí, profano: tú que llevas
» De ideas mundanales lleno el pecho,
» Huye de esta morada, do se albergan,
» Con la virtud humilde y silenciosa,
» Sus escojidos: huye, y no profanes
» Con tu planta sacrílega este asilo. »

De aviso tal al golpe confundido,
Con paso vacilante voy cruzando
Los pavorosos tránsitos, y llego
Por fin á mi morada; donde ni hallo
El ansiado reposo, ni recobran
La suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos,
Paso la triste y perezosa noche
En molesta vigilia, sin que llegue
A mis ojos el sueño, ni interrumpan
Sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
La luz aborrezida, y en pos de ella
El claro dia á publicar mi llanto,
Y dar nueva materia al dolor mio.

Melendez.

La despedida del Anciano.

Por un valle solitario
Poblado de espesas hayas,
Que á la silenciosa luna
Cierran el paso enramadas,
Un anciano venerable,
A quien de la dulce Patria
Echan el odio y la envidia,
Con inciertos pasos vaga.
De cuando en cuando los ojos
Vuelve hácia atras y se para,
Y ahogársele el pecho siente
Con mil memorias aziagas.
¡ O! ¡ quiera el Cielo benigno,
(En voz dolorida esclama)
Que sobre tí, Patria ciega,

Sumas inmensas derramas?
¡ Guarte , que á tu fin caminas!
El velo fatal arranca
De tus ojos , y contempla ,
Contempla ¡ infeliz ! tus llagas.
Esos superfluos tocados,
Esos airones y gasas
Que te ofreze el estranjero ,
Venenos son que te acaban.
Con la virtud de tus hijos
Los compras : tus recatadas
Antiguas fembras ¡ o tiempos!
Del vicio mismo hoy se jactan.
Míralas la frente erguida ,
Que altaneras y livianas
Cual vano pavon , provocan
La juventud castellana.
Un tiempo fué , cuando apenas
En lo interior de su casa
Como deidad la matrona
A sus deudos se mostraba.
Las labores y los hijos ,
Entre dueñas y criadas ,
Del alba á la media noche
Santamente la ocupaban ;
Y hoy del adúltero al lado
Sin seso calles y plazas
Corre impudente , y abona
Las mas viles cortesanas.
Ve tus jóvenes perdidos ,
Y dile á su degradada
Naturaleza , que al Moro
A la Libia volver haga.
Sus risadas trenzas mira
Entre polvos y fragancia
Mentir del sesudo anciano

Con las letras y las armas.
¿Qué se hiziera de tus timbres?
¿De la sangre derramada
De tus valerosos hijos
Cual fruto, dime, sacaras?
¿Porqué al menos no los premias,
Y su virtud nos consagras
En honrosas inscripciones
Y en inmortales estatuas?
A tu juventud presentas,
Cuando aun no sabe imitarlas,
Las venganzas y adulterios
De las deidades paganas;
¿Y un Pelayo, y un Ramiro,
Y otros mil que con su lanza
Quebrantáron las cadenas
Do gemias aherrojada,
En olvido sempiterno
Será que sumidos yazgan?
¡O mengua! ¡o descuido! ¡o siglo!
¡Cuan mal el mérito ensalzas!
Vieran sus débiles nietos
En sus venerables canas
Las virtudes, que les dieron
Nombre eterno, retratadas.
En esto, en esto debieras
Gastar los montes de plata,
Que de las remotas Indias
Traen las flotas á tus playas.
El labrador descendiente
De aquellos que por su espada
Te las dieron, con gemidos
Tristes el pan te demanda.
Su miserable familia
Por lecho tiene unas pajas;
¿Y tú en locas vanidades ..

En triste sudor regada.
Ni se desdeñó á su mesa
De admitirlos, que á la usanza
Española, los aliños
Peregrinos ignorara.
Con ellos partió sus bienes:
Entró á la humilde cabaña
Del pobre, y trató las bodas
De la inocente aldëana.
Mas hoy todo se ha trocado:
Las ciudades desoladas
Por su nobleza preguntan,
Por sus ricos-hombres claman;
Mientras ellos en la Corte,
En juegos, banquetes, damas,
El oro de sus estados
Con ciego furor malgastan.
Y el labrador indigente,
Solo llorando en la parva,
Ve el trigo que el mayordomo
Inhumano le arrebata.
¿Son para aquestó señores?
¿Para esto vela y afana
El infelize colono,
Espuesto al sol y la escarcha?
Mejor, sí, mejor sus canes
Y las bestias en sus cuadras
Están. ¡Justo Dios! ¿Son estas,
Son estas tus leyes santas?
¿Destinaste á esclavos viles
A los pobres? ¿de otra masa
Es el noble que el plebeyo?
¿Tu ley á todos no iguala?
¿No somos todos tus hijos?
? Y esto ves, y fázil callas?

¿ Y contra el déspota injusto
Tu diestra al débil no ampara?
¡ Ah ! sepan que con sus timbres
Y sus carrozas doradas
La virtud los aborreze
Y la razon los infama.
Solo es noble ante sus ojos
El que es útil y trabaja,
Y en el sudor de su frente
Su honroso sustento gana.
Ella busca y se complaze
Del artesano en la hollada
Familia, y sus crudas penas
Con gemidos acompaña.
Allí el triste se conduele
Del triste, y con mano blanda
Le da el alivio, que el rico
En faz cruda le negara.
Allí encuentra las virtudes:
Allí la muger es casta,
Y los obedientes hijos
Cual un dios al padre acatan;
Mientras en los altos techos
La discordia su impia rabia
Sopla, y tras la vil codicia
A todos los vicios llama.
La madre al hijuelo tierno
Echa del pecho inhumana,
Partiendo su nombre augusto
Con la triste mercenaria.
En vano las vivas fuentes
Del dulce néctar la sabia
Providencia le abre, en vano
La enfermedad la amenaza;
Otros gustos la entretienen.
Salga el tierno infante, salga,

Que á naturaleza ultrajan,
Y á los que ella iguales hizo
Tus leyes no los igualan?.
¡ O interes ! tú solo eres,
Tú de tantos males causa,
Y en su cólera los Cielos
En los pechos te sembraran.
Tú forjaste las cadenas
Del hombre; inhumano armas
Contra el padre al hijo, y soplas
De la sedicion la llama.
Tú del mérito modesto
Mofas, al rüin ensalzas,
Y de la verdad divina
El labio angélico callas.
Tú al avaro mercandante,
Sin que muertes ni borrascas
Pavor en su pecho infundan,
Al vasto océano lanzas.
Tú de dañosas preseas
Su nave en las Islas cargas,
Y con ella rica en vicios
Tornas con su peste á España.
¡ Ay ! ¡ que á las orillas llega,
Y en ellas suelta entre salvas
Su ponzoña ! ¡ Ay ! ¡ que la plebe
Bate viéndola las palmas !
Corred, corred ciudadanos;
Hundid en las ondas bravas
Esos aromas y joyas,
Que lloros mil os preparan.
Perezcan por siempre en ellas,
Y eterno anatema caiga
Sobre el que á fiar tornare
Su vida á una frágil tabla.

Mas tú, siglo corrompido,
Que hasta los cielos levantas
Este interes, y lo adoras
La frente en tierra inclinada,
¿ Tu instruccion es esta? ¿ el fruto
Este de tus luzes sabias?
¡ O ciego! el abismo mira
Que bajo los pies te labras.
Imagina, inventa medios
De agotar toda la plata
De las minas: con tus naos
Inmensos piélagos pasa;
Los talleres multiplica:
Manchen la cándida lana
Ricos tintes; el capullo
Con prolijo afan trabaja:
Sustituye cada hora
Trajes á trajes, que ufana
La beldad vista en oprobio
De su inocencia y sus gracias:
Por premios á quien descubra
Un plazer nuevo: proclama
Su fatal nombre, y altares
Al lujo execrable alza:
El oro tu afan, el oro
Solo tu afan sea: nada
Sino oro suene: él la guerra
Sople, la dulce paz haga:
Al taller tus hijos lleve:
De la tierra en las moradas
Hondas los suma: corone
Sus mas heroicas hazañas;
Mas entre ellos ciudadanos
No busques, que sobre el ara
De la Patria á morir corran
Con voluntad denodada.

No el pudor busques antiguo,
No el candor en las palabras,
Ni en sus corrompidos pechos
La inocencia, la paz alma.
El disfraz de las virtudes,
Un honor ciego, una falsa
Probidad, la vil lisonja,
La sencillez afectada,
La astuzia alzada en prudencia,
Las ceremonias en franca
Amistad, de Dios el nombre
Mofado con impia audazia:
He aquí los letales frutos
De la riqueza; á esto arrastra
Al corazon el culpable
Ciego ardor de atesorarlas.
Su falaz brillo los pechos
Fascina: del alto alcázar
A la choza humilde á todos
Devora su sed insana.
Todo es menos que ellas: letras,
Virtud, ascendencia clara,
Mérito, honor, nobles hechos,
Todo humilde las acata.
Las leyes yazen: sucede
Al amor del bien la helada
Indiferencia: en la sangre
Del pobre el rico se baña.
Los estados no se precian
Por razon: quien mas estafa
Es mas honrado. La esteva
El labrador desampara,
Vuela á la corte, y vilmente
La libertad aldëana
Vende al rico, y sus virtudes

Con todos los vicios mancha.
El maestro de ellos, bien presto,
Mil familias asoladas
Con su industria pestilente,
En oro y grandezas nada.
Elévase y tiraniza;
Funda un estado, y traspasa
Con él sus pérfidas artes
A su progenie bastarda.
Las fortunas son de un dia:
El que es hoy señor, mañana
Mendiga: nada hay estable;
Todos trampean y engañan.
En medio en su trono de oro,
La opulencia atroz con vara
De hierro y sañuda frente,
Al pueblo agobia tirana.
Y tras ella, sí, tras ella...
¡Ah España infeliz!... En agua
Mi faz se inunda en tan cruda
Memoria, y la voz me falta.
¡Dios bueno! los ojos torna
Compasivo á mi plegaria
Y echa de mi patria lejos,
Los desastres que la amagan.
Y vosotros, Castellanos,
Aun hay tiempo: las infaustas
Riquezas rendid gozosos
A la virtud sacrosanta;
Tantos ínclitos abuelos
Recordad; no hagais que baja
Su progenie, sierva sea
De superfluidades vanas.
Tengan vuestros enemigos
Su fatal lujo; mas haya
Honradez y ciudadanos,

Cual hubo un tiempo en España.
Así el anciano decia
Entre lágrimas cansadas,
Y triste á caminar vuelve
Viendo que rie ya el alba.

D. Nicasio Cienfuegos.

A un Amigo en la muerte de un hermano.

Es justo, sí: la humanidad, el deudo,
Tus entrañas de amor, todo te ordena
Sentir de veras y regar con llanto
Ese cadáver, para siempre inmóvil,
Que fué tu hermano. La implacable muerte
Abrió sin tiempo su sepulcro odioso
Y derribóle en él. ¡ Ay! á su vida
¡ Cuantos años robó! ¡ cuanta esperanza!
¡ Cuanto amor fraternal! y ¡ cuanto, cuanto
Miserable dolor y hondo recuerdo
A su hermano adelanta y sus amigos!
Vive el malvado atormentando, y vive,
Y un siglo entero de maldad completa;
Y el honrado mortal en cuyo pecho
La bondadosa humanidad se abriga
¿ Naze, y deja de ser? ¡ Ay! llora, llora
Caro Fernandez, el fatal destino
De un hermano infeliz: tambien mis ojos
Saben llorar; en tu afliccion presente,
Mas de una vez á tu amistad pagaron
Su tributo de lágrimas. ¡ Si el cielo
Benigno oyera los sinceros votos
De la ardiente amistad! al punto, al punto
Hácia el cadáver de tu amor volando,
Segunda vida le inspirara, y ledo

Presentándole á tí, toma, dijera,
Vuelve á tu hermano y á tu gozo antiguo.
Mas ¡ ay ! el hombre en su impotencia triste
No puede mas que suspirar deseos.
La losa cae sobre el voraz sepulcro,
Y cae la eternidad; y en vano, en vano
Al que en su abismo se perdió, le llaman
De acá las vozes del mortal doliente.
Ni poder, ni virtud, ni humildes ruegos,
Ni el ay de la viudez, ni los suspiros
De inocente horfandad, ni los sollozos
De la amistad, ni el maternal lamento,
Ni amor, el tierno amor que el mundo rije,
Nada penetra los oidos sordos
De la muerte insensible: nuestros ayes
A los umbrales de la tumba llegan,
Y escuchados no son: que los sentidos
Allí cesaron, la razon es muda,
Helóse el corazon, y las pasiones
Y los deseos para siempre yazen.
Yazen, sí, yazen; el dolor empero
Tambien con ellos para siempre yaze,
Y la vida es dolor. Llama á tus años,
Caro Fernandez; sin pasion pregunta
¿ Qué has sido en ellos ? y con tristes vozes
Dirán: si un dia te vió sereno,
Ciento y ciento tras él, tempestüosos
Tronando sobre tí, huellas profundas
De mal y de temor solo dejaron.
Hórrido yermo de inflamada arena,
Do entre aridez universal y muerte,
Solitario tal vez algun arbusto
Se esfuerza á verdëar; tal es la imágen
De esta vida cruel que tanto amamos.
Enfermedad, desvalimiento, lloro,

Ignorancia, opresion, este cortejo
Nos espera al nazer, y apesadumbra
La hermosa candidez de nuestra infancia
Que en nada es nuestra. Los demas ordenan
A su plazer de nuestro débil cuerpo,
Y nuestra mente á sus antojos sirve.
Si nuestro llanto á su indolencia ofende,
Manda que pare su feros duresa,
O su bárbara mano enfurezida
Sobre nosotros cae. ¡ Niño infelize!
Llora ya, llora cuando apenas nazes,
De la injusticia la opresion sangrienta,
Y el desprecio, el baldon y tantos males,
Preludios ¡ay! de los que en pos te aguardan.
Tus años correrán, y por tus años
Hombre te oirás decir; mas siempre niño
Entre niños serás. Injusto y justo,
Opresor y oprimido todo á un tiempo,
De tus pasiones en el mar furioso
Perdido nadarás. En lucha eterna
De acciones y deseos, mal séguro
No sabrás qué querer, y fastidiado
Con lo presente, volarás ansioso
A otro tiempo y lugar, buscando siempre
Allí tu dicha donde estar no puedas.
¿ Y qué valdrá que en tu virtud contento
Gozes contigo, si mirando en torno
Verás la humanidad acongojada
Largamente gemir; despedazado
Tu tierno corazon verá los males,
Querrá aliviarlos, no podrá, y el lloro,
Solo un estéril lloro es el consuelo
Que puede dar su caridad fogosa.
¿ Hay pena igual á la de oir al triste
Sufrir sin esperanza? ¡ O muerte, muerte!

¡ O sepulcro feliz ! ¡ afortunados
Mil y mil vezes los que allí en reposo
Terminaron los males ! ¡ Ay ! al menos
Sus ojos no verán la escena horrible
De la santa virtud atada en triunfo
De la maldad al victorioso carro.
No escucharán la estrepitosa planta
De la injusticia quebrantando el cuello
De la inocencia desvalida y sola :
Ni olerán los sacrílegos inciensos
Que del poder en las sangrientas aras ,
La adulacion escandalosa queme.
¡ O cuanto no verán ! ¿ Porqué lloramos ,
Fernandez mio , si la tumba rompe
Tanta infelizidad ? Enjuga , enjuga
Tus dolorosas lágrimas ; tu hermano
Empezó á ser feliz : sí , cese , cese
Tu pesadumbre ya. Mira que affijo
A tus amigos tu doliente rostro ,
Y á tu querida esposa y á tus hijos.
El pequeñuelo Hipólito suspenso ,
El dedo puesto entre sus frescos labios ,
Observa tu tristeza y se entristeze ;
Y marchando hácia atras , llega á su madre
Y la aprieta una mano , y en su pecho
La delicada cabezita posa ,
Siempre los ojos en su padre fijos.
Lloras , y llora ; y en su amable llanto
¿ Qué piensas que dirá ? « Padre , te dice ,
¿ Será eterno el dolor ? ¿ no hay en la tierra
Otros cariños que el vacío llenen ,
Que tu hermano dejó ? mi tierna madre
Vive , y mi hermana , y para amarte viven ,
Y yo con ellas te amaré ; algun dia
Verás mis años juveniles llenos

De ricos frutos, que ofizioso ahora
Con mil afanes en mi pecho siembras.
Honrado, ingenuo, laborioso, humano,
Esclavo del deber, amigo ardiente,
Esposo tierno, enamoradado padre,
Yo seré lo que tú. ¡Cuantas delicias
En mí te esperan! lo verás: mil vezes
Llorarás de plazer, y yo contigo.
Mas vive, vive, que si tú me faltas,
¡O pobrezito Hipólito! sin sombra
¡Ay! ¿qué será de tí huerfano y solo?
No, mi dulce papá: tu vida es mia,
No me la abrevies traspasando tu alma
Con las espinas de la cruel tristeza.
Vive, sí, vive; que sí el hado impío
Pudo romper tus fraternales lazos,
Hermanos mil encontrarás do quiera;
Que amor es hermandad y todos te aman.
De cien amigos que te rien tiernos
Adopta á alguno, y si por mí te guias,
Nicasio en el amor será tu hermano.»

Quintana.

A D. Nicasio Cienfuegos: convidanlole a gozar del campo.

Tú, á quien el Cielo con benignos ojos
Miró desde el nazer; tú, en cuyo pecho
Imprimió la virtud, y en larga mano
El don divino de pintarla diera,
Nicasio respetable, ¿porqué tardas,
Y á la amistad que ansiosa te desea
No te abandonas? De enlazados ramos
Espacioso dosel ora me ampara

Del crudo ardor del polvoroso estío,
Y los inquietos zéfiros vagando
En dulce fresco, en movimiento y vida
Los senos bañan del jardin. Mi mente
Desalada entre tanto hácia tí vuela:
Vuela hácia tí, que á tu pesar sumido
En ese abismo pestilente y ciego,
Los campos y las selvas solitarias
Buscas; ¿y aun dudas, y á gozar te niegas
Plazer tan puro y celestial conmigo?
¡O! no tardes, no tardes. Bien tus pasos
Lleves al bosque oculto, bien la vista
Tiendas alegre en la abundosa vega,
O la dulce corriente te embelese
Del rio encantador, todo te llama
Con delicioso afan, todo convida
Tu enérgico pinzel. No aquí ambiciosa
Natura ansiara desplegar su inmenso
Poder, y ornada en majestad sublime
Nuestra vista asombrar; guardó el espanto,
Guardó el terrible horror allá do esconde
Su frente el Apenino entre las nubes.
Cúbrenle en torno las eternas nieves
Que en vano bate el sol: si el viento suena,
Es proceloso el austro, en cuyas alas
Retumba el trueno: entónces los torrentes
Bajan furiosos á asolar los valles.
¿Qué es allí el hombre? Estremezido y solo,
Atónito se para, y no cabiendo
Impresion tan soberbia en sus sentidos,
Al mudo pasmo y confusion se entrega.
Graciosa empero aquí, dulce, apazible
Sus dones todos liberal reparte
Naturaleza, y con plazer se rie.
Tal la beldad en su primer oriente,

De gracias solo y suavidad bañada,
Suele mas tierna embelesar los ojos,
Y el corazon herir. Nicasio, el mio
Mas amó siempre que admiró. Do quiera
Ternura aquí y amor. ¡O cuantas vezes,
Cuantas, mirando las sociales vides
Enlazarse á los olmos, y lozanas
Entre los ramos de su verde apoyo
Sus hojas ostentar, y alegre fruto,
En dulce llanto se bañó mi pecho!
¡Cuantas pavesas del incendio antiguo
Plázidas se avivaron! Los suspiros,
Las ansias tiernas, la inquietud dichosa,
Las delicias inmensas que algun dia
Me inundaron ¡ay Dios! y acaso huyeron
Para nunca volver, todas volaron,
Todas á un tiempo con igual ternura
Me asaltaron allí. Si despareze
Y huye el amor, á la memoria acuden
Padre, hermanos y amigos, y en un punto
Afectos mil que á penetrar mi seno
Aquel boscaje solitario inspira,
Y absorto y melancólico me llevan.
Lejos allá su plazentero ruido
La bullente cascada precipita
Por el sonoro peñascal, adonde
Su curso rompe murmurando el rio.
Corro y le miro ¡o qué plazer! furioso
Del dique opuesto á su violencia en vano
Clamoroso agitarse, alzar la espalda,
Luchar, venzer, hervir, y en alba espuma
Deshecho y raudo arrebatarse al llano.
Vaga la vista entre los dulces fuegos,
Qué mil y mil con variedad graciosa
Mágica el agua á su mirar presenta.

Bañan en ella sus sedientas alas
Los apazibles zéfiros, y llenos
De su grato frescor, en vuelo alegre
Van á esparzirlo á la tendida vega;
Mientras en dulce gratitud riendo,
La dócil caña, el intratable espino,
Y el álamo gentil en la ribera
Sus ramos tienden á besar las ondas.
Ondas preciosas, que el colono activo
Supo en raudales dividir, y en ellos
Llevar la vida y la abundancia al campo.
Siquiera el cielo en su rigor se ostine
En negar su vivífico rozío,
Don de las nubes; los endebles diques
Rompe seguro el rústico, y al punto
Vieras la tierra que inundada embebe
El cristalino humor, y fuerzas nuevas
Con él cobrando, engalanar su frente
Un fruto y otro fruto, y cien tras ellos.
Así la vista por do quier se baña
En verdura eternal; así Pomona
Tiende su manto, y pródiga derrama
Del almo cuerno el celestial tesoro.
¿Qué mucho, si su templo delicioso
Le plugo aquí sentar, y aquí adorada
Del hombre ser? Todo la acata. El rio
En dos partido con ardor la ciñe,
Y ella en sus brazos y en su amor se goza.
Yo allí, mientras los árboles se mezen
Al son del viento, en tanto que á sus hombros
Sube contento las opimas cargas
El hortelano, y las zagalas rien
En trisca alegre y bullizioso juego,
Llego al altar de la deidad que en medio
Reyna, ostentando su silvestre pompa,

Y á reverencia y religion me inclina.
¡Arboles prodigiosos! ¿Cual la mente
Que así os quiso agrupar, cual fué la mano
Que así os plantó? De majestad vestido
El añoso nogal su cima alzando,
Hasta la cumbre del olimpo alcanza;
Sube, y en su ambicion tiende los brazos
Lejos de sí, cual si ocupar con ellos
De la esfera los ámbitos quisiera:
Y eternos á par de él, y á par sublimes,
Seis lúgubres cipreses los lujosos
Ramos le cercan, y en su faz sombría
La luz quebrantan del ardor febeo.
¡O delicias! ¡o magia! ¡o cómo hundida
Bajo esta hermosa bóveda se lleva
La mente á meditar! ¡Cual se engrandezen
Sus pensamientos! y á la par mirados,
¡Cuan breve el hombre, y su poder, su gloria,
Toda su pompa! ¡O qué de vezes vieron
De su opulento dueño aquestos troncos
La afanosa inquietud! ¡Cuantas en vano
Con su grato silencio le brindaban
Al reposo, á la paz, y él orgulloso
En pos del mando y la ambicion corria!
¡Qué de delitos no abortó el insano
Para saciar su ardor! Bañóse en sangre,
Domó la tierra; ¿y qué logró? estas plantas
Le vieron perezer, y ellas quedaron.
Quedaron á esparzir sus ramos bellos
Sobre mí, que inclinado y reverente
Canto su gloria, y vivirán: testigos
Serán ¡ay! de mi fin, cuando á su ocaso
Llegue el aliento de mi endeble vida.
Todo al tiempo sucumbe: ellas un dia,
Ellas tambien.... ¡Ah bárbaro! separa

La inclemente segur : muévante al menos
Su sacro horror, su venerable sombra,
Su augusta ancianidad. ¿Pudo hasta entónces
Respetarlas el tiempo, y tú atrevido
Su hojosa copa abatirás? Detente,
Detente, y no en un punto así destruyas
La gloria del vergel. Nogal frondoso,
Altos y melancólicos cipreses,
Para siempre vivid; y que el ingrato,
Cuya mano sacrílega se atreva
Vuestros troncos á herir, jamas encuentre
Sombra refrigerante en el estío
Cuando le hostigue el sol; nunca reposo,
Nunca halle paz, y de su injusto pecho
Huya por siempre la inocencia amable,
Que en el campo y los árboles se abriga.
Lejos empero de la frente mia
Tan lugúbre pensar. A Dios, cipreses,
Pomona, á Dios : los álamos del bosque
Ya con su dulce amenidad me llaman.
Salve, repuesto valle : el sol ardiente
Me hirió al venir, y fatigado el pecho
Late anelante y con dolor respira.
Acójeme en tu seno : que tu yerba
Verde, abundosa, á mis cansados miembros
Sirva de alfombra : que el murmullo blando
Del grato arroyo en agradable sueño
Me envuelva y me regale; y que sacuda
Favonio en tanto el delicioso néctar
De su frescura, y mi sudor enjugue.
¡Ah! que ni aquí del velador cuidado
El tósigo alcanzó, ni las espinas
Del miedo agitador su punta emplean.
Todo es sosiego : al despertar, las aves
Con su armónico acento en mis oidos

Los ecos llevan del plazer : las auras
Arboles, cielo y arroyuelo y prado,
Todo me alaga y á mi vista rie;
Mientras la fuente retirada y pura
Me ofreze el cáliz de sus ondas frias
A mitigar mi sed, y yo embebido
Con himnos mil en mi delirio ciego,
A sus graciosas Náyades imploro.
¡O Gésner! ¿donde estas? tú á quien desnuda,
Llena de gracia y de inmortal belleza
Natura se mostró, tú que inspirado
Fuiste de la virtud, tú que en las selvas,
La paz y la inocencia y los amores
Tan dulcemente resonar hazias,
¡Divino Gésner! ven; lleva mis pasos,
Y enséñame á gozar. Contempla el suelo
Cual nuestra planta engaña, y cuan hermoso
Se hunde aquí, se alza allá, forma ora un llano,
Despues un seno : á la alameda vuelve
La vista embelesada, y mira en ella
Las gracias revolar; ve la ternura
Con que al abrigo del robusto padre,
Del recio invierno y rigoroso estío
Los pequeñuelos árboles se amparan.
Pregunta al blando zéfiro, que vuela
En sus copas dulcísimas moviendo
Los sones del amor, cuantas zagalas
Asaltó aquí festivo, y cuantas vezes,
De su recato virginal burlando,
Besó su frente y se empapó en su seno.
Pídele los tiernísimos suspiros
Que llevados en él por esta selva
Andan vagando, y las querellas tristes
Que el eco sordamente repetia.
Dímelo ¡o dulce fuente! así tu curso

Siempre abundante y puro, coronado
Eternamente de verdor se vea;
Las vezes, dí, que el amador inquieto
Sus ansias vino á consultar contigo.
Aquí en tus verdes márgenes sentado,
Tal vez se vió de la beldad que ansiaba
Gratamente acojido, y tal vez ella
Tímida, tierna, de rubor teñida,
Le declaró su amor, y de sus ojos
Se escapó alguna lágrima que en vano
Luchó por contener :. allá mas lejos,
Dentro de aquella gruta solitaria
Que guarda el olmo en cavidad sombría,
¡ Quien sabe si el plazer !... ¡ O ameno valle!
No temas, no, que á revelar se atreva
Mi lengua tus misterios silenciosos;
Basta la envidia en que encender me siento,
Basta el encanto en que tu amor me inunda.
¿Y tú tardas, Nicasio? ¿y con tan puros,
Tan mágicos plazeres te convida
El campo, y tú le esquivas? Corre, vuela
Antes que el año en su incansable curso
Lleve al verano y al verdor consigo.
Cuidadoso el jardin te guarda flores:
Ven á gozarlas; si se agosta alguna,
Yo con los ojos del dolor la sigo,
Y pienso en tí que su esperanza engañas.
Huye con pie veloz esos lugares,
Digna morada de los tigres fieros
Que los habitan : do respiran solo
El negro horror que en sus entrañas ceban :
De donde huyó el sosiego, huyó por siempre
La dulce confianza : el pensamiento,
De la opresion sacrílega amagado,
No se atreve á romper el claustro oscuro

En que le hundió el temor y las palabras,
Cuando son de virtud, sordas, temblando,
Do quier hallar con la maldad rezelan.
¡ O pechos sin virtud ! jamas preciaron
Los campos y las selvas, que enmudezen
Cuando sus plantas con desden las huellan.
Sí, que el sublime y celestial lenguaje
De natura entender, solo fué dado,
A la inocente sencillez, y en ellos
Los vicios viles y execrables moran
De esclavos ó tiranos. Dulce amigo,
Húyelos, y rendido á mis plegarias,
Ven á acojerte á mi apazible asilo.
Los árboles no venden, los arroyos
No aprenden á mentir : sereno el aire,
Sereno el cielo, á respirar te brindan
En grata libertad : aquí segura
Podrá tu mente en sus grandiosas alas
El vuelo descojer. Ora en los valles
Perderáste embebido : ora sonando
Tu lira de oro, invocarás las Musas,
Y las Musas vendrán; ellas amigas
Del campo siempre y soledad han sido.
Y en tanto que suspensa, embelesada
La esfera atienda á tu sublime canto,
Yo templando la cítara á tu ejemplo,
Mi humilde acento ensayaré contigo.

FRAGMENTOS DIDASCALICOS.

Castillejo.

Vida buena y descansada.

Bienaventurada vida,
Si alguna lo puede ser,
Estas cosas á mi ver
Son, Señor, por su medida
Las que la pueden hazer.
Házienda no mal ganada
Con sudor, mas heredada:
Campo bien agradezido,
Lugar durable sabido
Y pleito jamas por nada:
Pocos cargos de qué dar
Cuenta, ni tener cuidado,
Y el ánimo sosegado:
Buenas fuerzas á la par
Y cuerpo sano templado:
Prudente simplizidad
Y amigos con igualdad
Y fázil conversacion:
La mesa sin presuncion
Y sin pompa y vanidad:
La noche no sepultada
En torpe borracheria,
Mas de congojas vacía:
Cama no desconsolada,
Pero casta todavía:
Sueño quïeto y sabroso,

Que haga con su reposo
Breves dulces y seguras
Las tinieblas mas escuras,
Y el tiempo mas trabajoso.
Y ten: que mientras vivieres,
Paraque vivas de veras,
Tan solamente ser quieras
Aquello mismo que fueres,
Y que á todo lo prefieras;
Y que la muerte que crees,
En tanto que no la veas,
Porque no te dé postemas,
Con ningun tiempo la temas,
Ni tampoco la desees.

Juan Rufo.

DE LA VIDA DE LOS MALOS.

Los mares ara, siembra en el arena,
El aire en flaca red cerrar procura,
Entre el agua y el fuego paz ordena,
Atomos busca en la tiniebla oscura,
Y al tiempo, cuyo curso no se enfrena,
La frente quiere ver queda y segura,
Quien piensa conservarse mal obrando,
Por mas y mas que siempre esté velando.
Y aun ántes dará el mar largo tributo
De sazonada mies, y la arenosa
Orilla será fértil en dar fruto,
Helado el fuego, el aire densa cosa,
Y de la noche el tenebroso luto
Hará la vista clara y poderosa,
Y el tiempo será tardo y perezoso,
Antes que el malhechor viva en reposo.

Por do quiera que va lleva consigo
Las vivas brasas del remordimiento,
Que la conciencia clama, y es testigo
Delante el tribunal del sentimiento;
Y aunque la culpa huya del castigo
Anticipadamente dias sin cuento,
Nunca se aleja dél; que al fin el suelo
Es centro y punto al círculo del cielo.

Lope de Vega.

De la inconstancia de la suerte.

De hoy á mañana se vió
Troya famosa abrasada,
Roma su lustre perdió,
Deshizo el viento la armada,
Que mas gallarda salió.
De hoy á mañana aconteze
Que el rico pobre amaneze,
Y el privado, aborrezido,
El levantado, abatido,
Y que la mar mengua y creze.
De hoy á mañana está el cielo,
Mas sereno, mas nublado,
Está seco y verde el suelo,
Y el pájaro mas atado
Por el aire esparze el vuelo.
Vemos un almendro en flor,
Y helado todo mañana:
Vemos esclavo al Señor,
La sierra mas alta, llana,
Y mas mudable el favor.
Entre la taza y el labio,

Dijo en cierto pasatiempo,
Que habia peligro, un Sabio;
Que en dos minutos de tiempo
Puede caber un agravio.

Juan de la Cueba.

Ejemplar poético.

El verso, advierta el escritor prudente
Que ha de ser claro, fázil, numeroso,
De sonido y espíritu escelente.
Ha de ser figurado, y copïoso
De sentencias, y libre de dicciones
Que lo hagan humilde, ó escabroso.
La elevacion de vozes y oraciones
Sublimes muchas vezes son viciosas,
Y enflaquezen la fuerza á las razones.
Vanse tras las palabras sonorosas,
La hinchazon del verso; y la dulzura,
Tras las sílabas llenas y pomposas.
. . . . . .
No esplica bien el alma de un conceto
El que se va tras el galano estilo
A la dulzura del hablar sujeto;
Ni el que del vulgo sigue el comun hilo
En término y razones ordinarias,
Cual en sus ditirámbicas Grecilo.
Entrambas á dos cosas son contrarias
A la buena poesía en careziendo
Del medio con las partes necesarias.
Caerá en el mismo yerro el que escribiendo
Puramente en lenguaje castellano,
Se sale dél por escribir horrendo,

Como dijo un poeta semi-hispano:
El centimano Gigans que vibraba;
El cual ni habló en romance, ni en romano.
Otro que de elevado se elevaba,
Dijo: *El sonoro sol y voz de Orfeo*
En mi espíritu interno modulaba.
Esta escabrosidad de estilo es feo,
Sin ingenio y sin arte, que es la llave
Con que se abre el celestial Museo.
Ha de ser el poeta dulce y grave,
Blando en significar sus sentimientos,
Afectüoso en ellos y süave.
Ha de ser de sublimes pensamientos,
Vario, elegante, terso, generoso,
Puro en la lengua, y propio en los acentos.
Ha de tener ingenio y ser copioso,
Y este ingenio con arte cultivallo,
Que no será sin ella fructüoso.
Fruto dará, mas cual conviene dallo
No puede ser; que ingenio falto de arte
Ha de faltar si quieren apretallo.

. . . . . .

Acomoda el estilo, que en él vean
La cosa que tratares tan al vivo,
Que tu designio por verdad lo crean.
Pinta al saturneo Júpiter esquivo
Contra el terrestre bando Briareo,
Y al soberbio jayan en vano altivo:
Zelosa á Juno, congojoso á Orfeo,
Hermosa á Hebe, lastimada á Ino,
A Clito bello, y sin fe á Tereo.
No estará la virtud en su divino
Trono entre el ocio vil y gula vana,
Por ser lugar á su deidad indino:
Ni la corona sacra de Arïana,

Esmaltada de formas celestiales,
Estará bien ciñendo frente humana.
Estas partes son todas principales
En el arte, y si en ellas no se advierte,
Errarán en las cosas esenciales;
Y vendrá á sucederles de la suerte
Que en la lira una cuerda destemplada
En disonancia las demas convierte.

. . . . . .

Y tome solamente los sujetos
A que su ingenio mas se afizionare,
Sin que en ellos violente los efetos.
Vaya por donde el mismo le guiare
Sin torzer, ni hazerle repugnancia,
Que imposible será si no acertare.
El ingenio da fuerza á la elegancia,
Es la fuente y el alma á la inventiva,
Y sin él todo haze disonancia.
Mas importa advertir que cuando esquiva
Un sujeto, que huyan de forzallo,
Que de acertar forzándolo se priva:
Cual aconteze al marcïal caballo
Revolver reusando la carrera,
Sin poder arte ó fuerza gobernallo;
Mas el diestro ginete considera
La causa oculta, y con mudalle el puesto,
Haze lo que el apremio no hiziera.

. . . . . .

Yo conozí un poeta cuyo genio
Se aplicó siempre á varios argumentos,
Y en especial á los que el docto Enio.
Astro no dió favor á sus intentos,
Ni jamas hizo cosa en que no viesen
Lánguidos versos, bajos pensamientos;
Y como sus amigos le advirtiesen

Del bruto estilo y zafia compostura,
Y los propios escritos lo dijesen,
  Echó de ver que toda su escritura
Era sin arte y llena de rudeza,
Sin medida, ni buena contestura:
  Que las cosas comunes sin alteza
En lugares sublimes colocaba,
Y las sublimes las ponia en bajeza:
  Que en los sagrados épicos usaba
Conceptos ordinarios, ignorando
La majestad que en ellos demandaba:
  Que no les iba á sus escritos dando
Hermosura con flores y figuras,
Que en variedad los fuesen esmaltando.

. . . . . .

  En esta congojosa fantasía
Su triste laso espíritu rendido
A mil perturbaciones le ofrezia.
  Lleno de confusion, entristezido
Rompió el silencio, levantando al Cielo
La voz, diciendo de dolor movido:
  ¡O tú, Deidad, que el tenebroso velo
De la caliginosa sombra auyentas
Con luz divina esclareziendo el suelo!
  ¡O tú que los espíritus alientas
Y con tu influjo celestial inspiras
Los que en tu solio y á tu lado asientas,
  Y coronando de laurel sus liras,
Su gloria hazes, cual la tuya, eterna,
Y hombres y orbes con tu canto admiras!
  Si el mio tu sacro espíritu gobierna,
Si en mis escritos invoqué tu nombre,
Y en la dulzura de mi musa tierna,
  Dime ¡ay de mi! ¿porqué no hallo un hombre
(Ya que tú te desdeñas de escucharme)
Que en oyendo mis versos no se asombre?

¿Dejo de trabajar, fatigarme
En el cómico y ...ico argumento,
Y en las sátir... ...bres desvelarme?
¿Dejo de ...azer notorio el sentimiento
De mis ...ias en élegos llorosos,
Y e... ...icos süaves mis tormentos?
¿Dejo de celebrar héroes famosos
En verso heroico, á Marte consagrado,
Y en épicos, oráculos gloriosos?
Si en esto, como sabes, he gastado
Mi alegre juventud, y en alabanza
De Dioses cien mil himnos he cantado,
¿Porqué permites sin hazer mudanza,
Que en tan infame abatimiento vea
De mis largos trabajos la esperanza,
Y que no hay sabio, ni hay vulgar que lea
Mis obras, que no vuelva el rostro de ellas
El que mas las alaba y lisonjea?
. . . . . .
Esto diciendo, le juntó un sabroso
Sueño los blandos párpados, quedando
A su dulzor rendido con reposo;
Y estuvo de esta suerte reposando
Lo que la oscura sombra cubrió el mundo,
Con Febo, segun dijo, consultando.
Y resultó de allí que en su profundo
Sueño le reveló el conozimiento
De aquello en que su ingenio era fecundo.
Sacudió el perezoso encojimiento
Que tenia sus nervios impedidos
Con la dulzura del nectáreo aliento.
Revolvió sus papeles conozidos
De tantos años con afanes tantos,
Sustentados á fuerza y defendidos.
Y dijo: ya no quiero mas quebrantos

En esta ceguedad; va el anillo
De Giges que deshaga los encantos.
. . . . . .
Y cuanto tenia escrito y tratado
Por este parezer que elijió solo,
Sin dejar hoja al fuego fué entregado.
Y por acuerdo, cual decia, de Apolo,
Siguió lo que su ingenio le dictaba,
Y lo demas que le dañó dejólo;
Y de tal modo desde allí observaba
Las leyes de su ingenio, que ninguna
Por ocasion ni fuerza traspasaba.
. . . . . .
Dió en hazer coplas de plebeya gente
Sin majestad heroica ni artifizio,
En que su natural era escelente.
A Séneca dejó el lloroso ofizio
De la trajedia, á Plauto y á Sicilio
De la vulgar comedia el ejerzizio.
Cantar las armas remitió á Virgilio,
Al de Ascra de dioses y labores,
A quien dió Apolo celestial auxilio.
La lirica dulzura y los amores
A Horacio y á Tibulo, y al fogoso
Juvenal murmurar vicios y honores;
Y un argumento humilde, aunque gracioso,
Elijió, que su ingenio le dispuso,
En que escedió al mas alto y generoso.
. . . . . .
El verso suelto pide diligente
Cuidado en el ornato y compostura,
En que vicio ninguno se consiente.
Porque como la ley estrecha y dura
Del consonante no le obliga ó fuerza
Con ningun atamiento ni testura,

La elegancia y cultura en él es fuerza
Que supla la sonora consonancia,
Con que el verso se ilustra y se refuerza.
Y así hará enfadosa disonancia,
Si aquella parte principal no llenan
De admiracion, ó cosas de importancia.
A cualquier verso lánguido condenan,
Flaco ó infeliz en número ó estilo,
Y del nombre de verso lo enajenan.
Siempre deben huir del comun hilo,
Desviarse de bajos pensamientos,
Seguir la alteza y majestad de Esquilo.
Aplícanlos á heroicos argumentos,
Cual hazen al exámetro latino,
No á tiernos ni á llorosos sentimientos.
. . . . . .
El que verso elegíaco escribiere,
Debe considerar que la grandeza
Trájica, ni la cómica requiere;
Siga un medio entre ambas: que en la alteza
De estilo á la trajedia no se iguale,
Ni á la comedia imite en la llaneza.
. . . . . .
Sin que trates de Alcéstes ni de Aquíles
En el sublime estilo, ni lo abatas
A Sosia ó Davo, en condicion serviles,
Las vozes de este verso han de ser gratas
Al oido, no duras ni afectadas,
Ni ajenas de la elegia de que tratas.
Han de ser las elegias lastimadas,
Blandas, tiernas, süaves, tersas, claras,
Sin ser de historia ó fabula ofuscadas.

Bartolomé Argensola.

De la llaneza en el estilo.

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,
Y en cosas leves discurrir contigo,
Como quien de las graves se divierte.
Por lo cual será bien que las que digo
No salgan fuera del distrito nuestro,
Que al fin van de un amigo al otro amigo.
. . . . . .
Digo, pues, que me plaze el ver que atiendas
Tanto á las filosóficas verdades,
Que siempre de sus órdenes dependas;
Pero que alguna vez te desenfades
De aquel rigor, y el gusto no apremiado
Se cebe en mas benignas facultades,
. . . . . .
Y la cansada historia que nos debe
A pesar de la muerte ejemplos vivos,
Por los vestigios de la edad te lleve;
Y saliendo despues de sus archivos,
Al poético ardor se ofrezca el pecho,
Dispuesto á pensamientos mas altivos.
. . . . . .
Y cuando en la sazon mas importuna
Sigue aquel en la selva unos ladridos,
Al resplandor escaso de la luna:
Y el otro rinde al juego los sentidos,
O en indignos sujetos que no ignoras
Andan nuestros Patricios divertidos;
Tú retirado en las nocturnas horas,
Escribe á vigilante lamparilla,
O en la estudiosa luz de las auroras,
Contra el rapaz que la razon humilla,

Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleite y maravilla.
Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y provincias esplorando;
O si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones,
Resuélvete al designio y acomete,
Que á seguir sus estímulos resueltos
El orbe encerrarás en tu retrete.
Pero si no te hallares desenvuelto
En consonar nuestro lenguaje, fia
La empresa al generoso verso suelto:
Porque la libertad de la armonía,
Como solo sus números respeta,
De emparentar las vozes se desvia.
. . . . . .
Concedo que á las vezes nos ayuda
Y apoya la sentencia, si le ablanda
El arte, ó á mejor lugar le muda.
La fuerza del dinero, ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno de estos dos estremos anda.
. . . . . .
El escritor abunde en la materia,
Paraque se le vengan á la pluma
Cuantas palabras vuelan en Iberia;
Mas el furor nativo no presuma
Reduzirlas á número y concierto
Sin sumo estudio y sin industria suma.
Homero en estas ondas tan esperto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto,
Para ser mas acepto á las süaves

Musas, surcó primero luengos dias,
Profundos golfos de otras ciencias graves.
Si tú para las dos filosofías
Ya por Platon, de Sócrates conozes
Las siempre misteriosas ironías,
Y prender te dejaste de las vozes
Con que suele el sutil Estagirita
Dar caza á los espíritus velozes;
Por esta docta antigüedad escrita
Deja correr tu ingenio, y sin rezelo,
Conforme á su eleccion, roba ó imita.
Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo mas remoto
Que no descubra sino mar y cielo:
No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los ímpetus del noto.
Quiero decir que cuando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los frecuentes;
Porque los dos genéricos estilos,
Mas de un naufragio nuevo nos avisa
Que no por frecuentados son tranquilos.
Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama
Precia la elocucion peinada y lisa;
Y no solo el honor del epigrama
Recibe calidad de este preceto,
Sino la lira con que Amor nos llama,
El trájico favor puesto en aprieto,
Y la sátira en este caso amiga
Siempre del panegírico perfeto.
El émulo de Píndaro lo diga
Por quien Venosa el título recibe,
Que á venerar á Tebas nos obliga.

Y en el romano autor que en prosa escribe,
Desde que falleció su Augusto, anales,
El compendioso laconismo vive.
A Trajano sus dotes inmortales
Refiere Plinio en este acento puro,
Sin vozes tenebrosas ni triviales.
¿De las primeras quien corrió seguro,
Si el presbítero docto de Cartago
Aspirando á ser breve quedó escuro?
Mas quien el genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena,
No probó los efectos de su alago.
No niego yo que de sentencias llena
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere nos condena.
Como la nieve que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas
Que aquí destronca y acullá desoja,
Y al golpe de las recias avenidas,
Mira el cultor su industria defraudada
Que yaze entre las ramas esparzidas.
La fuerza que nos venga arrebatada
En esta brevedad yaculatoria,
Si quieres que deleite y persüada;
Aunque por ambicion de mayor gloria,
Eche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria.
Que en el segundo estilo hay elocuencia,
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la frecuencia:
Y en su mediocridad lleva gran peso,
Pues sin que lo envilezca, ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso,
Pruébase por razon y por costumbre;
Que, aunque no influye en término tan breve,

Insta con mas vigor la mansedumbre:
  Como en invierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Pareze que ni baja ni se mueve;
  Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre y fertiliza sin rüido.
  Con la perseverencia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.
  Y Maron los afectos pastoriles,
El culto agreste, y el varon Troyano
Que el Cielo arrebató al furor de Aquíles.
  Este que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano.

. . . . . .

  No guardaré el rigor de los precetos
En muchas partes, sin buscar escusa
Ni perdon por justísimos respetos.
  Y si algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los precetos no guardados
Causarán alabanzas á mi Musa;
  Que si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán y no agraviados.
  Así habrás visto alguna ninfa hermosa,
Que desprecia el ornato ó le modera,
Quizá con negligencia artifiziosa;
  Que es mucho de hermosura verdadera
A vezes consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que dél espera,
Que por necesidad de su consejo.

Pablo de Céspedes.

Elogio de la tinta y su duracion.

Tiene la eternidad ilustre asiento
En este humor por siglos infinitos;
No en el oro, ó el bronce, ni ornamento
Pario, ni en los colores esquisitos.
La vaga fama con robusto aliento
En él esparze los canoros gritos,
Con que celebra las famosas lides
Desde la India á la ciudad de Alcídes.
¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura y bella
De las cenizas del esposo muerto
La magnánima Reyna, si en aquella
Noche oscura de olvido y desconcierto
La tinta la dejara, y los loores
De versos y eruditos escritores?
Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados
De poderosa mano y noble zelo,
Por tierra desparzidos y asolados,
Son polvo ya que cubre el yermo suelo:
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.
De Priamo infelize solo un dia
Deshizo el reyno tan temido y fuerte;
Creze la inculta yerba do crezia
La gran ciudad, gobierno y alta suerte:
Viene espantosa con igual porfía
A los hombres y mármoles la muerte:

Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.
Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que aun no bien vista despareze:
Breve suma de números que allana
La Parca, cuando multiplica y creze:
Tirana suerte en condicion humana
Que con nuestros despojos enriqueze;
Deuda cierta nazemos y tributo
Al gran tesoro del hambriento Pluto.
Todo se anega en el estigio lago:
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos.
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos:
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en sí y deshechos
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.
Espantoso su nombre fué, espantoso
El hierro agudo á la ciudad de Marte:
Ella lo saben y Trasimeno undoso,
Que en su sangre hirvió de parte á parte;
Caverna ahora del lëon velloso,
Do aspid sorda y cerasta se reparte,
A do no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oidos.
Vos sentisteis tambien menos amigos
Los tristes hados con discurso estraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor último daño,
¡ O Numancia! ¡ o Sagunto! que testigos
Ahora sois de humano desengaño:
Caisteis, mas quitó vuestra venganza
Al venzedor la palma y la esperanza.
¡ Qué mucho si la edad hambrienta lleva

Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparzidas!
Las altas torres con estraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas:
Hiéndese y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo.

Del gran Señor la omnipotente mano
Que las ruedas formó del ancho mundo,
Y cuanto adorna el pavimento humano,
Y el mar, y cuanto esconde en el profundo,
No vemos que refrena, ó va á la mano
De la natura el gran poder segundo,
Pues todo cuanto á luz sacar le plaze
Acaba, y con morir su curso haze.

¡Cuantas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo!
¿Donde el bronze labrado y oro? ¿y donde
Atrios y gradas del asirio templo,
Al cual de otro gran rey nunca responde
De alta memoria peregrino ejemplo?
Solo el tesoro que el ingenio adquiere
Se libra del morir, ó se difiere.

No creo que otro fuese el sacro rio
Que al venzedor Aquiles y lijero
Le hizo el cuerpo con fatal rozío
Impenetrable al homicida azero,
Que aquella trompa y sonoroso brio
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los sigios la corriente.

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Cuando con paso audaz de ilustre intento
De la aurea eternidad halló el camino:

Puso en el trono del purpureo asiento
La noble tinta del poeta Andino
Al magnánimo Eneas, no el inico
Pasaje, y la creziente de Numico.

Pintura del caballo.

El hermoso lebrel, el crudo alano
Pintado ser de grande ornato hallo:
El javalí espumoso, el tigre hircano
Y otros en grande número, que callo;
Mas sobre todos ten siempre á la mano
El bizarro dibujo del caballo,
Con que tanto enriqueze la pintura
El aliento, candal y hermosura.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre
Por estudio mas alto ennobleziera
Con obras famosísimas, do el hombre
Esplica el artifizio y la manera;
Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido;
Salga con altivez y atrevimiento,
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas: ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:

Breve á vientre rollizo, no pesado;
Ni caido de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas, sin derramarlas, y parejas.
Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos:
Llena la anca y crezida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdeñosos:
Ancho el hueco del brazo y descarnado:
El casco negro, liso y acopado.
Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando, ignota puente
Se le opone al encuentro, y delantero
Preceda á todo el escuadron siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarse á la corriente
Rauda, que con las ondas retorzidas
Resuena en las riberas combatidas.
Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremeze un movimiento
Los miembros sin parar en una parte:
Creze el resuello, y recojido el viento
Por la abierta nariz, ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.
Tal las sueltas madejas estendias
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendias
El aire y blanca nieve á Pelio alto:
Las matas mas cerradas esparzias,
Al vago viento igual de salto en salto;
En el encuentro de tu Ninfa bella,
Saturno volador, delante de ella.

Tal el gallardo Cílaro iba en sumá,
Y los de Marte atroz iban y tales :
Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales ;
Tal con el tremolar de libia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feros del grande Aquíles.

Conde de Noroña.

La Muerte.

Al tiempo que en las ondas su semblante,
Cerrando el dia, esconde el sol dorado,
Y á vista de las sombras de la noche
El pecho oprimen los temores vanos,
Agitando sus alas perezosas
Con leve impulso llega el sueño tardo,
Con opio activo mi semblante baña,
Mi cuerpo estrecha con amante abrazo.
Al punto se aparéze una figura
Que á mí dirije su lijero paso:
De altura colosal, ancha de espaldas,
Piel arrugada, huesos descarnados,
De tetra amarillez la faz cubierta,
Sin órden los cabellos, dientes ralos,
Barba erizada y encovados ojos
Llamas y sangre en derredor lanzando.
Corre, llega, me mira y altanera
Asiendo con violencia de mi mano,
Mándame que la siga, y me arrebata,
Cual torbellino por el aire vago.
¡ Qué sorpresa la mia al ver que hiendo

Con raudo vuelo inmensurable espacio,
Y atrávesando el éter velozmente,
Los astros dejo, al firmamento parto!
¡Cuan pequeña á mis ojos es la tierra!
Los agrios Alpes y el Pirene blanco
A uños débiles puntos se reducen,
A gotas breves los marinos campos.
Los opulentos pueblos desparezen,
Y cuando todos juntos los comparo
Con los globos de luz que el cielo esmaltan,
De su estupenda inmensidad me pasmo.
Bajamos nuestro vuelo, distinguimos
Montañas eminentes, muros altos
Y casi unidos á la madre tierra,
Sus senos y llanuras registramos.
Me muestra una por una las naziones
Que el ancho globo cubren, no olvidando
Ni las que el yelo oprime hácia los polos,
Ni las que el sol anima con sus rayos.
Mis pasos guia por cortadas rocas,
Enhiestos montes, hórridos peñascos
Sin árboles, sin yerba, sin cultivo,
Sin sendas, ni vestigios de pie humano.
Un edifizio de grandeza enorme
En tan adusta soledad hallamos,
Derrüido, y cubiertas sus paredes
De seca yedra y duro jaramago.
Entre columnas y arquitraves rotos
Vese la entrada, se descubre un arco;
Por él mi conductora entrar me ordena:
Me lleno de terror á tal mandato.
Tres vezes muevo el pie, y el pie tres vezes
Al tocar el umbral, queda pasmado.
Insta, tiemblo; me anima, al fin resuelvo
Desechar el temor, seguir sus pasos.

Entro con ella en la tremenda cueba ;
A sus inmensas cavidades bajo,
Y á la luz de unos vasos funerales
Rejistro el pavoroso subterraneo.
Con asombro los ojos rodëaba,
En compasivas lágrimas bañados,
Cuando con ronca voz tales razones
Sacó del pecho, y pronunció su labio.
« Cuanto has visto al impulso mio cede,
Y en este sitio yazen encerrados
Los restos miserables, que en el mundo
Las orgullosas almas animaron.
Aquí no se esclaviza, ni se adula ;
Aquí no hay clases, condicion, ni estados ;
Aquí son polvo cetros y tiaras,
Y aquí cual humo se disipa el fausto.
Este, absorto mortal, es el sepulcro ;
Allí Aquíles reposa, allí Alejandro,
Mas allá está la tumba de Sertorio,
Y allá la de Escipion el Africano.
Allí Tersites feo, Creso rico,
Aristides el justo, Alfonso el casto,
Ciego Tiresias, Iro miserable,
Nestor prudente, y bueno Vespasiano.
Mi guadaña se estiènde á todas partes,
Y de la misma suerte desbarato
Las cabañas de simples ganaderos,
Que de reyes soberbios los palacios.
Aunque fabrique torres el altivo,
Atesore metales el avaro,
Amontone trofeos el guerrero,
Y consiga favores el privado,
No evitan mis rigores ; la hermosura,
El juvenil candor, el dulce alago,
El vigor varonil y el poderío,

El Tiempo lo consume y yo lo acabo ».
Suspende aquí el discurso, porque lleno
De horror al conozerla, en tierra caigo.
Me levanta, me alienta; y al instante
Que ve desvanezido mi desmayo,
Abre su oscuro imperio, me demuestra
En su profundo cavernoso espacio
Templos, tronos, alcázares deshechos,
Y rayos de la guerra ya apagados.
En vez de innumerables escuadrones,
En vez de ricos y pomposos carros,
Cuyos robustos ejes rechinaban
Al peso de trofeos sanguinarios,
En vez de enhiestas palmas vencedoras,
De frondoso laurel, triunfales arcos,
Que al guerrero adulaban é infundian
El bélico furor, el entusiasmo;
Polvo azinado, podredumbre infecta
Se presenta á mi vista, y á un puñado
De ceniza infecunda reduzidos
Los que tantos imperios trastornaron.
Pirámides altivas, monumentos
Que fabricó el orgullo, en cuyo ornato
El oro se apuró, que de las minas
Sacó para su mal el hombre avaro,
Escombros son: sus nombres ya no existen.
En vano darles vida procuraron
Las artes con sus obras, pues el Tiempo
Rompió los bustos y borró los cuadros.

El Tiempo.

En la hora memorable en que el Eterno,
Queriendo produzir, preparó el cuadro
De tantas asombrosas maravillas,

Que el hombre imbécil escudriña en vano,
La nada hizo fecunda; prestó aliento
A la naturaleza en su regazo:
Engendró el universo, dió existencia
A millares de globos ignorados
Cuando formó el reloj de las esferas;
Paraque fuese por sus giros raudos,
La duracion midiendo de los seres
Con ley pasmosa, con gnomon exacto,
Nazió el Tiempo, lanzóle de su trono
La inmoble Eternidad al ancho espacio
En que el orbe giraba, y al instante
Tendió las alas por el aire vago,
Para no detener jamas su curso.
A volar empezó, tras sí arrastrando,
Como torrente férvido impetuoso,
Minutos, horas, dias, meses, años.
Ansioso por volver al dulce seno
De do partió, prosigue acelerado;
Busca el reposo, y por hallarlo corre
Rápidamente, cual vibrante rayo;
Pero no lo ha de hallar hasta que sean
A la voz del Eterno desquiziados
Todos los orbes, sus robustas bases
Estallen con horror hechas pedazos,
Y sus rüinas entre sí mezcladas,
Otra vez se sepulten en el caos
De donde los llamó, paraque fuesen
Su poder y su gloria publicando.
Sordo á las vozes con que el hombre intenta
Detenerle en su curso, el Tiempo cano
Ni el vuelo acorta, ni el semblante vuelve,
Ni presta oidos á sus ruegos blandos;
Con pie lijero pisa la cabeza
Del mísero mortal, y con su tacto

Lo consume, lo arruga, lo aniquila,
Y no corta su sueño sin embargo.
Muere el hombre ignorando que ha vivido,
Y vive seduzido del alago
De las horas que ofrezen mil plazeres.
¿Mas estas qué se hizieron? ¿do marcharon?
El tiempo arrebatólas en su huida,
En su carro montólas; inflamados
Los ejes con su rápida carrera;
Precipitólas con feroz fracaso,
Y cayendo en la sima que no vuelve
Jamas su presa, con horror dejaron
Errantes sombras por plazeres dulces,
Y por deseos, pensamientos vanos.

PENALIDADES DE LA VIDA HUMANA.

No advierten, deslumbrados con la vida,
Que están en torno en continuado asalto
Innumerables plagas que acibaren
A cada instante el corazon humano.
La destructora peste, corrompiendo
El aire saludable con el vao
Que lanza en derredor su hedionda boca,
Reynos enteros deja aniquilados.
La hambre devoradora se apodera
De las entrañas con ardor insano;
La madre tierna al hijo despedaza,
El clamor de natura sofocando.
El monstruo de la guerra, cuando rompe
Las dobles puertas del bifronte Jano,
En páramos convierte las campiñas,
Y en ellos forma con la sangre lagos.
Cuando por densas nubes el Eterno
Guia con ronco estruendo el presto carro,

Y entre copiosa lluvia, viento y piedra
Arroja airado resonantes rayos,
O cuando furibundo los cimientos
De la tierra conmueve, y agitando
Su faz con incesantes convulsiones,
Abiertos deja sus profundos antros,
Caen los hombres sin vital aliento,
Como espesas espigas, cuando el brazo
Del incansable segador abate
En el ardiente estío los sembrados.
Abriendo su ancha boca los volcanes,
Y al Averno con llamas emulando,
Rios de fuego de su cumbre lanzan;
Aquí un pueblo aniquilan, allí un campo.
La aguda fiebre, la cruel miseria,
Y el horrendo pesar fatigan tanto
Al hombre, que contar apenas puede
Un dia con quietud, y afortunado.
En todas partes al mortal oprime
La fiera angustia con pesada mano,
Y el plazer por el cual se agita ansioso,
Como sombra fugaz burla sus pasos.
En una frágil tabla se confia,
Los encontrados vientos despreciando,
En busca de tesoros escondidos
Que en sí abrigan el negro sobresalto.
El labrador al sol se tuesta el pecho,
Y los copos de nieve condensados
Sobre su inculta barba, le consumen
Antes que Céres pague su trabajo.
Por un seco laurel, un vano timbre
Arrostra los peligros el soldado,
Y nunca el suelo que con sangre riega,
Otro fruto le da que llanto amargo.
Al ministro de Temis las vigilias,

El continuo estudiar al literato,
Y el gobierno á los Padres de la Patria
La vida acortan en floridos años.
El pomposo renombre por que anelan
Nunca llegan á oir, y amontonados
Sus huesos en la fosa, se confunden
Con el polvo de míseros esclavos.
No todos, me dirás, sufren las iras
Del Cielo vengador, ni sepultados
En sombra todos los mortales viven,
Que el sol á muchos se demuestra grato,
Y aquellos que se encuentran de continuo
En medio del plazer, paladëando
Su gusto con delicias repetidas,
Gozan de estables plázidos regalos.
Esos que viven en el fausto y lujo,
Esos felizes que te admiran tanto,
Esos que envidia la ignorante plebe,
Y esceden á los Cresos y Periandros,
Esos padezen penas mas atrozes,
Mas infelizes son, pues devorando
Está sus pechos con ardor vehemente
De la conciencia el roedor gusano.
Ni les son las comidas delicadas,
Ni de las aves les agrada el canto,
Ni á sus despavoridos corazones
Jamas recrean sueños regalados,
Porque la vida afeminada y muelle
Pone el ánimo torpe, el cuerpo laxo.
Ya sé que el ocio, su constante amigo,
Al vicio alarga la indolente mano,
Y como solo la quietud se encuentra
En la virtud que enfrena el desbocado
Furor de las pasiones turbulentas,
¡Qué mucho viva un rico sin descanso!

El Nazimiento y la Muerte.

Vida es la trabazon de cuerpo y alma;
Muerte, su desunion. ¿Quien esplicaros
Podrá, ni quien, momentos diferentes,
Se atreve á revelar vuestros arcanos?
Dime, mortal ¿sentiste por ventura
Cuando impelida del divino labio,
El alma descendió del sacro empíreo
Y se unió al cuerpo con amante lazo?
¿Qué alegria tuviste, qué dulzura
Qué gusto, qué plazer? Vivificado
Te viste sin pensar. Así al Eterno
El alma volverá con vuelo raudo;
No cercada de bárbaros dolores
Vendrá la muerte. Finje espectros vanos
La noche oscura, y con la luz se advierte
Que los falibles ojos se engañaron.
La muerte viene cual la vida vino,
Sin que pueda el mortal imaginarlo.
No es para el justo su semblante horrible,
Lo es para el pecho al erímen entregado.
No la muerte, la culpa es pavorosa;
Ella os agita, oprime y causa espanto.

D. Pablo de Jérica.

Carácter del verdadero Filósofo.

El Filósofo siempre es tolerante,
De la verdad amante,
De la virtud amigo,
De los vicios acérrimo enemigo.
Accesible, sencillo, bondadoso,

Su centro es el reposo:
Humanidad respira:
Su dulce trato probidad inspira.
Para el error clemente,
Se muestra inexorable al delincuente.
Socorre con largueza
Del verdadero pobre la pobreza,
Y reprende severo
Al holgazan y vago pordiosero.
Los abusos critica,
Y á reformarlos con teson se aplica.
Jamas el envidioso
Logra turbar su plázido reposo,
Ni es el mérito ajeno
Para su corazon mortal veneno;
Acójele mas bien, alaba, estima,
Y promueve y anima.
Si escribe, son lecciones
De verdad y virtud sus producciones.
No busca el interes ó gloria vana
Que escribiendo se gana;
Procura, sí, afanoso
Hazer al hombre bueno y venturoso;
Y al fin tan solo alcanza
Ver frustrada del todo su esperanza.
Mírase calumniado,
Perseguido, ultrajado...
Sírvenle de consuelo
Su recto proceder y heroico zelo;
Y su ardor multiplica
Y al bien de los demas se sacrifica.

LIBRO OCTAVO.

POESIA EPICA.

Res gestæ regumque ducumque, et tristia bella.

Juan de Mena.

MUERTE DEL CONDE DE NIEBLA.

Oye por ende pues la perdicion
De solo el buen Conde sobre Gibraltar;
Su muerte llorada de digno llorar
Provoque tus ojos á lamentacion.
En la su triste hadada partida,
Por muchas señales que los marineros
Han por auspizios y malos agüeros,
Le fué denegado hazer su venida:
Los cuales veyendo, con voz dolorida,
El cauto maestro de toda su flota
Al Conde amonesta del mal que denota,
Porque la via fuese resistida.
Ca he visto, dice, Señor, nuevos yerros
La noche pasada hazer los planetas,
Con crines tendidos arder los cometas,
Y dar nueva lumbre las armas y hierros:
Ladrar sin herida los canes y perros,

Triste presagio hazer de peleas
Las aves nocturnas y las funeréas
Por las alturas, collados y cerros.
El Conde que nunca de las abusiones
Creia, ni menos de tales señales,
Dijo: « ni apruebo por muy naturales,
Maestro, ninguna de aquestas razones;
Las que me dices ni bien perfeziones,
Ni veras pronósticas son de verdad,
Ni los indicios de la tempestad
No vemos fuera de sus opiniones.
Aun si yo viera la ménstrua luna
Con cuernos oscuros mostrarse fuscada,
Muy rubicunda y muy colorada,
Temiera que vientos nos diera fortuna.
Si Febo, dejada la Delia cuna,
Igneo le viéramos ó bien turbulento,
Temiera yo pluvias mezcladas con viento;
En otra manera no sé qué repuna.
Desplega las velas pues ¿ya qué tardamos?
Y los de los barcos levanten los remos;
A vueltas del tiempo mejor que perdemos,
No los agüeros, los hechos sigamos:
Y pues una empresa tan santa levamos,
¿Cual otra en el mundo podrá ser alguna?
Presuma de vos y en mí la fortuna,
No que ella nos fuerza, mas que la forzamos ».
Tales palabras el Conde decia,
Que obedezieron al su mandamiento,
Y dieron las velas infladas al viento,
No padeziendo tardanza la via.
Segun la fortuna lo ya disponia,
Llegaron acerca de la fuerte villa
El Conde con toda su rica cuadrilla,
Que por el agua su flota seguia.

El Conde y los suyos tomaron la tierra;
Que estaba entre el agua y el borde del muro,
Lugar que en menguante es seco y seguro,
Mas con la cresziente del todo se cierra.
Quien llega mas tarde presume que yerra;
La pavesada ya junta á las alas,
Levantan los trozos, creszen las escalas,
Creszen las artes mañosas de guerra.
Los Moros veyendo creszer los engaños,
Y viéndose todos cercados por artes,
Y combatidos por tantas de partes,
Allí socorriendo do ya han mas daños,
Y con necesarios dolores estraños,
Resisten sus sañas las fuerzas ajenas,
Y lanzan los cantos desde las almenas,
Y botan los otros que no son tamaños.
Allí disparaban bombardas y truenos,
Y los trabucos tiraban ya luego
Piedras y dardos y hachas de fuego,
Con que los maestros hazian ser menos.
Algunos de Moros tenidos por buenos
Lanzan temblando las sus azagayas,
Pasan las lindes, palenques y rayas,
Doblan sus fuerzas con miedos ajenos.
Mientras morian y mientras mataban
De parte del agua ya crezen las ondas,
Y cobran las mares soberbias y ondas
Los campos que ante los muros estaban:
Tanto, que los que de allí peleaban,
A los navíos si se retraian,
Las aguas creszidas los ya defendian.
Tornar á las fustas que dentro dejaban.
Con peligrosa y vana fatiga
Pudo una barca tomar á su Conde,
La cual le llevara seguro, si donde

Estaba, bondad no fuera enemiga:

. . . . . .

Habia fortuna dispuesto la hora,
Y como los suyos comienzan á entrar,
La barca con todos se ovo de anegar
De peso tamaño no sostenedora.
Los miseros cuerpos ya no respiraban,
Mas so las aguas andaban ocultos,
Dando y trayendo mortales singultos
De agua la hora que mas anelaban:
Las vidas de todos así ligitaban,
Que aguas entraban do almas salian;
La pérfida entrada las aguas querian,
La dura salida las almas negaban.
¡O piedad fuera de toda medida!
¡O ínclito Conde! quisiste tan fuerte
Tomar con los tuyos en ántes la muerte,
Que con tu hijo gozar de la vida.
Si fe á mis versos es atribuida,
Jamas la tu fama, jamas la tu gloria
Darán en los siglos eterna memoria,
Será la tu muerte por siempre plañida.

LAMENTOS DE UNA MADRE SOBRE EL CADÁVER DE SU HIJO.

Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste, despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento, tendido
De aquel que criara con tanto desvelo.
Ofende con dichos crueles al Cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud,
Que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con mesura poca,

Besando á su hijo la su fria boca,
Maldice las manos de quien lo matara;
Maldice la guerra do se comenzara,
Busca con ira crueles querellas,
Niega á sí mesma reparo de aquellas,
Y tal como muerta viviendo se para.
Decia llorando con lengua rabiosa,
« O matador de mi hijo cruel,
Mataras á mí, dejaras á él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa:
Fuera á la madre muy mas digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,
Y no te mostraras á él tan amargo,
Ni triste dejaras á mí querellosa.
Si ántes la muerte me fuera ya dada,
Cerrara mi hijo con estas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos,
É yo no muriera mas de una vegada;
Moriré así muchas desaventurada,
Que sola padezco lavar sus heridas
Con lágrimas tristes y no gradezidas,
Magüer que lloradas por madre cuitada ».

D. Alonso de Ercilla y Zuñiga.

La batalla de Lepanto.

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron:
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parezió temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos,
El rezio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos,
El rumor de las armas estupendo,
Las varias vozes, gritos y apellidos,
Todo en revuelta confusion hazia
Espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Príamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia,
Como la turca y la cristiana armada,
Que envuelta en humo y fuego, parezia,
Nó solo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

. . . . . .

Luego con igual ímpetu y denuedo
Llegan unas con otras á abordarse,
Cerrándose tan juntas, que á pie quedo
Pueden con las espadas golpëarse:
No bastaba la muerte á poner miedo,
Ni allí se vió peligro rehusarse,
Aunque al arremeter viesen derechos
Disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente, deseosa
De ejecutar sus golpes, se juntaba,
Y cual violenta tempestad furiosa,
Los tiros y altos brazos descargaba:
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas menëaban;
La mar de sangre súbito cubierta
Comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados
Se acometen y ofenden sin sosiego.

Unos cayendo mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego,
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego,
Que muerte ni rigor de artillería
Jamas bastó á dejar plaza vacía.
Quien por saltar en el bajel contrario,
Era en medio del salto atravesado;
Quien por herir sin tiempo al adversario,
Cae en el mar de su furor llevado;
Quien por bestial desinio temerario
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba,
Y en las revueltas olas se arrojaba.
¿Cual será aquel que no temblase, viendo
El fin del mundo y la total rüina,
Tantas gentes á un tiempo pereziendo,
Tanto cañon, bombarda y culebrina?
El sol los claros rayos recojiendo,
Con faz turbada de color sanguina
Entre las negras nubes se escondia,
Por no ver el destrozo de aquel dia.
Acá y allá con pecho y rostro airado
Sobre el rodante carro presuroso,
De Tesifon y Alecto acompañado,
Discurre el fiero Marte sanguinoso:
Ora sacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el escudo fulminoso,
Infundiendo en la fiera y brava gente
Ira, saña, furor y rabia ardiente.
Quien, faltándole tiros, luego afierra
Del pedazo del remo, ó de la entena:
Quien trabuca al forzado y le deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena:
No hay cosa de metal, de leño y tierra,

Que allí para tirar no fuese buena:
Rotos bancos, postizas, batallolas,
Barriles, escotillas, portañolas.
Y las lanzas y tiros que arrojaban
(Aunque del duro azero resurtiesen)
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen:
Y ardiendo en la agua fria, peleaban
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.
Cuales, su propia sangre resolviendo,
Andan agonizando sobreaguados:
Cuales, tablas y gúmenas asiendo,
Quedan rindiendo el alma enclavijados:
Cuales, hazer mas daño no pudiendo,
A los menos heridos abrazados
Se dejan ir al fondo forzejando,
Contentos de morir allí matando.
No es posible contar la gran revuelta,
Y el confuso tumulto y son horrendo.
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitran y resina y pez ardiendo:
La presta llama con la brea revuelta
Por la [illegible]
Con fieros estallidos y centellas
Creziendo amenazaba las estrellas.
Unos al mar se arrojan por salvarse,
Del crudo hierro y llamas perseguidos;
Otros que habian probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos:
Asíque, con la gana de escaparse,
A cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.

Muchos ya con la muerte porfiando,
Su opinion aun muriendo sostenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtian:
Y en las huidoras olas estribando,
Los ya cansados brazos sacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.
Creze el furor y el áspero rüido
Del contino batir apresurado.
El mar de todas partes rebatido
Hierve y regüelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado y removido,
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa,
Las herradas galeras bate á priesa.
En la alta popa junto al estandarte
El ínclito Don Juan resplandezia
Mas encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envia,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.

. . . . . .

Bien dos horas y media y mas habia
Que duraba el combate porfiado,
Sin conozer en parte mejoría,
Ni haberse la victoria declarado,
Cuando el bravo Don Juan que en saña ardia
Casi quejoso del suspenso hado,
Comenzó á mejorar sin duda alguna,
Declarada del todo su fortuna.
En esto con gran ímpetu y rüido
Por el valor de la cristiana espada

El furor Mahomético oprimido,
Y la turca Rëal del todo entrada,
Do el estandarte bárbaro abatido,
La cruz del Redentor fué enarbolada
Con un triunfo solemne y grande gloria,
Cantando arbiertamente la vitoria.

EL ANCIANO COLOCOLO CONCILIA LOS ANIMOS DE LOS CAZIQUES ARAUCANOS QUE SE DISPUTABAN EL MANDO SUPREMO.

« Caziques del Estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida:
Porque segun mi edad, ya veis, Señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.
¿ Porqué cargos honrosos pretendemos,
Y ser en opinion grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y venzidos?
Y en esto averiguarnos no queremos
Estando aun de Españoles oprimidos;
Mejor fuera esta furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.
¿ Qué furor es el vuestro ¡ o Araucanos!
Que á perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
¿ Teniendo tan á golpe á los Cristianos,
Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.
Volved las armas y ánimo furioso

A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso,
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto,
No derrameis la sangre del Estado,
Que para redimirnos ha quedado.
No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, ántes me esfuerza;
Mas temo que esta vuestra valentía
Por mal gobierno el buen camino tuerza,
Que vuelta entre nosotros la porfía,
Degolleis vuestra Patria con su fuerza.
Cortad, pues, si ha de ser desa manera,
Esta vieja garganta la primera.
Que esta flaca persona atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura:
Aquella vida es bien afortunada,
Que la temprana muerte la asegura;
Pero á nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.
Pares sois en valor y fortaleza:
El Cielo os igualó en el nazimiento:
De línaje, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento;
Y en singular, por ánimo y grandeza
Podeis tener del mundo el rejimiento:
Que este gracioso don no agradezido
Nos ha al presente término traido.
En la virtud de vuestro brazo espero,
Que puede en breve tiempo remediarse;
Mas ha de haber un Capitan primero,
Que todos por él quieran gobernarse.

Este será quien mas un gran madero
Sustentará en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el mas fuerte.»
Ningun hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones,
Y puesto ya silencio al parlamento,
Hubo entre ellos diversas opiniones;
Al fin, de general consentimiento
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los Caziques acordado,
Lo propuesto del viejo fué acceptado.

FIESTAS Y JUEGOS PUBLICOS DE LOS ARAUCANOS.

Ya el esperado catorzeno dia,
Que tanta gente estaba deseando,
Al campo su color restituia
Las importunas sombras desterrando,
Cuando la bulliziosa compañía
De los briosos jóvenes, mostrando
El juvenil hervor y sangre nueva,
En campo estaban prestos á la prueba.
Fué con solemne pompa referido
El órden de los premios, y el primero
Era un lustroso alfanje, guarnezido
Por mano artifiziosa de platero.
Este premio fué allí constituído
Para aquel que con brazo mas entero
Tirase una fornida y gruesa lanza,
Sobrando á los demas en la pujanza.
Y de cendrada plata una zelada
Cubierta de altas plumas de colores,
De un cerco de oro puro rodeada
Esmaltadas en él varias labores,
Fué la preciada joya señalada

Para aquel que entre diestros luchadores
En la difízil prueba se estremase,
Y por señor del campo en pie quedase.

. . . . . .

No bien sonó la alegre trompa, cuando
El jóven Orompello yó en el puesto
Airosamente el manto derribando,
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
En la valiente diestra blandëando
Una maziza lanza: luego en esto
Se ponen asímismo Lepomande,
Crino, Pillolco, Guambo y Marëande.

Estos seis en igual hila corriendo,
Las lanzas por los fieles igualadas,
A un tiempo las derechas sacudiendo,
Fueron con seis gemidos arrojadas.
Salen las hastas con rumor crujiendo
De aquella fuerzá é ímpetu llevadas:
Rompen el aire, sùben hasta el cielo,
Bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fué la hasta primera,
Que falta de vigor á tierra vino:
Tras ella la de Guambo, y la tercera
De Lepomande, y cuarta la de Crino;
La quinta de Mareande, y la postrera,
Haziendo por mas fuerza mas camino,
La de Orompello fué, mozo pujante,
Pasando cinco brazas adelante.

. . . . . .

Ninguno con seis brazas llegar pudo
Al tiro de Orompello señalado,
Hasta que Leucoton, varon membrudo,
Viendo que ya el probar habia aflojado,
Dijo en voz alta: de perder no dudo;
Mas porque todos ya me habeis mirado,

Quiero ver de este brazo lo que puede,
Y á do llegar mi estrella me concede.
  Esto dicho, la lanza requerida,
En ponerse en el puesto poco tarda,
Y dando una lijera arremetida,
Hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
La lanza por los aires impelida
Sale cual gruesa bala de bombarda,
O cual furioso trueno, que corriendo
Por las espesas nubes va rompiendo.
  Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
De la señal y raya delantera;
Rompiendo el hierro por el duro suelo,
Tiembla por largo espacio la hasta fuera.
Alza la turba un alarido al cielo,
Y de tropel con súbita carrera
Muchos á ver el tiro van corriendo,
La fuerza y tirador engrandeziendo.
  Unos el largo trecho á pies median,
Examinando el peso de la lanza:
Otros por maravilla encarezian
Del esforzado brazo la pujanza:
Otros van por el precio: otros hazian
Al venzedor cantares de alabanza;
De Leucoton el nombre levantando,
Le van en alta voz solemnizando.

. . . . . .

  Acabada con esto la porfía,
Y Leucoton quedando victorioso,
Orompello á una parte se desvia
Del caso algo corrido y vergonzoso;
Mas como sabio mozo, lo encubria,
De verse en ocasiones deseoso
Por do con Leucoton y causa nueva,
Venir pudiese á mas estrecha prueba.

. . . . . .

Puesto nuevo silencio, y despejado
El campo do la prueba se hazia,
El diestro Cayeguan, mozo esforzado,
A mantener la lucha se metia.
No pasó mucho, cuando de otro lado
Con gran disposicion Torquin salia
De haber en él pujanza y lijereza;
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
Los dos gallardos bárbaros se mueven:
Ya los viérades juntos, ya apartados,
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
Por un lado y por otro recatados
Se inquieren, cercan, buscan y remueven,
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
Y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas, y ellos recojidos,
En su fuerza procuran conozerse;
Pero de ardor colérico encendidos
Comienzan por el campo á revolverse.
Cíñense pies con pies, y entretejidos
Cargan á un lado y otro, sin poderse
Llevar cuanto una mínima ventaja,
Por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo cauteloso
Metió la pierna diestro Cayeguano;
Quiso Torquin ceñirla codicioso
Cargando con gran fuerza á aquella mano:
Sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
Y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
Del mismo peso y fuerza que traia
A los pies enemigos se tendia.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
El cual lanzando fuera los vestidos,
Descubre la persona corpulenta,

Brazos robustos, músculos fornidos.
Mírale la confusa turba atenta,
Que de cuatro entre todos escojidos
Este valiente bárbaro era el uno,
Jamas sobrepujado de ninguno.
Con gran fuerza los hombros sacudiendo
Se apareja á la lucha y desafío,
Y al venzedor contrario apercibiendo,
Le va á buscar con animoso brio:
De la otra parte Cayeguan saliendo
En medio de aquel campo á su albedrío,
Vienen los dos gallardos á juntarse,
Procurando en la presa aventajarse.
Un rato estuvo en confusion la gente,
Y anduvo en duda la vitoria incierta;
Mas luego Rengo dió señal patente
Con que fué su pujanza descubierta,
Que entre los duros brazos reziamente
Al triste Cayeguan la boca abierta
Sin dejarle alentar le retraia,
Y acá y allá con él se revolvia.
Alzóle de la tierra y apretado
En el aire gran pieza le suspende;
Cayeguan sin color, desalentado,
Abre los brazos y las piernas tiende;
Viéndole así rendido el esforzado
Rengo que á la vitoria solo atiende,
Dejándole bajar, con poca pena
Le estampa de gran golpe en el arena.
. . . . . .
Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
Sin que nadie la plaza le pisase,
Que no se vió soldado tan dispuesto
Que viéndole el lugar vacio ocupase:
Pero ya Leucotop mirando en esto,

Que porque su valor mas se notase
Hasta ver el mas fuerte habia esperado,
Con grave paso entró en el estacado.
Luego un rumor confuso y grande estruendo
Entre el parlero vulgo se levanta
De ver estos dos juntos, conoziendo
En uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:
Leucoton la persona recojiendo
A recibir á Rengo se adelanta,
Que con gallardo paso se venia
De esfuerzo acompañado y lozanía.
Vienen al parangon dos animosos
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen.
Unas vezes aguijan presurosos,
Otras frenan el paso y lo detienen:
Andan en torno y miran cautelosos,
Y á todos los engaños se previenen;
Pero no tardó mucho que cerraron,
Y con estrechos ñudos se abrazaron.
Juntándose los dos pecho con pecho,
Van las últimas fuerzas apurando;
Ya se afirman y tienen muy estrechos,
Ya se arrojan en torno voltëando:
Ya los izquierdos, ya los pies derechos
Se enclavijan y enredan, no bastando
Cuanta fuerza se pone, estudio y arte
A poder mejorarse alguna parte.
Acá y allá furiosos se rodean,
La fuerza uno del otro resistiendo;
Tanto forzejan, gimen, bijadean,
Que los miembros se van entorpeziendo:
Tiemblan de la fatiga y titubean
Las cansadas rodillas, no pudiendo
Comportar el teson y furia insana,
Que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
Cubiertos los dos bárbaros andaban,
Y del fogoso y rezio movimiento
Roncos los pechos dentro resonaban:
Ellos siempre con mas encendimiento
Sacando nuevas fuerzas, procuraban
Llevar la empresa al cabo, comenzada
Por ganar el honor y la zelada.

Pero ventaja entre ellos conozida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejerzizio;
Mas la suerte de Rengo enflaquezida,
Y el hado que hasta allí le fué propicio,
Hizieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo hácia el un lado,
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Estaba de su encaje levantado
Por el concurso y huella de la gente:
De esto el cansado Rengo no avisado,
Metió el pie dentro, y desgraciadamente,
Cual cae de la segur herido el pino,
Con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del mazizo suelo,
Ni el águila que el robo cala de alto
Sube en el aire con tan rezio vuelo,
Como de corrimiento el seso falto,
Rengo rabioso amenazando al cielo
Se puso en pie, que aun bien no tocó en tierra,
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcídes derribado,
Que de la tierra madre recojido

Cobraba fuerza y ánimo doblado,
Así el airado Rengo embravezido
Que apenas en la arena habia tocado,
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al estremo llegó de honrado y fuerte.

. . . . . .

Adelante la cólera pasara,
Y hubiera alguna brega en aquel llano,
Si rezeloso de esto, no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolican traia la vara,
Y él propio los aparta de su mano;
Que no fué poco en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.

Siendo de esta manera sin rüido
Despartida la lucha ya enconada,
Le fué á Rengo su honor restituido,
Mas quedó sin derecho á la zelada.
Aun no estaba del todo definido,
Ni la plaza de gente despejada,
Cuando el mozo Orompello dijo presto:
Mi vez ahora me toca, mio es el puesto.

Que bramando entre sí, se deshazia
Esperando aquel tiempo deseëado,
Viendo que Leucoton ya mantenia,
Del tiro de la lanza no olvidado.
Con gran desenvoltura y gallardía
Salta el palenque y entra el estacado,
Y en medio de la plaza, como digo,
Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

. . . . . .

El pueblo, de la lucha deseëoso,
La mas parte á Orompello se inclinaba.
Mira los bellos miembros, y el airoso
Cuerpo que á la sazon se desnudaba

La gracia, el pelo crespo y el hermoso
Rostro, donde su poca edad mostraba,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Y á Leucoton á fuerzas desafia.
Juzgan ser desconformes los presentes
Las fuerzas de estos dos por la apariencia,
Viendo del uno el talle, y los valientes
Niervos, edad perfecta y esperiencia;
Y del otro los miembros diferentes,
La tierna edad y grata adolescencia,
Aunque á tal opinion contradecia
La muestra de Orompello, y osadía.
Que puesto en su lugar, ufano espera
El son de la trompeta, como cuando
El fogoso caballo en la carrera
La seña del partir está aguardando:
Y cual halcon que en la húmida ribera
Ve la garza de lejos blanquëando,
Que se alegra y se pule ya lozano,
Y está para arrojarse de la mano.
El gallardo Orompello así esperaba
Aquel alegre son para moverse,
Que de ver la tardanza, imaginaba
Que habian impedimentos de ofrezerse.
Visto que tanto ya se dilataba,
Queriendo á su sabor satisfazerse,
Derecho á Leucoton sale animoso,
Que no fué en recibirle perezoso.
En gran silencio vuelto el rumor vano,
Quedando mudos todos los presentes,
En medio de la plaza mano á mano
Salen á se probar los dos valientes:
Como cuando el lebrel y fiero alano,
Mostrándose con ronco son los dientes,

Yertos los cerros y ojos encendidos,
Se vienen á morder embravezidos.
De tal modo los dos amordazados,
Sin esperar trompeta ni padrino,
De coraje y rencor estimulados,
De medio á medio parten el camino:
Y en un instante iguales aferrados,
Con estremada fuerza y diestro tino
Se ciñeron los brazos poderosos,
Echándole á los pies lazos ñudosos.
Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
Los lleva, arroja y vuelve á todos lados:
Viéranlos sin mudarse á vezes tales,
Que parezen en tierra estar clavados:
Donde ponen los pies, dejan señales,
Cavan el duro suelo, y apretados,
Juntándose rodillas con rodillas,
Hazen crujir los huesos y costillas.
Cada cual del valor, destreza y maña
Usaba, que en tal tiempo usar podia,
Viendo el duro teson y fuerza estraña
Que en su rezio adversario conozia:
Revuélvense los dos por la campaña,
Sin conozerse en nadie mejoría;
Pero tanto de acá y allá anduvieron
Que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.
Fué tan presto el caer, y en el momento
Tan presto el levantarse, por manera
Que se puede decir que el mas atento
A mover la pestaña no lo viera:
Ventaja, ni señal de venzimiento
Juzgarse por entónces no pudiera,
Que Leucoton arrodilló en el llano,
Y Orompello tocó sola una mano.
En esto los padrinos se metieron,

Y á cada lado el suyo retirando,
En disputa la lucha resumieron,
Sus puntos y razones alegando.
De emtrambas partes gentes acudieron,
La porfía y rumor multiplicando;
Quien daba al uno el precio, honor y gloria,
Quien cantaba del otro la vitoria.
Tucapelo que estaba en un asiento
A la diestra del hijo de Pillano,
Visto lo que pasaba, en el momento
Salta en la plaza la ferrada en mano,
Y con aquel usado atrevimiento
Dice: el precio ganó mi primo hermano,
Y si alguno esta causa me defiende,
Haréle yo entender que no lo entiende.
La joya es de Orompello, y quien bastante
Se halla á reprobar el voto mio,
En campo estamos, hágase adelante,
Que en suma le desmiento y desafío.
Leucoton con un término arrogante
Dice: yo amansaré tu loco brio,
Y el vano orgullo y necio devaneo,
Que mucho tiempo ha ya que lo deseo.
Conmigo lo has de haber, que comenzado
Juego tenemos ya, dijo Orompello;
Responde Leucoton fiero y airado:
Contigo y con tu primo quiero habello.
Caupolican en esto era llegado,
Que del supremo asiento viendo aquello,
Habia bajado á la sazon confuso,
Y allí su autoridad toda interpuso.
Leucoton y Orompello conoziendo
Que el gran Caupolican allí venia,
Las enconosas vozes reprimiendo,
Cada cual por su parte se desvia;
Mas Tucapel la maza revolviendo

Que otro acuerdo y concierto no queria,
Lleno de ira diabólica, no calla
Llamándo á todo el mundo á la batalla.

. . . . . .

Pues la rica zelada allí traida,
Al ufano Orompello le fué puesta,
Y una cuera de malla guarnezida
De fino oro á la par vino con esta,
Y al mismo tiempo á Leucoton vestida.
Todos conformes en alegre fiesta
A las copiosas mesas se sentaron,
Donde mas la amistad confederaron.
Acabado el comer, lo que del dia
Les quedaba, las mesas levantadas,
Se pasó en regozijo y alegría;
Tejiendo en corros danzas siempre usadas:
Donde un número grande intervenia
De mozos y mugeres festejadas;
Que las pruebas cesaron y ocasiones,
Atento á no mover nuevas cuestiones.

GALVARINO, HERIDO Y MUTILADO POR LOS ESPAÑOLES, SE PRESENTA EN EL SENADO DE LOS ARAUCANOS Y LOS EXORTA A LA VENGANZA.

« Si solíades vengar, sacros varones,
Las ajenas injurias tan de veras,
Y en las estrañas tierras y naziones
Hiizeron sombra ya vuestras banderas,
¿ Cómo agora en las propias posesiones
Unas bastardas gentes estranjeras
Os vienen á oprimir y conquistaros,
Y tan tibios estais en el vengaros?
Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
Miembro del vuestro, que por mas afrenta

Me envian lleno de injurias al Senado,
Paraque de ellas sepa daros cuenta:
Mirad vuestro valor vituperado,
Y lo que en mí el tirano os representa,
Jurando no dejar Cazique alguno
Sin desmembrarlos todos uno á uno.
Por cierto bien en vano han adquirido
Tanta gloria y honor vuestros abuelos,
Y el Araucano crédito subido
En su misma virtud hasta los cielos,
Si agora infame, hollado y abatido
Anda de lengua en lengua por los suelos,
Y vuestra ilustre sangre resfriada
En los sucios rincones derramada.
¿Qué provincia hubo ya que no temiese
De vuestra voz en todo el mundo oida,
Ni nazion que las armas no rindiese
Por temor ó por fuerza compelida?
Arribando á la cumbre porque fuese
Tanto de allí mayor vuestra caida,
Y al término llegase el menosprecio
Donde de los pasados llegó el precio;
Pues unos estranjeros enemigos,
Con título y con nombre de clemencia,
Ofrezen de acetaros por amigos,
Queriéndoos reduzir á su obediencia:
Y si no os someteis, que con castigos
Prometen oprimir vuestra insolencia,
Sin quedar del cuchillo reservado
Género, religion, edad, ni estado.
Volved, volved en vos, no deis oido
A sus embustes, tratos y marañas
Pues todas se enderezan á un partido
Que viene á delustrar vuestras hazañas;
Que la ocasion que aquí los ha traido

Por mares y por tierras tan estrañas;
Es el oro goloso que se encierra
En las fértiles venas de esta tierra.
Y es un color, es apariencia vana
Querer mostrar que el principal intento
Fué el estender la religion cristiana,
Siendo el puro interes su fundamento:
Su pretension de la codicia mana,
Que todo lo demas es finjimiento,
Pues los vemos que son, mas que otras gentes,
Adúlteros, ladrones, insolentes.
Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenazen cierto en lo futuro,
Podemos elejir honrada muerte,
Remedio breve, fázil, y seguro.
Poned á la fortuna el hombro fuerte,
A dura adversidad corazon duro,
Que el pecho firme y ánimo invenzible
Allana y fazilita aun lo imposible.

RAZONAMIENTO DE LA MUGER DE CAUPOLICAN, GENERAL DE LOS ARAUCANOS, AL VERLE LLEVAR PRESO Y MANIATADO POR LOS ESPAÑOLES.

« ¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con solo la voz temblar hazias
Las remotas naziones mas estrañas?
Eres tú el Capitan que prometias
De conquistar en breve las Españas,
Y someter el ártico emisferio
Al yugo y ley del Araucano imperio?
¡Ay de mí! ¡cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada

Fresia muger del gran Caupolicano;
Y agora miserable y desdichada
Todo en un punto me ha salido en vano,
Viéndote prisionero en un desierto,
Pudiendo haber honradamente muerto!
¿Qué son aquellas pruebas peligrosas,
Que así costaron tanta sangre y vidas?
¿Las empresas difíziles dudosas
Por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿Qué es de aquellas victorias gloriosas
De esos atados brazos adquiridas?
Todo al fin ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto.
¿Dime, faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable Diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
Haze inmortal la vida y gloriosa?
Miraras á esta prenda desdichada,
Pues que de tí no queda ya otra cosa,
Que yo apenas la nueva me viniera,
Cuando muriendo alegre te siguiera.
Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
Con que el lícito amor me habia ligado,
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado:
Cria, criale tú, que ese membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado,
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.
Diciendo esto, colérica y rabiosa
El tierno niño le arrojó delante;
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante:
En fin por abreviar, ninguna cosa
De ruegos ni amenazas fué bastante

El aire baña y da hermosura al suelo.
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
De huecas vozes un sonóro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.
Los firmes quizios de las altas puertas
Sin guardadoras llaves y candados,
A todo tiempo y toda gente abiertas
De cualquier calidad, suerte y estados:
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enjambre
Al deseo de saber creze la hambre.
A estos, sin que el reciente rastro borre,
El vulgo la ignorante oreja aplica,
Y al ciego aliento que en sus patios corre
La mas templada boca multiplica:
Los cuentos que uno oyó en la primer torre
Tan mudados en la otra los publica,
Que volviendo á encontrarlos sus autores,
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.
El firme umbral de sonoroso bronze
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconze
A todas horas de aquel mundo esgrime;
Aquí de ñudo eterno el mortal gonze
Los siglos venze y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable y ancha pompa
El son retumba de una hueca trompa.
Humilde á los principios se levanta
De ronca voz y de alas encojida,
Mas creze el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz deja en su cundir venzida:
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,

Y de tal propiedad y tal sujeto,
Que á todo haze, y no á guardar secreto.
Así á los cielos ruego le suceda
Al vuelo heroicó de mi corta pluma:
Que si hoy humilde y por el suelo queda,
Mañana suba á ser de honor la espuma;
Y en lo alto ya de la voluble rueda,
El tiempo ni la halle ni consuma,
Mas con su altiva voz tan hueca suene,
Que el mundo espante y sus regiones llene.

Combate singular entre Bernardo y Roldan.

Estaba el Conde en la grandeza dina
De su antigua opinion, de miedo ajena,
Como en un fértil campo parda encina
De antiguos años y despojos llena,
Que ni el viento la mueve, ni la inclina
De los ñudosos ramos la cadena,
Antes enmedio de los bosques puesta,
A sola ella hazen los pastores fiesta.
Bernardo de otra parte altivo estaba,
Si no de tanto nombre, de mas brio,
Con un bullizio y lozanía que daba
Al dé mas fama y opinion desvío:
En venzer solo con destreza brava,
Sin otros medios, puesto el albedrío,
Y en salir con real pecho y osadía
A cuanto la ira y gusto le pedia.
Cual presto rayo que su lumbre ardiente
Por los aires derrama repartido,
El mundo asombra, y de temor la gente
Dando paso se humilla al gran rüido,
Y él deslumbrando cruza de repente
El rico alcázar que dejó abatido,

Que ni de antiguo muro haze caso,
Ni el bronze oprime, ni le ataja el paso.
. . . . . .
El monte Olimpo, y su vecino el Osa
Si arrebatados de contrarios vientos
Por fuerza de violencia milagrosa
La eterna raiz faltase á sus cimientos
En medio el Tempe, junta mas furiosa
Ni golpes sonarian mas violentos,
Ni del Pelion los riscos al encuentro
Mayor bramido harian en su centro,
Que el hueco valle y montes comarcanos
Al ronco trueno y súbita estampida,
Con que los dos guerreros á las manos
De su furia vinieron encendida:
Y habiendo vuelto en átomos livianos
Dos pinos que aun se estaban con la vida,
Mas firmes los contempla el campo raso,
Que el zierzo á las dos puntas del Parnaso.
. . . . . .
Mas ellos las espadas ya en la mano,
Y su furia y rigor en los escudos,
Con tal priesa se hieren, que hazen vano
El cuidado de golpes tan menudos;
En Flegra, en el combate soberano,
Cuando sobre los Titanes membrudos
Llovió Júpiter rayos espantosos,
No fueran en rigor tales ni tantos.
Dió el Conde á su contrario un altibajo
Que á la fama cortó brazo y clarines
En el gravado escudo, y á él le trajo
A besar del caballo cuello y clines:
Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,
Francia gozara mas sus Paladines,
Y aun él quizá tambien de esa manera
Por invenzible el mundo le tuviera.

Mas resbaló la espada por lo alto
De la zelada, y el valiente Godo
De honor herido, y de paciencia falto,
A vengarse ó morir se arrojó todo:
Y puesto en los estribos, dando un salto,
Su frison alcanzó al Frances, de modo,
Que le hizo besar á un mismo vuelo,
El su caballo, y su caballo al suelo.

. . . . . .

Que á segundar con otro, ni el encanto
Del yelmo de Mambrino, ni el que hubo
De Almonte, ni su hadada fortaleza
Libre del riesgo dieran su cabeza.
Mas ya viendo en su acuerdo el triste estado,
En que aquel brazo y su valor le tiene,
Con la afrenta y furor desesperado,
La espada aprieta y á buscarle viene:
Y el Español, no menos arriscado,
Con la suya á dos manos le detiene,
Hasta que en rebatir furioso á una
Del hado tientan la última fortuna.
Y vueltos á encenderse en su refriega
Con mas aliento y brios que primero,
Donde uno se retira el otro llega,
Y ninguno al herir llega el postrero:
Uno el escudo hiende, el otro siega,
Cual trigo de sazon, mallas de azero,
Uno da, otro recibe, y ambos juntos
Ni atienden ocasion, ni aguardan puntos.
Cual dos fieros Centauros, que á las cumbres
De Osa zelosos muestran su braveza,
Porque de Deyanira las dos lumbres
Con igual gusto miran su destreza;
De los duros peñascos las vislumbres
Vueltas centellas giran larga piezza,

Resuena el bosque, y cúbrese la tierra
De los destrozos de la horrible guerra;
Así la honra francesa y la española
Zelosas de la fama que las mira,
Como el hinchado Egeo entre ola y ola
En fuerzas creze, y se derrama en ira.
Resuena el valle, el aire se arrebola
De las centellas de oro que retira
Del rebatido azero, que el desierto
De rajas tiene y confusion cubierto.
Dió el Frances un mandoble en el escudo
Que de la fama al suelo echó un pedazo,
Y no fué el Godo en responderle mudo
Del firme azero con el gran recazo:
Que á alcanzarle la espada mas de agudo
A cercen de los dos llevara un brazo;
Mas del hombro y encaje de una greva
Sobre el campo salió una luna nueva.
Y tras él otro y otro le segunda,
Como sobre su yunque el duro Bronte,
Cuando en masas de fuego forja y funda
Rayos contra el flamígero Faetonte:
La sima al hondo valle mas profunda
Suena, y los ecos del preñado monte
Hazen un triste son y estruendo horrible,
A solo el duro Marte apetezible.

. . . . . .

Cansados de herir con las espadas,
A brazos hazen de sus fuerzas pruebas,
Las manos por los hombros añudadas
Cada uno al otro aquí y allí le lleva:
Crujen las duras grevas apretadas
Entre el brio de músculos que ceba
Su furor en la lucha, y los caballos
Ni pueden ya traellos, ni llevallos.

Gimen, sudan, anelan, y arrodilla
El mas fuerte caballo: uno se estaca,
Otro la yerba en caracoles trilla,
Y de su centro las raïzes saca:
Petos, golas y arneses deshebilla
Del teson duro la mortal resaca
En un grueso anelar y aliento vario,
En que cualquiera bebe el del contrario.

Ellos con nuevos brios y denuedo
Tras su porfía quieren acaballa,
Y como ya se hieren á pie quedo
Mayor espanto pone la batalla:
Solos los dos del riesgo están sin miedo,
Que los demas que se hallan á miralla
Aun desde fuera no se ven seguros
Del grave riesgo de sus golpes duros.

Así el horrible Marte con Briareo,
Si privalle tal vez le cupo en suerte,
Dieran soberbios golpes, y al deseo
Diversos modos de hallar la muerte;
Tales los dos en su combate veo,
Y el batir las espadas de tal suerte,
Que como con cien brazos á un momento
Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.

Ya el sol, que por mirar su gentileza
Aquel dia madrugó á alegrar la gente,
Tibia su luz y ardiendo la braveza
De los guerreros vió desde el poniente;
Y contemplando el número y grandeza
De golpes y heridas, juzga y siente
Que era en su batallar mayor el vuelo
De su ira y su furor, que el de su cielo.

Y no queriendo ver de compasivo
La muerte de los dos ni de ninguno,
Cerró la noche, y con un golpe esquivo

Roldan con su cólerico importuno.
No quedó rostro, ni semblante vivo
Ni de los que le vieron pecho alguno
Que no se estremeziese al estallido,
Y el corazon le diese algun latido.
Fué tan cargado el golpe, que sin tino
Traspies dió por caer el firme Godo,
Y á no volver la furia en desatino,
Fuera al segundo venzedor del todo:
Mas erró este postrero el Paladino,
Y su contrario se arrestó de modo,
Que arrojando de sí el mellado escudo,
Con su furia llegó hasta donde pudo.
Y á dos manos la espada, el yelmo fino
Al fiero golpe resonó tan hueco,
Que á las grutas del monte, y al vecino
Bosque se vió sonar una hora el eco.
Cayó al suelo el famoso Paladino
Vivo, mas sin sentido; estraño trueco
Y vuelta de fortuna, que por junto
Cuanto en mil años da, lleva en un punto.
Pudo á su voluntad darle la muerte,
O de veras saber si era encantado;
Mas nunca en un rendido un pecho fuerte
Con sangre noble dió golpe sobrado;
Antes dolido de la adversa suerte
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,
Solo el escudo le quitó en memoria
De que por suya queda la vitoria.

La Vitoria de Roncesvalles.

Con el furor que la impelida llama
De un rezio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia en que arde y brama

En resonante hervir la selva roja:
Suda el verde laurel, arde la grama,
Vuela del fresno en humo el tronco y oja,
Y todo al fin por do el incendio pasa,
El monte asombra y su ladera abrasa;
Así al son de trompetas y atambores
Y con igual furor, sube marchando
Por los riscos altivos miradores
Del grande Pirineo el frances bando.
Tiemblan sus pinos, gimen los alcores
Debajo el grave peso, y no bastando
A refrenar su furia el valle escaso,
Les da á mas no poder humilde el paso.
El viejo y encorbado Pirineo,
A quien del Cielo el brazo eterno puso
Con riendas de oro al paso del deseo
De un pueblo y otro, de su trato y uso;
Y por mejor y altísimo trofeo
De paz y eternas treguas le compuso
Entre las dos naziones, que ferozes
Hoy su sosiego han perturbado á vozes,
De las huecas alcobas donde tiene
Con estrados de plata reclinada
La grave espalda, que corriendo viene
De la una mar á la otra mar salada;
Al rumor de la gente que detiene,
Su cabeza de encinas coronada
Dicen que alzó entre riscos y la tierra;
Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.
Y viendo por sus hombros derramadas,
Del frances reyno las legiones fieras,
De las lustrosas armas las doradas
Luzes, y el tremolar de las banderas,
Las leyes de sus límites quebradas,
Y que por pretensiones altaneras,

Lo que el Cielo apartó en concordia sana
Juntar pretende la ambicion humana:
« ¿Quien (dijo) con tan bárbaros intentos
Del mundo la quietud ha rebelado?
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
Por mis revueltas breñas se han sembrado?
¿A qué fin con tan graves movimientos
De armas mi inculto seno veo preñado,
Que con ciego alboroto y son de guerra
Los confines asordan de mi tierra?
¿Qué mas discordia habrá cuando en el cielo
El sol se abrase y queme las estrellas,
Cuando la mar se estienda sobre el suelo
Y sus olas levante encima de ellas,
Cuando del tiempo el concertado vuelo
Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas
Que encadenaban toda esta armonía
Las deshaga y consuma el postrer dia?
Cuando quebrada la inmortal coluna
Que ahora es firme asiento de las cosas;
Tras la enlutada esfera de la luna
Las estrellas se arrojen perezosas,
Y en la mar anegadas de una en una,
Se encienda el aire en llamas espantosas
Que los polos abrasen, y entre tanto
Todo se vuelva á su primer espanto?
Ni entónces podrá haber mayor revuelta,
Ni mundo mas confuso y alterado,
Ni aquella eterna noche en sombra envuelta
Le pondrá mas suspenso y enlutado.
La tierra veo un mar de sangre vuelta,
El aire de cometas rodëado,
Las estrellas sin luz, y en medio el cielo
Cubierto el sol de un amarillo velo.
. . . . . .

Mas si el oculto discurrir del Hado,
Y de las Parcas el estambre y huso
A la francesa majestad han dado
Su crezimiento hasta este punto incluso:
Si hasta aquí tiene el Cielo decretado
Que llegue, y por sus límites le puso
La cumbre que ya sube, y quiere á una
Que della le despeñe la fortuna,
Yo doy lugar, y á lo que el Cielo ordena
El paso libre y el camino llano. »
Esto á la gran montaña de años llena
Es fama que le oyó el bosque cercano.
El feroz campo, cuyo curso atruena
Los vecinos contornos, llegó ufano
A la alta cumbre, donde en vista fiera
El español ejérzito le espera.

. . . . . .

De la otra parte el grave Alfonso empieza
A mover con su ejérzito asturiano,
En número inferior, mas no en braveza
A ningun pecho ni valor humano:
Por gallardo caudillo y por cabeza
Del Carpio ilustre el dueño soberano,
Cual delante del sol sale el luzero,
Ardiendo en llamas de oro y limpio azero.
Sobre un caballo negro azabachado
De pequeñas orejas y cabeza,
De un sol blanco en la frente remendado,
Fogosos ojos llenos de viveza:
Tresalbo, ancho de pecho y levantado,
De corta clin y presta lijereza:
Las hinchadas narizes con su aliento
Son espuma al jaes y fuego al viento:
Enaspando las manos de brioso,
La cola entre las piernas escondida,
De concertado freno y paso airoso,

Y á blanda rienda su altivez rendida:
Armado el rico arnes de oro fogoso,
Que ya fué de Vulcano obra escojida,
Ardiendo en rayos de sus piedras bellas
Como el cielo en la luz de sus estrellas.
De blancas plumas un penacho altivo
Que el aire en crespo tremolar le enreda,
De oro granado el peto en que el cautivo
Pecho, mas no de amor, salvarse pueda;
En el escudo de fortuna al vivo
Hecha pedazos la inconstante rueda,
De perlas, oro y pedrería sembrada,
Y por letra: *no hay otra que mi espada:*
. . . . . .
Su venerable Rey, que la potencia
Del orbe sobre España venir siente,
Y que para tan grave resistencia
Cuanto tiene le importa de valiente;
Mostrando en todo que su real presencia
Es alma invicta á su invenzible gente,
De enmedio de ella con saber profundo
Asi empezó á hablar, y escuchó el mundo:
« Invictos héroes, que por tantos modos
El tiempo en vuestros pechos examina
El gran caudal que en los soberbios Godos
El feliz temple castellano afina:
Hoy por daros de un golpe juntos todos
Los triunfos de la tierra, determina
Rendir á vuestros pies por vuestras manos
Los que en venzerla toda están ufanos.
Por no poder llevar vuestras espadas
A trastornar los montes del Oriente,
Ni á venzer las regiones escarchadas
Del Norte, ni de Libia el suelo ardiente,
Los triunfos todos de esas derramadas

Naziones, os los trae en esta gente,
Que hoy cuanta honra ha ganado por la tierra,
Al pie os la viene á dar de esta alta sierra.

. . . . . .

Ni penseis que los siglos han mudado
A estas como á otras cosas las corrientes,
Habiendo allí crezido, aquí menguado
Los ánimos y brios de las gentes;
Los mismos son que fueron: ya probado
Tiene esta nuestra sierra y sus vivientes
Su esfuerzo: sus dorados lirios bellos
Bien saben vuestros brazos deshazellos.

. . . . . .

Quien de su amada Patria el fiel regazo
Donde el dichoso naze, vive y muere,
Y de la nueva esposa al dulce abrazo
Volver sin mancha á su nobleza quiere:
Quien del pequeño hijo el tierno lazo
Tornar al grave cuello pretendiere,
Y no humillar de la cerviz altiva
El libre suyo á sujecion cautiva,

Con la enemiga sangre derramada
Le importa iluminar la ejecutoria:
Honor perdido, ó libertad ganada
Es ganar ó perder esta victoria.
¡O intrépido escuadron, á cuya espada
El Cielo ofreze semejante gloria!
Librad la invicta Patria, y hazed vuestra
De un golpe la honra que de aquí se muestra».

Dijo: y á su discurso el campo altivo
En bélico furor se enciende y arde.
Suena el arnes de Marte vengativo,
Fuego ardiente al feroz, yelo al cobarde.
Quien del diestro venablo, quien del vivo

Y quien, blandiendo la ñudosa lanza,
Sin moverse al contrario se abalanza.
  En tanto el frances campo el aire impuro
Lleno de agüeros tristes mira atento.
El negro valle de un zelaje escuro
En torno le êntoldó, y espeso el viento:
Del lado izquierdo sobre un risco duro
Sonó de un pardo buho el ronco acento,
Y de tres cuerbos un combate fiero
Entre la nube y su enlutado agüero.
  Desvanezió la sombra, salió el dia
Cubierto el sol con un sangriento velo,
Y del norte una alegre compañía
De doze blancos cisnes batió el vuelo,
Cuando una águila altiva, que venia
De hácia el campo español cubriendo el cielo
En pompa de alas y de artejos bellos,
Con engrisadas garras se entró en ellos.
  Mezclóse al escuadron, crezió la fama
La reyna de las aves, cuyo brio
Haze que el blanco cerco se consuma,
Y que las nubes den de sangre un rio.
Caen los destrozos de nevada pluma,
Y muertos uno á uno el aire frio
Los doze cisnes vuelve, cuyo vuelo
Antes de blanca cinta ciñó el cielo.
  El César de tan graves causas lleno,
Su cuidadoso discurrir revuelve;
Mas ya empeñado el crédito, en sereno
Semblante el alterado pecho vuelve.
Rompe á la altiva majestad el freno,
En ver el fin del hado se resuelve,
Y finjiendo el plazer que no tenia,
Así al campo habló que le seguia.
  «¡O ya del mundo diestros venzedores

Pueblo indomable, á cuyos brazos fieres
No hay pechos tan osados, ni furores
Que no os rindan humildes sus azeros,
De adonde en aromáticos olores
Del tierno dia beben los primeros
Rayos de alegre luz, al mas distante
Pueblo á quien da su sombra el viejo Atlante!

. . . . . .

Ya pues paraque en carros de lëones
Y en triunfo universal gozeis la tierra,
A vuestra fama solos los mojones
Resta allanar de esta enemiga sierra;
Con esto hazeis de todas las naziones
Un reyno solo: solo en esta guerra
Está el ser invenzibles, ó que el mundo
Aun todavía os dé el lugar segundo.

. . . . . .

Sola una cosa ¡ o jóvenes gallardos!
La fe me otorgue de ese pecho fiero,
Que contra los pendidos vuestros dardos
Ni se armen de rigor, ni sean de azero;
Al que en lijero vuelo ó pasos tardos
Se os rindiere, tendréis por compañero;
Hermano vuestro sea el que huyere,
O el que por no morir se defendiere.»

. . . . . .

Dijo: y en frio silencio amortiguado
Se vió el primer orgullo bullizioso,
De la vecina muerte demudado
El pálido semblante al mas brioso:
Da latidos el pecho al mas osado,
Temen el arrogante y el medroso;
Y entibiar en tal tranze los guerreros
Es el pëor de todos los agüeros.

. . . . . .

El César á venzer acostumbrado
Se vió tambien suspenso un rato en duda.
Hiere al luziente azero el sol dorado,
Y el aire en sangre y luto se demuda;
Cuando de la fortuna arrebatado,
El uno y otro ejérzito se muda
En busca de la muerte, que aprestada
Da el postrer filo á su tajante espada.

. . . . . .

Muévense entrambos campos, semejantes
á dos tejidas selvas, cuyos pinos
Son espigadas lanzas relumbrantes,
Y las copadas hayas, yelmos finos:
Las ramas sus plumeros tremolantes,
Y á las varias centellas del azero
En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.
Llega junta á chocar la muchedumbre
Al son de belicosos instrumentos:
Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
En roncos y tristísimos acentos:
Suena el azero, asombra su vislumbre,
Y el Pirene tembló por los cimientos.
Las madres dentro en los vecinos techos,
Sus hijos abrigaron á sus pechos.

. . . . . .

Destrozan, hieren, matan sin concierto,
Rompen, desarman, y en sangriento lago
Un número increible dejan muerto
Y entre los vivos un horrible estrago.
Quien el costado, quien el cuerpo abierto,
Sin sentir de la muerte bebió el trago;
Aquí uno, dos allí, y acullá ciento
Por tierra arroja su furor violento.
A un tiempo ambos ejérzitos difusos
Sin órden, modo, sin concierto, ni arte

En espantosa trápala los usos
Y reglas quiebran del sangriento Marte :
En ciegas tropas y en monton confusos,
De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
De á caballo y á pie, todos á una
Al gran desman se mezclan de fortuna.
Ni los diestros sarjentos, ni el prudente
Capitan pueden reduzir á modo
La descompuesta confusion de gente
En que se enreda y enmaraña todo :
Mezclados el cobarde y el valiente,
El Español, Frances, Normando y Godo,
El noble y el plebeyo, el alto, el bajo,
El que viste armas, y el que no las trajo.
Retumba el hueco valle á los acentos
Del ronco y triste son de las espadas,
Hieren las vozes los confusos vientos,
Y el romper de las armas encontradas :
Corren del monte horrible rios sangrientos,
Volcando arneses grevas y zeladas
A los vecinos valles, ya cubiertos
De enteros escuadrones de hombres muertos.

. . . . . .

Mas ya es tiempo ¡ o Deidades de Helicona !
Que todas juntas deis á mi alma aliento
Que iguale, si es posible, á la persona
De quien ya quiero comenzar el cuento :
Y no en voz que se muda y desentona
A cualquier paso y con cualquiera viento,
Mas en estilo de oro y voz de azero
Vean que es de la verdad la fama un cero.

. . . . . .

Salió gallardo el Príncipe de España
Luego que el frances campo vió deshecho,
Que hasta aquel punto reprimió la saña
Para mejor justificar su hecho :

Y cual hambriento leon, si en la montaña
La aguda hambre ya le escarba el pecho,
El tímido rebaño ya sin gente
Ni pastor desde lejos balar siente,
Haziendo estrago y riza de mil suertes
Entra, bañando en sangre diente y garras;
Tal el feroz cadillo de los fuertes
Montañeses, saltó el palenque y barras:
Y en varios golpes y en diversas muertes
Lances nuevos probó, pruebas bizarras,
Asombrando su espada al campo todo
Ya de este, ya de aquel, ya de otro modo.

. . . . . .

Ya en esto la fortuna que suspensa
Neutral estado habia en la victoria,
Y en una variedad de casos densa
A unos y á otros sembraba vana gloria,
Queriendo dar á un cabo con la inmensa
Máquina de su rueda transitoria,
Comenzó á trastornar la vuelta estraña,
Francia á bajar, y á levantarse España.
Está el valle un sangriento lago hecho
Sepulcro triste de la flor del mundo,
Y de sus bravos héroes trecho á trecho
Caido aquí el primero, allí el segundo;
El campo reduzido á tal estrecho,
Que de la muerte el cruel brazo iracundo,
Ayudado de España y sus azeros,
A los diezes quitado habia los ceros.

. . . . . .

El grande Emperador que en la batalla
Entró en su carro de marfil triunfante,
A quien de petos y dorada malla,
Iban seis mil tudescos por delante,

. . . . . .

Viendo el campo frances puesto en huida
Sus bravos Paladines destrozados,
Sus nobles Capitanes de venzida,
A riesgo su persona y sus estados,
Y la traidora pretension cumplida
Del bando Nagmces y sus privados,
La sangre helada y el cabello yerto
De pena está, como los suyos, muerto.
Mas con pecho magnánimo la gloria
Ajena encubre, y el dolor reprime,
Y ya que no en clarines de vitoria,
En órden, porque nadie desanime,
Tocan á retirar; mas la notoria
Ventaja ya de España en voz sublime,
Aclamando *vitoria, España, España,*
Ningun frances se libra de su saña.
Bernardo en tanto ya que por su mano
Quitó á Rayner y á Don Dudon la vida,
Al viejo Naimo y á Godofre, hermano
De Galban el bastardo fraticida;
Al fiel Dardin Dardeña, al inhumano
Don Alberto de Fox, y la escojida
Sangre vertió de emtrambos los Beltranes,
Hijo y padre, famosos capitanes,
A los dos Angelinos, y al prudente
Bibiano, ilustre Príncipe en Saboya,
De la famosa sangre descendiente
Que á Héctor derramó la suya en Troya,
Viendo sin órden ir la franca gente
De Roncesvalles por la inculta loma,
Espuelas á su leal caballo arrima,
Y así á los suyos al alcanze anima:
« Aun no está Francia en su altivez rendida;
Si esa gente que huye le dejamos,
Que se alabe de haber abierto herida

En los que sin vengarla nos quedamos,
Dirá que la desórden fué finjida,
Y que seguirla de temor no osamos,
Pues les duró, viniendo á nuestra tierra,
Lo que quisieron, y no mas, la guerra.

. . . . . .

Seguid el roto alcanze y diferente
De lo que ellos pretenden los hiramos,
No en las espaldas, sino frente á frente
Con que mayor el venzimiento hagamos.
Si no es honra venzer cobarde gente,
Ya que venzido habeis, no consintamos
Que á los bravos de Francia ya sin vidas
Por cobardes los den vuestras heridas.»

Dijo: y contra Turpin, que acaudillando
Iba del roto campo el gran destrozo,
Viendo las altas plumas campeando,
El caballo hirió, y su pecho el gozo;
Cuando hácia él venir al Conde Orlando
Vió, y con gallardo brio y alborozo
Dejando la primera empresa entera,
Esta segunda escoje por primera.

Cual generoso leon, que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar y de hazer daño
Las garras lame y el sangriente pecho;
Si un dragon ve venir de bulto estraño,
La oveja que á matar iba derecho
Deja, y en crespa clin y aire brioso
Se arroja al enemigo poderoso:

Así el bravo Español, viendo de lejos
Luzir las armas del Señor de Anglante,
Tras sus nuevas vislumbres y reflejos
Feroz sale á ponérsele delante,
Herida el alma de los tristes dejos

Del malogrado primo y tierno amante;
Bien que el Marte frances al desafío
No salió con menor aliento y brio.
Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
Deseoso de venganza: ¡ o fiero Hispano
(Dijo) que el mundo á golpes has deshecho,
¿ Quien te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho,
Será buscarla igual cuidado vano;
Mas muere, y deje aora aquí mi espada,
Sino el agravio, la honra reparada.
Así dijo; y cual dos dragones fieros
Que en los Marsilios campos con la ardiente
Ponzoña que vomitan los postreros
Arboles se arden, y su hervir se siente:
Gimen las costas y escamados cueros,
Tiembla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De roscas tienen y de golpes llena;
Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, coraje y desconciertos.
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos rajas cubren las laderas.
No en los fornidos yunques de Vulcano
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano
Que sola rije el estrellado coro
Con los membrudos Cíclopes el vano
Aire retumba en eco mas sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los pabeses
Por el campo sembrados, los caballos
De las vueltas, baibenes y rebeses
Ni ya pueden aquí ni allí llevallos;
Hechas sangrientas rajas los arneses,
Por ver si así podrán mejor quebrallos,
A brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes ñudos.

. . . . . .

Dió el Frances á Bernardo una herida
Tan á sazon, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida,
Mas cuando ya volvia á segundalle
Tan recio entró con él, que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas.

Y ántes que hallase tiempo conveniente
De rehazer su furia, con dos manos,
Alta la espada sobre el yelmo ardiente
Bajó gimiendo por los aires vanos.
La zelada rompió el golpe valiente,
Sonó el eco en los valles comarcanos,
Y aunque no cayó el Conde, del rüido
Quedó atronado el uso del sentido.

Queríale dejar, y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
Volver cruel su alma de piadosa.
Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar mas; o alma dichosa!
Muere aora cruel, muere homicida,
Que aquí todo se paga con la vida.

Dijo; y alzando el brazo vengativo,
Al dar sobre la fiera alma encantada,

Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heroica frente y la enemiga espada.
Cayó muerto Roldan, quedando vivo
Su eterno nombre. Su alma arrebatada
Feroz voló á su esfera, y su gallardo
Cuerpo á los pies cayó del gran Bernardo.

Juan Rufo.

ZOZOBRA Y PERDIDA DE PARTE DE LA ARMADA ESPAÑOLA.

Despues que ya se fueron engolfando
Como ordenaba su cruel destino,
El claro dia el sol tras sí llevando,
La tenebrosa noche sobrevino.
En las ceruleas ondas estampando
Su rostro disformísimo y malino,
Las estrellas cubrió de un negro manto,
Y á los hombres de horror y de quebranto.
Ellos pasaban pues desta manera
Cuidosos del peligro y del viaje;
Tanto, que cada cual por bien tuviera
Desistir por entónces del pasaje:
Cuando con furia repentina y fiera
Del crudo viento el áspero coraje
Las velas impelió precipitado,
Bramando en son terrible y desusado.
Un lánguido clamor de triste gente
Se levanta en el aire estremezido
Al mismo punto, y en el mar ferviente
Luchan las bravas ondas con rüido;
Truenan los polos espantosamente,
Abrese el cielo en llamas encendido,
Y en los ilustres pechos de varones
Tiemblan los invenzibles corazones.

Resuenan vozes roncas y alteradas:
Amaina, amaina, borda y haz el treo;
Las velas tiesas desapoderadas,
Resisten á la industria y al deseo,
Y llevan las galeras quebrantadas
Por montes de agua no sin gran rodeo:
Que ya la quilla toca al hondo suelo,
Ya el garces se levanta hasta el cielo.

Un desmayo mortal, una agonía,
Un confuso gemir y triste llanto:
La negra escuridad y sombra fria,
Causas y efectos de terrible espanto,
No dejan discurir la fantasía,
Que turba los sentidos dolor tanto;
Y suele un grave mal, siendo temido,
Mayor tormento dar que padezido.

El viento mas y mas se desenfrena
Con ímpetu soberbio y borrascoso,
Y haze violencia tal en una entena,
Que arroja el árbol roto al mar undoso;
Estanca la galera, y de agua llena,
La va sorbiendo el lago fluctïoso,
Y á los della sepulta, ¡ o caso fuerte!
En el profundo sueño de la muerte.

Otra á par desta padezió al instante
El infortunio mismo y fin prescrito,
Aunque en vano al armada circunstante
Pidió favor en su final conflito:
Que el agua inexorable resonante
Con eterno silencio selló el grito,
E hizo de sus ondas homicidas
Un sepulcro comun á tantas vidas.

Otras dos arrebata un torbellino,
¡ O despiedad y suerte compasiva!
Y envístelas en medio del camino

Con furia desigual y rabia esquiva ;
En mil partes se rompe el frágil pino,
Y de ambas no escapando cosa viva ,
El golpe enorme y último gemido
Causaron un estruendo nunca oido.

DUELO ENTRE DON DIEGO DE LEIBA Y UN VALIENTE TURCO.

Detente , que no es cosa permitida
Haber venido tú desde el Oriente,
A pensarte valer de la huida
Cuando mas te conviene ser valiente ;
Y si tanto amor tienes á la vida
Que pretendes salvalla infamemente,
Mejor la conservaras en tu tierra ,
Que no pasando á España á buscar guerra.
El Turco que era esperto en aljamía
La cabeza volvió , y despues la rienda ;
Y visto que otro alguno no venia ,
Aceptó cuerpo á cuerpo la contienda ,
Diciendo : ¡ o tú , Cristiano , que este dia
Me has perseguido por tan larga senda !
No me retes de infame y vil flaqueza ,
Que ya alabado fuí de fortaleza.
No vine yo á perder honor á España ,
Ni salvarme huyendo es hoy mi intento :
No suelo yo temer de uno la saña,
Aunque tenga el valor que de tí siento ;
Antes para contigo usar de maña
Te truje á este remoto apartamiento,
Donde de bueno á bueno en la pelea
Se entienda cual mejor de los dos sea.
Esto dicho , lanzadas se tiraron
Firmes y recojidos en las sillas :
Las hastas en los petos se quebraron ,

Saltaron por el aire las astillas;
Al punto las espadas desnudaron,
Mostrando de su esfuerzo maravillas,
Las adargas les sirven de rodelas,
Y á cada cual su brio pone espuelas.
Tíranse golpes con violencia esquiva,
Suena el metal herido con presteza,
Bien como cuando vuelto en brasa viva
El hierro, y ablandada su dureza,
Resuena sobre el yunque en que restriba
Del duro martillar la fortaleza,
Y prosiguiendo el órden comenzado
No cesa aquel batir continüado.
Estando pues así la lid trabada,
Un altibajo descargó Don Diego:
El Turco la cabeza desarmada
Atras retira presto mas que el fuego;
Mas al bajar la fiera cuchillada,
Hizo al caballo del un ojo ciego:
Huye con el dolor de la contienda,
Sin mas obedezer mano ni rienda.
El gallardo Español apriesa bate
Con herrado talon la blanda hijada
De su caballo, y *dáteme á rescate*,
Al Turco dice, *ó vuelve á la estacada;*
El respondiendo *desto no se trate*,
Saltó en el suelo, y dijo: si te agrada,
Aquí do estoy me atrevo á sustentallo,
Que valgo mas á pie, que tú á caballo.
Mientes, le replicó Leiba indignado,
Y yo haré que lo digas aquí mismo,
Primero que tu espíritu dañado
Ese consuelo lleve al hondo abismo.
. . . . . .
El uno para el otro arremetieron,

Y el memorable duelo prosiguieron.
  Era de cada cual el pecho fuerte,
Agil y vigorosa la persona,
Mas el peligro de la instante muerte,
Y la esperanza de triunfal corona
Sus corazones instigó de suerte,
Que están suspensos Marte con Belona
En juzgar sobre aquella diferencia,
Y asi dura neutral la gran pendencia.
  Ya andaban por el suelo las adargas
Hechas pedazos del cortar furioso,
. . . . . .
Las gruesas gotas de sudor y amargas,
El corto aliento y anhelar penoso,
Eran indicios del trabajo horrible
De aquel par de guerreros invenzible.
  Demas desto las piernas les temblaban,
Crujíanles apriesa las canillas;
Pero los fuertes brazos no cesaban
De alimentar las ásperas renzillas.
En tal estado aquel y aqueste estaban,
Cuando el Turco se postra de rodillas:
La izquierda digo que hincó en la tierra
Investigando nuevo ardid de guerra.
  Don Diego á manteniente un golpe tira
Sobre el corbado cuerpo del Pagano:
El le repara, y un rebes le gira
Por bajo, con furor tan inhumano,
Que consiguiera el premio de su ira,
Si la propicia suerte del Cristiano
No prefiriera allí su lijereza
A la otomana rabia y su presteza.
  Saltó en el aire el diestro caballero,
Pasó el contrario alfanje sin efeto;
Mas al bajar á su lugar primero,

Y al enhestarse el falso Mahometó,
Un tajo le alcanzó terrible y fiero
Que le hiziera visitar á Aleto,
Si los doblezes del turbante largo
El golpe no tomaran á su cargo.
Mas con todo quedó dél aturdido
Y dió algunos traspies desconcertados.
En esto Leiba con valor crezido,
Atenta vista y pasos denodados,
Cerró con el contrario descreido,
De manera que en lucha ya trabados,
Se renovó la brava competencia
Con el último estremo de potencia.
Tales eran sus ímpetus violentos,
Tal la pujanza y voltear contino,
Cual suele al duro encuentro de los vientos
Revolverse el escuro remolino.

. . . . . .

Al Cita levantó el varon de España
Alto del suelo, y él se apercibia
Para caer de pies de aviso y maña;
Las piernas cual compas tendido habia,
Los brazos apretando con mas saña.

. . . . . .

Sobre el siniestro acometió el cristiano
A dar la vuelta, el Turco al pie derecho
Haze puntal, Don Diego á la otra mano
Carga al instante con furioso pecho,
Y trabuca el fierísimo Pagano,
De suerte que midió, aunque á su despecho,
Con su robusto cuerpo y estatura
Justo el tamaño de su sepultura.
Estremezióse el suelo del gran peso
Y golpe desigual de la caida:

. . . . . .

Como suele la sierpe ponzoñosa
En las uñas del águila enclavada
Torzerse y retórzerse presurosa,
Del dolor y la ira atormentada;
Mas el ave rëal y generosa
Tiénela siempre firme y aferrada,
Y con el corbo pico la destruye,
La muerde, la apedaza y la concluye:
Así el proterbo Cita se revuelve,
Y así lo oprime el bravo Caballero,
Hasta que ya en efeto se resuelve,
De enviar la triste alma al can Cerbero.
En la enemiga sangre turca envuelve
De su luziente daga el terso azero;
La rebelde cerviz por la herida
Lanzó un gemir rabioso con la vida.

Lope de Vega.

Canto de Polifemo.

¡O mas hermosa y dulce Galatea,
Que entre los mimbres de la encella helada
Cándida leche pura de Amaltea,
Que en el cielo formó senda sagrada!
Mas blanca me parezes, aunque sea
De tus hermosas manos apretada:
Que si quieren entrar en competencia,
De tu parte será la diferencia.
¡O Ninfa mas hermosa, que á mis ojos
Las verdes cañas de alcazer que naze,
Pasados del invierno los enojos,
Cuando esta pura nieve el sol deshaze!
Blanco jazmin entre clavelès rojos
Menos á quien te mira satisfaze,

Que tu boca amorosa, cuando iguales
Muestra la risa perlas y corales.

. . . . . .

¡O mas sabrosa Ninfa, aunque eres fiera,
Que dulce miel del líquido rozío,
Que de los vasos de la blanda cera
Se destila al calor del seco estío!
Mas bella vienes tú de la ribera,
(Cuan varia de colos, firme de brió)
Que el pintado escuadron, cuando al aurora
Desnuda el campo y los panales dora.

¿Qué bezerrilla tierna mas lozana
Retoza en verde prado, y haze amores
A la yerba, saltando tan liviana,
Que apenas puede lastimar las flores,
Como te ví pasar una mañana
Entre aquestos laureles venzedores,
Cojiendo aquí y allí de estas orillas,
O ellas á tí, las blancas maravillas?

Durmiendo estabas una siesta ardiente
Al fresco de una fuente sonorosa,
Y en tus mejillas rojas y en tu frente
Me parezió el sudor rozío en rosa.
Mas todo aqueste bien turbar consiente
Tu condicion conmigo rigurosa,
Amando un hombre indigno, amando un mozo,
Que apenas tiene la señal del bozo.

Yo sí que tengo crespa barba y yerta,
Como ha de ser en hombres belicosos,
De la color del sol, cuando despierta
Entre rayos apenas luminosos;
Pero la boca en ella descubierta,
Cuyos labios tan gruesos como hermosos
Descubren, si te ven, con blanda risa
Mas blancos dientes, que el marfil de Orisa.

Mas tú, cruel, que por matarme tienes
Gusto de amar un jóven delicado,
Con poco honor de tu hermosura, vienes
A verle por el monte, selva ó prado:
Con él desde el aurora te entretienes,
Pues luego que la mira el sol dorado,
Dejas el mar, y por decirle amores,
Desprecias el coral, y pisas flores.
Si yo te quiero hablar, así te enojas,
Que apenas llego á verte, cuando airada
Desde la blanca playa al mar te arrojas,
De círculos de plata coronada;
Pero con ser tan fieras mis congojas,
Al cortar de las aguas, Ninfa amada,
Templan la furia á mis zelosas iras
Las perlas que, arrojándote, me tiras.
Si canta ese rapaz, sutil pareze
Su voz de grillo negro en verde trigo:
La lira que le adorna y desvaneze,
Sierra en nogal, tan desigual conmigo;
Mi voz los altos montes estremeze,
Y asombra el mar de mi dolor testigo,
Donde me escuchan con sus ninfas bellas,
Los pezes igualmente y las estrellas.
Querer con mi grandeza y hermosura
Sus partes competir afeminadas,
Era igualar al sol la sombra escura.
Supuesto que de mí jamas te agradas,
Diga el cristal de aquesta fuente pura,
Cuando estaban las ondas sosegadas,
Si pudiera ser yo con poco aviso
Mas disculpado, que lo fué Narciso.
Compite en igualdad conmigo en vano
El mas alto cipres, el mayor pino:
Puedo alcanzar estrellas con la mano,

Y sacarte del mar, si al mar la inclino:
Que cuando viene el sol del orbe indiano,
Primero que á este monte convecino,
Me toca á mí, y al irse al occidente,
Se parte con la sombra de mi frente.
Si me estimaras tú, si me quisieras,
Hermosa Galatea, cuanto ingrata,
¡Qué regalos de mí, qué amor tuvieras!
Que vale mas amor que el oro y plata.
¡Qué huertas tengo yo, si tú las vieras!
Y en ellas un manzano, que retrata
Tus pechos en su fruto, y en sus flores
De tu divina cara los colores.
No lejos de mi cueba se levanta
Un pomposo nogal, á cuya sombra
Mil ovejas sestean, porque es tanta,
Que hasta la márgen de la mar asombra.
Tengo la fruta de una verde planta
Que sabe amar, alfósigo se nombra;
Sin hembra no produze y triste muere,
Que sin sentir su semejante quiere.
Guardado tengo un limpio canastillo
De conservados nísperos y servas,
Y ántes que llueva, el pálido membrillo,
Paraque dure entre olorosas yerbas:
Mánchase en oro un cándido novillo,
Que si por estos montes le reservas,
Tendrás un toro, que les dé codicia
A las damas de Creta y de Fenizia.
Cojidos en los ásperos inviernos
Dentro en su cueba tenebrosa y fria,
Dos osos tengo que retozan tiernos,
Atados á la puerta de la mia;
Pero mis males, que ya juzgo eternos,
Mis regalos, mis ansias y porfía,

¿Cómo podrán venzer tantos desdenes,
Guando otro amor entre los brazos tienes?
Mas conforme pareze mi deseo
Con tu valor, que el de pastor ninguno,
Si eres hija de Tetis y Nereo,
Y yo del Rey del mar, del gran Neptuno;
Mas pues tan firme y áspera te veo,
Que no me queda ya remedio alguno,
Yo mataré tu gusto, Galatea,
Aunque te pierda, aunque jamas te vea.
Mordiéndose los picos una siesta
Prevenian sus hijos dos torcazes,
Y dije yo: ¡qué dulce vida es esta,
Cuando zelos y amor confirman pazes!
Mas pardo gabilan el vuelo apresta,
Abre las puntas corbas y vorazes,
Mata el esposo arrullador, y digo:
Lo mismo haré con Acis y contigo.

Jaúregui.

Descenso de Orfeo a los infiernos.

En la fragosa Tánaro que inunda
El lacónico ponto, en sitio cierto,
Rudo taladro de canal profunda
Rompe el terreno cavernoso y yerto:
Intonsa breña con horror circunda
El rasgado peñon, y esconde abierto
Cóncavo tal, que á la tartárea estanza
Por las entrañas del abismo alcanza.

. . . . . .

Ni cuando el sol á su zenit se aleja
Allí introduze rayo luminoso;
Presta á la noche la caverna umbría
Seguro lecho al despertar el dia.

Desde que fabricó la vez primera
Naturaleza el bosque, le aborreze;
No le matiza de verdor, no altera
Su tosca rama, ni sus ojas creze:
Cuando repite Abril su primavera
Y en vario esmalte el prado refloreze,
Allí le niega su dominio alterno
Siempre rehazio el escabroso invierno.

De ciegas ondas lago ponzoñoso
Bate en la peña y riega su boscaje,
Que al basilisco y aspid venenoso
Aun fuera su licor mortal brebaje:
Humos exala, que en el viento ocioso
No otorgan á las aves hospedaje,
Y ellas buscan, huyendo el vapor ciego,
Antes arder en la region del fuego.

Nunca en la breña la segur tajante
Violó de añoso tronco seca rama,
Ni pie mortal á orillas del undante
Lago imprimió jamas la espesa lama:
Previene el escarmiento al caminante
La ya esparzida voz que el sitio infama,
Lejos se mira, y con espanto y miedo
El pie lo huye y lo demuestra el dedo.

De esta caverna á la estacion tremenda
El sobrado sentir condujo á Orfeo,
Que aun el amor se admira de que emprenda
Tan desperada accion mortal deseo.
Ya pasa el lago, y por oblicua senda
Al bosque arriba en áspero rodeo,
Ya en los breñales que la cueba ofuscan,
Posible entrada sus alientos buscan.

Ya penetra en el márgen de la sima,
Que es del abismo *exórdio primitivo*,
A la lira sonante el pletro arrima,
Y del aire el vapor templa nozivo,

El blando acento de la voz intima
En las entrañas del peñasco vivo,
Que ántes solo admitieron en sus huecos
Del tartáreo gemir ásperos ecos.
Sale de sí el gran monte que apeteze
Vecino el canto, y como crespa goma
Que en el tronco del árbol apareze,
En cada risco nuevo risco asoma;
Por el canal en torno inquieta creze
La peña, que la voz ablanda y doma,
Y tal se estrecha en la caverna el Trazio,
Que apenas halla á su camino espacio.
Horrible incendio, entre borrados lejos,
Arroja luz infausta tenebrosa,
Mal retratando en hórridos espejos
La bruta faz de la region umbrosa;
Rije el paso á los trémulos reflejos
El jóven, y la indómita espantosa
Habitacion, que infausta le ocurria,
Venzer emprende en dulce melodía.
Al márgen de Aqueronte, algoso rio,
Tiene la voz mil sombras elevadas,
En quien ya de la vida faltó el brio,
Y existen aparentes y animadas;
Todas atienden el bajel tardío,
Y á prescrito lugar ser colocadas;
Maravíllanse viendo al jóven fuerte
En el reyno espantoso de la muerte.
Llega á Aqueronte, y en su orilla espera,
Las cuerdas requiriendo y consultando:
Ve la grosera barca á la ribera
Opuesta conduzir copioso bando:
Del instrumento y de la voz esmera
De nuevo entónces el acento blando:
Gime la cuerda al rebatir del arco,
Y su gemido es rémora del barco.

Resonó en la ribera tiempo escaso
El canto que humanar las piedras suele,
Cuando atras vuelve, y obedeze el vaso
Mas á la voz, que al remo que le impele.
La conduzida turba, al nuevo caso
Se admira, se regala, se conduele,
Y las réprobas almas con aliento
Se juzgan revocadas del tormento.

Solo el piloto ríjido concibe
Furor, porque decrépito su oido,
La suavidad sonora mal percibe,
Y el bajel mira discurrir torzido;
Mas ántes que la proa al puerto arribe,
De la dulce armonía persuadido
Sintió la voz, y con piadoso espanto
Tambien rindió su admiracion al canto.

Templa la dura faz, descuida el remo,
Y al prodigioso músico se humilla;
Llega la barca al procurado estremo,
Y en el agua tenaz hunde la quilla:
Entra el amante y el lugar supremo
Ocupa, en tanto que la adversa orilla
Repite el leño, obedeziendo leve
Al canoro piloto que la mueve.

La armoniosa voz luego sepulta
Al can trifauze en regalado sueño,
Supliendo su eficazia y fuerza oculta
Confecziones de miel y de beleño.
En la ancha cueba de maleza inculta
Se reclina, olvidada de su empeño
La bestia inútil, y concede abierta
Del reyno interno la difízil puerta.

Guillen de Castro.

Entrevista del Cid con Jimena.

Cid. Mejor es que mi amor firme
Con rendirme
Te dé el gusto de matarme,
Sin la pena del seguirme.
Jimena. ¿Qué has emprendido, qué has hecho?
¿Eres sombra, eres vision?
Cid. Pasa el mismo corazon,
Que pienso que está en tu pecho.
Jim. Jesus! Rodrigo, Rodrigo
En mi casa!
Cid. Escucha.
Jim. Muero.
Cid. Solo quiero,
Que en oyendo lo que digo,
Respondas con este azero.
Tu padre el Conde Lozano,
En el nombre y en el brio,
Puso en las canas del mio
La atrevida injusta mano,
Y aunque me ví sin honor,
Se malogró mi esperanza
En tal mudanza,
Con tal fuerza, que tu amor
Puso en duda mi venganza.
Mas en tan gran desventura
Lucharon á mi despecho
Contrapuestos en mi pecho
Mí afrenta con tu hermosura.
Y tú, Señora, venzieras,
A no haber imaginado

Que afrentado,
Por infame aborrezieras
Quien quisiste por honrado.
Con este buen pensamiento,
Tan hijo de tus hazañas,
De tu padre en las entrañas,
Entró mi estoque sangriento.
Cobre mi perdido honor;
Mas luego á tu amor rendido
He venido,
Porque no llames rigor
Lo que obligacion ha sido;
Donde disculpada veas
Con mi pena mi mudanza,
Y donde tomes venganza,
Si es que venganza deseas.
Toma, y porque á entrambos cuadre
Un valor y un albedrío,
Haz con brio
La venganza de tu padre,
Como hize la del mio.

Jim. Rodrigo, Rodrigo; ay triste!
Yo confieso aunque lo sienta,
Que en dar venganza á tu afrenta
Como caballero hiziste.
No te doy la culpa á tí
De que desdichada soy,
Y tal soy,
Que habré de emplear en mí
La muerte que no te doy.
Solo te culpo agraviada,
Al ver que á mis ojos vienes
A tiempo que aun fresca tienes
Mi sangre en mano y espada.
Pero no á mi amor rendido,

Sino á ofenderme has llegado,
Confiado
De no ser aborrezido,
Por lo que fuiste adorado.
Mas vete, vete, Rodrigo;
Disculpará mi decoro
Con quien piensa que te adoro
El saber que te persigo.
Justo fuera sin oirte,
Que la muerte hiziera darte;
Mas soy parte
Para solo perseguirte,
Pero no para matarte.
Vete, y mira á la salida
No te vean, si es razon
No quitarme la opinion
Quien me ha quitado la vida.

Don Juan Bautista Diamante.

La hermosa Raquel implora la real clemencia a favor de los judios.

Una muger Hebrea,
Que libertar su religion desea,
Viene, Alfonso, á rogarte
Con lástimas, con llanto, si ablandarte
Mereziere importuna,
Que hagas menos cruel nuestra fortuna.
Rey, Señor soberano,
A cuyo imperio rinden mas que humano
Feudo los corazones,
Atiende á mis razones;
Enternézcante en tanto

Que te esté divirtiendo triste llanto.
Los míseros gemidos
Con que hiere el Hebreo tus oidos,
Y el rumor que resuena en tus orejas,
Participe del eco de mis quejas.
Ya por última ruina
Del temido dolor que se avecina,
Rendida á la pasion que los ahoga,
Arruinada cayó la Sinagoga,
Y al mirar desunido el edifizio,
Llanto comun lloró su precipicio.
Las tablas que Moises guardó sagradas
Segunda vez se miran quebrantadas,
Y en venganza infeliz de su ley santa,
Llora el Hebreo; y el Cristiano canta.
Mofa comun, escarnio de la plebe,
Llueve en sus vozes y en sus ojos llueve,
Riega el llanto contino
El trillado camino.

. . . . . .

Vagando errantes, sin errar valdíos,
Por una y otra parte los Judíos,
Jerusalen segunda
Toledo es ya, cuando su llanto inunda,
Y de tanto concurso desterrada,
La ciudad populosa desolada,
Yaze como viüda,
Muda al dolor, y al sobresalto muda.
Llorando llorará la noche y dia
La apazible, la antigua compañía,
Que la hizieron amigos,
Los que aora la injurian enemigos.
Del amargor cautiva,
Muerta al consuelo, si á la pena viva.
Sus calles ve regando

De nuestros sacerdotes, que llorando
Acompañan las vírgenes ultraje
Del triste rostro, descompuesto el traje.
El anciano alarido
El alma arroja con cualquier gemido,
Dejando sus querellas inhumanas
Maltratada la plata de sus canas.

. . . . . .

Vuelve, Alfonso, los ojos á tu engaño,
Que no es, no, religion la que te mueve,
A que airada se cebe
En tan humilde triunfo tu presencia
De la mas abatida resistencia.
Mas ¿ qué dudo? ¿ qué temo?
Rey soberano, Príncipe supremo,
A nuestro afecto atiende;
¿ Quien te obedeze mas en qué te ofende?
¿ La humildad con que obliga
Mas un vasallo, tu rigor castiga?
Vuelve, Señor, los ojos,
Y verás cuantos míseros despojos,
Tu piedad aguardando,
En lastimoso llanto están bañando
Tus umbrales, que mira
Oscuros la victoria con la ira,
Y repitiendo males,
De lástimas cubiertos tus umbrales.
Mira cómo te aclaman
Rey victorioso, y cuando así te llaman,
Segunda Ester, si no con tanta dicha,
Yo sola vengo á ser de su desdicha
Protectora abogada, presumida
Por muger, por hermosa y aflijida.

D. Luis de Ulloa y Pereira.

Conjuracion contra Raquel y su muerte.

« Ya por vuestra desdicha, Castellanos,
Del Hércules sabréis que os gobernaba,
Cómo le cercan pensamientos vanos,
De nueva Yole la prudencia esclava;
Y que olvidadas las robustas manos
Del peso formidable de la clava,
Lisonjeando de ninfas el estilo,
Al huso femenil tuerzen el hilo.
Esta, de la nacion mas infamada,
La sangre de los Godos amanzilla:
Su voluntad es ley tan venerada,
Que falta adulacion para cumplilla:
Cuando á su arbitrio la cerviz postrada,
O cobarde inclinamos la rodilla,
Como propio recibe el homenaje,
Como ajeno le trata en el ultraje.
. . . . . .
Alfonso, del ardiente iman tocado,
Sigue la falsa luz de sus estrellas.
. . . . . .
Siempre de nuestras vozes retirado,
Sordo al despacho, mudo á las querellas,
Con que en el ocio la discordia naze,
Yaze el gobierno, y el estado yaze.
Con lastimosas lágrimas contemplo
Cuanto las obras de virtud se truecan,
Y cómo llega la codicia al templo,
Donde las fuentes de piedad se secan,
Obedeziendo todos al ejemplo;
Que los Príncipes mandan cuando pecan,

Y en la vida culpable de los Reyes
No son vicios los vicios, sino leyes

. . . . . .

De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos, ó supensos ó postrados,
Siendo al arbitrio de su fiel balanza
Los premios y castigos ponderados:
Solo la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados;
Tanta paciencia en pechos varoniles
No los haze leales, sino viles. »

. . . . . .

Ya persuadian al mortal reposo
Del cielo descendiendo las estrellas,
Cuando la turba ruido temeroso
Que se formaba de iras y querellas:
Y aunque las vozes por lo numeroso
Eran confusas, se aclaraba en ellas:
Muera quien nuestra libertad cautiva;
Viva la paz, y la justicia viva.

No cuando al fuego de la cuarta esfera
Se vió el hijo de Dédalo tan junto,
Reconoziendo liquidar la cera,
Justo castigo del soberbio asunto,
Despeñado, primero que cayera,
Se halló del sobresalto tan difunto,
Como del susto pavoroso muerta
Quedó Raquel al impeler la puerta.

Con la violencia de la gente armada
Tiemblan de las aldabas las ebillas;
Entra furiosa la canalla osada
Resolviendo los quizios en astillas:
Traidores! fué á decirles, y turbada
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dijo: *Caballeros*,

¿ Porqué infamais los ínclitos azeros ?
Una muger acometeis rendida
Como si fuera ejérzito enemigo.
¿ Amar á vuestro Rey correspondida,
Puede solicitar tanto castigo?
Mezclada de mi sangre y de mi vida
Toda su majestad vive conmigo ;
Podrá vuestro rigor verle deshecho,
Primero que sacarle de mi pecho.
Mal pudo á tanto Rey, á imperio tanto
Resistirse rebelde mi flaqueza,
Estas sangrientas fuentes de mi llanto
Basten á enternezer vuestra dureza,
Y desta vana compostura, cuanto
Tan ciegamente se llamó belleza....
. . . . . .
¡ O mudanza forzosa en la fortuna !
¡ Qué vanidad en tu valor blasona !
La que á sus plantas ostentó la luna,
Pareziéndole poco una corona,
Ya sin aliento de esperanza alguna,
Entre la turba vil que la baldona,
Es víctima sangrienta de villanos.
¿ Esto aconteze, y duermen los tiranos ?

El Diluvio.

D. Alonso Verdugo de Castilla.

Inspira el Jove undoso la sonante
Concha, y el eco vuelve repetido.
Horrísono el Triton aun mas distante,
Ronco alentando el caracol torzido:
De las tormentas présago, el nadante
Vulgo de los delfines conmovide,
Cruza nadando ; el pescador se espanta ;
Truena el polo, y el golfo se levanta.

Con torpe mano apenas abrir osa
Eolo la caverna de los vientos;
Huyen silvando de la gruta odiosa,
Y empañan las esferas sus alientos;
Vierte el astro su lluvia procelosa;
Arma Orïon sus truenos truculentos;
Aun del aura, aun del zéfiro las plumas
Perezosas ventilan negras brumas.

Muje el undoso toro levantadas
Las puntas de sus cuernos: litorales,
Al repetido incurso atropelladas,
Van huyendo las playas desiguales:
Las ondas prodigiosamente hinchadas,
Amenazan las luzes celestiales;
Y de negro vapor lluvioso velo
A los ojos del mundo niega el cielo.

Las dulces venas de las claras fuentes,
Que bebió en riego escaso el verde prado,
Los peñascosos cauzes impacientes
Rompen, y el campo borran inundado:
Los viejos rios las mojadas frentes
Levantan con horrible ceño airado,
Y las urnas volcando, aun juzgan poca
La vasta plenitud de su ancha boca.

Con ímpetu ruinoso los torrentes
Disuelven de los montes las raizes,
Envolviendo en sus túmidas crezientes
Los pueblos y los campos infelizes:
Con largo miedo suerte igual las gentes
Esperan de la sierra en las cervizes,
Mientras admiran su áspero desierto
De nunca vistas naves triste puerto.

Vuelve el pino á sus montes: ya la quilla
Navega el valle en que arrastró primero:
La alteza en que anidaba la sencilla

Paloma, alberga al tiburon roquero;
Los pezes se deslizan en cuadrilla
Sobre la grama en que saltó el cordero.
El risco ya es escollo, y ya á la piedra
Cubren las algas que vistió la yedra.

. . . . . .

Cual al cercano asilo refujiado,
Torre eminente ocupa ó alta roca,
Y del inmenso piélago cercado,
Crezer ve el agua, y ya su muerte toca;
Cual corre al templo y á los pies postrado
De ídolo colosal, clemencia invocá;
Urge el peligro, y olvidando el culto,
Sube á los hombros del gigante bulto.
Cual de la erguida palma la accesible
Caña trémulo escala: cual confia
Del añoso nogal al inmovible
Tronco, y salvarse en la alta copa fia,
Temiendo solo si al embate horrible
La podrida raiz ceder podria:
Resiste por su mal firme y profunda,
Y el que nadara leño, árbol se inunda.
El viejo labrador que vió primero
De la turbia creziente arrebatada
Su pingüe siembra, su guardado apero,
Y al fin nadar su choza destrozada,
Próvido al monte huye; y el lijero
Vulgo de su familia la crizada
Altura busca, el hombro trabajado,
De la pobre riqueza mal cargado.

. . . . . .

Crezen las ondas, creze la tormenta,
Y compiten la última esperanza
Los hombres y las fieras; ya es sangrienta
Muerte de uno la vida que otro alcanza:

Desalojar al flaco el fuerte intenta,
Sobre el fuerte el lijero se abalanza,
Huye del toro virgen temerosa,
Y otra al cuello indomado ascender osa.

. . . . . .

Sobre la última roca retirada
Amante madre, al tierno infante asida,
La planta de las ondas ya bañada,
Le levanta á los hombros aflijida;
Del miedo y de las olas perturbada
En el piélago cae desvanezida,
Y aun en la ansia letal agonizando,
Va el hijo entre las ondas levantando.

Ya las últimas cumbres inundaban
Las aguas, y al cubrirlas el mar fiero,
De miseros nadantes se escuchaban
Los roncos votos y el clamor postrero:
Con monstruosa espansion se dilataban
Las ondas de su espacio verdadero,
Y cuanto mas estensas menos graves,
El peso no consienten de las naves.

Del líquido sutil humedezidas,
Fluye la tierra sus innatas sales,
Y en légamo se funden derretidas
Las eminentes cumbres desiguales:
De los vientos las ondas impelidas
Forman corrientes, y ellas los canales;
Y en vehemente y vario movimiento
Muda la forma de la tierra el viento.

. . . . . .

Ya no hay contra quien armen vengativa
Su ira los cielos; Júpiter serena
El ceño torvo y la violencia activa
De ondas y vientos aplacar ordena:
El mar cuya tormenta destructiva

Los montes disolvió, ya de la arena
No sufre el peso, y liquidando el seno
De sus aguas, coagula otro terreno.
La vaga nuncia de la etérea Juno
Tiende el gayado manto; el sol renace:
El bramido del ábrego importuno
Para, y la nube el aquilon deshace:
Sus rüinosos ímpetus Neptuno
Templa, la tierra entre las ondas nace:
Huye el mar; y ya en pardos orizontes,
La mojada cerviz sacan los montes.

D. Nicolás Fernandez Moratin.

REFIERE PELAYO Á LA PRINCESA GAUDIOSA LA DERROTA DE LOS GODOS EN LA BATALLA DE GUADALETE.

¿Porqué me mandas que renueve el triste,
Lamentable dolor de aquella historia,
Que sirve de martirio á la memoria,
Pues tú lo sabes, y lo sabe el mundo?
¿Ni quien podrá sin lágrimas amargas
Referirte, Princesa, la agonía
Y el lamentable estrago de aquel dia?
La piedad y el horror confusamente
Retiran de mi lengua las palabras;
Ni es posible tampoco que yo cuente
Tanta calamidad, asombro tanto.
Vieras allí mezclarse con espanto
Los unos y los otros, confundiendo
Armas y insignias con atroz desórden,
Y en infernales cóleras ardiendo.
Allí en sangriento estrago se miraban
Mil lástimas, mil géneros de muertes:

El ánima exaló por el impulso
De la diestra fatal del vil Audalla.
¡O almas nobles que en esta cruel batalla,
No al valor, sino al número cedisteis!
Mi desesperacion y arrojo visteis;
No vivo de cobarde: sed testigos
De que no evité el riesgo mas urgente.
No sé si fué cruel, ó fué clemente
Conmigo el Cielo; entónces no le plugo
Llevar mi vida: quiso que yo solo
Quedase por testigo del sangriento
Destrozo lamentable de mi Patria.
Me abalanzé mil vezes con intento
De morir; ni temblaba aunque mil vezes
Contra mi pecho viese ya enristrada
La lanza de Tarif ensangrentada.
Mas tú preguntarás cual haya sido
El suceso del Rey. En tanto tiempo
Como duró el combate, ni podido
Verle yo habia; al fin se me presenta,
Casi al morir la luz del postrer dia.
Pero ¡ah Cielos! ¡qué horrible y demudado!
¡Ay de mí cual estaba, y cuan trocado
De aquel Rodrigo, á quien Toledo augusta
Vió en las fiestas de galas adornado!
La faz terrible, pálida y adusta,
Todo sangriento, y del sudor y el polvo
Y heridas con horror desfigurado.
La barba yerta, suzio y herizado
Tenia el cabello, que empapado en sangre
Ajena y propia en hilos destilaba:
Lloroso, triste acongojado estaba
Con el manto rëal todo rasgado,
Y la corona ya no la tenia.
Del carro de marfil saltado habia,

Porque grandes montones de difuntos
El curso de las ruedas impedian;
Y con largos gemidos y profundos
Tristísimos suspiros, sollozando
Dice: ¡O Pelayo! todo lo perdimos y
Fuimos un tiempo Godos y venzimos:
Fué Toledo, fué España, fué Rodrigo;
Mas Dios de mi lascivia por castigo
Contra mí levantó cuantas naziones
La media luna en Africa y en Asia
Tremolan en sus bárbaros pendones.
A Damasco de Siria y á la Arabia
El gótico poder ha trasladado.
Huye, hijo de Favila, que encargado
Te dejo el reyno: tú eres la esperanza
De nuestra religion, que yo he perdido;
Más voy por mi castígo merezido,
Pues injusto violé las sacras leyes,
Y en mi infortunio escarmentad ¡o Reyes!
Dijo: y viendo á Tarif cuan orgulloso
Con homicidios mil iba insolente
Gritando furibundo á grandes vozes,
Dando aliento á sus bárbaros soldados,
Para mas no volver ante mis ojos,
A matarle ó morir determinado,
Por el tropel de las confusas armas
Batió el hijar á Orelia su caballo,
Y se arrojó al contrario, poderoso,
Audaz, desesperado y espantoso.
Yo á todas partes que me vuelvo, veo
Mezclarse con mil llantos la rüina
Del bando fiel y el bárbaro trofeo.
Por el campo tendidos se veian
Cuerpos de capitanes, de magnates
Despedazados, y sangrientos bustos,

Cadáveres de jóvenes robustos.
Guadalete en sus ondas revolvia,
Turbio ya con la sangre, los penachos,
Los caballos y escudos de varones.
Ya el furor de las árabes legiones,
Roto el campo, el Monarca fugitivo,
Cebada el ansia en su riqueza inmensa,
Tenia por el suelo destrozadas
Las tiendas de Rodrigo saquëadas.
¿Pero porqué en contarte me detengo
El suceso fatal? La gente goda,
Que la roca Tarpeya humilló un tiempo:
La que invenzible sojuzgó, poniendo
Coyunda á la cerviz del Capitolio,
Cayó abatida: fué el honor perdido:
La Patria á esclavitud se ha reduzido,
Con mortandad horrible de sus fuertes
Hijos amados: la religion santa,
Que nuestros padres con fervor y tanta
Veneracion siguieron tantos años,
Todo violado fué por los estraños.
Y así lloran sus hijos profanados
Los templos sacrosantos, los altares
Y los vasos divinos ultrajados,
Violadas las purezas virginales,
Y la Nazion cautiva y aherrojada
En poder mas sacrílego y tirano,
(Sin que Dios ofendido se lo estorbe)
De la nazion mas bárbara del orbe.
Todo, al fin, se perdió:::

Reseña de los principales capitanes de Hernan Cortes.

Aquí ostentaba su milicia un dia
Con pompa y gala, y en vistoso alarde

Asombra la feroz caballería ;
Tal es el fuego que en los brutos arde.
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde :
Tocan clarines , y las cajas suenan ,
Mares y playas y montañas truenan.
Muéstrase altivo el ínclito guerrero ,
Sandóbal digo ; en un caballo armado ,
Monte pareze de bruñido azero ,
Apenas por su dueño sujetado :
Ancho pabes sin cifra ni letrero ,
Y el peñasco de Amaya relevado ,
Solar de su linaje ; y por decoro ,
La banda negra sobre campo de oro.
Con un sayo galan de fino paño ,
Con gorbion de encarnado y amarillo ,
En un revuelto pisador castaño
Monta Pedro Gonzalez de Trujillo ;
Y Dávila , soberbio en genio estraño ,
Fatiga los hijares á un tordillo ,
Llevando en el escudo sin cuarteles
Por antiguo blason treze roeles.
De pecho firme y ancha de cadera ,
Con lazos jaldes y con borlas blancas ,
Muy briosa de juego y de carrera ,
Sin temor de arrezifes ni barrancas ,
De bordada melania la pechera ,
Y bélicas cubiertas de las ancas ,
Rije una yegua Pedro de Alvarado ,
Que á tierra no pasó mejor soldado.
. . . . . .
Ordaz con fuertes armas pavonadas ,
Fiero en palabras , rígido en semblante ,
Monta un pezeño , y lleva recamadas
De azul y negro las haldetas de ante :

Ni las mudas edades ya pasadas,
Ni el alto olvido harán que yo no cante,
¡ O insigne Lariz ! tu valor, que vuela
Desde Panuco al cabo de la Vela.
Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corzel, cabos negros y melado
Gobiernas, y corriendo te alborozas :
El escudo en triángulos corbado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por orla y riquísimo tesoro
El *ave* de Gabriel quitada al Moro.

. . . . . .

Aquel membrudo de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Lĕon, que vïolento
Vive en quietud, y así á la guerra viene :
Mírale cuan robusto y corpulento,
Cómo cruje la lanza y la sostiene
Con la ancha cota de doblezes onze,
Y el escudo con láminas de bronze.
Nájera es aquel rubio Rïojano,
Diestro en la esgrima : aquel otro Garcia ;
Y el que sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes por quien Turia se gloría,
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano
Tanto arrebata en célica armonía,
Que estar mas que la trazia mereziera
Con diez luzeros en la octava esfera.
Ese determinado Madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil vezes al Moro en duro empeño
Partió con los turbantes las adargas :
Mira en la suya el muro malagueño,
Y el puente roto, y en hileras largas

A cañonazos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alquizeles.
Soto el de Toro, Olea el de Medina,
Son aquellos que ves; aquel Portillo;
Pizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro ínclito caudillo:
Juanes aquel de la coraza fina,
Que el Tórmes entre junzias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola,
La celebrada Atenas española.
Mira aquel batallon de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el Frances en Italia le temia,
Cuando el gran Capitan le vió á su lado:
Farfan es aquel alto que blandia
La pica, y de su patria amartelado,
Se va siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana.
Aquel de la loriga y ambos lados
Con pistoletes, lleno de osadía,
Es Mesa el Montañes, que sin cuidados
El maneja un cañon de artillería:
Usagre y Catalan van á sus lados,
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artilleros los pregona
La invenzible nazion de Barcelona.
Aquellos de escaupiles acolchados
Siguen al Alcarreño Jaramillo:
Mas le siguen tus ojos inflamados,
Sí, ¡ o Cazica! permíteme el decillo:
Aquel que allí escuadrona los soldados
Es el fiel Bernal Diaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada,
Cual César, con la pluma y con la espada.
Prosiguiera Aguilar; pero venia

Batiendo el azicate de ambos lados
Mercado en una remendada pia,
El mas niño de todos los soldados:
Por su donzel al General servia.
Apartaba los indios apiñados,
Diciendo *plaza* á infinidad de gente,
Plaza; que pasa el General al frente.
Házenle salva, alta vozería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabuzería,
Que hasta Mejico el eco fué bramando:
Atruena la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando:
Corral, Volante con Rangel lijeras
Abatieron al suelo las banderas.
Cortes, el gran Cortes. ¡ Divina Clio,
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿ Quien jamas tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso capitan triunfante?
¡ Con qué aspecto rëal y señorío
Se le muestra á su ejérzito delante!
¡ O qué valor que ostenta y qué nobleza!
¡ O cuanta heroizidad y gentileza!
Ricas armas de esmero y maestría
Listadas de oro puro, centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Ebillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos pinjantes,
Cegando como el sol, á quien pareze,
El arnes con que armado resplandeze.
Deslumbra la finísima zelada
Cual fúlgido cristal resplandeziente,
Con plumajes y airon empenachada,
Que el zéfiro alagaba mansamente:

El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente :
Música forman , guernezidas de oro
Templadas piezas , al crujir sonoro.
Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio airosamente , y con lazadas
De plata y seda atado en una sola ,
Que vuelve las vislumbres duplicadas :
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapazejos , y enredadas
Puntas al cinturon , y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.
Ancho escudo embrazó de fuerte azero ,
Con labores en torno rutilante ,
Que mas reverberando que el luzero ,
Pareze de un limpísimo diamante :
Esculpió en medio por blason guerrero
Entre las uñas de un lëon rapante
Un mundo encadenado , y quebrantadas
Las columnas de Alcídes derribadas.
La gruesa lanza estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja ,
Y un pendonzillo ó banderilla asida ,
Que bordó con primor sutil aguja :
Y al encuentro y veloz arremetida ,
Haze corriendo que al impulso cruja ,
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.
El alazan tostado , corpulento ,
De ardiente vista , y con feroz ultraje
Bate el suelo , mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipaje :
De ormesí recamado el paramento ,
De seda y oro y borlas el rendaje ,
De bronzes entallados la estribera ,
Zafiros y balajes la testera.

El sóberbio animal la crin estiende,
Como quien sabe el dueño que pasea:
Con agudo relincho el aire enciende,
Y indómito y ufano se pompea.
En cuanto; ó Betis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas se hermosea,
Tal monstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Don Vicente García de la Huerta.

ESPONE HERNAN GARCIA AL REY LOS MOTIVOS DEL ALBOROTO POPULAR CONTRA RAQUEL.

Esa voz, que de escándalo y desórden
El viento puebla (¡o noble Alfonso Octavo,
Monarca de Castilla, quien por siglos
Cuente el tiempo feliz de su reynado!)
Esa voz, que en el templo originada
Profanó del lugar los fueros santos,
Y de la majestad los privilegios
Tan injuriosamente ha vulnerado;
Si el fin, si los intentos se examinan
Y el zelo que la anima contemplamos,
Aliento es del amor mas encendido,
Voz del afecto mas acrisolado.
Voz es de tus vasallos, que de serlo
Testimonio jamas dieron mas claro,
Que cuando mas traidores te parezèn,
Que cuando los estás mas infamando.
Estos, porque tu error se desvanezca,
Los mismos son, que en tus primeros años,
Cuando para el recobro de tus reynos
Marte armó de valor tu tierno brazo,
Por tu amor derramaron de sus venas

La hidalga sangre: los que acompañando
El cruzado pendon en Palestina,
Rey de Jerusalen te coronaron.
Estos los mismos son que al Luso altivo,
Al bravo Aragones con el Navarro,
Fieros usurpadores de tus tierras,
Echaron con baldon de tus estados:
Los que postrando el leones orgullo
En Palencia y Simancas, desterraron
De Fernando el dominio ó tiranía,
Que vínculos de sangre pretestando,
Se arrogó tu tutela, cuando fuiste
Pupilo en nombre, en realidad esclavo.
Aquellos son, cuyas gloriosas armas
De Tolosa en las Navas y en Alarcos,
Terror y afrenta tantas vezes fueron
De inmensos escuadrones de Africanos.
Estos, Alfonso, son los que te hablan
Por mi boca: los mismos que postrados
A tus pies, el remedio solicitan
De estremos males, de insufribles daños.
Cuan grandes estos sean, bien pareze
Que no hay necesidad de recordarlo,
Cuando para notarlos y advertirlos,
Cada rostro te muestra su retrato.
Repara en tus vasallos: sus semblantes
Te pintarán con infelizes rasgos
La triste situacion en que se hallan
Sus altivos espíritus gallardos.
¿Pero cómo han de estar sino marchitos
Campos, á quienes niega el sol sus rayos,
Jardines que descuida el jardinero,
Flor que no riega diligente mano?
Los campos del imperio de Castilla,
Del valeroso Alfonso abandonados,

Solo espinas produzen y venenos;
Que ofenden y atosigan sus vasallos.
Raquel :: permite, Alfonso, que la nombre;
y si te pareziere desacato
Que quejas de Raquel se te repitan,
Pague mi cuello culpas de mi labio.
Raquel (vuelvo á decir) no solamente
El reyno tiraniza castellano,
No solo de los Ricos-hombres triunfa;
No solo el pueblo tiene esclavizado,
No solo ensalza viles idumeos,
No solo menoscaba tus erarios,
No solo con tributos nos aqueja;
Sino que (lo que es mas) de Alfonso Octavo
El alma y los sentidos de tal suerte
Domina y avasalla, que postrado
Oscuramente yaze en su ignominia,
Siendo mofa de propios y de estraños.
Ya no conquista Alfonso, ya no venze,
Ya no es Alfonso rey : aprisionado
Le tiene entre sus brazos una hebrea;
¿ Pues cómo ha de ser rey el que es esclavo?
¿ Estos los timbres son de tus victorias?
¿ Este el fin de tus triunfos y tus lauros?
¿ De este modo coronas tus hazañas?
¿ Para esto de la fama al metal claro
Diste gloriosa voz con tus proezas?
¿ Para esto al noble esfuerzo de tu brazo
Venziste reyes, conquistate imperios?
Sí : paraque Raquel, atropellando
Tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
Tus timbres adquiridos y heredados,
Oscureziese, Alfonso, tu memoria,
Deshonrase tu nombre y tu reynado.
Si solo el fin los hechos califica,

¿ Qué sirven los principios acertados ,
Cuando son desaciertos los estremos ?
¿ Qué importa , Alfonso , que en tus tiernos años
Llenases con tu nombre todo el orbe ,
Si es ignominia ya lo que fué aplauso ?
Recuerda , pues , de tan pesado sueño ,
Y sacudiendo este infeliz letargo ,
Oye de tus vasallos los clamores ,
Si algun sentido perdonó el encanto.
Advierte el deshonor que te resulta
De comercio tan torpe , y los estragos
Que va causando en los cristianos pechos
Del vil hebreo el peligroso trato.
Esta es la voz del pueblo que te adora ,
De su misma pasion arrebatado.
No disculpar pretendo la osadía ;
Los medios culpo , cuando el fin alabo.
Sin mi noticia el pueblo se conmueve :
Yo lo digo , y pudiera confirmarlo ,
Si mi verdad necesitase pruebas ,
Algun adulador que está escuchando.
Por contener la furia impetüosa
Que en mí se compromete , yo me encargo
De esponerte las quejas y motivos ,
Que ocasionan el bárbaro atentado.
Este el suceso ha sido , esta mi culpa :
Ni me arrepiento , ni la accion retrato.
Mas si acaso te ofenden estas quejas ,
Y el enojo y pasion te ciegan tanto ,
Que á castigar te incitan por delitos
Las pruebas del amor mas acendrado ,
Esgrime ya los filos de tu azero ,
Contra mi cuello fiel , que está esperando
Darte de mi lealtad el testimonio
Postrero , con la sangre confirmado.

Don Ignatio de Ayala.

CONFERENCIA ENTRE CIPION, GENERAL ROMANO, Y MEGARA, CAUDILLO DE LOS NUMANTINOS.

MEGARA. Toma asiento
Bajo este árbol sagrado. Si la estancia
No es rica, habita en ella, como en centro,
La sincera justicia.
CIPION. Antes que esponga
Mis designios, no estrañes que primero
Admire vuestra suerte, condolido
Al ver el triste estado de tu pueblo,
Y que naturaleza, sofocando
El furor de enemigos, dé lamentos
Al ver hombres en fieras convertidos,
Del valor y miseria documento.
¡ Qué horrible libertad ! Megara, escucha :
Mi compasion te habla, no mi miedo.
Desde mi edad primera ejerzitado
En lides continuadas del sangriento
Marte, ni de Intercazia en el asalto,
Ni en la rota del lago Trasimeno,
Ni en la rota de Cannas, donde Anibal,
Siempre de nuestra sangre tan sediento,
Saciado se admiró : ni cuando en Grecia
A Perses destruí, ni cuando fiero
Rendí á Cartago, al Africa dí leyes,
La espada en una mano, en otra el fuego;
Tal horror, tanto espanto me embargaron,
Ni tanta compasion, como ahora al veros.
Cese vuestro furor, rendios á Roma,
Ceded la libertad.
MEG. Cesen pretestos.
Cipïon, si te asombra que padezca

Tanto infortunio el Numantino pueblo,
Retira tus legiones, deja el sitio,
No nos busques, tranquilos quedarémos.
No imputes á dureza de Numancia
Lo que haze la ambicion y orgullo vuestro.
Despojos de la hambre ó de la muerte,
Libres nazimos; libres morirémos.
Cip. ¿ Mi compasion desprecias? pues escucha
El mandato de Roma, no el convenio.
Porque disteis asilo en vuestra patria
Al Segedano, que siguió guerrero
A Viriato español, siempre enemigo
Del nombre augusto del Romano Imperio,
Indignasteis á Roma. El de Segeda
Pedido, le negasteis; por esceso
Tan inaudito fuisteis fatigados
De ejércitos Romanos, de Pompeya,
Popilio, Cayo Lépido y Mancino
Sus Generales: fuisteis triste ejemplo
De miserias, de muertes, de infortunios,
En batallas, en sitios y rencuentros.
Ya acabado el proceso de Segeda,
Audazes siempre, siempre turbulentos,
No quisisteis privaros de las armas,
Ni entregarlas sumisos; ó insistiendo,
En que nazisteis libres, suscitasteis
De la invenzible Roma el justo empeño
De sujetar vuestro rebelde orgullo,
Y despojaros del culpable azero.
Ya adviertes el estremo á que os conduze
Vuestro empeño fatal. Mirad, os ruego,
Mirad por una parte vuestro estado,
De otra las fuerzas del Romano Imperio.
Como insensibles miran á Numancia
De ámbas Españas los prudentes pueblos.

¿ A donde os volveréis ? ¿ á qué provincias?
¿Quién os podrá alentar? ¿quien socorreros?
Ya no hay Cartajineses en España ;
Viriato murió ; los Celtiberos ,
Humillados Indíbil y Mandonio ,
Obedezen á Roma ; del Gallego
Bruto triunfó; la Bética rendida
Del Capitolio adora los decretos ;
El intratable Cántabro en sus grutas
Se esconde ; á Roma temen los Vazeos :
Todos esclavos besan las cadenas
De Artabro al promontorio Caridemo.
¿ E intenta sola resistir á Roma
Una ciudad sin gente ? ¿ este desierto?
¿ Esta cueba de fieras ? Vuestros males
Solo acabarlos puede el cautiverio ,
O la muerte. Vivid : rendid prudentes
A Roma augusta el inflexible cuello....
Meg. Cesa, Cipion. ¿ La muerte , ó la cadena?
Qué otro pacto , Romano , qué convenio
Ofrezieras mas vil , cuando trataras
Al sumiso Africano , al débil Griego ?
¿ Numancia esclava , la que habeis llamado
Terror de Roma , de la Italia miedo ?
¿ La que en catorze años de victorias
Hizo temblar al Capitolio vuestro ?
¿ La que rotos ejérzitos , vencidos
Cónsules , despreciados los decretos
Del Senado , tal miedo , tanto espanto
A Roma ocasionó , que sin pretesto ,
Medrosas las legiones , no tuvisteis
Quien quisiese alistarse , por temernos ?
¿ La que á tí , domador de Africa , tanto
Te horroriza , que temes nuestro encuentro
Y en tus reales oculto huyes las armas ,

Los sepultaron en sus propios senos.
Ni España yaze esclava ; donde halles
Amor de gloria y libertad, desprecio
Del riesgo y de la muerte, allí está España :
En aqueste recinto, en este suelo
Habita la Nazion, aquí domina :
Para venzer á España, has de venzernos.
Ni ultrajes los demas ; los que hay rendidos
Merezen compasion, no vituperio.
Vuelve el rostro, Cipion, á todas partes :
Bética, Lusitania, los Cauzeos
Testigos son del arte y los engaños,
A que se humilló Roma por venzerlos.
Y aun esto no bastó ; sus mismas armas
Volvió España cruel contra su seno.
Este reyno infeliz, abandonado,
Desunido, engañado, forjó él mesmo
Con sus infaustas manos la cadena,
Que habia de oprimir su heroico cuello.
¡ Cuantas vezes, las hazes ordenadas,
Crujió el padre español, andaz y necio,
La honda contra su hijo ! ¡ cuantas este
Venzió á su padre, degolló á su deudo !
No los ultrajes pues ; los que hay rendidos
No los venzisteis, se venzieron ellos.
Al fin, oye á las vozes del Senado
Mi repuesta : Numancia, aunque desierto,
Es nuestro Dios ; su gloria, su defensa
Es nuestra religion ; no conozemos
Vida sin libertad ; no rehusamos
La guerra, no tememos el asedio ;
Ni la paz despreciamos : deja el sitio,
O estréchalo ; no esperes otros medios.
Para entrar en Numancia, con la espada
Has de abrir puerta en nuestros mismos pechos.

Cip. ¿ Qué no reparas el funesto estado
De tantos infelizes?
Meg. Solo advierto
Su ardor presente, y su futura gloria.
Cip. Quizá el Senado por tu grande esfuerzo
Libertad te dará.
Meg. Déla á mi Patria.
Cip. Yo te la ofrezco á tí.
Meg. No la pretendo,
Si es esclava Numancia.
Cip. Justo es pague
Su fiero orgullo.
Meg. Mas debido premio
Será reconozerla independiente,
Pues Pompeyo y Mancino así lo hizieron
En nombre del Senado.
Cip. Tales pactos
No pudieron formar.
Meg. Astutos medios
Son de vuestra República ambiciosa.
¿ Poderes da para admitir los pueblos
Que se entreguen, y anula los poderes,
Cuando el pacto no cede en su provecho?
Cip. Siempre negó Pompeyo esos tratados.
Meg. Su ejérzito los vió, y aun en el centro
De Roma, los probaron con testigos
De vuestras tropas, los Legados nuestros.
¿ Negaréis este hecho? ¿ Habrá disculpa
A tal fraude, á tan torpès desafueros?
¿ Negaréis....
Cip. Numantino, ya el Senado
El pacto reseindió.
Meg. ¿ Con qué derecho?
¿ Quien le da autoridad? Numancia es libre,
Mutua es la independencia.

Cip. Satisfecho
De su conducta aquel Gobierno justo,
Lo ordenó así; debeis obedezerlo.
Meg. ¿Vuestro Senado justo? Ese asesino,
Que con derecho usurpa ajenos reynos,
Sea pérfido, sea impio, sea inhumano,
Al justo oprima, tiranize al bueno,
Aborrezca y destroze la inocencia,
Con tal que le virtud no sea el pretesto;
Y sabed, que fortuna muchas vezes
Derrocó á los que puso en alto puesto;
Y que tambien á muchos ha exaltado,
Que habia su voluble rueda opreso.
Dioses hay, Cipïon, Dioses que cuidan
Del ámbito del mundo: Dioses rectos,
Que al injusto distinguen é inocente,
Con brazo vengador. El sentimiento
Que á mi alma devora, es porque España
Unida no acomete vuestro Imperio,
Y venga las maldades con que oprime
Su justa libertad; mas á este pueblo
Inocente, los Cielos le destinan
Para que á los demas sirva de ejemplo.
Padezca, sufra, sienta mas desgracias;
Tú no nos venzerás.
Cip. Al fin, pues ciego
Obedezer reusas, mas desdichas
Han de sobrevenir: contra mi espreso
Mandato, el Africano ha envenenado
Las aguas que bebeis del rio Duero.
Meg. Cipïon, carne humana nos mantiene,
La sangre de los cuerpos beberémos.

D. José Maria Vaca de Guzman.

Las Naves de Cortes destruidas.

Hijos de Palas, ínclitos varones,
Imágenes gloriosas de su aliento,
Las armas suspended, y las naziones
Oigan la hazaña que cantar intento,
Con que á su gente y bravos campëones
Supo empeñar al último ardimiento
El héroe grande, que enlazó al hispano
El opulento imperio mejicano.

Grata á mis votos ven : desciende, Clio,
Y baña mi espresion en luzes bellas :
Furor divino inspira al verso mio,
Y seguiré sus peregrinas huellas :
Del etíope adusto al scita frio
Levantaré su fama á las estrellas,
Su heroica accion ensalzaré de suerte,
Que triunfe del olvido y de la muerte.

. . . . . .

No le demuestro el ímpetu domando
De la undosa vertiente de Grijalba,
Sus aguas con la sonda penetrando,
Hiriendo el aire con horrenda salva :
No entre los dardos del opuesto bando,
No en los pantanos donde le halla el alba,
Ni siguiendo al contrario presuroso,
Ni en Tabasco aclamado y victorioso.

No venzedor del águila brillante,
Que al Tlascalteca á guerras estimula,
O con imperio, que al traidor espante,
Abrasando las torres de Cholula,
O aprisionando al Rey mas arrogante,
Que de aquel clima el septentrion adula,

O rompiendo á Narvaez, ó la ira loca
Castigando del fiero Cualpopoca.
Callaré á Otumba y su feroz campaña,
Que estremezió los montes de la luna:
Los peligros de Chalco en la montaña,
Tanto choque naval en la laguna,
Hasta que, preso Guatimoc, España
Su imperio holló sin resistencia alguna,
Mientras del sol los puros rosicleres
La tez doraban de la hermosa Céres.
Pero verás las naves españolas,
En que Alaminos, diestro Palinuro,
Llevarle supo por estrañas olas,
Y preservarle del naufragio duro,
Ya abatiendo sus ricas banderolas,
Zozobrar en el puerto mas seguro,
El ancla fija, el mar sin moviento,
El cielo claro, sosegado el viento.
Corren el marinero y el piloto:
Jarcia y velas solícitos redimen.
¿Qué borrasca, dirás, qué airado Noto,
Qué encalladoras sirtes las oprimen?
¿Qué Scila, qué Caribdis las ha roto?
¿Qué hado fatal que las Nereidas gimen?
¿Qué tirano poder turba importuno
La eterna paz que les juró Neptuno?
No han sido, no, del Euro los enojos,
No la saña de Tetis las confunde:
Felizes son, no trájicos despojos,
Los que á la playa el piélago difunde:
Vuelve al insigne Capitan los ojos,
Que allí á las tropas su coraje infunde.
Ese es Cortes, cuando en la arena fria
Resonaba su voz, que así decia:
« En fin, llegó la suspirada aurora,

Y huyendo Boadelin de su cuchilla,
Embotada en cervizes agarenas,
Su destrozo en Granada acaba el rayo,
Que en Cobadonga fulminó Pelayo.
Ellos, como vosotros, oprimieron
La espalda de ese monstruo cristalino:
De la Europa tambien se desprendieron,
Al Africa llevando el blanco lino:
A Oran ganaron, al Peñon rindieron,
Tembló de su poder el Argelino,
Y tributaria se postró á su amago
La altiva sucesora de Cartago.
Así venzamos los que así nazimos:
Nuestro es ya su valor, nuestro su azero:
La tierra hollamos que á venzer venimos.
Perezca pues el leño lisonjero;
No á transportar tesoros le trajimos.
El grande Carlos, Carlos el primero,
Despreciador del oro y la riqueza,
En sus héroes coloca su grandeza.
. . . . . .
Sí, soldados, el rostro de la guerra
Es á la Hesperia grato: delicioso
El son del parche que al cobarde aterra,
El eco del clarin armonïoso:
Ni estraña, pienso, que nos es la tierra,
Ni mi ejérzito poco numeroso:
De España somos: si en la lid entramos,
Nuestra es toda la tierra que pisamos.
Y cuando á las edades venideras
Con tan vasta conquista ¡ o tiempo! asombres,
Dirás, que contra inmensas huestes fieras
Valieron por ejérzitos mis hombres.
En la altura pondrás de las esferas
Con letras de oro sus escelsos nombres,

En la hermosa ciudad que Jenil baña,
Y el Darro con sus aguas fertiliza,
Matizando sus cármenes de flores,
De frescas flores que el abril envia,
Yaze soberbio alcázar, cuya cumbre
Del aire ocupa la region vacía,
Palacio un tiempo del Monarca moro,
Que el regio trono granadino pisa.
Este, olvidando con descanso dulce
Cuidados que al espíritu fatigan,
Tranquilo ocupa de su alcázar regio
Oculta estancia en que el primor luzia.
. . . . . .
Por el salon á trechos se miraban
Mudas historias que el pinzel dió vida,
Sucesos grandes, célebres victorias,
Claros héroes, hazañas inauditas.
. . . . . .
Sobre los otros elevado estaba
Con regio ornato y majestad debida
El mentido Profeta, á quien Arabia
Ciega venera y en su fe confia.
Este miraba el Rey, cuando cubierto
De asombro y miedo, vió que descendia
Del alto asiento, y á su lecho llega
De Mahomet la estatua muda y fria.
Tiembla, y al verla con airados ojos,
Ni á hablar acierta, ni callar podia:
Tres vezes quiso huir de su presencia,
Tres vezes lo estorbó fuerza divina.
« ¿Donde vas? dijo ¿donde, desgraciado
Monarca, évitarás la saña mia,
Huyendo del que nunca desampara.
A los creyentes que en su amor se fian?
Detente, y en el lecho á quien adornan

Ricas alfombras, turcas alcatifas
Reposa, y con el ocio entorpezido
Las aflicciones de tu reyno olvida.
¿Qué importa que al furor del nazareno
Destrozadas se miren tus provincias,
Tus vasallos, ó muertos, ó rendidos,
Y la ciudad en bandos dividida?
Mientras Fernando tus castillos toma,
Las vegas tala, arrasa las campiñas,
Gustosos juegan Mazas y Gomeles
En Bibarrambla cañas y sortija.

. . . . . .

Borra, borra el baldon de haber firmado
Las pazes que detesto, envilezidas:
Niegue el valor y el pundonor anule
Lo que otorgó la voluntad cautiva.
De tu resolucion el universo
Está pendiente, y en tu ardor confia:
Por él su libertad espera el mundo,
Y si no lo defiendes, se arruina;
Pues el fiero Español, si de este imperio
Se apodera (¡o Allah! no lo permitas)
Cual rápido torrente que del monte
Con ímpetu veloz se precipita,
Así, rompiendo de Tarif la puerta,
Llegará audaz hasta la ardiente Libia:
El gran sepulcro librará de Cristo,
Cautivando quizá la tumba mia.
¿Y tú darás lugar paraque logre
Los triunfos que soberbio premedita,
Viendo las barras de Aragon triunfantes
En los blancos pendones de Castilla?

. . . . . .

Persigue al que sacrílego persigue
La verdadera ley santa y divina:

Nada rezeles, la victoria es tuya,
Que el Profeta de Dios te alumbra y guia.
Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones,
La espalda vuelva en la marcial porfía,
Y amontonando triunfos y despojos,
Su vano orgullo aniquilar consigas.
. . . . . .
Esto será, que así te lo promete
El que pisa del sol la lumbre viva,
A quien los Querubines acompañan,
Y las Dominaciones se le humillan,
Que ocupando ante Dios glorioso asiento,
Los claros astros á su planta mira,
Y adornando la luna su turbante,
Los luzeros se apagan á su vista».
Dijo: y al ir el Rey á responderle,
Veloz de entre sus brazos se retira,
Y á ocupar vuelve la animada estatua
El pedestal robusto que oprimia.
Mientras en Santa Fe mira Fernando,
Vistoso alarde haziendo su milicia
Al son de los clarines y atambores,
Los caballos marchar y infantería,
Cuando del claro sol luzientes rayos
A los objetos su color volvian,
Dorando en los soberbios pabellones
Las banderas que el céfiro movia.
Bajo un rico dosel con perlas y oro,
Que del Oriente empobrezió las minas,
Fernando y Isabel el trono ocupan,
Alto campeon, castísima heroïna.
. . . . . .
¡Cuantos esclarezidos capitanes,
Que ganaron victorias inauditas,
Delante de Fernando se presentan!
Cántalos tú, Parnáside divina;

Al Albaizin medroso se retira;
Dudoso al escuchar consejos varios,
Entre opuestos dictámenes vacila.
Cuando Zelin-Hamet, gallardo moro,
Que el sesto lustro de su edad cumplia,
Arabe en Patria, Aldoradin en sangre,
Hijo de Abenhuzem y Jeloïra,
Negra la barba y el color tostado,
Sangrientos ojos de espantable vista,
Robustos miembros, corto de razones,
Diestro en el arco, cimitarra y pica:
« Locura es, dijo, en parezeres varios
Perder el tiempo que veloz camina,
No habiendo fuerza, ni ocasion, ni gente
Para librar la Patria que peligra.
¿Espondrémos acaso á una batalla
La feliz libertad que tanto estima,
Cuando de España la potencia junta
Procura con teson nuestra rüina?
No, no es justo, ni en este medio solo
La pública salud se encierra y cifra:
Una astuzia rompió de Troya el muro,
No Agamenon, ni Aquíles de Larisa.
Yo ofrezco, apenas el luziente Apolo
Huya las sombras de la noche fria,
Hazer que el campo del contrario fiero
Con incendio voraz vuele en cenizas.
La confusion, el sobresalto y miedo,
El sueño que los miembros debilita,
Las llamas y la noche harán felize
La heroica accion, si Boabdelí la anima ».
Sí, yo la apruebo (dijo) y de los hombros
En muestra de su amor al punto quita
El precioso alquizel, que el Moro admite,
Doblando reverente la rodilla.
. . . . . .

De un tostado alazan oprime el lomo
De largas crines y cabeza erguida,
Pecho espacioso y espumante boca,
Y dócil á la rienda que le guia.
Parte su dueño en la callada noche
De la famosa Iliberis antigua:
Sus muros deja atras y capiteles,
Y al enemigo campo se avecina.
Hórridas sombras ocupando el suelo,
Al intento mejor favorezian:
Muda quietud al sueño convidaba,
Y el Darro suspendió su clara linfa.
. . . . . .
Introduzido por oculta senda,
Callada cuerda al pabellon aplica
Do reposa Isabel, y al verle ardiendo
Con voraz llama, el Moro se retira.
No de otra suerte los soberbios muros
Quemó de Troya la maldad argiva,
Ni menos confusion causó el estrago,
Que en el campo cristiano se estendia.
Bajan ardiendo de la escelsa cumbre
Ardientes leños, máquinas erguidas,
Cual en las altas escarpadas breñas,
A quien el Tajo aurífero salpica,
Al fiero impulso de uracan horrendo
De uno en otro peñon se precipitan
Rudos peñascos, y al terrible golpe
Huyen al centro temerosas ninfas.
Salta del lecho intrépido Fernando:
Su presencia á los débiles anima:
Manda al de Cadiz que al encuentro salga,
Por si alguña traicion se prevenia.
Suelta la crencha dilatada de oro,
Que un matizado tranzellin prendia,

Cruza Isabel armados escuadrones,
Cuya industria apagó la llama activa.
. . . . . .
Ya de añafiles y atabales roncos
Confuso estruendo militar se oia,
Y en lid sangrienta emtrambos escuadrones
Por su ley y su Patria combatian.
Rodrigo parte, y en la turba mora
Tal estrago ocasiona su cuchilla,
Cual entre simples tímidas palomas
Garra y pico voraz de águila altiva.
Los fuertes capitanes Granadinos,
Que en la vega mostraron algun dia
Su esfuerzo, hoy dejan con la muerte suya
Su Patria opresa, y su nazion cautiva.
Unos con otros en atroz desórden
El tremendo combate sostenian,
Causando á un tiempo en una y otra parte
Con igual confusion muertes distintas.
Mas embistiendo por el diestro lado
Nuevo socorro que Fernando envia,
El Darro en sangre coloró sus aguas,
Marlotas y almaizares revolvia.
Ya la escuadra de Agar la espalda vuelve
Precipitada con veloz huida,
Dejando el campo de despojos lleno,
Que bárbaros cadáveres cubrian.
Boabdeli que advirtió destrozo tanto,
Sus huestes ahuyentadas y venzidas,
El enemigo cerca de los muros,
Y sin defensa la ciudad querida,
Maldice airado del Profeta suyo
Las promesas, que ya falibles mira,
Viendo á Fernando que triunfante llega,
Y el difízil asalto premedita.

La gen acuciosa mi carta verá,
E vuestras fazannas, que luego dirá
Gravedosa estoria por modo sotil,
Serán de Castilla, mil eras é mil,
Membranza plaziente que non finirá.
E tanto meresce falagos y amor
Aquel que alegroso nos dió bienandanza,
E al comun conhorte, la mucha amistanza
Ovo de Don Carlos, el nueso Sennor.
« Sepades, le dijo, buen alcanzador,
Que en todo el mi regno vos fago imperante
A tal que del sceptro, dorado, pesante,
La grave fadiga semeje menor. »
Catá que mis fijos demandan de mí
De ser aduzidos en santa equidad:
A non acuitallos las mientes parad;
En ropas abunden, é pan otrosí;
E cuando la tierra (que tal non creí)
Mesnadas de allende osaren correr,
Fazed á los mios punnar é venzer,
Ca siempre ganosos de guerra los ví.
E ved non fallezcan á tal ocasion
Lorigas, paveses, é todo lo al,
E mucho trotero hardido é lëal
De los mas preciados que en Córdoba son:
E naves, con luengo ferrado espolon,
Guarnidas de tiros que lanzen pelotas;
Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas,
La pérfida gente dallá de Albïen.
E ¡ guay! non aduzga mintrosa la paz
Al valor nativo dañinos plazeres.
Nin seyan sofridos los vanos saberes,
Que mucho del orbe turbaron la faz:
Allí do pregonan holganza é solaz,
Allí rudo vulgo é sandio se inclina,
Sangriento se torna, virtud abomina:

Que tanto en él puede locuela sagaz.
  Empero non yaga de error circuido :
La sciencia le amuestre su puro claror ,
Non cure atristado ventura mayor ,
En buen re imiento premiado é punido :
Ansí el caballero ruando luzido ,
Escita ó modera la alfana que monta ,
E parte, al agudo estímulo pronta ,
O dócil se para , el freno sentido. »
  Atal razonaba la su Sennoría ,
E cedo el magnate respuso á Don Rey :
« Non fuera nascido de alcuña de ley ,
Si al vueso talante non obedescia :
Solenne homenaje fago é pleitesía
(E dijol tomando la cruz de su espada)
Que finque lá vuestra merced acatada
Y España recabde su prez y valía. »
  De entonce colmalla de bienes cuidó :
La paz se posara á su lado yocunda ,
La cuita fenesce, de frutos abunda
El suelo que en sangre la guerra alagó :
La su dulcedumbre temores quitó
Del ome entorpido que yaz en tristura ,
E quisto de buenos la su derechura
Le fiz , é al inico , sañoso aterró.
  E vímosle á guisa de diéstro adalid ,
Faziendo reseña la hueste Rëal ,
Mandar sus hileras, y á son de atabal
Finjir á los ojos la marcha é la lid :
Ansí de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir á cercalla ,
Desnuda tizona y en tren de batalla ,
Al fiero cabdillo que llamaron Cid.
  ¡ O ! fuérale dado seguir el pendon
Que bordan castillos, cruzes y lëones ,

Romper animoso por los escuadrones
Bárbaros, de sangre teñido el troton!
Tímidos huyeran ginete y pëon,
En llama aburando sus tiendas caidas,
E al estrago horrendo, matanza y feridas,
Cuidaran que fuese Jacobo el patron.
Devédalo, empero, la pro comunal;
E del alto alcázar, do tiene su silla,
Acorre, gobierna, defiende á Castilla,
Artero, zeloso, potente y lëal:
Por ello largosa la mano Rëal
Quisiera abastalle de honores subidos,
Mientra que mayores por él merescidos,
No el don aparesce del mérito igual.
E ved de cual arte ser quito pensó
El Rey que sesudo catara sus fechos:
Ayúntale, dende, con ñudos estrechos
Al mesmo avolorio de donde nasció;
E luego é sí vozeros mandó
Que presto á la rica Toledo se vayan,
E aquesa manzeba garrida le trayan,
Fija del Infante que Dios perdonó.
La flor de lindeza, donnaire y mesura
En ella se adunan, la bien paresciente:
De rojos corales su boca riente,
Sobrando á la nieve su tez en albura,
La luz de sus ojos espléndida y pura,
La voz falagosa, gentil su ademan:
Florinda, la causa del nueso desman,
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.
¡O! vivan entramos en plázida union,
Jamas empescida de fado siniestro!
Seyendo en el siglo criminoso nuestro
De virtud ecelsa dechado y blason:
La fama, do quiera, con alto pregon,

Hijos sois del Olimpo. Renovemos
El conflito primero, y al tirano
Nuevo órden de batalla presentemos.
El determina en su consejo insano
Otros seres crear; y en los supremos
Tronos á par de sí levantar quiere
No sé cual hombre vil que nos impere.
¡ O dioses! ¡ o furor! los que ante el fuego,
Que esconde al solio de Jehová, su furia
Ensayaron un tiempo ¿ en vil sosiego
Verán con sesgo rostro tal injuria?
¡ Ah! no, no será así; que en ira ciego
Aun respira Luzbel. La raza espuria,
Si á gozar llega de la torpe vida,
Perezca en sus principios destruida.
. . . . . .
Los rayos aprestad. Del lago oscuro,
Do en sombras mora el erizado espanto,
Saldré á la odiada luz del cielo puro:
Del cielo... el cielo... ¡ ay triste! ¡ cual en llanto
Se torna mi furor! mas qué! ¿ mi duro,
Mi ardimiento feroz á un vil quebranto
Podrá rendirse? yo ¿ Luzbel? ¡ oh! tema,
Tema el que usurpa la mansion suprema.
Saldré á la odiada luz: yo seré espía
De sus obras; veré cual la accion fiera
Deba ordenarse. Al arma¡ o hueste mia!
Al arma: tiempo habrá que en lisonjera
Paz canteis la victoria ». Así decia
El soberbio, y la ruda cabellera
Vedijada de víboras se eriza,
Y en su frente silbando se encarniza.
Cual de Etna la alta cima vacilante
Tiembla encendida, el hondo seno brama,
Y el humo en pardas nubes ondëante

De las temblosas alas, su alegría
Publica, variando el dulce acento,
Que balbuziente imita el mudo viento:
El viento enántes mudo, que pausado
Al despuntar de la primer aurora,
Osó apenas de aljófares Lañado
Besar las flores, que su faz colora;
Mas al hallarse súbito sembrado
De los medidos sones que aun ignora,
Se esconde por las grutas, y süave
Ensaya el canto que escuchó del ave.
En tanto la ovejuela en la llanura,
Al verse que de presto goza vida,
Celebra á par del lobo su ventura,
Y á triscar con alagos le convida.
Tal vez mirando acaso hácia la altura,
Ve las aves vagar embebezida,
Y á sus cantares, de ella no sabidos,
Responde simplecilla con balidos.

. . . . . .

Del alto solio de záfir luziente,
Do en eterno esplendor velado posa
Sobre llamas, que el manto transparente
Penetran á la noche silenciosa,
Con el cetro apartó el Omnipotente
Las densas nubes, que su faz gloriosa
Esconden al mortal; y en la alta cumbre
Se vió á Jehová vestido en viva lumbre.
Y con el rostro que los cielos dora,
Cuando de la alta frente naze el dia,
Miró al hombre, y su faz lanzó á deshora
Un mar de luz por la region vacía.
Adan postrado al Hazedor honora
En himnos mil y cantos de alegría:
El gran Dios se complaze en ver su hechura,
Y sonrie gozosa la natura.

Aplaude ya, las armas arrojando:
Cual cobarde le llama, y el asiento
Rebatar piensa y el tartareo mando;
Cual se arma á la batalla, y furibundo
El solo quiere devastar el mundo.
No así en arco espumante desprendido
De las altivas rocas Nilo suena,
Cuando al caer con hórrido estampido
Rompe sus olas en la baja arena:
Hierve el agua, y saltando con sonido
En huecos grupos, la campaña atruena:
Párase á oir de lejos ignorante,
Y sigue temeroso el caminante.
En medio del tumulto en ira ardiendo
Se levanta Satan, Satan que altivo
Asiste siempre junto al solio horrendo,
De la turba se alzó entre fuego vivo,
Cual preñada de rayos negra nube,
Poniendo espanto el orizonte sube.
. . . . . .
« Los mas audazes de tu gente elije
Contra ese vil mortal; y si en su daño
No el valor aprovecha que los rije,
Aproveche á lo menos el engaño.
Yo pretendí ser Dios.... ¡ Cuanto me aflíje
Este voraz recuerdo, que acompaño
Con inútil llorar, llorar eterno!
¡ Ay! ser Dios quise, y arrostré un infierno.
¡ O Rey! este fatal atrevimiento
Ha de inspirarse al hombre. Ose insolente
Su asiento alzar ante el escelso asiento
Do sostiene los mundos el Potente.
Ose igualarse á Dios; no en fiel acento
A la Deidad adorará obediente,
Y siendo en el orgullo igual contigo,

Alza el cabello de la mar sonora,
Lloviendo perlas al florido suelo:
Ni de gualda y carmin Iris colora
En ledos visos su esmaltado velo,
Cual á los ojos se presenta hermosa
Del feliz hombre la feliz esposa.
Mas ¿ qué lengua, almo Dios, habrá que baste
Del espíritu á hablar? ¿ del sacro aliento,
Que del seno eternal fuera lanzaste,
Vertiendo en su faz vida y movimiento?
Musa, celeste Musa, tú inflamaste
Del sabio Rey el misterioso acento,
Que inspirado por tí, del alma santa
El dulce amor y la belleza canta.

. . . . . .

Tú, sola tú... Mas ¡ ah! mi débil canto
Desmaya. ¿Y qué? ¿ dijera los opimos
Frutos de la inocencia un mortal ciego,
Si ya ardiera su labio el sacro fuego?
Así lazados en sabrozo nudo
Los humanos pisaban los vergeles
Del aromoso Eden. So el pie desnudo
De Adan se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azuzenas: en pos fieles
Mudos brutos les rinden vasallaje.
¡ Padres felizes de infeliz linaje!
Alza la vista Adan; por la ancha esfera,
Morada inmensa del fulgente dia,
Ve al sol nadar en luz, y en su carrera
Llover vida á los seres y alegría.
La frutezida tierra considera,
El hondo muro, que romper porfia
Bramante el mar: y vese dueño solo
De Cinosura hasta el remoto polo.

. . . . . .

Retiembla el pecho inflado, y lanza breve
El mal cojido aliento: ya adelanta
El pie.... ¡ Infeliz! ¡ ay! huye: muerte, muerte
El tronco infausto entre sus ojas vierte.
Llega debajo el árbol, cuando presta
Horrenda sierpe de la ojosa cima
Súbito se desrolla, y vibra enhiesta
La aguda lengua que Satan anima.
Plega en arcos la espalda, la alta cresta
Sobre la inmensa mole se sublima.
Eva á su vista pavorida huyera,
Si temor la inocencia conoziera.
Del monstruo el pecho llena, y rije astuto
El vil traidor. El escuadron de males
Cerca en torno al dragon con negro luto,
Quien comienza inspirado en vozes tales:
« ¿Porqué un ciego precepto el dulce fruto
Así os veda tocar? Sois razionales;
Sabed la razon dél ». Duda el aleve,
Y con la duda á quebrantarlo mueve.
« ¿ Temeis morir? (prosigue) no os asombre
Una amenaza fútil: ¡ o! bien sabe
Porqué os aterra Dios; quiere que el hombre
Bajo vil yugo á su opresor alabe,
Dioses seréis cual él; tan alto nombre,
Tan gran saber é independencia cabe
A quien el fruto divinal percibe:
Sabed ya la razon que os lo prohibe ».
Cual Sirio abrasador, ó el frio Arturo
Cayendo sobre el mar, su luz envia
Del olmo traspasando el toldo escuro,
Que susurrante meze el aura fria:
Ora entero se mira el fulgor puro,
Ora se pierde entre la pompa umbría,
Ya mengua el disco trémulo, ya creze,
Ya en destellos se parte y despareze;

A quien juzgó igualarse. Mas ¡ o ! ¿ donde,
Donde de Dios huirá? Del orbe estenso
Patente el seno ve : á su voz responde
La muda nada en el abismo escuro :
Ante su faz la sombra es fuego puro.

. . . . . .

¡ Ah ! vióle, sí, de su encumbrado asiento,
Y ardió súbito en ira : del semblante
Un mar corrió de fuego : ardióse el viento,
Las montañas ardieron. Fulminante
Tronó en su furia, y retembló al acento
Bajo su pie el Olimpo vacilante :
Cubrióse el trono en centellantes nubes,
Y sus rostros velaron los Querubes.

Airóse Dios, y en la encendida mano
Presto el rayo nazió : la ondosa llama
En puntas sube, y por el aire vano
Brotando entre los dedos se derrama.
Iba á lanzarlo ya, y el soberano
Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama
De un esplendor de gloria y ambrosía,
Que amor, su faz bañando, despedia.

Cuando al morir los siglos caiga ardiendo
Desde su cumbre el sol, y el regio trono
Sobre su hoguera asiente, y al estruendo
De la trompa y los rayos, en su encono
Lanze los astros al abismo horrendo,
No así parezerá. Dulce patrono
Hora del triste humano, amor le apiada,
Amor le ofreze ante la diestra alzada.

. . . . . .

Satan en duro hierro encadenado
Arrastraba al humano, y arrogante
Triunfé empezó á decir, cuando improviso
Apareze Jehová en el paraiso.

« Huye (le manda) pérfido. ¿ Creiste

Poder frustrar mi soberano intento
De hazer feliz al hombre? Conseguiste
El premio digno: tu furor sangriento
El hombre postrará, y tu cuello triste
Quebrantará su planta». El sacro acento
Oyó Satan, y raudo despareze,
Cual humo ante aquilon se desvaneze.
«Vivid, mortales, y esperad: propicia
Nazerá la salud, que vuestro llanto
En gozo torne y celestial delicia:
La salud nazerá; gemid en tanto.
Necios futuros, mi eternal justicia
Adorad humillados con espanto:
Hijos de maldicion cuantos se animen,
Llorarán todos heredado el crímen.
Ellos, débil muger, serán despojos
De tu dolor. Y tú, de la morada
Do naziste arrojado, con tus ojos
Baña la tierra en tu venganza armada.
Suda, misero, y llora, cuando abrojos
Te vuelva el suelo por la mies sembrada:
Llora, mientras que tornas á la tierra,
Que á tu deidad soñada el polvo encierra».
Habló, y de Eden el valladar no abierto
Se divide. Por áspero camino
Entra del mundo al erïal desierto
Adan, lanzado del Querub divino.
Eva lo mira y llora. El paso incierto
Mueven, cubriendo el rostro; y sin destino
Salen ¡ ay! la mansion de la alegría,
Donde ¡ infelize yo! nazer debia.

APÉNDICE.

POESÍAS INÉDITAS.

D. Tomas de Iriarte.

La Barca de Simon.

Tuvo Simon una barca
No mas que de pescador,
Y no mas que como barca
A sus hijos la dejó.
Mas ellos tanto pescaron
E hizieron tanto doblon,
Que ya tuvieron á menos
No mandar buque mayor.
La barca pasó á jabeque,
Luego á fragata pasó;
De aquí á navío de guerra,
Y asustó con su cañon.
Mas ya roto y viejo el casco
De tormentas que sufrió,
Se va pudriendo en el puerto;
¡Lo que va de ayer á hoy!
Mil vezes lo han carenado,
Y al cabo será mejor
Desecharle, y contentarnos
Con la barca de Simon.

Samaniego.

Pintura del desierto de Bilbao (1).

En el mas sano clima de la España,
Una fértil colina
Hermosea y domina
Al mar y á la campaña.
Un rio tortüoso,
Con las aguas marinas caudaloso,
Le presenta sus naves, y la baña.
Córona su eminencia
Un templo entre cipreses, y á su lado
En un bosque frondoso,
Un humilde edifizio colocado
Apenas á la vista descubierto.
De veinte y cuatro extáticos varones,
Grandes por su retiro y penitencia,
Esta es la habitacion, este el desierto.
Ni escarpados peñones,
Que formen precipicios espantosos,
Ni grutas habitadas por lëones
Entre bosques umbrosos,
Ni aullidos de demonios y de diablos,
Como entre los Antonios y los Pablos,
Ni objeto que conspire
A que la soledad horror inspire,
Hay en este retiro penitente.
Aquí naturaleza hermosa y varia
Encomienda la vida solitaria;
Yaze en reposo amable,
Y un silencio se observa comparable

(1) La copia de que nos hemos servido en la impresion de esta pieza, es demasiado defectuosa paraque podamos lisonjearnos de presentarla enteramente conforme al original.

A la noche mas quieta.
Pareze que al intento,
Ni el rio corre, ni la mar se inquieta,
Ni los pájaros cantan,
Ni las ojas se mueven con el viento,
Y que en sueño profundo,
Duerme tranquilamente todo el mundo.
Así, cuando se acerca algún mundano
A la colina santa,
Como pise profano
El duro suelo sin desnuda planta,
Solo de sus pisadas el rüido,
Por el eco en la estancia repetido,
Le turba y le detiene.
Con silencioso paso se previene
A entrar en lo escondido del *Desierto*.
Todo se le presenta como muerto;
Duda si es pantëon; pero ya escucha
Que frien una trucha
O bien que el remangado cozinero
Alborota el cobarde gallinero.
El tímido mundano ya respira,
Entra; mas sin embargo cuanto mira
Le dice claramente:
Muerto estoy para el mundo eternamente.
En el seno profundo é ignorado
De la estrecha clausura,
Habita cada monje sepultado
En una celda oscura.
Por su angosta ventana,
Enemiga del dia,
Ni una sola mañana
Entra la claridad que el alba envia.
Mas en aquel momento delicioso
En que naturaleza
Presenta nueva luz, mejor belleza,

Que en éxtasis divino se recrea :
No saques de la mística pelea
Al que esgrime su brazo victorioso.
Pero el jóven corista vigilante
Toca, vuelve, se afana,
Y si al fin abandona la campana,
Empuña una matraca horrisonante :
En ella emplea los membrudos brazos
Su monacal pujanza,
Y suene, mas que se haga mil pedazos.
Lleva el horrendo son de puerta en puerta
Y el mísero durmiente se despierta.
« Dios perdone al corista la venganza.
¡Que en todo este desierto
Solo el de la matraca esté despierto !
Por menos de otro tanto
Suele llamarse envidia el zelo santo ».
Diciendo estas palabras, se espereza
Se remueve, bosteza,
Se incorpora, se viste, le fatiga
El peso de su mole; sin embargo,
Ya pasa de su místico letargo,
Con voluntaria tos limpiando el pecho,
Al coro frio del caliente lecho.
Si á la señal primera
Del cañon, del tambor, de la bandera
Marcha desde los brazos de su esposa;
Cercada de sus hijos y llorosa,
A las ondas alegre el marinero,
A la batalla intrépido el guerrero,
Es porque los profanos
Corren tras el honor y el pan hambrientos.
Tambien acuden (con perdon) contentos
Al son de una corneta cien marranos :
Tambien al son de la quebrada teja,

Abeja por abeja,
Se congrega sin número el enjambre.
Así, cuando el honor, ó cuando el hambre
Es el móvil del hombre, le confundo
Con todos los vivientes de este mundo,
Sujetos á las leyes del destino
Que la naturaleza les previno;
Mas no confundo aquel que en la clausura
Su pan y sus honores asegura,
Y á quien jamas altera
El cañon, el tambor, ni la bandera;
Y si grita la envidia que por eso
Es el fraile el raton dentro del queso,
O bien polilla es de nuestro paño,
Aplíquese la burla al hermitaño.
Mas ¡o santa obediencia religiosa!
Al son de la matraca clamorosa,
Los frailes uno á uno al coro llegan,
Y en la sagrada estancia
Do graves se congregan,
Cantan con estudiada disonancia
Al Todo-Poderoso
Un son lacrimoníaco y gangoso.
Cuando á solas contemplo
Que del gran Escorial en el gran templo
Los repletos y místicos varones,
Con sus grandes elásticos pulmones,
Rompen el aire y el recinto atruenan,
Y hazen temblar los vidrios de palacio
Cien frailes Polifemos, que rellenan
De aquel vasto edifizio el grande espacio,
Clama mi débil voz con santo zelo:
¿A qué tanto gritar? ¿Es sordo el Cielo?
¿No escucha como grata
Aquella voz sumisa y ganguëante

Del que tiene las gafas por sordina?
Si un vicario de monjas se examina,
Nos dirá que es mas dulce y penetrante
La voz, si es virginal y femenina.
Por esta regla harémos los mundanos
De los cien Polifemos cien sopranos.
Mas grite de los otros quien quisiere,
Y diga que en la vida sedentaria
El gloton que mas grita mas dijiere;
Pero en esta colina solitaria
Con la razion la muerte va mezclada.
Cuando come el caballo la cebada,
El soldado dispara la pistola.
Esta costumbre sola
Le basta al animal paraque luego
Ni el estruendo, ni el fuego
Le causen impresion; y por fortuna
Si le hizieren alguna,
Será paraque el bruto acostumbrado
Haga memoria del pesebre amado.
Aquí de la espantosa calavera
El efecto se ve de igual manera.
Cuando delante de ella penitente
Se ponga en oracion el Presidente,
¿Hará acaso memoria
Del infierno, del cielo, de la gloria?
¿O acaso pensará en el Purgatorio?
Hará mas bien mencion del refectorio.
Verá entrar en su mente fervorosa
Por la puerta anchurosa
Los gigantescos legos remangados,
Cabeza erguida, brazos levantados,
Presentando triunfantes
Tableros humëantes,
Coronados de platos y tazones

Con anguilas, lenguados y salmones.
Así como el primero
En la refriega el capitan guerrero
Entra por dar espíritu á su gente,
Verá, digo, que el mismo Presidente
Levanta al cielo sus modestas manos,
Empuña el gran tazon, y sus hermanos
Imitan como pueden su talante,
Y al son de la lectura ganguëante,
Que es el ronco clarin de su batalla,
Todo el mundo contempla, come y calla.
Verá cómo levanta el débil viejo
La blanca taza del licor bermejo,
Por su trémula mano nunca rota,
Ni vertida jamas la menor gota:
Verá.... pero ya basta. Padre mio,
De la tal calavera yo me rio,
Mientras tiemblo ¡ay de mí! si considero
Los huesos de mí tísico puchero.

D. M. V. R.

El Niño y la Mariposa.

En pos de una pintada mariposa
Por un jardin corria el niño Albano.
Parar la ve, se acerca, echa la mano,
Mas vuela con presteza prodigiosa.
Repárala brillar sobre una rosa,
Y ya en su presa se complaze ufano:
El sombrero apercibe; mas en vano,
Que libre en unos pámpanos reposa.
Síguela, acrezentada su porfía,
Y cuando ya gozoso la asegura,
Tiñe en polvo sus dedos y se aleja.

Su madre que lloroso le veia,
Aprende, hijo (le dice) en la aventura
Cuanto cuesta un plazer, cuan poco deja.

La Abeja y la Mariposa.

De flor en flor volando,
La Abeja iba sacando
El jugo delicioso
Para hazer el panal artifizioso,
Cuando una Mariposa,
Que por ser algo hermosa,
En los tersos cristales de una fuente
Contemplándose estaba vanamente,
Le dice con enfado:
» Váyase hácia otro lado
La soëz bestezuela,
Y mire cómo vuela,
Sin andar con inútiles paseos
Ajándome en las flores mis recreos ».
¡ Miren la Mariposa presumida
A quien tachó de mal entretenida !
Mas, Fabio, no te asombres,
Mil mariposas hay entre los hombres.

Oda a la benefizenzia (*anónima*).

Alma Benefizenzia, ya te canto.
Asaz sonaron en mi acorde lira
Del Dios bendado la funesta ira
Y de su madre el venenoso encanto;
Asaz en la ribera
Del patrio Betis aumenté su gloria,
Cuando en voz plazentera
Sus flechas celebrando y mi victoria,
De Emilia los loores

Ensalzé en otro tiempo, y mis amores.
  Dulce ilusion, aunque gozosa, vana,
Que lo mejor robaste de mi vida,
Huye veloz, como la luna herida
Del triunfante esplendor de la mañana.
¿Qué fuego desusado
Hierve en mi pecho? ¿qué centella ardiente
Con brillo regalado
Penetra el seno á mi ofuscada mente,
Y de su horror oscuro
Brota de la virtud el rayo puro?
  No mas hermoso entre la niebla fria
Del alterado piélago de oriente
Levanta el rojo sol la augusta frente,
Padre y monarca del rosado dia.
No mas tierna la aurora
Sobre la flor del aterido prado
Su blando aljófar llora:
No mas sereno el zéfiro templado
Dulce calor fecundo
Vierte en los seres del inmenso mundo.
  Salve, luz celestial; fuego escondido,
Que en este yerto corazon dormias,
Salve: disipa con tus llamas pias
La densa oscuridad de mi sentido:
Mi espíritu enardeze:
Purifica mis labios: pueda el canto
Que ya en mi pecho creze,
Si la voz de un mortal alcanza á tanto,
Domar la suerte fiera
E igualar de los siglos la carrera.
  O vuela tú mas bien, y al triste humano
Comunica tu llama abrasadora
En la fulgente cuna de la aurora,
Y donde yela el último océano;

Tu ardor hermoso sienta
Desde el feroz Caribe, que tranquilo
De sangre se alimenta,
Hasta el esclavo estúpido del Nilo
Que á la alzada cuchilla
Cordero inerme la cerviz humilla.
Se verá entónces la anchurosa tierra
En hermanales vínculos unida,
Y huyendo de tus rayos pavorida,
Su negro pabellon plegar la guerra.
Odio, rencor, venganza,
Interes, ambicion, funestos males,
Que dió con la esperanza
La caja de Pandora á los mortales,
Ya tan infaustos nombres
Solo en la historia aprenderán los hombres.
Pálido cae de vuestra impura frente
El sangriento laurel que la adornaba,
Y los monstruos que injusto coronaba
Postran su orgullo ante la luz naziente.
¿No veis la envidia horrenda
Qué el celeste esplendor bramando esquiva,
Y por oculta senda
Vertiendo fuera su ponzoña activa,
Huye con raudo vuelo
A nunca mas turbar la luz del cielo?
¿No veis, no veis al ciego fanatismo,
De su ominoso solio derribado,
Cual gimiendo se lanza despechado
A la negra mansion del patrio abismo?
El puñal de Mejera
Ved cual se escapa de su ardiente mano,
Ved de su cabellera
Las serpientes dormir: el grito insano,
Precursor de destrozos,

Firme, inmoble y segura
Sufre el eterno sol del cancro ardiente:
La inmensa mole y dura
Opone al rayo de la luz clemente,
Y en su seno acojida
Niega por siempre al fuego de la vida;
Así en el corazon que el monstruo fiero
Con su yelo infernal entorpeziere,
Jamas la triste humanidad espere
Restos hallar de su calor primero.
¡Ay de aquel desgraciado
Que á su interes ó á su plazer se atreva!
El hierro despiadado
Ya amenazando está; sin que le mueva
Ni el rencor ni la saña,
En llanto y sangre plázido se baña.
Furias del Orco, huid! y tú, amor santo,
Padre de cuanto anima y cuanto creze,
Benigno á los mortales resplandeze
Y vierte al orbe tu apazible encanto.
La oscura benda deja,
Con que la infiel mudanza te cubria,
Y la zelosa queja,
Por la que el hombre te llamó algun dia,
Maldiciendo tu imperio,
Plazer mentido y torpe cautiverio.
Las dulces flechas que te dió natura
Para esparzir del ser la llama ardiente
Templa; o amor! en la sagrada fuente
De la amistad inestinguible y pura,
Y el amante enlazado
A la gentil beldad que le enamora,
En lágrimas bañado
Esclame al despuntar de cada aurora:
¡Destino venturoso

Ya el oro fementido
Por el que vió otro tiempo la donzella
Su limpio honor perdido,
Es dote y premio á la modesta bella,
Y con hermosas flores
Enlaza la virtud y los amores.
  Contempla el padre anciano enajenado
De sus postreros años el consuelo,
Y sonrie al festivo nietezuelo
Que con gracia infantil juega á su lado;
Y en su vejez felize,
Último rayo de un sereno dia,
Al bienhechor bendice
Que coronó sus canas de alegría,
Y plázido y tranquilo
Desciende de la tumba al quieto asilo.
  Y tú, jóven beldad, ¡ cuan dulcemente
En la mansion del infeliz suspiras!
De la sañuda enfermedad las iras
¡ Cual templa tu cuidado diligente!
¡ Con qué ternura aviva
Las gracias de tu angélico semblante
La bondad compasiva!
Las ve el amor, adóralas tu amante,
Y el premio entre sus brazos
Da á tu piedad con regalados lazos.
  Mas ¿ veis aquellas almas celestiales
Que en sus aras unió Benefizenzia,
El suelo penetrar de la indigencia
Y arrancarle el secreto de sus males?
¡ Cual endulzan piadosos
De un triste corazon el triste duelo!
¡ Cual brillan generosos,
De la maldad que dominaba el suelo
Enemigos osados,

Para el bien de la tierra conjurados?
¡ Santa conjuracion ! todas las gentes
Seguirán tu bandera victoriosa.
Prepara ya, posteridad dichosa,
Laurel sagrado á las heroicas frentes :
¡Triunfad ! al mundo entero
Domine el entusiasmo que os anima,
Y volando lijero
De nazion en nazion, de clima en clima,
Por siempre cante el hombre
De la virtud el sacrosanto nombre.
Salve, hermosa virtud. ¿Cómo, si dabas
Alma y vida á mi ser, no te sentia?
¿Cómo en mi seno sin vigor yazia
La fuerza celestial que lo animaba?
Ya, ya miro la fuente
De aquel vago llorar, que la ternura
Vertió en mi rostro ardiente :
¡Ya conozco del bien la emocion pura,
Que el mísero gemido
Tal vez me sorprendió del desvalido.
Renueva pues tus cuerdas, dulce lira,
Y en desusado y victorioso acento
Acalla el grito del rencor sangriento,
Y la voz de la muerte y de la ira :
Rompe el velo sombrío,
Que ocultó al hombre, bajo el torpe imperio
Del egoismo impío,
De su existencia el divinal misterio,
Y enseña á los humanos
A ser en dulce paz dulces hermanos.
Este impulso del bien, que en su clemencia
A nuestro pecho concedió natura,
No puede, no, morir; la envidia impura
El lanzó de la edad de la inocencia :

El en la selva ombría
El hombre al hombre unió, cuando entre breñas
La sociedad nazia:
El postrando las hórridas enseñas
Del interes inmundo,
Los Casas y los Penn produjo al mundo.
Instinto natural, allá en el seno
Del hondo corazon yaze escondido,
Do la maldad y el vicio fementido
Lo aduermen con su pálido veneno;
Mas cuando el torpe encanto
Rompe una vez de la infernal cautela,
Por do el rosado manto
Estiende Febo, generoso vuela,
Y estrecha blandamente
En brazo bienhechor la humana gente.
Así del claro sol destello puro,
En tímida centella transformado,
Entre sus densas láminas trabado
Encierra el pedernal inerte y duro;
Mas si activo el azero
Fuerza á mostrarse la encubierta llama,
Con ímpetu lijero
Sobre el pábulo breve se derrama,
Y creze y es hoguera,
Y el Alpe y el Pirene consumiera.

D. M. N. P. C.

CANCION EN ALABANZA DE LA VIDA DEL CAMPO.

¡ Venturoso el que ignora
El tumulto agitado
Y el falaz esplendor de las ciudades !

Huye el simple cayado
Honores enemigos,
Solo lazos conoze fraternales.
En la aldea, en el prado
Compañeros y amigos
Los mayorales son y los zagales.
Los preciosos metales
Son allí despreciados.
Que en ellos guarde insano
Penas el ciudadano;
Entre las alquerías y ganados,
La ancianidad nevada
Y la hermosa virtud es solo honrada.
Nunca amante villano
Por pobre es despedido,
Cuando de ser amable ha la ventura;
Nunca padre tirano
En lazo aborrezido
Haze gemir la dócil hermosura.
Orna la frente pura
De la bella pastora
El candor ruboroso.
Adorado el esposo
Se ve allí de la esposa á quien adora,
Y endulzan sus dolores
De un verdadero amor castos favores.
¡ Praderas venturosas,
Plazer de las deidades!
Deidades otro tiempo os habitaron.
Aun recordais las Diosas
Que en vuestras soledades
Por humildes pastores suspiraron.
Ni los siglos borraron
La historia celebrada
Del manzebo fulgente,

Sucumbes al furor de hórridos males!
Tus cantos inmortales
No han venzido á la suerte!
Pobre, desamparado,
En penas anegado,
La guadaña te alcanza de la muerte,
Y en vano en tu miseria
Recuerdas al morir la dulce Iberia!
Los honrados pastores
En lúgubre querella
Tu muerte han lamentado dolorosa;
De aromáticas flores
Galicana donzella
Cubre tu venerada santa losa.
En túnica luctuosa,
Señal de su tormento,
La égloga ha parezido,
Y, viéndote perdido,
Ha roto para siempre su instrumento,
Y el soto y el ganado
Y los rios y selvas te han llorado.
Mueres; mas tu memoria
En el eco armonioso
Vivirá de tu flauta eternamente.
Ya de sublime gloria
Con lauro esplendoroso
Poesía y virtud ciñen tu frente:
Y el suelo que inclemente
A tu ceniza fria
Pobre asilo ha negado,
Por tu musa ilustrado,
De haberte dado el ser se honrará un dia.
De tus palmas doradas
Goza en tanto del justo en las moradas.
¿Porque con voz doliente

Entristezco mi canto?
Huid lejos, huid, penas mortales.
Ved al mayo esplendente:
Ya tiende el rico manto,
Ya desata el favonio los raudales.
Holgaos ¡ o zagales!
Digan vuestra ventura
Los rabeles sonantes.
Los merinos errantes
Dejan ya la tostada Estremadura,
Y á los natales prados
De su rico vellon vienen cargados.
¡ O campo afortunado
Felizes ganaderos!
¿ Quien á dicha os iguala y á contento,
Cuando invierno templado
Retozones corderos
Y la cándida lana os da sin cuento?
Campo, de paz asiento,
Dulce amigo rebaño,
Prados, selvas, torrentes,
Frescas, líquidas fuentes,
Pajizo techo mio, humilde escaño,
Seréis mi solo anelo,
Mientras que pobre humano huelle el suelo.

Estracto del poema de la Opinion.

En tu sacro favor, rotunda Clio,
No en mi débil aliento confiado,
A la voz de la gloria el labio mio
Osa un camino abrir nunca trazado.
Opinion, tu invenzible poderío
Mi acento en tu loor ha desatado;
A los ecos de cítara sonante

Dame, Opinion augusta, que te cante.
¿ Quien es el que á tu imperio poderoso
Sustraer la cerviz pretende insano?
Triunfas en el alcázar orgulloso,
Triunfas en el albergue del villano:
Culto te rinde Estoico presuntuoso
Y en el solio á tu voz tiembla el tirano:
Ora con cetro fausto, agora adverso,
Rijes omnipotente el universo.
Ya de un poder sin freno las naziones
Sometes á la dura pesadumbre,
Y envileziendo el mundo en tus lecciones,
Erijes en honor la servidumbre:
Ya alzando de licencia los pendones
Desatas la insolente muchedumbre,
E implorando el furor, soplando enconos,
Derrocas los altares y los tronos.
Hablas, y el sabio Nilo un bruto adora,
Teutátes fanatiza el Occidente,
Roma, del universo la Señora,
Tiembla á la voz de arúspize insipiente.
Un feliz impostor tu nombre implora,
Y rindes los imperios al creziente.
Elevas el cayado al alto solio,
Y das al incensario el Capitolio.
¿ Donde Opinion no ejerze sus furores?
Penetrad al santuario de Minerva;
Allí á su voz fatal, de los errores
Veréis precipitarse la caterva.
Ella sopla la rabia en los Doctores:
Zelo feroz, ostinacion proterva
Estravía la mente del casuista,
Y arma contra Jansenio al Molinista.
Ya al cielo encumbra de Platon la fama,
Y platoniza altar, toga y espada:

Los no lejanos crímenes diciendo;
La negra proscripcion aterra el suelo,
Y circunda los tronos Maquiavelo.
¿Empero qué espectáculo grandioso
Distrae mi dolor y el alma agita?
Breton, Lombardo, Galo belicoso
Blanden la lanza y tiembla la mezquita.
Del Sambra helado al Bidasoa undoso,
Al acento de un pobre cenobita,
Al pueblo, al soberano, de sus lares
Arrancais á la paz, Santos Lugares.
Ya de Bullon tremolan los pendones,
Ya ve el Arabe atónito su vuelo.
¡Ay! cuantos denodados campeones,
Que á ver no tornarán el patrio suelo!
¡Ay! cuantas gloriosísimas acciones
En vano ilustrarán un santo zelo!
¡O Jordan! ¡qué de escudos, qué de gente
Arrastra tinta en sangre tu corriente!
Enciéndese el ardor de los combates
Del fiel iluso en la alma generosa:
De nuevo se abandonan los penates,
Bienes, amigos, hijos, dulce esposa.
Santa razon, en vano tú combates
Esta funesta audazia belicosa;
Los vastos arenales del Oriente
Son inmenso sepulcro al Occidente.
Empero por la majia seductora
De esta empresa gigante arrebatado,
¿Olvidaré la Europa ántes señora
A un vergonzoso yugo el cuello atado?
En el hombre del Dios á quien adora
El trono envilezido, el pueblo hollado,
El Vaticano altivo ve á sus leyes
Esclavos los Imperios y los Reyes.

Roma de la humildad que la ilustraba
Se lanza de ambicion en los errores;
Diadema terrenal orna la tiara,
Enmudezen del mundo los Señores,
Y el sucesor de aquel que se gloriaba
De ser el servidor de servidores,
El cetro reuniendo al incensario,
Haze al orbe humillado tributario.

El ardiente Hildebrando á Marte invoca
Y el mundo enciende en guerra turbulenta.
Aquí la rebelion feroz provoca,
Allí la usurpacion feroz sustenta.
Todo cede á su audazia. Opinion loca
Rayos fulmina, y perdicion y afrenta
A quien resiste, y la orgullosa Roma
Con fantástico cetro el orbe doma.

¡O pudor! ¡o amarguísima memoria!...
¿Mas por qué correrá mi llanto triste?
Ya la página vuelvo de la historia;
Este portento busco, ya no existe.
¿Quien eclipsó tan prepotente gloria?
Tú, Opinion, la arrebatas, si la diste;
Si alza Opinion su venzedora frente,
¿Quien resistir su voz osa demente?

Humilde en su nazer, callada creze
A sombra del misterio silencioso,
La ansiosa novedad la fortaleze
Del poder desdeñada presuntuoso;
Mas luego al mundo atónito apareze
De indomable altivez fiero coloso:
Es á sus pies la tierra fundamento,
Y toca con su frente el firmamento.

Su voz es la del trueno, que en la oscura
Caliginosa nube retumbando,
Temblar del Guadarama haze la altura,

El ledo Manzanares espantando.
El azerado cetro en diestra dura
De su solio despótico agitando,
Conmueve el orbe, triunfa, señorea,
Y los tronos y altares bambonea.
Tal del undoso mar tácitamente
La negra tempestad se eleva al cielo:
Cubre primero el éter transparente
(Grato juego al mortal) lijero velo;
Mas luego ennegreziendo el seno ardiente,
Roba la clara luz al triste suelo,
Confunde en su furor los elementos
Y del mundo conmueve los cimientos.
De los pueblos prudentes Mayorales,
Respetad á esta Diosa de la tierra,
O el azote temed, temed los males
Con que ultrajes vengando el orbe aterra.
Cual uracan que asusta á los mortales
El valle devastando y la alta sierra,
A la caña perdona que se inclina,
Y arranca la orgullosa antigua encina.
Pueblos, obedezed su voz sagrada,
Cuando por los destinos generosos
Os mireis de la tierra subyugada
Arbitros aclamados poderosos.
¡O Albion, Albion, adonde estraviada
Te arrebatan consejos criminosos!
¿Tanto poder y glorias alcanzaras
Paraque el universo esclavizaras?
En vano una política insidiosa
La tiranía vela de tu imperio,
Y las cadenas dora, en que orgullosa
Labras del triste suelo el cautiverio;
La voz de la opinion estrepitosa
Llena del mundo antiguo el emisferio,

Del sacrosanto honor sopla la llama,
Y contra tu opresion venganza clama.
¡ Ah! teme que la tierra coligada
Se arme contra tus crímenes un dia !
¿ Quien sabe si oprimida, devastada,
La tuya vengará su tiranía ?
Si del padron político rayada,
Premio serás de soldadesca impía,
Y tus ruinas hollando, al ver tu estrago,
Clamará el estranjero *fué Cartago?*
¡ Qué! ¿ de un terrible ejemplo la memoria
De tu ambicion no enfrena el ardimiento ?
¿ Quien al hijo eclipsó de la victoria,
Y sumió en vergonzoso abatimiento ?
En vano al carro altivo de su gloria
Cien pueblos miró atados, reyes ciento;
Triunfa Opinion, y el héroe del Sena
Arrastra de la Europa la cadena.
¿ Empero donde estoy ? ¿ Qué nuevo cielo
Ante los ojos mios apareze?
Triste hasta aquí, ¿ qué alegre dia al suelo
Rie feliz? ¿ Qué nueva edad floreze?
Temis se rinde á nuestro ardiente anelo,
De libertad bajo su sombra creze
El árbol majestuoso, y los tiranos
Sienten caer el cetro de sus manos.
Un eco noble, un eco estrepitoso
Resuena en el antiguo continente;
Libertad dice; *libertad* glorioso
Responde el emisferio de occidente.
No es empero aquel eco criminoso
Que ensangrentó la tierra; reverente
Leyes, si odias cadenas, pide ahora:
Acata el trono y la deidad adora.
El hombre del oprobio en que yazia

Se eleva de su ser á la eminencia;
Contra él en vano á la oligarquía impía
Se liga el despotismo en su demencia.
¡ O tú ! que en vos hipócrita algun dia
A los pueblos gritaste *independencia*,
Germania, en tus consejos tenebrosos
Envano forjarás grillos odiosos.
El siglo marcha aterrador gigante.
¿So el peso de su planta vensedora
Qué no sucumbe ? La Opinion triunfante
Ante él vuela, indomable precursora.
Ella á los Reyes clama en voz tonante:
« Cerrad á la lisonja engañadora,
Al furor del poder cerrad los pechos,
Respetad de los pueblos los derechos.
Si en siglos de tinieblas y de horrores
Un númen de un monarca hize demente,
Hoy levantando el velo á los errores,
Arranco á un yugo vil la humana gente.
Hombres, padres del pueblo, no señores
Sois; la ley es la diosa solamente ».
Dice: la tiranía ardiendo en ira,
Mira en torno de sí, sola se mira.
En tanto del Olimpo esplenderoso,
De la paz y concordia acompañada,
La social tolerancia en majestuoso
Vuelo á la tierra llega alborozada.
Vedla romper con brazo generoso
Los hierros do razon lloró apresada,
Llevarla al, que gozó, sublime asiento,
Y libre proclamar el pensamiento.
Libre será el pensar. Guerra cruenta
No encenderá un color, ni odios mortales.
Lavará la Opinion su antigua afrenta;
El verde y el azul ante ella iguales

Serán : y no lejano el dia ostenta,
Que arroje á las cavernas infernales
De la supersticion la hueste insana,
Y á Roma de Ginebra vea hermana.
Opinion, Opinion, á tu potencia
¿Qué quimera, qué ser resistir puede?
Pueblos, tronos, costumbres, leyes, ciencia,
A tu invenzible cetro todo cede.
Aun del error tirano la violencia
Delante de la tuya retrocede,
Y al eco de la gloria esclarezido
De las edades triunfas y el olvido.
Pues todo lo arrebatas en tu vuelo,
Tú, potente Opinion, serás mi diosa:
A tí se asociará mi ardiente zelo,
Si enciendes de verdad la antorcha hermosa;
Y cuando del error, el triste suelo
Envuelvas en la noche tenebrosa,
Inclinando á tu voz llorosa frente,
Ceder á tu poder será prudente.

FIN.

NOTAS HISTÓRICAS.

Acuña, (Hernando) nazido en Madrid á principios del siglo XVI, de la ilustre familia con cuyo apellido se honran los Condes de Valencia y de Buendia. Siguió nuestro Acuña la corte de Carlos V, militó bajo sus banderas, y fué no menos apreciado por sus calidades militares, que por la amenidad de su ingenio. Murió, segun se dice, en 1580 en Granada, en cuya Chanzillería litigaba el condado de Buéndia. Hizo varias traducciones libres de algunas *Heroïdas* de Ovidio, y de varios pasajes de sus *Metamorfoseos,* sobresaliendo entre estos el de la contienda entre Ayaz y Ulíses por las armas de Aquíles. Tradujo tambien los cuatro primeros cantos del *Orlando enamorado* de Mateo Boyardo, y segun un célebre crítico italiano, la traduccion compite con el original: publicó igualmente el *Caballero determinado*, que tradujo del *Chevalier délibéré* de Oliveros de la Marcha.

Alcazar (Baltasar de). No se sabe de él sino que era Sevillano. Fué contemporaneo de Francisco Pacheco el sobrino, y amigo, ó apasionado suyo, puesque este en el *Arte de Pintura*, ya concluido y dispuesto para la impresion en 1641, le cita insertando dos *coplas castellanas* hechas á su retrato por Alcázar.

Alonso el Sabio, hijo del Santo Rey Fernando, tercero

D.ª María Emperatriz de Constantinopla, como muger del desgraciado Balduino II, arrojado de esta capital por Miguel Paléologo; y vino, segun pareze, á pedir á D. Alonso algun auxilio para ayuda de obtener la libertad de su hijo único D. Felipe, retenido por los Venecianos en prenda y seguro de las sumas anticipadas á Balduino, cuando, malparado por el Emperador de Nicea y por el rey de los Búlgaros, tuvo que acudir á diferentes ciudades de Italia, en solicitud de fondos. A esto alude lo de:

E Reynas pedian limosna é manzilla, etc.

Dicen nuestros historiadores que D. Alonso le dió toda la cantidad que necesitaba, fijándola, unos á diez mil, otros á veinte mil, y otros á treinta mil marcos de plata. En 1269 se verificó el casamiento, ya concertado desde el año de 66, entre D. Fernando de la Cerda, primogénito de D. Alonso, y D.ª Blanca, hija de S. Luis. En el año de 71, empezaron las inquietudes de Castilla, á cuya cabeza se pusieron los turbulentos Laras y el Infante D. Felipe, hermano de D. Alonso, y de resultas de las cuales se desnaturalizaron aquellos con varios otros Ricos-homes, pasándose al Rey de Granada, desde donde, y con su proteccion, estuvieron constantemente atizando el fuego de una injusta rebelion, hasta que se terminaron estas diferencias por aquel convenio á que autorizó el Infante D. Fernando al Maestre de Calatrava, y que dió motivo á la carta de D. Alonso que refiere la crónica, tan digna de ser leida, como lo es en general cuanto salió de su pluma. En el año de 75, emprendió su viaje á Francia para conferenciar con el Papa Gregorio X sobre el malhadado asunto de sus derechos al Imperio. Viéronse en Belcaires, pequeño lugar del bajo Languedoc; pero inútilmente reclamó, no solo aquellos

derechos, sino el ducado de Suabia, que Rodulfo de Hasburg, favorito de Roma, le habia usurpado, no contento con haberse apoderado del Imperio. Durante esta ausencia, él rey moro de Granada, en alianza con Aben-Juzef, rey de Marruecos, que habia venido con un refuerzo poderoso, invadió los reynos de Sevilla y Jaen. Acudió al socorro el Infante D. Fernando, que cayó enfermo al llegar á Ciudad-Real, donde murió, dejando recomendados sus hijos á D. Juan Nuñez de Lara, encargándole mucho cuidase de que D. Alonso, el mayor de ellos, sucediese á su padre en la corona, cosa que manifiesta, que por lo menos D. Fernando creia que esta debia ser deferida por el derecho de representacion, y no por el de inmediacion al reinante, que nuestros historiadores dicen era el de la ley goda, tirando inútilmente á legitimar las usurpaciones de D. Sancho, llamado el *Bravo*, segundo hijo de D. Alonso. Decimos *inútilmente*, porque, aun supuesta la existencia en vigor de la ley goda, el derecho mas legítimo é incontestable habria venido á perderse en la ilegitimidad del modo; si ya no es que la usurpacion, la conspiracion, la rebelion, deben pasar por festivas gracias, por travesuras sin consecuencia, cuando son del hijo contra el padre. Enfin, este D. Sancho, este hijo ingrato y rebelde, se dió tan buena maña á destronar al suyo, que en el año de 82 fué proclamado rey en Valladolid, y el sabio, el grande, el sexagenario Alfonso, desoido de todos los soberanos europeos á quienes imploró en su auxilio, no encontró uno solo que quisiese ayudarle á vengar los hollados derechos de la paternidad y del trono. Ni se crea que estos movimientos sediciosos llevaban consigo ninguna idea de verdadera utilidad general; tratábase solo de un pequeño número de grandes Señores, de una nobleza insolente que

no se proponia sino mantener todos los horrores de su odiosa feudalidad. Así es que por este tiempo raras vezes los reyes dejaban de tener razon contra sus grandes y turbulentos vasallos, hasta que, por la creacion y aumento de las ciudades libres, cuna de la libertad política, las ideas de verdadera utilidad general empezaron á reemplazar las de escepcion y privilegio. El auxilio que Alfonso no pudo obtener de los soberanos de la Europa, le halló en un rey Africano, en Aben-Juzef, su mayor enemigo, que dió en esta ocasion una prueba de generosidad, moderacion y desinteres, que tiene en la historia poquísimos ejemplos, y que demuestra que la moral es de todos los paises y de todos los hombres, y que es posible tener grandes virtudes envueltas en algunos errores. Reunió D. Alfonso cortes en Sevilla, y allí fué donde fulminó aquella terrible maldicion y sentencia en que, con tan sentidas y enérgicas palabras, deshereda á D. Sancho como á *rebelde, inobediente, hijo ingrato y degenerado.* En esta misma ciudad murió D. Alfonso el 5 de abril de 1284, y á pesar de todo D. Sancho sucedió á su padre en la corona con esclusion de los Infantes de la Cerda, en virtud de una ley goda, que por aquellos tiempos solia dar ó trasmitir los imperios al que mas fuerza tenia, encomendando al tiempo y á la aquiescencia de los gobernados, el cuidado de purgar el vicio del orígen. La baja adulacion (como si por este ni otro medio pudiera nunca justificarse la conducta horrible de D. Sancho) ha querido despojar á D. Alfonso, á este soberano tan digno de mejores tiempos, de todas sus brillantes calidades, abultando uno que otro error político, exagerando las debilidades de su vida privada, y hasta forjando contra él cuentos ridículos y calumnias atrozes. Unos han dicho que su violenta pasion á las ciencias le retrajo de las atenciones debidas al Estado: otros, que las atenciones

Nosotros en nuestro *Discurso* hemos atribuido dos vezes la obra de las *Partidas* á D. Alonso, y por estas hemos tratado de probar que suyas pudieron ser las del *Tesoro* y las *Querellas*. Las razones que nos determinan á tenerle por autor de aquellas, *y no como quiera por haberlas mandado formar, sino por haberlas escrito por sí mismo*, como dice y opina el erudito Maestro Burriel, son tales, que en verdad no sabemos en qué se fundan los que con tanta confianza y certidumbre le despojan de tan glorioso título. La obra lleva su nombre, y si se dice que tambien el código de Justiniano lleva el de este y no es suyo, dirémos: que cuando se nos haga conozer el Triboniano de las *Partidas*, mudarémos de opinion: como *hechas* y *ordenadas* por D. Alonso el Sabio, las publicó en las cortes de Alcalá D. Alonso XI, segun consta por la ley del *Ordenamiento*: *suyas y fechas por él* las llama el mismo D. Alonso: de la uniformidad de su estilo se deduze que son obra de un solo autor: de la conveniencia de aquel con los demas escritos que indisputablemente son suyos, se infiere que las *Partidas* le pertenezen: ¿porqué no atribuir la obra mejor escrita al escritor mas eminente de su siglo, una obra sobre todo que presenta, mas bien que el estado de este, la superioridad de su autor? Ultimamente, el observar que la reunion de las iniciales de cada una de las *Partidas* forman una especie de acróstico de su nombre, (1) pareze que no debe dejar

(1) La primera empieza.. . Al servicio, etc.
La segunda. . . . . Fa fe católica, etc.
La tercera. . . . . Hizo N. S., etc.
La cuarta. . . . . Onras señaladas, etc.
La quinta. . . . . Nascen entre, etc.
La sesta. . . . . Esudamente, etc.
La séptima . . . . . Olvidanza y atrevimiento, etc.

ARGENSOLAS. Los dos hermanos Argensolas, descendientes de una familia noble de Ravena establezida en Aragon,

---

probidad y delicadeza. Juzgamos entónces, y miramos ahora la indicada nota como digna de toda nuestra indiferencia, y aun para dar una prueba de la confianza que nos inspiraba la idea que generalmente se tiene de nuestra moralidad, no quisimos apresurarnos entónces, y hemos reservado para tan tarde, el decir: que el contenido de su nota es enteramente falso: que la proposicion de un trabajo de esta naturaleza, no se la hizo solo *á uno de los Editores de la Biblioteca Selecta*, sino à los dos separadamente; pero que la idea nazió por el órden qne nazen todas: es decir, en aquellos que debian sentir primero la necesidad de una obra de esta naturaleza. Tales eran Mendibil y Silvela, dedicados en su infortunio á enseñar la lengua castellana, y que no encontraban en casa de Beaume, ni en la de los demas libreros, sino *Pablo* y *Virginia*, el *Gonzalo de Córdoba*, el *Numa Pompilio*, la coleccion de Pla, ó la *Cornelia Bororquia*: es decir, ó traducciones ó libros poco estimables ó nada convenientes. Beaume, escitado por nuestras conversaciones y nuestras frecuentes ó inútiles demandas, sintió la utilidad que podia darle una obra de esta especie y nos la propuso, es decir, se ofrezió á ser nuestro impresor, pero ni ha sometido, ni podia someter á la censura de nadie plan alguno, porque no le era dado formarlo, pues es bien claro, que en una obra de esta especie, el que sea capaz de concebir el conveniente, de nadie necesita para ejecutarle. Ni nosotros ni otro alguno en la materia de que se trata, ha podido *aprovecharse de las ideas de Beaume*, por muy aprovechado que sea; y esto, por una razon tan sencilla como poderosa, y que no necesitamos decirla, porque fázilmente la adivinarán nuestros lectores. En cuanto á apropiarnos su proyecto, no tenemos en este punto la fazilidad que él manifiesta en la misma nota, llamando á la obra del S.r Marchena (que suya será toda por fortuna de la obra y de los que la hemos de leer) *notre ouvrage*; especie no dicha así como quiera y á humo de pajas, sino que, unida á las anteriores *del plan que sometió á nuestro juizio, y de las ideas suyas de que nos hemos aprovechado*, puede hazer creer que el S.r Marchena le será deudor de no menos obligaciones, viéndose precisado á partir con él la gloria del trabajo. Dicho sea tanto por el S.r Marchena como por nosotros. *Risum teneatis amici!*

Arguijo, (D. Juan) Veinte y cuatro de Sevilla y natural de esta ciudad. Pocas son las noticias que se tienen de este estimable poeta. No se sabe sino que prodigó sus rentas, que eran considerables, en protejer los talentos, generosidad que le hizo adquirir el nombre del *Mecenas* de su siglo. Lope de Vega le dedicó la *Hermosura de Angélica*, la *Dragontea*, y las *Rimas humanas*. No conservamos de Arguijo sino algunas composiciones insertas en las obras de sus contemporaneos.

Balbuena, (Bernardo) natural de Valdepeñas, nazió en 1568. Se dedicó á la carrera eclesiástica, y recibió el grado de Doctor en teología, segun Nicolas Antonio, en Sigüenza. Fué nombrado Abad Mayor de la Jamaica, que nos pertenezió hasta el año 55, en que los Ingleses nos despojaron de ella, y ocupó esta dignidad doze años. En 1620 fué electo Obispo de Puerto-Rico, donde murió en 1627. En una de las invasiones que los Olandeses hizieron durante su residencia en la Jamaica, le robaron su librería, suceso que menciona Lope de Vega, cuando en el *Laurel de Apolo* haze el elogio de Balbuena.

Berceo. (Gonzalo) No se sabe de él sino lo que hemos indicado en el *Discurso*, á saber: que era natural del lugar de su nombre. Por el lenguaje se colije que escribió en los primeros años del reynado de S. Fernando, y se cre que fué monje benedictino en el monasterio de S. Millan, próximo al referido lugar.

Boscan de Almogaver (D. Juan) nazió en Barcelona de una familia distinguida, á fines del siglo XV. Diósе á la carrera de las armas, y fué preceptor del gran Duque de Alba D. Fernando, aquel capitan, asombro del siglo XVI, á quien sin duda no pudo trasmitir aquella dulzura, aquella sensibilidad, compañeras inseparables de

las Musas, y que Garcilaso le atribuye y supone obra de la direccion de Boscan, cuando dice en la égloga segunda, refiriendo la vision de Severo en la gruta del Tórmes:

« Vió que era el que habia dado á D. Fernando
Su ánimo, formando en luenga usanza
El trato, la crianza, gentileza,
La dulzura y llaneza acomodada:
La virtud apartada, generosa,
Y enfin, cualquiera cosa que se via
En la cortesanía, de que lleno
Fernando tuvo el seno, y bastezido.
Despues de conozido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre, que se llama
Boscan, de cuya llama clara y pura
Sale el fuego que apura sus escritos,
Que en siglos infinitos ternán vida. »

Casó Boscan con Dª. Ana Giron de Rebolledo, Señora muy principal, y á quien amó sin duda tiernamente, segun se esplica en una carta á su amigo Hurtado de Mendoza y es la que se halla á la pag. 370 de este tomo. Despues de haber seguido por algun tiempo la corte de Carlos V, se retiró á Barcelona donde murió ántes de 1543, segun Nicolas Antonio, habiendo vivido en aquel reposo, en aquella holgada medianía que deseaba y describió tan bien en la citada epístola.

Ademas de sus obras poéticas, le debemos la traduccion del *Cortesano* del Mantuano Baltasar Castillon, obra que los Italianos han llamado *libro de oro*: trabajo que da á Boscan un lugar distinguido entre nuestros escritores prosaicos.

Castillejo (Cristobal de) fué natural de Ciudad-Rodrigo, segun dice él mismo en un diálogo bastante ingenioso entre él y su pluma, dedicado á Martin de Guzman, Camarero del Rey de Romanos:

« Y pues sabeis que lo sé,
Perdonadme lo que digo,
Y poned en cuenta que,
Siendo de Ciudad-Rodrigo
Do nunca la corte fué,
Conversais entre Señores,
Y á mi causa habeis venido,
No solo á ser conozido
De Reyes y Emperadores,
Mas tambien favorezido. »

Esto último lo decia porque efectivamente lo fué mucho del Infante D. Fernando, hermano de Carlos V, elejido Rey de Romanos en 1531, y despues Emperador, primero de este nombre, en consecuencia de las renuncias hechas en Bruselas en 1556. El favor con que debió honrarle este Soberano se conoze, entre otras cosas, por la libertad casi increible con que le habla en una composicion, que con el título de *Consiliatoria* le dirijió desde Viena en 1541, como fruto de sus distracciones durante una larga enfermedad. Esta composicion es una censura amarga de la injusticia, la inconstancia y la insensibilidad de los Príncipes. La leccion es dura; pero, por desgracia del género humano, no podemos tacharla, ni de injusta ni de exagerada. Por una omision que no ha podido remediarse en tiempo, ha dejado de insertarse en su lugar. Suplirémos este defecto copiando aquí algunos trozos. Habla de su composicion, y dice:

« De la cual, cual es ó fuere,
Vuestra Rëal Majestad

Tomará, si le pluguiere,
No lo que yo mal dijere,
Mas mi buena voluntad;
Y con ella le suplico
Me dé favor, porque quiero
Ser por lo que aquí publico
Mas pobre y no lisonjero,
Que no lisonjero y rico.
Tachas de Príncipes son
Comunes, cual mas, cual menos,
Guiarse por afizion
En la pena y galardon
De los malos y los buenos.
Y tambien no se doler
De mal ajeno de alguno
De quien quiera carezer;
No acordarse de ninguno
No le habiendo menester.
. . . . . .
Mas los Reyes, sin mirar,
A unos dan cuanto quieren,
O se lo dejan tomar,
Y á otros dejan estar
Hasta que de hambre se mueren;
Y en este tan mal partido
Queda el Príncipe engañado
De ambas partes ofendido:
Del rico, menospreciado,
Y del pobre, aborrezido.
Y de esta desigualdad
Viene el servicio á ser duro,
Hecho sin fidelidad,
Que es por la necesidad
Y por interese puro.
Y los buenos servidores

Se convierten en tiranos
Viendo que con sus Señores
Les han de valer las manos
Mas que virtud y primores
. . . . . .
Demas de esto ¿ quien esenta
A ningun Rey y Señor
De haber de dar á Dios cuenta
De su casa y de su renta,
Como cualquier labrador?
Acá por ser descuidados
Por cosa que tanto va,
Son del mundo importunados,
Y serán despues juzgados
Por ello mismo acullá.
Adonde como pecado
No digno de perdonar,
Ha de ser lo aquí mal dado
Y lo dejado de dar
Igualmente examinado.
. . . . . .
De donde se sigue y viene
El otro yerro segundo,
Que el tal Príncipe no tiene,
Si acaso no le conviene,
Compasion de hombre ninguno.
Y siendo humano, careze
De la misma humanidad;
De suerte, que el mas pulido
Y sabio servidor fiel
De su presencia partido,
Luego se pone en olvido
Y no hay mas memoria dél.
¿ Pues qué si muere el cuitado
Que no se espera ver mas?

Aunque haya sido Privado,
Ya para siempre jamas
Queda del libro borrado,
Y en este caso á mi ver,
Por no perder el favor,
Por ventaja tengo ser
El hombre quizá muger,
O truan ó cazador,
Caballo, perro, ó halcon
Y otros atales estremos,
Segun fuere la afizion
Del Príncipe que tenemos,
Y segun su inclinacion.
. . . . . .
Y mirando estos errores
El vulgo, como testigo,
Dice bien que los mayores
Reyes y grandes Señores
No tienen deudo, ni amigo,
Ni apenas hombre, de quien
Se fien seguramente
Sin lisonja ni desden,
Aunque sea su pariente,
Porque á nadie quieren bien.
Mas en esto tambien ellos
No viven muy engañados
Con quien saben conozellos;
Lo mismo hazen aquellos
De quien van mas rodëados.
Por tanto, si bien queremos
Considerar nuestro estado,
Los que bajo le tenemos,
En algo le hallarémos
De Reyes aventajado;
Porque á lo menos gozamos

De los frutos de amistad
De aquellos á quien amamos,
Y del amor y verdad
De los con quien lo tratamos.
Mas todo nuestro gozar
Y toda nuestra ventaja
La ceguedad del reinar
Y dulzura del mandar
No la estima en una paja.
Que cuando bien le buscares
Por do quiera que quisieres,
Será mucho si hallares
Rey que por nuestros plazeres
Quiera trocar sus pesares.
De do naze que cercados
De mil trabajos, y llenos
De sus duelos y cuidados,
Los vemos tan apartados
De penas en los ajenos.
Y así se les endureze
El corazon de metal,
Y el sentido se adormeze
Para no sentir el mal
Del prójimo que padeze.
. . . . . .
Gran bajeza y poquedad
Es de un Rey y Emperador
Por propia comodidad
Abatir su autoridad
A ningun otro señor,
Cuanto mas á otras menores
Personas viles, sôezes
Perversos y robadores,
Segun vemos muchas vezes
Hazerse con mil traidores,

suyas, y se habla entre ellas con particular elogio del cuadro de la *Cena*, que está en dicha catedral. Debemos al Sr. Llorente el saber que la Inquisicion de Valladolid le formó causa en 1560, y que el motivo fué haberse encontrado algunas cartas de Céspedes entre los papeles del perseguido y célebre D. Bartolomé Carranza, en una de las cuales hablaba mal del Inquisidor General Valdes, y de la Inquisicion. Este mismo Señor Llorente, escritor por tantos títulos respetable, cuyo zelo por la verdad y la exactitud llega hasta los ápizes, nostante la pequeña importancia de una especie tan subalterna, y tan hecha para perderse en la riqueza inmensa de preciosidades históricas que contiene su obra de la *Historia crítica de la Inquisicion*, tan severo consigo mismo como indulgente con los demas, ha querido aprovechar la oportunidad de esta nota, y nos ha escitado á manifestar al público en su nombre, que en el artículo de *Céspedes*, tom. 2°., pag. 440, línea 24 de la citada historia, hay un error de imprenta, habiéndose puesto *Penitencia* en lugar de *Pintura*, que es como efectivamente dice en el manuscrito original del autor.

Cetina. (Gutierre de) Nada mas se sabe de él, sino que era natural de Sevilla, y de una familia noble; que abrazó el estado eclesiástico, y que residió en Madrid.

Cueba. (Juan de la) Todo lo que se sabe de él, es que era natural de Sevilla, y que nació eu la primera mitad del siglo XVI. La primera edicion de sus obras se hizo en Sevilla en 1582.

Elisio de medinilla (Baltasar) nació en Toledo en 1585. Aunque mas jóven, fué contemporaneo y amigo de Lope de Vega, que haze de él el mayor elogio en el *Laurel de Apolo*. El Parnaso español lloró en 1617 su

temprana muerte. Su amigo Lope compuso con esta ocasion una eclejía en que manifiesta no menos sensibilidad que talento poético.

Ercilla y zuñiga, (D. Alonso de) caballero del hábito de Santiago, nació en Madrid á 7 de Agosto de 1583 de D. Fortun Garcia de Ercilla, jurisconsulto distinguido, que murió en Valladolid al año siguiente, y de D.ª Leonor de Zuñiga, Señora de Bobadilla, nombrada despues de la muerte de su marido, Guarda-damas de la Emperatriz D.ª Isabel. La familia de los Ercillas era originaria de Bermeo, segun él mismo dice en el canto 27:

« Mira á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del solar de Ercilla,
Solar ántes fundado que la villa. »

Como hijo de padres tan principales y tan bien recibidos en la corte, se crió nuestro D. Alonso en palacio, donde entró desde muy tierna edad en calidad de paje del Príncipe D. Felipe, á quien siguió en todos sus viajes. En el que este hizo en el año 54 pasando á Inglaterra á casarse con la Reyna Dª. Maria de Aragon, fué cuando, estando en Lóndres, se recibió la noticia de la sublevacion del Arauco. Hallábase en la comitiva del Príncipe Jerónimo de Alderete que fué nombrado Adelantado de aquella tierra, y salió de Lóndres encargado de pazificarla. En su compañía, ardiendo en deseo de gloria, se embarcó el jóven Ercilla á la edad de veinte y un años. *Los secos terrones, los incultos y pedregosos campos del Arauco*, como él los llama, fueron el teatro de sus hazañas y de su ingenio, pues que en ellos fué donde, como él dice:

« Tomando ora la espada, ora la pluma....
Y estando así de noche retirado,
Escribiendo el suceso de aquel dia, »

ciñó su frente con los laureles de Apolo y de Marte, y eternizó con su estro sublime unos sucesos de que pudo decir, como el héroe da la Eneida, *et quorum pars magna fui.* Acompañó tambien á su General D. García Hurtado de Mendoza en la conquista de la última tierra, que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta. Aquí fué donde atravesó en piraguas el peligrosísimo archipiélago de Ancudbox, y adelantándose á todos, escribió sobre la corteza de un árbol aquella octava del canto 26:

« Aquí llegó donde otro no ha llegado
Don Alonso de Ercilla, que el primero » etc., etc.

Volvió á Chile en donde por una disputa con Juan de Pineda, estuvo cerca de sufrir la pena capital. Restituyóse á España por el año de 62 á los veinte y nueve de edad, de donde salió de nuevo inmediatamente, y corrió la Francia, la Italia, la Alemania, Silesia, Moravia y Panonia. En el año de 70, se casó con D.ª Maria Bazan, sirviéndoles de padrino el Príncipe Rodulfo, que sucedió en el imperio á Maximiliano II su padre, y que ya Emperador, le nombró su Gentil-hombre. A pesar de todos estos honores, de sus hazañas y de sus talentos, no pudo procurarse una fortuna independiente, y aun vino á verse por premio de tantos servicios, *arrinconado en la miseria suma*, segun dice en el canto 36, quejándose agriamente de tamaña injusticia. Se ignora cuando murió. El Lizenziado Cristóbal Mosquera de Figueroa, que ha escrito su elogio, le supone vivo en 1596; y escribiendo un

poema en que celebraba las victorias de D. Alvaro Bazan, Marques de S.ª Cruz, poema de que no tenemos ninguna noticia.

Espinel (Vicente) nació en Ronda en 1544, dióse á la carrera eclesiástica, y obtuvo, segun Nicolas Antonio, una capellanía en el hospital de esta Ciudad. Fué no menos músico que poeta, y si la poesía le debe el artifizio de la décima, la música le debe tambien el haber añadido á la vihuela la quinta cuerda. Escribió en prosa una novela con el título *de Vida del Escudero Marcos de Obregon.* Por motivos de persecucion y disgusto, segun pareze, tuvo que dejar su pais, y se vino á Madrid, donde permaneció poco favorezido de la fortuna, y murió en 1634 de edad de noventa años, segun Lope de Vega, que en su *Laurel de Apolo* dice así:

« Honraste á Manzanáres,
Que venera en humilde sepultura
Lo que el Tajo envidió, Tórmes y Henáres;
Mas tu memoria eternamente dura.
Noventa años viviste:
Nadie te dió favor: *poco escribiste.*
Sea la tierra leve
A quien Apolo tantas glorias debe ».

El poco escribiste debe mirarse como un elogio ingenioso de Lope de Vega, como dicho en el sentido en que puede decirse, que siempre escribe poco el que escribe bien, porque en verdad no fué tan poco lo que escribió, y Lope de Vega no podia ignorarlo, como que eran íntimos amigos, y tanto, que Espinel ejerció al principio una especie de magisterio sobre Lope, corrijiéndole sus primeros versos; este corrijió despues la prosa de Espinel en la *Vida del Escudero Marcos de Obregon.*

Espinosa (Pedro), natural de Antequera. No debió nazer tan á fines del siglo XVI como dicen los autores del *Diccionario universal, histórico y crítico*, pues segun ellos mismos, tomándolo de Nicolas Antonio, su obra de *Flores de Poetas ilustres* se imprimió en Valladolid en 1605. Siguió la carrera eclesiástica, y merezió por sus talentos y virtudes la confianza de D. Manuel Perez de Guzman, Duque de Medina-Sidonia, el cual en 1623 le nombró Rector del colegio de S. Ildefonso, fundado por el mismo Duque en S. Lúcar de Barrameda, donde Espinosa murió en 1650.

Esquilache. (Príncipe de) Llamábase D. Francisco de Borja, y llevaba el título de su muger, heredera del principado de Esquilache en el reyno de Nápoles. Creese que nazió en Madrid. Fué hijo de Juan Borjia, Conde Fícalo, y de Francisca de Aragon. Fué tambien Conde de Mayalde, caballero del hábito de Santiago, Comendador de Azuaga y Gentil-hombre de S. M. Felipe IV. Estuvo de Virey en el Perú, y despues de una larga vida de honores y riquezas, desmintiendo en esto la suerte ordinaria de los poetas, murió de edad de ochenta años en Madrid, el 26 de setiembre de 1658. No quiso que se ignorase lo ilustre de la casa de Esquilache, pues, manifestando los motivos que le determinaron en la eleccion de asunto de su poema de la *Nápoles recuperada*, dice: *que siendo la casa de Esquilache descendencia de D. Alonso el Quinto, no hubiera sido razon buscar héroe mendigado, teniéndole de puertas adentro.*

Figueroa, (Francisco) natural de Alcalá de Henáres por lo que dice Lope de Vega:

¿ «Mas cómo tu academia
No propone al divino Figueroa,
Si con verde laurel sus hijos premia?»

en que la gloriosa resistencia de Marsella, y la epidemia que cundió por el ejérzito, libertaron á esta nazion de sucumbir enteramente á la preponderancia de la casa de Austria. Estos sucesos obligaron á Carlos V á retirar su ejérzito, y verificando esta retirada sobre Niza y Génova, fué cuando, cerca de Frejus, encomendó á nuestro Garcilaso la toma de un fuerte, ó torre defendida por cincuenta paisanos. Púsose este á la cabeza de las tropas de su mando, y dejándose arrastrar de su intrepidez, subió el primero al asalto de la torre, valerosamente defendida por los sitiados; pero su mala fortuna, y la de las Musas castellanas, quiso que le alcanzase en esta ocasion una fuerte pedrada, que habiéndole herido en la cabeza, le causó la muerte á los veinte y un dias, siendo de edad de treinta y tres años. El Emperador, irritado de esta sensible pérdida, hizo pasar á degüello á todos los paisanos de la torre, como si una bárbara atrozidad fuese el modo de remediar una desgracia. En el año de 38 fué trasladado el cuerpo de Garcilaso desde Niza, donde murió, al sepulcro de sus ascendientes los Señores de Bátres, en la iglesia de S. Pedro Mártir de Toledo. Estuvo casado con D.ª Elena de Zuñiga, Dama de la Reyna de Francia D.ª Leonor, de quien tuvo tres hijos. Durante algun tiempo estuvo desterrado en una isla del Danubio, por haber querido protejer las pretensiones de un sobrino suyo á un enlaze superior á lo que le era dado esperar segun su clase.

Gil Polo, (Gaspar) valenciano que florezió á mediados del siglo XVI. Dedicó su obra á la muy ilustre Señora Dª. Jerónima de Castro y Bolea, y la dedicatoria está firmada en Valencia á 9 de Febrero de 1564. Debió seguir la carrera de la jurisprudencia, si es cierto que suyo fué

un comentario á un título del *Digesto*, que lleva su mismo nombre.

Gomez Tejada de los Reyes. (Cosme) Nicolas Antonio tuvo de él muy escasas noticias, ni cita mas obra suya que una especie de miscelanea, que publicó con el nombre del *Filósofo*, y que dice impresa en 1650. No le conoció como poeta, ni tuvo noticia de la apología moral y entretenida que escribió con el título de *Leon prodigioso*, y fué impresa en Madrid en 1636 por Francisco Martinez. Compónese esta obra de cincuenta y cuatro apólogos, en que censura los vicios, y en que tiene diseminadas una porcion de composiciones poéticas. Estas y la obra en general prueban el buen ingenio de su autor, que si no se sustrajo enteramente á la influencia de su siglo, fué sin duda uno de los que mas evitaron las ridiculezes del culteranismo, que satirizó con mucha gracia en los apólogos 52 y 53. Hizo Cosme de Tejada sus primeros estudios en Alcalá, de donde pasó á Salamanca para continuar el estudio de la teología. Aquí fué donde empezó la obra que hemos citado, y donde escribió quince ó diez y seis apólogos, que consultó con el Mro Céspedes, que dice lo fué suyo: creemos sea Baltasar de Céspedes, yerno del Brozense y Catedrático de retórica y elocuencia en Salamanca. Mas adelante, y siendo ya capellan mayor de las Bernardas descalzas y del patronazgo en S. Ildefonso de Talavera, revolvió, segun cuenta, sus antiguos manuscritos, y aumentó y perfeccionó el trabajo de su juventud. En el prólogo del *Leon prodigioso* dice, que trabaja una obra que tenia comenzada con el título de *Entendimiento y Verdad amantes filosóficos*, y un poema con el nombre del *Todo*, en contraposicion del de la *Nada*, que habia escrito y es el asunto del apólogo 34, y en ver-

dad que no es lo mejor de su obra, y se pudiera decir que satisfaze á su título. Ignoramos si publicó las otras que anuncia, así como la época de su muerte y demas particularidades de su vida.

Góngora y Argote (D. Luis) nació en Córdoba el 11 de Julio de 1561. Fué hijo de D. Francisco Argote y de D.ª Leonor de Góngora. A la edad de quinze años pasó á Salamanca á estudiar el derecho, y aquí fué donde compuso sus poesías amatorias, romances y letrillas satíricas, es decir, lo mejor que tiene. Hízose eclesiástico á los cuarenta y cinco años, y obtuvo una razion en la catedral de Córdoba. Por el favor del Duque de Lerma y del Marques de Siete Iglesias, fué nombrado Capellan de honor de Felipe III, y vino por consecuencia á residir en Madrid, donde permaneció hasta que, habiendo caido enfermo con un género de mal que le privó de la memoria, se creyó conveniente que tomase los aires de su pais; pero á poco de haber llegado á Córdoba, murió en 1627. En el año de su nazimiento, en los de la duracion de su vida, y por consecuencia en el de su muerte, hay en Nicolas Antonio yerros y equivocaciones muy notorias. Le supone nazido en 1612, le da cincuenta y cinco años de edad, y le supone muerto el 24 de Mayo de 1628.

Herrera. (Fernando de). Es verdaderamente asombroso que sean tan escasas las noticias que tenemos de uno de los primeros poetas de nuestro Parnaso, habiendo existido en el siglo XVI, siglo tan fecundo en escritores, entre los cuales hay muchos que no quisieron dejarnos ignorar una multitud de pequeñezes insignificantes, y de nombres indiferentes á la posteridad, y no hubo uno solo que quisiese ocuparse de salvar del olvido la memoria de un

LEON (el Mro Fr. Luis de) Véase la nota del tom. II, p. 459.

LORENZO. (Juan) Ignoramos todas las particularidades de su vida. Todo lo que se puede decir, es que floreció en la primera mitad del siglo XIII.

LUZAN (D. Ignacio) (1) nació en Zaragoza en 1702, once dias ántes que Felipe V se embarcase para sosegar en Nápoles las primeras chispas del fuego que devastó nuestra malhadada Patria á principios del siglo pasado. Nacido bajo la infausta constelacion de la guerra civil é hijo de D. Antonio Luzan y Guaso, Señor de Castillazuelo, y Gobernador entónces del Reyno de Aragon, corrió desde la cuna la suerte que suele con frecuencia caber á los hijos de cuantos, en semejantes circunstancias, comprometen, ya su situacion política, ya la idea que se tiene, ó de su probidad ó de sus luzes ó de su amor al bien público. Perdió nuestro D. Ignacio su madre, que era D.ª Leonor Perez Claramunt de Suelves y Gurrea, y el estado de las cosas en el Reyno de Aragon obligó á su padre á retirarse con toda su familia á Barcelona, donde murió en 1706; y estando todos los parientes de nuestro Luzan fuera de España, vino á quedar en tan tierna infancia sin mas arrimo, que el de su abuela paterna, á cuyo lado permaneció hasta que, concluido el sitio de Barcelona en el año de 1715, pasó á Mallorca á reunirse con D. José Luzan, eclesiástico tio suyo, que le llevó despues consigo á Génova y Milan. Aquí fué donde empezó sus primeros estudios en el seminario de Patellani; donde continuó hasta que pasó á Palermo con su

(1) Aunque Luzan perteneze ya al siglo XVIII, le comprendemos en nuestras notas por la influencia particular que su doctrina y sus ejemplos han tenido en la última restauracion.

tio, á quien se confirió una plaza de Inquisidor en Sicilia. Hizo en Palermo sus estudios mayores, y en 1727 se graduó de doctor en ambos derechos en la universidad de Catana, para habilitarse así á hazer una carrera; pero sin que la grave jurisprudencia le hiziese nunca romper el agradable comercio de las buenas letras, afición que contribuyó á fortificar, ó de que fué hijo el estudio de las muchas lenguas que poseyó. Ademas de la lengua latina y griega, en que fué versadísimo, manejaba la italiana como la propia, y escribia y hablaba corrientemente la alemana y francesa. Vivió Luzan en Palermo, donde sus talentos eran conocidos y apreciados, hasta el año de 1729, en que muerto su tio, le fué preciso volver á Nápoles para hallar en el Conde de Luzan su hermano, Gobernador entónces del castillo de S. Telmo, un nuevo apoyo en su orfandad. Cuatro años despues le envió su hermano á España con poderes para administrar sus rentas. Pasó á Zaragoza, retiróse despues á Monzon, contento hasta aquí con las asistencias que le daba su hermano; mas habiéndose posteriormente casado y aumentádose sus obligaciones, tuvo que pensar en aumentar los medios de subvenir á ellas. Vino á Madrid, distinguióse por sus talentos, y en el año 1741 fué elegido Académico honorario de la Real Academia Española. El Gobierno se ocupó en fin de hazer justicia á su mérito y celebridad, y en el año 1747 fué nombrado Secretario de la embajada de Paris. Dos años despues se retiró á Madrid el Embajador Duque de Huescar, y se quedó de Encargado de negocios. Posteriormente fué nombrado Consejero de Hazienda y de la Junta de Comercio, Superintendente de la Real Casa de la Moneda, y despues Tesorero de la Biblioteca. Murió este estimable poeta y literato, á quien tanto debe el buen gusto de

nuestra Nacion, en el año de 1754. Fué amigo del célebre Metastasio, individuo de una multitud de academias de la Italia, que puede tambien contarle entre sus escritores.

Manrique, (D. Jorje) señor de Belmontejo, Caballero y Treze de la órden de Santiago, fué hijo de D. Rodrigo Manrique, primer Conde de Paredes, Maestre de Santiago. A la gloria de poeta, tan justamente adquirida, reunió la de excelente militar, señalándose con gloriosas hazañas bajo el reinado de Enrique IV, y en servicio de los Reyes Católicos en el campo de Calatrava, en el famoso sitio de Veles, y particularmente en el marquesado de Villena, cuya espedicion fué encomendada á D. Jorje Manrique y á D. Pedro Ruiz de Alarcon, que encontraron una resistencia digna de mejor causa en los capitanes del Marques, y particularmente en Pedro de Baeza, que los derrotó diferentes vezes. En uno de aquellos encuentros en que D. Jorje escuchaba mas su valor que consultaba su seguridad, recibió á las puertas del castillo de Garci-Muñoz, muchas heridas, de que murió en 1479.

Manuel. (D. Juan) Vide la nota del tom. II. pág 401.

Manuel (D. Francisco,) natural de Lisboa, amigo de Quevedo, empezó en la universidad de Coimbra la carrera literaria, que abandonó despues por la de las armas. Pasó á servir á la Bélgica; mas cuando el Portugal, sacudiendo el yugo de la España, puso sobre su trono al Duque de Braganza, dejó el servicio de aquella, y regresó á Lisboa. Se ignora qué suceso le hizo estar preso muchos años. Puesto al fin en libertad, pasó al Brasil, de donde volvió sin que mejorase de fortuna, hasta que, habiendo podido obtener la proteccion del Catalina de

de Guadix : florezió en tiempo de Felipe IV, y vivió en la corte. Es uno de nuestros célebres poetas cómicos. (1) El autor del *Parnaso Español*, atribuye á Bartolomé Leonardo de Argensola la cancion que en la pag. 86 del tom. III insertamos bajo el nombre de Mira de Amescua; pero nuestro célebre poeta moderno Iglesias la atribuye á este último. Nosotros hemos adoptado su opinion, ya por contemplar su autoridad mas respetable que la de Sedano, ya, aun mas particularmente, porque con efecto no vemos en esta composicion lírica nada de la fisonomía de los Argensolas.

Montemayor (Jorje) nació en Montemor cerca de Coïmbra, motivo por el cual el célebre poeta Saa de Miranda, contemporaneo suyo, le da esta ciudad por patria, deseoso sin duda, por ser la suya, de aumentar sus glorias. Ha sido llamado Montemayor, castellanizando, por decirlo así, el pueblo de su nazimiento. Se dice que nació en 1520, y que siguió algun tiempo las banderas de Marte de simple soldado. Lo que no se puede dudar, es que vino á Castilla, donde, por ser músico de profesion, obtuvo una plaza en la capilla del Príncipe D. Felipe, despues Rey, segundo de este nombre. Siguióle en sus viajes á Italia, Alemania y los Paises Bajos. A su vuelta se estableció en Leon, donde compuso su *Diana*, dándole ocasion de escribirla una pasion antigua y malograda. Luego que se estendió su justa reputacion, le llamó á Portugal la Reina D^a. Catalina. De aquí en adelante no se sabe sino que murió ántes de

(1) Debemos observar á nuestros lectores, que no estando la poesía dramática considerada como un género en nuestra coleccion, los poetas cómicos, por puramente tales, no figuran tampoco en nuestras notas.

Rey de Artieda, (Andrés) hijo de una familia noble de Aragon, si bien no se sabe si nació en Zaragoza ó en Valencia. Pudo nacer el año 1560. Anunciáronse sus disposiciones felizes con bastante precozidad. Graduóse de Bachiller en filosofía á los catorze años, y Bachiller en leyes á los veinte. Posteriormente emprendió la carrera de las armas, pasó á Flandes y llegó á obtener el grado de capitan de infantería. Sirvió tambien contra la Francia y los Turcos. A su vuelta á España, ocupó en Barcelona una cátedra de matemáticas y astronomía. Lope de Vega, y Lupercio Leonardo de Argensola, amigo de Artieda, han celebrado su nombre y sus talentos.

Rioja (Francisco de) nació en Sevilla por los años 1600. Dedicóse al estudio del derecho; mas el Conde Duque de Olivares, primer ministro y depositario absoluto de la confianza de Felipe IV, se declaró su protector, y á poco fué nombrado Raziónero de Sevilla, Cronista del Reyno, Inquisidor de Sevilla, y algun tiempo despues, Inquisidor de la Suprema. La desgracia de su protector produjo la suya, y escitó contra él la persecucion, que aun despues de su justificacion reconozida y declarada, y en virtud de la cual recobró su perdida libertad, todavía fué bastante poderosa para privarle del último de los ascensos indicados. Nicolas Antonio dice, que algunos años ántes de su muerte se puso nuevamente en favor con Felipe IV, quien le confió el cuidado de la Biblioteca Real. El 8 de agosto de 1659, murió en Madrid, á donde, segun pareze, habia venido como diputado ó representante del clero de Sevilla.

Rufo Gutierrez. (Juan) Nicolas Antonio no da noticia alguna sobre las particularidades de su vida. Llámale, como lo habia hecho Cervántes, *Jurado de Córdoba*, y

Sed padre y amparo suyo,
Y á Dios, que va en vuestro amparo.
Dijo el valiente Alabes,
Señor de Fita y Buitrago
Al Rey Don Juan el Primero,
Y entróse á morir lidiando. »

Digno por el valor, de sus ilustres ascendientes, ocupó entre los militares de su tiempo un lugar muy distinguido, al paso que por sus talentos era honrado y respetado. En el año 1438, siendo capitan mayor en la frontera de Jaen, despues de un combate encarnizado que duró cuatro dias, tomó á los moros la villa y castillo de Huelma, á poca distancia de Jaen. En 1440, fué comisionado con el Conde de Haro y D. Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, para recibir á la infeliz D.ª Blanca de Navarra, que casó con el Príncipe D. Enrique, despues rey, cuarto de este nombre. En las diferentes reacciones y sacudimientos que agitaron esta época turbulenta de nuestra historia, buscado por todos los partidos, si bien nunca participó de la exaltacion de los enemigos de D. Juan el Segundo, tampoco adoptó siempre sus opiniones. Desafecto al Condestable D. Alvaro de Luna, cual se manifiesta por su *Doctrinal de Privados*, no pudo menos de hallarse en contradiccion con las voluntades del Soberano. Sin embargo, el señor de Hita respetó constantemente en D. Juan el Segundo al protector de los ingenios, y este respetó siempre en aquel al esforzado militar y al hombre de letras; así es que en agosto de 1445, le honró con los títulos de Conde del Real de Manzanares y Marques de Santillana. En el año de 1453, mandaba D. Iñigo las tropas que entraron por Navarra para sostener la causa del Príncipe D.

Casóse con D.ª Isabel de Urbina, y por un lance de honor en que hirió gravemente á su adversario, tuvo que andar por algunos años desterrado. A su regreso perdió á su esposa, y parte obligado por la necesidad, y parte aburrido por sus desgracias, tomó servicio en la armada espedicion naval de Felipe II contra la Inglaterra, cuando nuestra *invencible* quedó vencida, y cuando la soberbia Albion empezó á conocer que el occeano era su elemento, y Neptuno su divinidad tutelar. Disgustado sin duda de esta carrera, volvió de nuevo á su patria, y casóse segunda vez; pero habiendo tambien perdido á su esposa, abrazó el estado eclesiástico. La consideracion que le dió esta nueva situacion, y el sosiego de que la acompañaba, contribuyeron mucho á multiplicar sus obras y estender sus relaciones y celebridad. Llegó esta á tal término, que el Papa Urbano VIII, nada amigo de Felipe IV ni de la España, y mas apasionado del jesuita Santarella, que de Homero ni Virgilio, le escribió de su puño confiriéndole el título de Doctor en teología y el hábito de S. Juan, y nombrándole Fiscal de la cámara apostólica. Colmado de honores, lleno de aplausos, y en el seno de la abundancia, vivió Lope de Vega hasta que, en 1635, terminó sus dias de edad de setenta y tres años, habiéndosele hecho un suntuoso entierro por direccion y á costa de su testamentario el Duque de Sesa.

Villaviciosa, (D. José) señor de Reillo, nació en Sigüenza de 1589, de D. Bartolomé Villaviciosa, y de D.ª María Martinez de Azanon. Crióse desde niño en Cuenca, donde su padre heredó un mayorazgo. Aquí hizo sus estudios, aquí compuso algunas poesías amatorias, y la *Mosquea* á la edad de veinte y seis años. Dióse á la carrera de la jurisprudencia, y en 1612 fué nombrado Relator del

Consejo de la Suprema. Despues de algunos años de servicio en este tribunal, y en el de 1638, fué nombrado de Inquisidor á Murcia, y probablemente con esta plaza le seria conferido el arcedianato de Alcor en Palencia. En el año de 1643, pasó de Inquisidor á Cuenca, y fué nombrado al mismo tiempo Canónigo y Arcediano de Moya en la catedral de esta misma ciudad, donde murió en 28 de octubre de 1658, á los setenta años de edad. El genio festivo de sus primeros años debió estinguirse en las lúgubres escenas, en el triste desempeño de las obligaciones de una carrera tan poco poética.

Villegas, (D. Estevan Manuel de) natural de Nájera en la Rioja. Sus padres, que pertenecian á una familia distinguida, pero no muy sobrada, le enviaron sin embargo á Madrid, donde hizo sus primeros estudios, pasando en seguida á continuarlos á Salamanca, donde se dedicó á la jurisprudencia. Mal hallado sin duda con el ceñudo aspecto de la severa Temis, buscó en las festivas Musas mas alegre y dulce compañía. Aquí fué donde escribió sus primeras composiciones á que dió el nombre de *Delicias*, concluidas y limadas á los veinte años, pero no publicadas hasta 1618, ya con el título de *Eróticas*. El resto de su vida fué una lucha continua entre sus necesidades y la escasez de sus medios. En vano solicitó por largo tiempo un empleo con que ponerse en estado de gozar de una decente comodidad. Pasó casi toda su vida en su patria, reduzido á la estrechez de sus propios medios, hasta que murió en 1669 á los setenta y cuatro años de edad.

FIN DEL TOMO CUARTO Y DE LA OBRA.

ADVERTENCIA.

La estatua que se menciona en el tomo III, pag. xl del *Discurso preliminar*, y de que hablan Estrabon y Tácito, no estaba en *Menfis*, sino en *Tebas*; léase pues este nombre en lugar de aquel. La memoria infiel nos hizo traicion en el momento de escribir, y semejante al pecado ha venido despues á atormentarnos con el remordimiento.

D. Francisco de Rojas. *De los calvos*, 14.
D. Pedro Calderon de la Barca. *El Galan ofizioso*, 15. — *De los apellidos. Del entendimiento*, 16.
D. Francisco Bánces Cándamo. *De los Estadistas*, 17.
D. Francisco de Leiba. *De un Prédicador*, 17.
Moreto. *De los enamorados. De un Sastre de buen nombre*, 18.
D. Luis Belmonte. *El consuelo con la albarda*, 18.
D. Juan Ruiz de Alarzon. *De un cobarde*, 19.
D. Juan de Matos Fragoso. *De la Fortuna*, 19.
D. José Cañizares. *De las mugeres. De los casamientos. El pleito venzido*, 20.
Luzan. *El no sé qué*, 21.
Cadalso. *De una muger constante. De un zeloso. De uno que murió por no haberse casado con quien queria*, 22. — *De una vieja, muerta de amores. Boda de Venus con Vulcano*, 23.
D. Juan de Iriarte. *A la librería de un Difunto, ético é ignorante. A un tomador de tabaco*, 23. — *A un tuerto enamorado. Los enemigos del hombre*, 24.
Iglesias. *A un peinado. A un tramposo y su abogado*, 24. — *De los Secretarios. De un casado. Del buen gusto*, 25. — *De un poderoso caritativo. De un mendigo. De un necio*, 26. — *Las señas. Reflexion filosófica. Sesudez y lijereza. La vision*, 27. — *Lance serio. Respuesta de una chusca*, 28.
Mro. Gonzalez. *A una pintura de la gloria*, 28.
D. Leon de Arroyal. *De los Grandes. A Joaquina. De una muger*, 29. — *De los Correjidores. El tirano y el adulador. De Catalina. A Andres*, 30. — *De ciertos burros. De Maria. De un robo. A Pedro*, 31. — *A Antonia. De las viejas. De la gente perjudizial. De la horca. De Maria. A Sebastian*, 32. — *De un zeloso. De las bodas*

D. José Julian de Castro. *Vida del soldado*, 148.
D. Antonio Solis. *Los Gitanos*, 150. — *El amor al uso*, 154.
Cadalso. *La bolsa del avariento*, 155.

LIBRO SESTO.

POESIA SATIRICA.

Sátiras morales.

Lope de Vega. *Sobre los disgustos del trato civil*, 157.
Lupercio Argensola. *Contra las cortesanas*, 160. — *Sobre la palabra* bárbaro, 170.
Bartolomé Argensola. *Contra los deseos ambiciosos*, 173. — *Contra los vicios de la corte*, 180.
Góngora. *Letrillas*, 187.
Quevedo. *A una dama*, 190. — *Sobre el matrimonio*, 193. — *Letrilla*, 201.
Montalban. *La murmuracion*, 203. — *El interior humano*, 205.
Calderon. *El Honor. La Muger*, 206.
Bánces Cándamo. *La Nobleza*, 208.
Moreto. *El Majito á la moda*, 210. — *El Amor*, 211.
Castro. *Los herederos y el llanto de la viuda*, 212.
Cadalso. *Letrilla*, 215.
Iglesias. *Letrillas*, 215.
Anónimo. *Mala educacion y vicios de la juventud noble*, 221.
Idem. *Contra la corrupcion de costumbres en las mugeres*, 229.

322. — *Un Cojo y un Picaron*, 323. — *El Carretero y Hércules. El Raposo, la Muger y el Gallo*, 324. — *La Pava y la Hormiga*, 325. — *El Camello y la Pulga*, 327. — *El Raposo enfermo*, 328. — *El Filósofo y la Pulga*, 329. — *Los dos Cazadores*, 331. — *Los Gatos escrupulosos. La Mariposa y el Caracol*, 332. — *El Gato y las Aves*, 334. — *Los dos Perros*, 335. — *El Amo y el Perro*, 336. — *El Jóven filósofo y sus Compañeros*, 337. — *El Elefante, el Toro, el Asno y los demas animales*, 339.

D. Tomas de Iriarte. *El Gusano de seda y la Araña. El Oso, la Mona y el Cerdo*, 342. — *El Raton y el Gato*, 343. — *El Lobo y el Pastor. La Abeja y los Zánganos*, 344. — *El Mono y el Títeretero*, 345. — *La Hormiga y la Pulga*, 347. — *Los dos Conejos*, 348. — *Los Huevos*, 349. — *La Abeja y el Cuclillo*, 350. — *El Asno y su Amo*, 351. — *El Retrato de golilla*, 352. — *La contienda de los Mosquitos*, 354. — *El Volatin y su Maestro*, 356. — *El Cuerbo y el Pavo*, 357. — *El Te y la Salvia, la Criada y la Escoba*, 358. — *La discordia de los relojes*, 359. — *La Víbora y la Sanguijuela*, 360.

D. Pablo de Jérica. *El Asno de Juan Rana*, 360. — *El Alcalde y el Escribano*, 362. — *Las Abejas*, 363. — *El club de los Animales*, 364.

Discursos y Epístolas.

Mendoza. *A Boscan sobre la medianía*, 365.

Boscan. *Respuesta á la antecedente*, 370.

Herrera. *El desengañado en su retiro*, 378.

Elisio de Medinilla. *A Lope de Vega*, 382.

Tejada de los Reyes. *Sobre la felizidad de la vida*, 384.

Bartolomé Argensola. *Al hermano del Conde de Gelves*, 387.

canos, 473. — *Discurso de Galvarino al Senado araucano*, 484. — *El de la muger de Caupolican á su marido preso por los Españoles*, 486.

Balbuena. *El Castillo de la Fama*, 488. — *Combate entre Bernardo y Roldan*, 490. — *La victoria de Roncesvalles*, 495.

Juan Rufo. *Zozobra y pérdida de parte de la armada española*, 510. — *Duelo de D. Diego de Leiba con un Turco*, 512.

Lope de Vega. *Canto de Polifemo*, 516.

Jáuregui. *Descenso de Orfeo á los infiernos*, 520.

Guillem de Castro. *Entrevista del Cid con Jimena*, 524.

D. Juan Bautista Diamante. *Raquel implora la clemencia del Rey*, 526.

D. Luis de Ulloa y Pereira. *Conjuracion contra Raquel y su muerte*, 529.

D. Alonso Verdugo de Castilla. *El Diluvio*, 531.

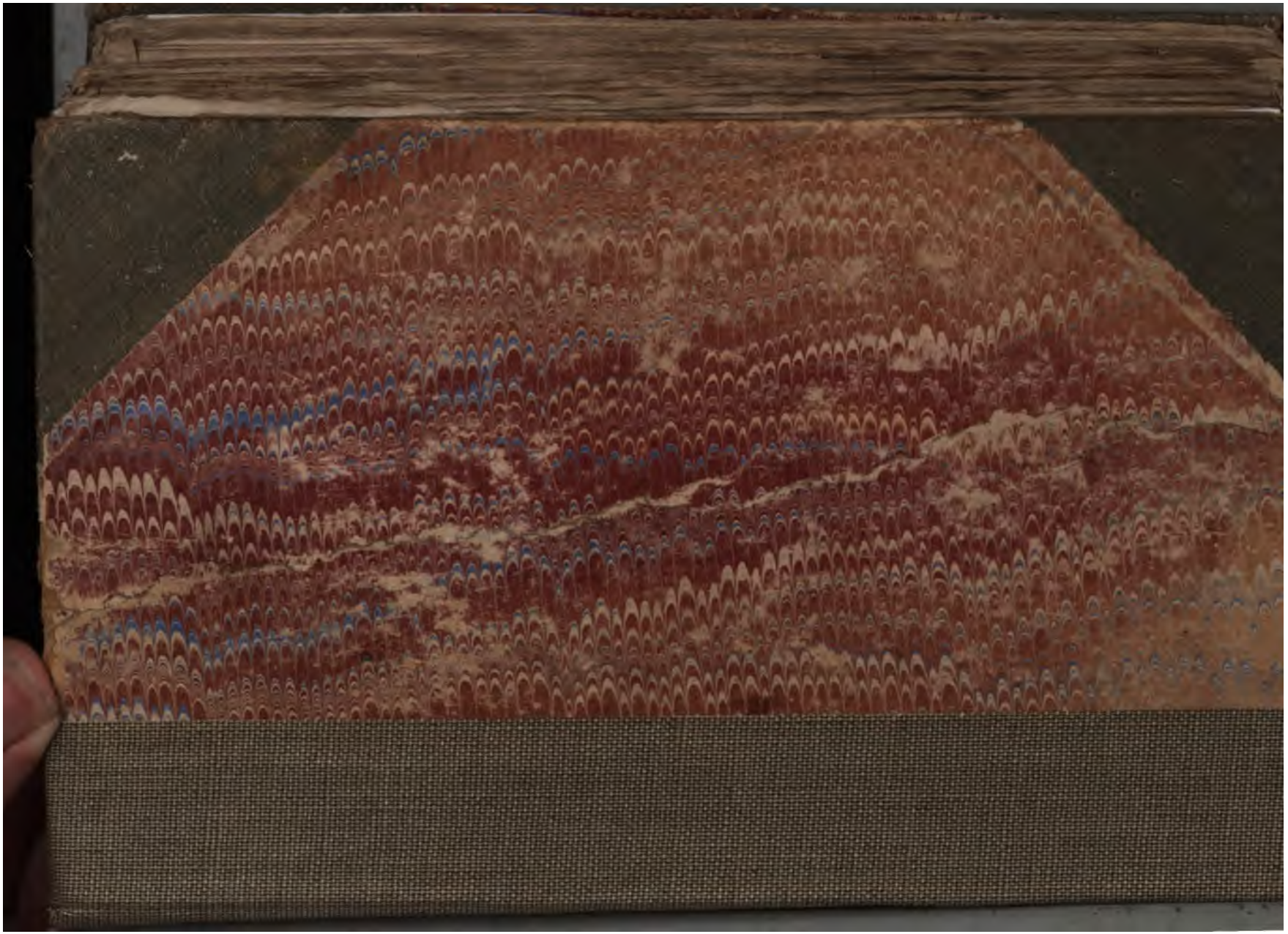
D. Nicolas Fernandez Moratin. *La batalla de Guadalete*, 535. — *Reseña de los principales capitanes de Hernan Cortes*, 539.

D. Vizente García de la Huerta. *Espone Hernan García al Rey los motivos del descontento popular contra Raquel*, 545.

D. Ignacio de Ayala. *Conferencia entre Cipion y Megara, Caudillo de los Numantinos*, 549.

D. José María Vaca de Guzman. *Las naves de Cortes destruidas*, 556.

D. Leandro Moratin. *La toma de Granada*, 560. — *Canto en lenguaje antiguo, dirijido al Príncipe de la Paz*, 568.

D. Feliz José Reynoso. *La Inocencia perdida*, 578.

UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 03178 5812